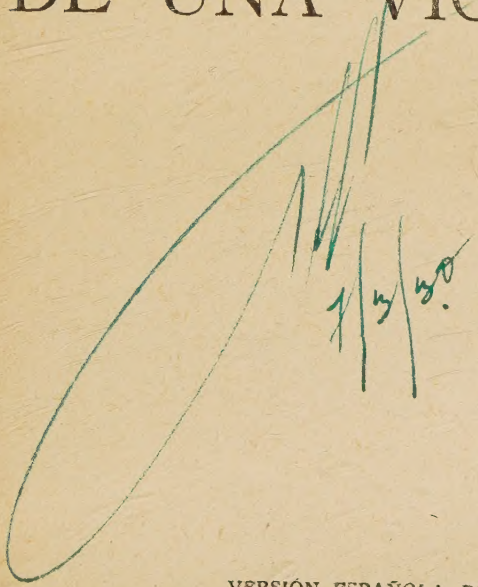
GEORGES CLEMENCEAU

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA

GEORGES CLEMENCEAU

GRANDEZAS Y MISERIAS DE UNA VICTORIA

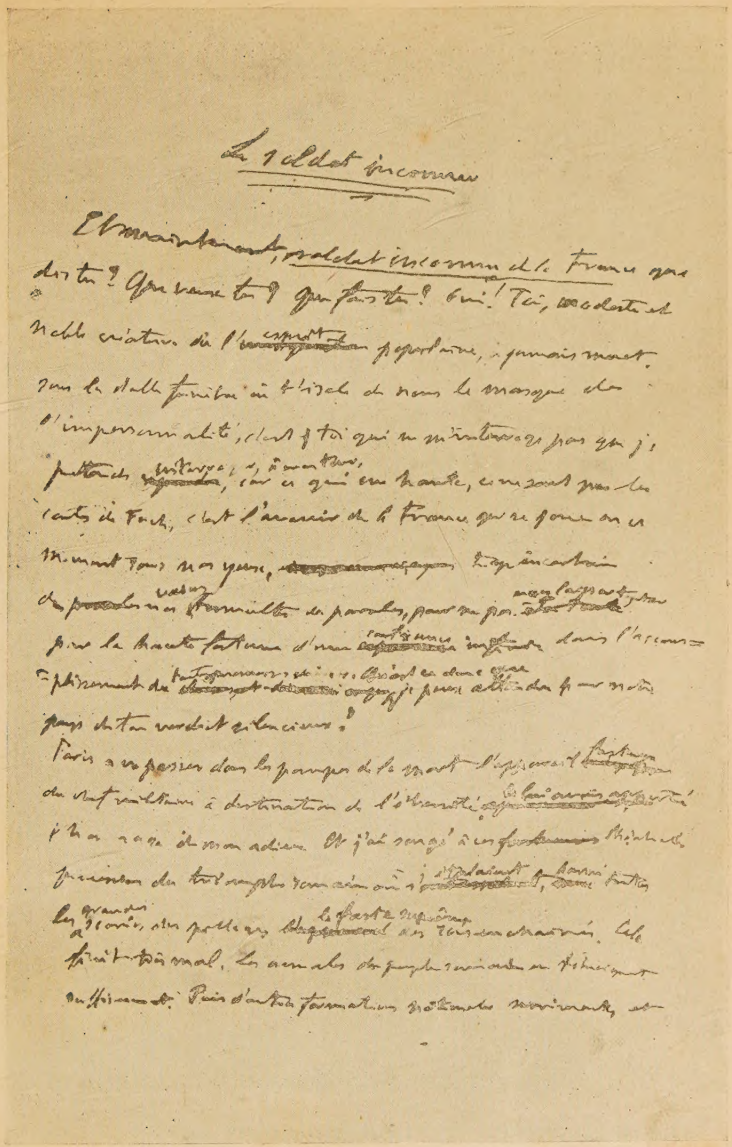


VERSIÓN ESPAÑOLA POR
IGNACIO LOPEZ VALENCIA

M. AGUILAR ● EDITOR
MARQUES DE URQUIJO, 39
MADRID
1930

ES PROPIEDAD

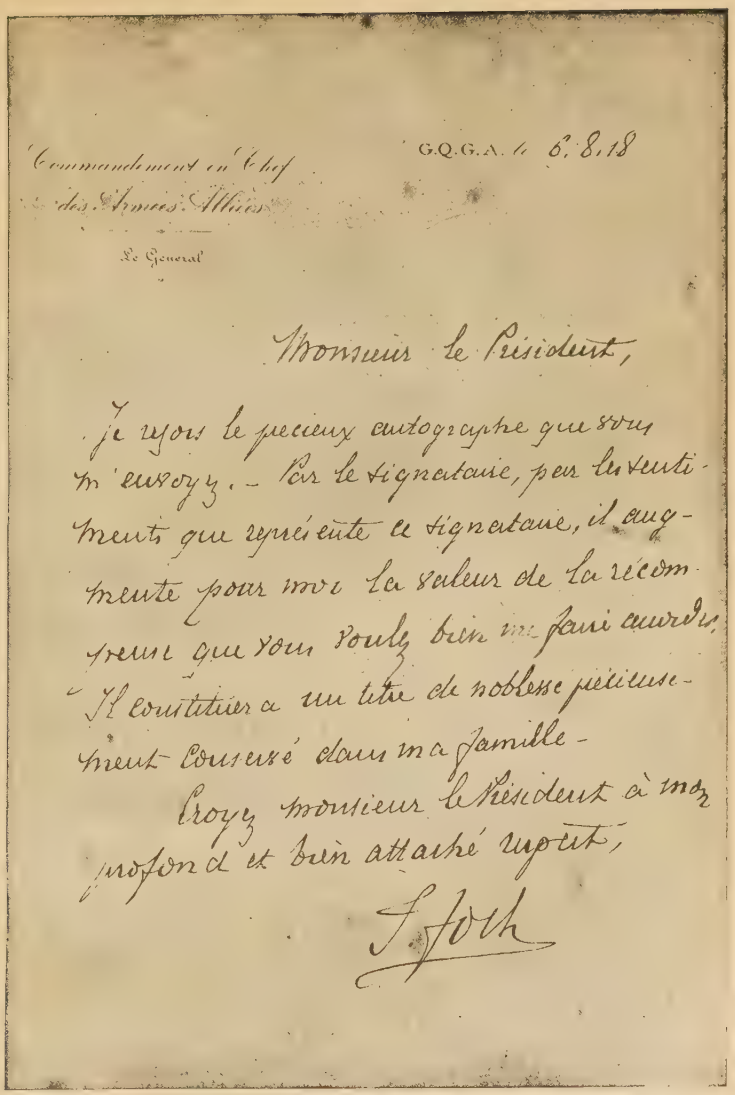
Imp. de J. Pueyo, Luna, 29. Tel. 10.864. Madrid.



Página autógrafa del último capítulo del manuscrito **Grandezas y miserias de una Victoria.**

Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/grandezasymiseri0000geor



Commandement en Chef
des Armées Alliées

Le Général

G.Q.G.A. le 6. 8. 18

Monsieur le Président,

Je vous le précieux autographe que vous m'envoyez. - Par le signataire, par les sentiments que représente ce signataire, il augmente pour moi la valeur de la récompense que vous voulez bien me faire accorder. Il constituera un titre de noblesse précieusement conservé dans ma famille -

Croyez monsieur le Président à mon profond et bien attaché respect,

F. Foch

Carta del Mariscal Foch al Presidente Clemenceau, cuando éste le anunció que había sido nombrado Mariscal de Francia.

ENVÍO

Los jinetes partos, en el galope de la huída, disparaban una última flecha al enemigo. El mariscal Foch, en el momento de hundirse en la noche fúnebre, ha dejado, según parece, todo un lote de flechas perdidas al arco incierto de un sagitario improvisado (1).

La hora actual no es propicia a las sugestiones del silencio. Por todas partes, parlanchines emitiendo palabras inútiles cuyo rumor acaso seduzca a las multitudes de tímpano desgarrado. Tal vez a esto se deba el que yo mismo haya cedido a la corriente universal, aunque con la excusa de evitar que la falta de respuesta se interpretara como una confirmación. No es que ello me importe tanto como pudiera creerse. Cuando hemos puesto en la acción todo el interés de la vida, no nos detenemos ante la superfluidades.

Cuando vi esa desvergüenza de cuentos de tropa en los que, en la intimidad del cuartel, el soldado procura, inconscientemente, un desquite en los conflictos jerárquicos que no siempre tuvieron para él un desenlace favorable, yo acaso habría sido capaz de renunciar a mi de-

---

(1) Alusión, que se repite luego con frecuencia, a la obra *Memorial de Foch*, del académico francés Sr. Recouly.

ber si el soplo de los grandes días no hubiera mágicamente reanimado la antigua llama, siempre viva, de las emociones pasadas.

¡Cómo! ¿Tan refractario es usted, señor mariscal, a los escalofríos de las horas magníficas, que ha necesitado diez años de meditaciones enfriadas para levantarse contra mí, sin otra razón que una retrospectividad de refunfuños militares? Además, ha enviado usted a otro al terreno para substituírle, y esto no se hace. ¿A tal punto temía la respuesta? ¿O es que pensó que si yo moría antes que usted, como era probable, quedaría, *posi mortem*, bajo el peso de sus acusaciones? Señor mariscal, esto no hubiera sido digno de un soldado.

¡Ay, Foch, Foch! ¡Mi buen Foch! ¿Es que todo lo ha olvidado usted? Yo, por mi parte, le recuerdo todo llama, con aquella voz autoritaria, que no era lo menos de su personalidad. No siempre teníamos la misma opinión; pero un pinchazo de ofensiva acababa agradablemente, y al llegar la hora del té, dándome con el codo, me decía estas palabras, desprovistas de toda estrategia:

—¡Está bien! Vamos al *abrevadero*.

Sí. Algunas veces reíamos. Hoy no se ríe con frecuencia. ¡Quién me había de decir que, para nosotros, era un signo del buen tiempo! Vivíamos en lo peor de la tormenta. No siempre teníamos tiempo para disputarnos. Y si disputa había alguna vez, cesaba a la entrada del *abrevadero*. Se rabiaba, pero esperábamos; lo queríamos todo juntos. El enemigo estaba allí y nos hacía amigos. Todavía está, Foch. Y por eso le censuro que haya colocado ese petardo retardado en las puertas de la historia para desollarme por la espalda, lo que es una injuria al tiempo pasado.

Estoy seguro que no ha vuelto usted a acordarse de mi palabra de adiós. Era en el Ayuntamiento de París, con motivo de una placa conmemorativa en la que se decía que éramos hasta tres los que habíamos merecido bien de la patria—clamorosa injusticia para otros muchos—. A la salida le puse amistosamente la mano sobre el pecho, y, señalando el corazón bajo el uniforme, le dije:

—A través de todo, hay de bueno ahí.

No encontró usted respuesta, y yo no debía volver a verle sino en el lecho mortuorio. ¡Qué mancha para su memoria haber necesitado tantos años para dirigirme pueriles recriminaciones, sirviéndose de un intermediario que, sea quien sea, no ha conocido de la guerra lo que nosotros hemos vivido!

Pero hay algo peor todavía. Cuando yo fuí a América para defender a Francia, acusada de militarista, dejó usted publicar, amparada con su nombre, una *interview* en contra mía en el *New York Tribune*, una *interview* bajamente injuriosa que el *memorialista* de usted no se ha atrevido a imprimir, pero que yo pondré ante los ojos del lector, junto a la carta en que hace usted protestas de una gratitud excesiva por haber recibido de mí su bastón de mariscal. El país nos juzgará.

En cuanto a mí, soy lo que era. Cualidades y defectos al servicio de la patria, con un completo desinterés de los honores, de los grados debidamente retribuídos, que pesan en la balanza del éxito. Nadie con poder bastante para concederme recompensas. Es una fuerza no esperar nada más que de sí mismo.

Usted tiene el Marne, el Yser, Doullens y, seguramente, otras acciones más. Yo le he perdonado una fla-

grande desobediencia que, con otro que yo, habría puesto fin a la carrera militar de usted. Yo le salvé del Parlamento en el mal asunto del *Camino de las Damas*, que todavía no se ha puesto en claro. Si yo hubiera permanecido mudo en mi banco, ¿dónde estaría usted ahora?

Sin embargo, en la cúspide de los honores, tras el silencio de diez años, esperar a que usted desapareciera para hacerme lanzar desde su balcón piedras del arroyo, le digo con toda franqueza que esto no le honra. Muy diferentes eran mis sentimientos cuando fuí a recogerme ante su lecho fúnebre. ¿Por qué, sin que mediara la menor provocación, había de levantar usted la mano sobre su propio renombre?

Y basta para entrar en materia. No se me discutirá el derecho, e incluso el deber, de contestar a un interrogador que comienza por presentarse en una actitud de carencia. Tenía y tengo aún provisiones de silencio al servicio de mi patria; pero, puesto que no se dejaría de imputar mi moderación a debilidad, hablaré. Usted me llama. Aquí estoy.

CAPITULO PRIMERO

ENTRADA EN MATERIA

Ambiciones y desfallecimientos son propios de la humanidad de todos los tiempos.

Mis relaciones con el general Foch son anteriores a la guerra que nos reunió, tan diferentes, en una acción común al servicio de la patria. Los periódicos han referido cómo le nombré comandante de la Escuela de Guerra, basándome en sus presuntas capacidades y sin preocuparme de sus relaciones con la Compañía de Jesús. Por casualidad, las cosas ocurrieron poco más o menos como han sido referidas. Sólo confirmaré, pues, el cambio de dos frases:

—Tengo un hermano jesuíta.

—Me tiene sin cuidado. (*Je m'en f...*)

Hubiera podido escoger una expresión más académica; pero mi interlocutor era un soldado, y yo quería ser comprendido. Mis palabras, a defecto de otros méritos, tenían la ventaja de ser claras. Esto bastaba.

El ministro de la Guerra general Picquart me había recomendado a Foch calurosamente para dar un curso de estrategia que el ministro quería crear para aquél. Me pareció muy bien. Si los papeles se hubiesen encon-

trado invertidos, no estoy seguro que algunos de mis adversarios habrían sido capaces de seguir mi ejemplo (1).

Claro es que no reivindico ningún mérito especial por un acto tan sencillo de patriotismo francés. Pertenezco a la generación que asistió a la pérdida de Alsacia y Lorena, y no podía consolarme de ella. Recuerdo a este propósito, con inocente orgullo, que en 1908 hice frente a Alemania cuando el incidente de Casablanca, y que el Gobierno de Guillermo II, después de habernos pedido excusas, tuvo, gracias a una tranquila resistencia, que contentarse con un simple arbitraje, como en cualquier otro litigio. No habíamos llegado todavía a la humillante cesión a Alemania de una parte arbitraria de nuestro Congo, hecha por el señor Caillaux y su sucesor, señor Poincaré.

No ocultaré que hubo momentos en que mi sueño fué inquieto. Corría un doble peligro. Los débiles, que son generalmente los más numerosos, estaban ya dispuestos para desautorizarme. Sin embargo, el honor del país quedó a salvo entre mis manos.

Si tuve relaciones con el general Foch desde aquellos días lejanos hasta la guerra, es cosa que no recuerdo. El general no figuraba en la política y no tenía ninguna necesidad de mí

Después de la batalla del Marne recibí en Burdeos una carta de mi hermano Alberto, que se había alistado voluntario y a quien el general Foch, sin conocerle, encargó de la siguiente confidencia: «*Ahora está virtualmente ter-*

(1) En una circunstancia menos grave, pero delicada, y a propósito de una candidatura universitaria, me decidí también por M. Brunetière, porque me pareció el más calificado, aunque era adversario de mis ideas. Esta manera de proceder es mi orgullo, porque tengo una confianza absoluta en que la verdad acaba siempre por filtrarse si se deja en libertad al espíritu humano.

minada la guerra.» Tal vez era esto un optimismo desmesurado, y, sin duda, nadie lo comprendió mejor que el mismo Foch cuando tuvo en sus manos la responsabilidad militar; pero la feliz predicción no dejó de ser confirmada por los acontecimientos y honra a la vivacidad de intuición del soldado.

Mi disposición hacia el jefe militar que juzgaba terminada ya la reacción victoriosa, no podía ser mejor. No me sorprendió, pues, que en los malos días—fines de 1914, cuando mi labor ingrata me confinaba en una severa oposición—solicitara de mí el general Foch, también por mediación de mi hermano, una entrevista particular en la Prefectura de Beauvais, ocupada entonces por mi amigo Raux, más tarde prefecto de Policía.

Creía yo ingenuamente que alguna importante revelación justificaría aquella inesperada gestión. Acudí, pues, entusiasmado, para quedarme de hielo cuando descubrí que se trataba solamente de ser interrogado, en tiempos de guerra, por un jefe de ejército, sobre las disposiciones, más o menos favorables, del mundo político a propósito de la reforma del alto mando; reforma que interesaba de una manera personal a mi interlocutor (1).

Mi actitud general fué de amable reserva. Seguramente que reconocí las capacidades profesionales del exprofesor de estrategia de la Escuela Superior de Guerra; pero sin dejar de lamentar su preocupación, de índole puramente personal. Me quedé, pues, más bien desilusionado. Y así terminó, sin haber comenzado, aquel coloquio misterioso.

---

(1) Una serie de lugares comunes sobre la guerra, sobre nuestras probabilidades de éxito, sobre lo que se podía intentar. Mi interlocutor me pareció pobres de ideas.

Más tarde, en 1916, me esperaba otra sorpresa. ¿Pues no se me presenta un día mi colega en Cortes, el Sr. Meunier-Surcouf, ayudante del general Foch, trayéndome el busto (*simili terracota*) de su jefe, con los saludos de éste? Me quedé de piedra. ¿Qué se esperaba de mí con tales procedimientos? Interrogado el Sr. Meunier-Surcouf, me declaró que había sido llamado un escultor al cuartel general para que hiciera, según un modelo en grande, *quince ejemplares* reducidos, destinados a diversos personajes supuestos influyentes. La operación era de fuste. Podía hacer sonreír; pero es innegable que la cosa tenía que parecer extraña en el momento más agudo de una guerra en que se jugaba la vida misma de Francia. Yo tenía oído que los reyes enviaban su fotografía a los visitantes de quienes quedaban satisfechos. El general Foch llegaba hasta el busto. Puedo asegurar que para un hombre como yo que no conspira ni con los militares ni con los civiles, el objeto era bastante embarazoso.

El ayudante, más explícito que su jefe, no se recató en decirme que, en opinión suya, el general Foch debía ser colocado a la cabeza de los ejércitos franceses. El señor Meunier-Surcouf multiplicó sus visitas para reiterarme esta opinión. De su cuaderno de notas ha tenido la amabilidad de copiar el resumen de una de estas entrevistas. Citaré algunos párrafos:

«Eran las diez de la mañana del 15 de abril 1916, cuando llegué a casa del Sr. Clemenceau, calle de Franklin. No había tenido nunca ocasión de conocerle personalmente.

»¿Qué me decidía a visitarle?

»Pues que a través de la polémica, a veces violenta, de *El Hombre Encadenado*, se adivinaba en él un amor indiscutible por Francia y un deseo absoluto de triunfar.

»—Soy viejo—me dijo—y la vida no me seduce; pero he jurado vivir hasta la victoria completa, porque la victoria, Sr. Meunier, será nuestra.

»A mi vez puse a mi interlocutor al corriente de la situación militar tal como se me aparecía por la apreciación de los hechos...

»—No he visto—le dije—más que un general que crea absolutamente en nuestra victoria: el general Foch. Como a esta fe necesaria se unen cualidades que hacen de él uno de los primeros en su profesión, me parece el designado para conducir nuestros ejércitos, y el Gobierno encontrará en él el apoyo más seguro y leal durante los meses difíciles que se avecinan.

»No quiero que pueda usted creer que hablo como un ayudante fiel, como un amigo que le ha cobrado afecto durante los diez y ocho meses que ha vivido a su lado. Me apoyo en hechos.

»Y le hice, a mi manera, el relato histórico de la maniobra del Marne, cuando Foch mandaba el 9.º cuerpo de ejército, en la que tomé parte como oficial de un grupo de Artillería de la 60 división de reserva, y de la «carrera hacia el mar», que se terminó con la detención de la ofensiva alemana en el Norte, el 15 de noviembre 1914.

»En estas dos acciones habían resaltado cualidades de ofensiva, de utilización y economía, de reservas de energía moral y hasta diplomática tales que se podría afirmar que, si muchos de nuestros generales tenían excelentes cualidades, el general Foch parecía superarlas.

»En todo caso—añadí—, venga a verle. Ya ha venido

usted dos veces entre nosotros—le vi de lejos—sin detenerse en el Gran Cuartel General. Creo firmemente que si ustedes se unen, usted en el interior y él en el ejército, estaremos en las mejores condiciones para obtener el triunfo final.

»Las cualidades de ofensiva del general le hacen capaz de obtener la victoria, pero puede perder una batalla. Para este caso es indispensable que cuente con alguien que pueda *defenderle y sostenerle ante las Cortes* (1), ante el país, cuya sensibilidad usted conoce. Yo creo que usted es el hombre más indicado para ello. Ha llegado el momento, Sr. Presidente, de que se pongan ustedes de acuerdo.»

Confieso que la distribución de los bustos me inspiraba algunas inquietudes sobre el candidato para el cargo de general en jefe. ¿El recuerdo del general Boulanger?

Al despedirnos, el ayudante del general Foch me dijo:

—Queda prometido, ¿verdad?

—No tengo que hacer promesas a nadie; pero estoy bien dispuesto. Por lo demás, a mí no me consultarán.

Pasó el tiempo. ¡Sorpresa! Una mañana de 1916 vi entrar en mi casa al mismo general Foch, que estaba muy emocionado.

—Llego directamente de mi cuartel general—me dijo—, en donde he recibido la visita del general Joffre, quien me ha dicho:

«—Soy un desgraciado. Vengo a pedirle perdón de una cobardía que he cometido. El Sr. Poincaré me ha llamado y me ha dado orden de relevar a usted. No

(1) Soy yo quien subraya. El señor Meunier-Surcouf prevefa el *Camino de las Damas.*

debí consentirlo nunca; pero he cedido y vengo a pedirle perdón.»

Y Foch concluyó:

—Y yo vengo a pedirle consejo. ¿Qué cree usted que debo hacer?

De la causa del desastre, ni una palabra. Era un mal signo. Me abstuve de interrogar, aunque era el punto capital del incidente; pero quise economizar los nervios del general arrebatado a sus soldados.

—Mi querido amigo—le respondí—, su deber está trazado. Competencias, que ignoro, pueden haber causado esa desgracia momentánea. No pueden prescindir de usted. Nada de protestas. Obedezca sin replicar, vuelva tranquilamente a su casa. Espere. Tal vez antes de quince días le llamen de nuevo.

Mis previsiones fueron grandemente sobrepasadas, puesto que el general permaneció relevado durante varios meses.

Otros tantos de meditación es mucho para un soldado valiente que ve caer a sus camaradas en los campos de batalla. Foch soportó la prueba en silencio. Es una conducta que yo aprecio.

Años después referí lo ocurrido al Sr. Poincaré, quien se encogió de hombros riendo y sólo dijo:

—¡Esos generales! ¡Siempre lo mismo!

Pero yo me quedé sin saber más.

En noviembre de 1917, el general Foch estaba en París como jefe del Estado Mayor General, no ejerciendo, en suma, ningún mando activo. Confiado en el informe de Picquart, yo había esperado de él una brillante manifestación de su talento militar. Tal vez aún no se había dicho la última palabra.

El Sr. Poincaré y el mariscal Foch conocían, sin duda alguna, todos los detalles de esta historia. Se ha hablado de una intriga dirigida por un general político que ponía abiertamente su candidatura frente a la de Foch y que, por entonces, visitaba con frecuencia el Elíseo. El señor Poincaré ha escrito que Foch fué relevado por Joffre por causas puramente militares. El comandante Bugnet afirma concretamente que se trataba de la ofensiva del Soma, fracaso manifiesto que más tarde se nos quiso presentar como una tentativa para «descongestionar Verdun».

Desprovisto de medios de transporte para explotar la brecha, la ofensiva del Soma aparece como una operación fracasada. Ciertos jefes han encontrado después una explicación preparada para justificar un fracaso. Así no es difícil salvar las situaciones embarazosas. No sorprenderá que los que pretendían haber descongestionado Verdun no se creyeron por ello menos obligados a tener relegado a Foch «para dar ejemplo». Algún día se pondrá en claro todo esto. Para que el Sr. Poincaré, tan cuidadoso de las responsabilidades, alejara del combate al soldado del Yser y del Marne, hay que creer que debían existir graves razones. Luego acabaron por entenderse ambos. La historia no se sorprenderá de ello.

Por lo que a mí respecta, desde mi llegada al Ministerio, reanudé, desde luego, mis buenas relaciones con el nuevo jefe. Seguía dando por descontado su talento estratégico. Cuanto a él, con o sin busto, había sucedido a su antiguo rival en la familiaridad del jefe del Estado. Cada cual jugaba ahora su partida a la carta de confianza recíproca que le parecía más segura.

Antes de seguir he de declarar de una manera expresa que este libro no debe ser considerado como unas Memo-

rias. Se me ha obligado a responder a ciertos puntos, y respondo; pero sin apartarme de las consideraciones de conjunto que se imponen a un tema como éste. Durante más de diez años he guardado silencio sin que ello me costara esfuerzo alguno, pese a los ataques que sin consideración se me han dirigido. Y ciertamente que no ha sido el miedo a la polémica lo que me ha retenido.

Yo sólo consideraba que en la situación dificilísima que se ha creado a mi país debía guardar una gran reserva. Hasta la última palabra de este libro lamentaré haberme separado de ella. Después de la horrible sangría que ha sufrido Francia, veo que ha reaccionado menos virilmente en la paz que en los grandes días de las luchas militares. Sus «gobernantes», todos, poco más o menos, de la misma talla, parece que han olvidado que no hace falta menos resolución para vivir la paz que la guerra. Acaso en ciertas horas haga falta más. Lo mismo en el Gobierno que en el Parlamento y que en la opinión pública, yo sólo veo flaqueza y debilidad por todas partes.

Nuestros aliados, desaliados, han contribuído en gran parte a ello, sin que nosotros les hayamos resistido. Inglaterra, bajo apariencias diversas, ha vuelto a su vieja política de discordia continental, y América, *prodigiosamente enriquecida por la guerra*, nos presenta un balance, digno de una casa comercial, que hace más honor a sus apetitos que a su altivez.

Entregada a sus esfuerzos de reconstitución económica—muy justificados, por desgracia—, Francia busca en los cementerios de la política restos de vida humana para simular fantasmas de lo que ha sido. El impulso, el fervor, ya no existen. Hombre acabado yo también, heme aquí en lucha con un soldado del tiempo pretérito, que

suscita contra mí argumentos al alcance de los simples cuando yo había cambiado suavemente de torre para acabar mis días en la filosofía.

Foch, menos cuerdo al cabo de diez años de reflexión, se le ocurre lanzarme un cartucho viejo de ofensiva retardada, evitando, mediante una premeditada carencia, la preocupación de una respuesta inevitable. En buen estratega se aseguraba así la retirada para dar contra mí libre curso a antiguos rencores muy caracterizados. Para el que sólo es candidato al reposo, esto no tiene importancia; pero para un guerrero, dejar dormir su batalla durante diez años y luego encargar a cualquiera de evocarla, no es propio ni de un alma segura de sí misma, ni de un corazón elevado.

CAPITULO II

LA UNIDAD DE MANDO

¿En qué me fundé para llevar al general Foch al mando supremo? Las notas del general Mordacq me permiten seguir las batallas del futuro jefe de los aliados:

«Después de los combates de Lorena, el 29 de agosto 1914, el general Foch deja el mando del 10.° cuerpo de ejército para tomar el de las fuerzas destinadas a cubrir, lo más eficazmente posible, la izquierda del 4.° ejército y realizar la unión de éste con el 5.°

»Estas fuerzas no tardarán en convertirse en el 9.° ejército, a la cabeza del cual el general Foch tomará una parte muy activa en la batalla del Marne.

»El general Joffre, juzgando «la situación estratégica excelente y conforme al dispositivo perseguido», ordenó, el 4 de septiembre por la noche, reanudar la ofensiva el 6 por la mañana y concentrar contra el primer ejército alemán los esfuerzos de la izquierda aliada.

»El 6 de septiembre se inicia el ataque general. El 9. ejército está en el centro. Allí, precisamente, es donde los alemanes concentran su principal esfuerzo. En respuesta a la maniobra del ejército de Maunoury contra la derecha alemana, Moltke lanza a fondo sobre el centro fran-

cés, y, por lo tanto, sobre el 9.° ejército, las fuerzas de Bulow, que comprenden la Guardia y las mejores tropas de Alemania.

»La ofensiva de este ejército queda detenida. Le es imposible alcanzar su objetivo, que es la región al norte de las marismas de Saint-Gond. Al finalizar el día aborda difícilmente la parte sur.

»La izquierda, violentamente atacada, libra encarnizados combates en Mondemont (división marroquí). La división número 42 consigue arrojar la Guardia a las marismas de Saint-Gond. El 11.° cuerpo de ejército, que forma la derecha, resiste penosamente los ataques alemanes (1).

»*9 de septiembre.* — La situación deviene grave: la Guardia prusiana se apodera de Fère Champenoise; el 9.° y 11.° cuerpos de ejército retroceden. El general Foch, sin perder su sangre fría ante esta situación, da cuenta al G. C. G. y termina diciendo: «*Ordeno tomar de nuevo la ofensiva*» (2). Y, en efecto, reforzado el 10.° cuerpo de ejército, lanza un nuevo contraataque sobre Fère-Champenoise.

»*10 de septiembre.* — Reanuda la ofensiva en todo el frente. Tras encarnizados combates, se recobra Fère Champenoise. Por la noche los alemanes se retiran, siendo rechazados hasta las marismas de Saint-Gond.

»*11 de septiembre.* - Comienza la persecución, facilitada por un cuerpo de Caballería (general de l'Espée) que el general Joffre pone a disposición del general Foch. Se dirige hacia el Marne, que el 9.° ejército alcanza el 12 de septiembre, entre Epernay y Châlons. Se hacen numero-

(1) 7 y 8 de septiembre.

(2) Esta sencilla frase, en aquella hora decisiva, caracteriza al soldado

sos prisioneros y se apoderan de víveres y municiones en gran cantidad.

»El alto mando alemán había dado la orden de retirada general el 10 de septiembre, por la noche.»

El Estado Mayor alemán había preparado, inmediatamente después de la batalla del Marne, una maniobra envolvente contra el ala izquierda francesa. El alto mando francés, por su parte, perseguía envolver la derecha alemana, y de aquí las batallas de Picardía y del Artois y la «carrera hacia el mar».

En los primeros días de octubre de 1914, la situación para los aliados es grave: Lille, amenazada por la caballería alemana; Flandes, abierto; todas las fuerzas enemigas remontan cada vez más hacia el Norte y amenazan romper el frente de un momento a otro.

Entonces es cuando el general Joffre, el 4 de octubre, confía al general Foch (cuyo 9.° ejército ha sido disuelto) la misión de coordinar todas las fuerzas existentes entre el Oise y el mar: ejércitos de Castelnau y de Maud'huy, grupos de divisiones del general Brugère y tropas de la plaza de Dunkerque.

Al mismo tiempo, el ejército inglés es transportado a Flandes (región de Hazebrouck-Ypres).

«*9 de octubre.*—La plaza de Amberes capitula. El ejército belga de campaña, que estaba envuelto, puede ganar la costa, y el 11 de octubre ocupa la región entre Ypres y el mar. El rey Alberto hace saber que se prestará sin reservas *a la coordinación* que el general Foch tenía misión de establecer entre los esfuerzos de todos.

Plan alemán.—Después de la caída de Amberes, los

alemanes, siguiendo su primitivo plan, van a intentar envolver el dispositivo aliado llegando, si es necesario, hasta el mar, y toman como objetivos Dunkerque, Boulogne y Calais.

A la marcha sobre París sucede—como lo anuncia la prensa alemana—la marcha sobre Calais. Para conseguir su objeto, los alemanes concentran unos 600.000 hombres en Bélgica y en Flandes.

Informados los franceses de esta inmensa maniobra llaman a Bélgica todas las reservas disponibles.

»*20 de octubre.*—El transporte del ejército inglés se ha efectuado en buenas condiciones y está completamente agrupado en la región de Ypres.»

El ejército belga organiza la línea del Yser.

Todos estos movimientos de los ejércitos belga e inglés han sido cubiertos por dos cuerpos de Caballería francesa.

Se puede decir, pues, que el 20 de octubre la «carrera hacia el mar» queda terminada, y la barrera establecida. Sólo hace falta sostenerla, y esto es lo que provoca la batalla del Yser.

»*21 de octubre.*—La situación de los aliados es la siguiente:

A la derecha, los ingleses (dos cuerpos de ejército).

En el centro, los franceses (tres divisiones, la Infantería de Marina y una brigada belga).

A la izquierda, los belgas (seis divisiones).

A la extrema izquierda, la división francesa número 42.

Frente a esto, los alemanes disponían de:

Primero. El cuarto ejército: seis cuerpos de ejército.

Segundo. El sexto ejército: cinco cuerpos de ejército.

»*22 de octubre.*—Para contrarrestar el plan alemán, el general Foch, de acuerdo con el mariscal French y el rey Alberto, da la orden de atacar. La batalla del Yser comienza.

Al Norte, los belgas y los franceses atacan vigorosamente; pero un violento contraataque alemán, apoyado por una formidable artillería pesada, detiene bruscamente su ofensiva y pronto hay que recurrir a la inundación para contener la avalancha alemana. Se abren las esclusas de Nieuport y el agua invade todo el valle del Yser, entre Nieuport y Dixmude.

El 30 de octubre, a pesar de esto, los alemanes se lanzan de nuevo al asalto, pero son detenidos, y el 2 de noviembre tienen que retroceder y pasar de nuevo el Yser, abandonando parte de su artillería.

Al Sur, en la región de Ypres, el 23 de octubre los ingleses toman a su vez la ofensiva en la dirección de Courtrai. Del 23 al 28 de octubre se desenvuelve en excelentes condiciones; pero en esta fecha los alemanes, con seis cuerpos de ejército, contraatacan enérgicamente y logran romper el frente inglés.

Entonces el general Foch pone a disposición del mariscal French tres cuerpos de ejército; pero los alemanes atacan nuevamente con fuerzas superiores y obligan a los aliados a retroceder. El mariscal French prepara su retirada al oeste de Ypres. *El general Foch consigue hacerle abandonar este proyecto*, acto capital que decidió del éxito. Los aliados contraatacan y detienen a los alemanes.

Del 1 al 6 de noviembre, la batalla es encarnizada en todo el frente; pero a pesar de los esfuerzos sobrehumanos de los alemanes no consiguen romperlo. Se sigue

combatiendo. Sin embargo, puede decirse que el 15 de noviembre ha terminado la gran batalla del Yser. Los alemanes no han podido pasar y alcanzar el mar, su objetivo. Sus pérdidas son enormes. La Guardia queda destrozada y han perdido más de 250.000 hombres. Por parte de los aliados las pérdidas son también considerables. Ambos ejércitos están agotados y se organizan.

Esta inmensa batalla del Yser era el epílogo de la «carrera hacia el mar». Los alemanes, después de intentar —sin éxito— envolver la izquierda de los aliados, habían emprendido luego esta marcha *nach* Calais, que podía, en efecto, desde el punto de vista estratégico, proporcionarles resultados considerables. El 15 de noviembre 1914 tienen que renunciar a ello. Si esta batalla de Ypres no fué una victoria de los aliados—muy diezmados para explotarla—, fué, en cambio, para los alemanes una derrota indiscutible.

El éxito se debía al general Foch, que sin ningún título oficial, por su energía, su tenacidad y su inalterable confianza, había sabido imponer su voluntad a los aliados en la dirección de las operaciones. En suma, fué Foch quien, por todos conceptos, DIRIGIÓ la gigantesca batalla del Yser, y quien la ganó. De haberse perdido la batalla él hubiera soportado la responsabilidad.»

No es necesario hablar aquí de las sombrías realidades de nuestra situación militar anterior a la guerra. Sabido es que el primer efecto de nuestra falta de preparación fué abrir el territorio francés al enemigo. Hasta hoy nadie se ha presentado para reivindicar la responsabilidad de nuestra falta de artillería pesada de tiro rápido, ni de la escandalosa insuficiencia de nuestras ametralla-

doras; faltas tan graves que, sin las reacciones del Marne, nuestro territorio hubiera sido conquistado de la frontera a París. Por hermosa que fuera la rectificación de la derrota no podía agotar el impulso de la ofensiva enemiga. El resultado de la primera batalla fué decidir que la guerra continuaría su curso en territorio francés, en el que los ejércitos enemigos organizaron la destrucción sistemática de nuestras poblaciones industriales y de nuestros campos, así como la esclavitud de los habitantes.

¿Quién es, pues, el responsable de esta falta inicial? ¿No se nos puede decir, o, por lo menos, simular que se le busca? Si alguna vez el historiador formula tímidamente esta pregunta, yo aprovecharía la ocasión para hacerle otra. ¿Estaba prohibido prever que Alemania renegaría su firma violando la neutralidad belga? ¿Qué es lo que podía impedirle tomar a este efecto determinadas disposiciones militares? ¿Quién no conocía el estado de espíritu alemán? ¿Quién podía creer que un obstáculo moral era capaz de detener, ni por un momento, a los hombres o a sus jefes? Tengo ante mis ojos la obra del coronel Foch sobre los principios de la guerra, y veo con espanto que no hay en ella *ni una palabra* sobre la cuestión del armamento. ¡Una metafísica de la guerra! Sin embargo, importa saber si el ataque de la catapulta o del cañón de tiro rápido puede colocarnos ante el caso de variar nuestros medios de defensa. Cuestiones de esta índole valen la pena de ser estudiadas.

Muy diferente era del otro lado del Rin el estado de alma. Allí, todos los excesos de autoridad para maquinizar el hombre con vistas a la más violenta de las ofensivas. Entre nosotros, todas las disociaciones de la indolencia y el reposo sobre grandes palabras.

La correspondencia cambiada entre el rey de Inglaterra y el Sr. Poincaré en el momento de la declaración de guerra, testimonia suficientemente sobre las angustias comunes de los pueblos interesados. Hábil y prudentemente redactada, la carta del Sr. Poincaré era, en suma, una petición de socorro. Amistosa, pero evasiva, la contestación de Jorge V terminaba con la negativa provisional de todo concurso. Inglaterra, todavía menos preparada que nosotros, comprendía tardíamente que tenía que jugarse el todo por el todo. Que vacilara un momento y todo podía perderse. La violación del territorio belga debía poner término a esta vacilación.

Los preparativos de alianzas para una guerra inevitable se anunciaban en la incoherencia. No podía ser de otra manera, puesto que la ventaja de una previsión organizada sólo se manifestó del lado alemán, dueño de la ofensiva. A esto se debe que el primer movimiento de los aliados en las horas difíciles fuera reclamar unánimemente una suprema autoridad militar; pero todo ejército es la expresión superior del nacionalismo en acción, y los jefes de la potencia nacional que aquél representa no cedieron fácilmente sobre este punto. Y hasta fué del pueblo menos militar, del pueblo americano, del que en el momento decisivo surgieron las más graves dificultades.

En Francia, desde el principio de la guerra, el sentimiento popular puso toda la esperanza del éxito en la unidad de mando. Y cuando la experiencia, de acuerdo con la razón, coincidieron en este punto, no quedaba más que ponerse de acuerdo sobre la elección del estratega (1).

---

(1) En un excelente artículo publicado el 15 de abril de 1929 en la *Revue des deux Mondes*, ha elucidado el general Mordacq esta cuestión. Más tarde ha desarrollado este artículo en un volumen en el que el mariscal Foch

Que yo sepa, jamás hubo ni la sombra de una discusión sobre el principio, ni siquiera sobre la persona a quien debía confiarse tan eminente puesto (1). Ningún competidor. No se pronunció más que el nombre de Foch. Lo principal es que Foch había desarrollado cualidades de primer orden en duros combates que requerían, ante todo, milagros de resistencia, mientras que Mangin, con sus violencias de carácter, hizo milagros en la ofensiva. Los dos tenían lógicamente el grave defecto de no poder soportar el poder civil... cuando no tenían necesidad de él.

Pétain, que es también un gran soldado, tiene días de exaltación y días de equilibrio. En luchas desfavorables le he visto de un tranquilo heroísmo, es decir, dueño de sí mismo. Acaso sin ilusiones, pero sin quejarse, siempre está dispuesto a los sacrificios personales. Es para mí un placer rendirle este homenaje. Se le ha reprochado mucho las palabras pesimistas de su Estado Mayor. En mi opinión, la verdad es que no se intimidaba ante lo peor, que sabía mirar con inquebrantable serenidad; pero las personas que le rodeaban acogían demasiado fácilmente las palabras pesimistas. Algunos emboscados del Estado Mayor se daban importancia emitiendo conclusiones que no eran las del jefe, inquebrantablemente gran soldado en todos los momentos.

Esta horrible guerra ha descubierto buenos generales

---

es tratado con el honor que se merece. Sabido es que el general Mordacq, uno de nuestros mejores divisionarios, era el jefe de mi gabinete militar. Yo conozco gentes que todavía no le han perdonado esto.

(1) Lord Milner, con objeto de acallar las susceptibilidades del soldado británico, tuvo la idea de darme a mí el título, para delegar las funciones en Foch como jefe del Estado Mayor General. No se me habló de esto, y creo inútil decir que jamás hubiera aceptado esta extraña combinación.

y muchos de los que tienen derecho a aventurar un juicio tal vez nos digan que Foch es el más completo entre todos. Los espíritus sencillos, que son la mayoría, juzgan a los hombres en bloque, con una calificación aproximativa que quieren sea definitiva; pero la naturaleza humana es demasiado compleja, demasiado variable para aceptar bruscamente estos procedimientos sumarios, de los que la más noble sinceridad no siempre consigue extraer la verdadera fórmula de una energía en curso. El general Foch, que no abundaba en matices, ¿poseía, además de sus talentos estratégicos, las aptitudes de diplomacia de un jefe internacional? Pero no anticipemos.

La dificultad provenía, sobre todo, de la parte británica, en la que nuestra influencia militar era tanto más grande cuanto que nosotros no la hacíamos resaltar. Yo me mostré muy sobrio de conversaciones a este respecto, sabiendo por nuestro constante amigo Lord Milner, que el problema caminaba lenta, pero seguramente, hacia una feliz solución.

Era remontarse muy lejos; pero nuestras guerras con los británicos han sido muchas para que a éstos les pareciera fácilmente tolerable la idea de colocar sus soldados bajo el mando de un francés.

El día (1) que, desayunando en su cuartel general, hablé de esto por primera vez al general Sir Douglas Haig, el soldado se levantó como movido por un resorte y tendiendo sus manos al cielo exclamó:

—Señor Clemenceau, yo sólo tengo un jefe y sólo puedo tener uno: mi rey.

Mal principio. Las conversaciones siguieron sin dar

(1) Enero 1918.

resultados hasta la jornada de Doullens, en que, bajo la presión de los acontecimientos, Lord Milner, tras un breve coloquio con el mariscal Haig, me anunció que quedaba abandonaba la oposición al mando único.

Lo demás fué fácil; pero todavía hubo necesidad de varias etapas para llegar a una fórmula que pusiera aproximadamente todas las condiciones de eficacia superior en manos de un jefe único.

La resistencia de Inglaterra venía menos del ejército que del Parlamento, y sobre todo del «hombre de la calle». La idea de ver un general francés mandar a generales británicos, les fué insoportable durante mucho tiempo. El argumento parecía un tópico cuando se citaba nuestro común fracaso en 1917, bajo el mando provisional del general Nivelle; pero esto no era sino un argumento aparente, que sólo valía porque no se atrevían a formular el argumento de fondo.

Foch, sin el permiso de nadie, se apoderó en Doullens del mando. Por este minuto le estaré agradecido hasta que exhale mi último suspiro. Estábamos en el patio de la Alcaldía, bajo las miradas del público, paralizado de estupor, que no cesaba de hacernos esta pregunta: «¿Vendrán los alemanes a Doullens? Procuren que no vengan.» Entre nosotros, el silencio, roto de pronto por esta exclamación de un general francés que, señalando a Sir Douglas Haig, me dijo en voz baja:

—*Ahí tiene usted uno que tendrá que capitular en rasa campaña antes de quince días, y menos mal si nosotros no nos vemos obligados a hacer lo mismo.*

Estas palabras, dichas por unos labios autorizados, no eran para confirmar la confianza en que nosotros queríamos obstinarnos.

Un rumor; llega Foch rodeado de oficiales, y con su voz cortante, que todo lo domina, dice:

—*Ustedes no se baten. Yo me batiría sin descanso. Me batiría delante de Amiens. Me batiría en Amiens. Me batiría detrás de Amiens. Me batiría siempre* (1).

Huelgan los comentarios a este apóstrofe. Confieso que yo tuve que retenerme para no caer en brazos de aquel jefe admirable en nombre de Francia, en peligro supremo.

Cuando Foch, en desgracia, ocupaba el puesto de jefe del Estado Mayor General, tenía ya en su activo dos acciones gloriosas desde el punto de vista de la resistencia.

En el Marne y en el Yser había llegado al extremo límite en la resistencia desesperada que, por la autoridad de su palabra, fijó al mariscal French en el terreno de la batalla, y con su solo ejemplo mantuvo sus tropas invencibles ante el impulso terrible del enemigo. Los alemanes habían decidido vencer a toda costa. Inmutable en el extremo peligro, Foch arrojó sus hombres hasta los límites de la loca bravura que lleva al combatiente más allá del deber. Aquel día entraron todos juntos en la gloria de los héroes de la antigüedad.

Por fin, en la conferencia de Doullens—25 de marzo de 1918—, cuyas peripecias han sido varias veces referidas (2), se acabó por aceptar el texto siguiente:

---

(1) No dejé de citar estas palabras al señor Presidente de la República, que las recordó en su alocución al gran soldado al entregarle el bastón de mariscal de Francia, para el cual fuí yo quien le propuse.

(2) «... Se había fijado la entrevista para las once, en Doullens, equidistante de los G. Q. G. francés e inglés. A las once en punto llegamos el Sr. Clemenceau y yo a la plaza del Ayuntamiento, plaza ya histórica. Poco despues llegaba el Sr. Poincaré acompañado del general Duparge... El mariscal Haig encontrábase ya allí conferenciando en la Alcaldía con sus comandantes: los generales Horne, Plummer y Bing...

Llegó después el general Foch, más tranquilo que nunca, aunque, sin em-

«El general Foch queda encargado por los Gobiernos francés e inglés de coordinar la acción de los ejércitos

bargo, disimulaba mal su ardiente deseo de ver a los aliados tomar, por fin, decisiones lógicas...

Por último apareció Pétain, bastante preocupado.

... Hacía frío y para reaccionar nos paseábamos en pequeños grupos por la glorieta que hay delante del Ayuntamiento, parándonos de vez en cuando para conversar.

La escena no carecía de grandeza y de originalidad. Por el camino que bordea la glorieta veíamos pasar las tropas inglesas que se retiraban lenta y ordenamente, sin revelar la menor inquietud: toda la flema británica en su más amplia acepción. De vez en cuando oíamos, al parecer cerca de nosotros, un violento cañoneo. Era, en efecto, el cañón alemán, que se encontraba a algunos kilómetros y nos recordaba la realidad haciéndonos pensar «en la gran partida que se estaba jugando».

Todos los hombres que se encontraban en aquella modesta glorieta, todos aquellos franceses que estaban muy al corriente de la situación, dábanse perfecta cuenta de la importancia de la jornada. Y esto, a pesar de la calma aparente, tenía los corazones presa de una gran angustia.

Pero el tiempo pasaba y los ingleses seguían sin llegar...

Las doce... No habían llegado todavía. Por último, a las doce y cinco, aparecieron los automóviles de Lord Milner acompañado del general Wilson.

Entonces, a las doce y veinte, comenzó la conferencia franco-inglesa.

El Sr. Clemenceau suscitó inmediatamente la cuestión de Amiens. El mariscal Haig afirmó que, en efecto, en este asunto había un malentendido; que no solamente él no había pensado jamás en evacuar Amiens, sino que además tenía la firme intención de reunir todas las divisiones de que pudiera disponer para reforzar su derecha, que, desde luego, constituía su punto débil, y, por lo tanto, el de los aliados. Resistiría, pues, al norte del Soma; de ello respondía en absoluto; pero al sur de este río no podía hacer nada. Por lo demás, ya había puesto a las órdenes del general Pétain todos los elementos que le quedaban del 5.º ejército... A lo que contestó Pétain: «Quedan muy pocos en realidad y puede decirse que ese ejército no existe.» El mariscal Haig añadió que tal vez se viera obligado a rectificar su línea delante de Arras; pero no estaba seguro de ello, y hasta tenía la esperanza de poder evitar esta desgraciada contingencia. Tales eran los elementos de que él disponía, y a su vez preguntó a los franceses que expusieran los de ellos.

Entonces se concedió la palabra al general Pétain, que expuso la situación tal como la veía y tal como era en realidad, es decir, bastante ardua, e hizo resaltar todas las dificultades con que luchaba desde el 21 de marzo. Añadió que desde la víspera, luego de la entrevista de Compiègne, había buscado todos los medios para hacer frente a esta situación, y que tenía la satisfacción de poder anunciar que tal vez llegara a hacer entrar en la batalla 24 divisiones; pero que, desde luego, no se trataba de tropas frescas, pues la mayoría de ellas acababan de batirse. En todo caso juzgaba que

aliados en el frente occidental. A este efecto, se pondrá de acuerdo con los generales en jefe, a quienes se ruega le proporcionen todos los informes necesarios» (1).

---

en una situación parecida no había que dejarse adormecer por ilusiones y debíanse mirar de frente las realidades y no disimular que sería necesario bastante tiempo para hacer entrar en línea estas unidades. Sea lo que fuere, había hecho lo imposible para enviar a la región de Amiens todas las tropas disponibles, llegando incluso a desguarnecer, más de lo que era prudente, el frente francés en el centro y en el este. Pedía que el mariscal Haig hiciera por su parte lo mismo.

El mariscal Haig contestó que también él desearía «hacer lo mismo, pero que, desgraciadamente, no tenía tropas de reserva, y que ni siquiera en Inglaterra quedaban hombres capaces de entrar inmediatamente en línea».

Al llegar aquí se produjo «un frío», y durante unos instantes nadie tomó la palabra. La franca exposición de la situación que acababa de hacer el general Pétain había impresionado, como era natural, a los asistentes, y en especial a los ingleses. De ello se encuentra testimonio en el informe de Lord Milner: «El general Pétain—dice—daba una impresión de frialdad y reserva, como el hombre que juega muy prudentemente *(playing for safety)*. Ninguno de los presentes se mostraba ni tranquilo ni convencido. Desde luego, no lo estaban ni Wilson ni Haig. Wilson llegó hasta a lanzar una exclamación que casi tenía el carácter de una protesta. Foch, que tan elocuente había estado la víspera, no decía una palabra; pero mirando su rostro—precisamente estaba sentado enfrente de mí—vi muy bien que estaba descontento, muy impaciente y que pensaba que las cosas podía y debían ir más de prisa.»

Esta especie de entreacto de silencio y de inquietud no podía prolongarse mucho tiempo. El Sr. Clemenceau hace un signo a Lord Milner, y llevándoselo a un ángulo le formula inmediatamente esta pregunta: «Hay que acabar... ¿Qué propone usted?» Se ha dado cuenta, en efecto, que ahora el asunto está maduro, y, en hábil diplomático, procura dejar a los ingleses la iniciativa de la petición que Francia preconizaba desde hacía meses sin obtener satisfacción. Lord Milner es concreto: Propone confiar al general Foch la dirección general de los ejércitos francés e inglés, única solución lógica, a juicio suyo, en la situación actual. El Sr. Clemenceau llama inmediatamente al general Pétain y le da cuenta de la proposición de Lord Milner. El general contesta noblemente que está dispuesto a aceptar todo lo que se decida en interés de su país y de los aliados. La misma gestión hizo Lord Milner mientras tanto cerca del mariscal Haig, quien, no viendo sino el interés general, aceptó inmediatamente la solución propuesta.

El Sr. Clemenceau redacta inmediatamente la siguiente nota:

«El general Foch queda encargado, etc., etc...» (General Mordacq, el *Mando único*, págs. 77 a 88.)

(1) Véase en el Apéndice el texto oficial del informe que Lord Milner,

No era más que un principio, pero decisivo. El título de comandante en jefe no estaba todavía aceptado por los ingleses. En Beauvais (1) yo propuse que se encargara al general Foch de la *dirección estratégica*, y la fórmula fué aceptada. El texto del nuevo acuerdo quedó redactado así:

«*El general Foch queda encargado por los Gobiernos británico, francés y americano, de coordinar la acción de los ejércitos aliados en el frente occidental. A este efecto, se le confieren todos los poderes necesarios para una realización efectiva, y con este fin los Gobiernos británico, francés y americano confieren al general Foch la dirección estratégica de las operaciones militares.*»

A petición de los ingleses se añadió lo siguiente:

«*Los comandantes en jefe de los ejércitos británico, francés y americano ejercen, en toda plenitud, la conducta táctica de sus ejércitos. Cada comandante en jefe tendrán derecho a recurrir ante su Gobierno si, en su opinión, su ejército se encuentra en peligro a causa de cualquier instrucción recibida del general Foch.*»

Con objeto de precisar las ventajas que implicaba el título, por fin obtenido, rogué al general Foch que escribiera a los Gobiernos aliados. En sus cartas hacía resaltar este argumento: «*Debo* PERSUADIR *en vez* de DIRIGIR. Un poder de dirección suprema paréceme indispensable para obtener el triunfo.»

Todo esto requirió tiempo. A instancias reiteradas mías conseguí, por fin, una contestación de Lloyd Geor-

---

miembro del War Office, hizo a su Gobierno sobre el viaje a Francia (fin de marzo 1918).

(1) 3 abril 1918.

ges: El Gobierno inglés no veía—decía—ningún inconveniente en que el general Foch tomara el título de comandante en jefe de los ejércitos aliados en Francia (1). El mismo día, el excelente general Bliss, luego de una entrevista en Versalles con el general Mordacq, me envió a decir en nombre del Presidente de los Estados Unidos: «*Yo respondo que mi Gobierno sólo verá ventajas en la unidad de mando.*»

Para mí se trataba menos de fórmulas que de los actos que de ellas se derivaban. Ya el general Pershing, en Clermont (Oise) (2), vino a ponerse a la disposición de su nuevo jefe con palabras cuyo recuerdo ha quedado vivo entre nosotros. Al mismo tiempo, el general Pétain se apresuró a acudir igualmente para recibir órdenes de Foch. El acuerdo se afirmaba por todas partes. Estábamos a las puertas de la acción decisiva.

El uso que se hizo de este mando superior es cuestión que la historia militar se encargará de puntualizar. Por muchas razones yo no estoy convencido de que haya representado en la dirección de la guerra el papel decisivo que la opinión pública le presta. Será necesario que esta historia sea escrita por otros distintos de los que la han vivido. Se nos habrá de decir qué cantidad de obediencia se *pidió* y *obtuvo*, y en qué circunstancias y para qué resultados. Pero todavía no ha llegado el momento.

Hay que decir, sin embargo, que en el ejercicio del mando único se abandonó a veces el generalísimo a vacilaciones, a contemporizaciones de autoridad capaces de dejar indecisos los resultados esperados.

---

(1) El 14 de abril de 1918.

(2) 28 de marzo 1918.

Por otra parte, creo poder decir que el mando del ejército británico jamás se sometió por completo a las directivas del general Foch, tal vez excesivamente preocupado de evitar toda dificultad con los dos grandes jefes que, teóricamente, le estaban subordinados.

Vinieron luego los malos días del *Camino de las Damas*. Para obtener nuevos efectivos y confirmar la autoridad del general Foch (1) hice figurar en el mensaje de los jefes de Gobierno a míster Wilson (2) la siguiente frase:

«Juzgamos que el general Foch, que conduce la campaña actual con una consumada habilidad, Y CUYA CAPACIDAD MILITAR NOS INSPIRA LA MAYOR CONFIANZA, NO EXAGERA LAS NECESIDADES ACTUALES.»

La principal dificultad en aquel momento (3) vino de sir Douglas Haig, quien, según su costumbre, no quería permitir al generalísimo que desplazara las reservas del ejército inglés para emplearlas en el frente francés (4). Los ingleses querían, ante todo, proteger los puertos de la Mancha, cosa muy natural. El general Foch, que tenía diivsiones francesas en Flandes, no quería retirarlas porque esperaba allí el ataque alemán, antes y después del derrumbamiento del Camino de las Damas. Me informó de la cuestión. Yo nunca quería entrar en discusiones de orden puramente militar; pero tenía el derecho, y hasta el deber, de informarme para saber si el mando supremo funcionaba bien.

(1) 2 de julio de 1918.

(2) La declaración del general Foch fué comunicada al Presidente Wilson en nombre del Gobierno francés y británico, a petición expresa de Mr. Balfour.

(3) Junio 1918.

(4) Yo ignoro todo de las relaciones entre Sir Douglas Haig y Foch. Creo poder decir que el generalísimo británico no se conformó jamás de una manera completa. Fácilmente se comprenderá que yo no formulaba a los jefes militares preguntas precisas en este orden de ideas.

CAPITULO III

EL CAMINO DE LAS DAMAS

Quedamos, pues, en que Foch no quería desguarnecer Flandes porque esperaba allí el ataque alemán. Pero éste se produjo en el Aisne, lo que no impidió al general en jefe mantener sus reservas en el Norte y en el Soma, juzgando que los alemanes nada podían esperar del ataque en el Aisne. Tres ríos atravesados en cinco días llevaron, sin embargo, el cañón alemán a Chateau-Thierry, es decir, a ochenta kilómetros de París. ¿Quién se atreverá a sostener que esto no es un resultado importante? Todo el mundo puede equivocarse; pero no es una razón para obstinarse contra la evidencia. Quien no está exento de culpa, debía ser indulgente. Cuando el mariscal criticaba a sus compañeros por no haber ganado la guerra en 1917, ellos podían haberle recordado el fracaso de la ofensiva en el Soma en 1916 y la catástrofe del *Camino de las Damas*, en 1918. De la misma manera podía decirse que si el mariscal Joffre hubiese ganado la batalla de Charleroi, la guerra habría terminado allí.

Para evitar toda contradicción, el asunto del *Camino de las Damas* queda relegado en el *Memorial*. Procedimiento, en verdad, muy cómodo si permitiera escamotear el debate.

El general en jefe pudo equivocarse, incluso gravemente, sobre el punto de saber por dónde le atacaría el enemigo; pero tenía el deber de guardarse lo mejor posible; y el *Camino de las Damas*, nuestra fortificación más importante de campaña, estaba mal, muy mal guardada. Los hechos lo han demostrado con excesiva elocuencia.

A mis primeros interrogatorios se me respondió brevemente que tales cosas son inevitables en la guerra; que, militar o civil, todos se equivocan; que no era prudente insistir... Y Foch cambió de conversación. Cuando vió que yo llevaba adelante la investigación, me preguntó si tenía el propósito de hacerle comparecer ante un Consejo de guerra. Le contesté que no se trataba de esto.

Sin embargo, existían responsabilidades, y había que proceder, ante todo, a una liquidación provisional del proceso para no hacer perder a los espíritus la confianza que aun guardaban. Hoy esto parece una cosa elemental; pero en aquellos momentos, en que estaba en juego la vida del país, un jefe de Gobierno debía tener la decisión pronta y encontrar la justa medida entre la energía y la moderación.

Como era natural, el Parlamento, espoleado por la opinión pública, reaccionaba intensamente y atacaba a los jefes militares; pero yo hubiera agravado mucho la situación de haber procedido, en aquel cruel desorden, a reemplazarlos por otros que, bien mirado, tal vez estuvieran menos preparados. Había que hacer frente a los movimientos de opinión que exigían sanciones antes de saber a quién debían ser aplicadas.

Yo estaba resuelto a no jugar el éxito final en un golpe de aventura. Me presté, sin vacilar, a todas las infor-

maciones que solicitó el Parlamento. Comparecí ante las Comisiones, en las que encontré una viva hostilidad; pero la confianza no tardó en renacer cuando se vió que yo estaba dispuesto a no ocultar nada. Entretanto, yo no cesaba de recorrer el frente para ver a los jefes en sus puestos, para reconfortarles, para animarles si fuera necesario, para mantener la confianza en lo que de mí dependía. En tales momentos, un jefe, con uniforme o sin él, un jefe que se obstina en vencer, no carece de ocupación.

Cito seguidamente unas notas del cuaderno del general Mordacq, cuya infatigable abnegación no conoció una hora de descanso:

«El 27 de mayo de 1918, el *Camino de las Damas*, juz»gado como una fortificación *inexpugnable*, cae *sin resis»tencia*, al primer empuje del ataque alemán. *Los puen»tes sobre el Aisne fueron tomados, sin que hasta hoy nos »hayan dicho cómo.* El enemigo atraviesa tres ríos sin ser »hostilizado. Llega a Chateau-Thierry y hace saltar el »puente.

»El siguiente día, 28 de mayo, viaje a Sarcus, al Cuar»tel General de Foch, *que no cree en un ataque impor»tante porque éste no daría a los alemanes ningún resul»tado estratégico importante. Por lo tanto, no juzga deber »desplazar sus reservas estratégicas, que están actualmen»te en Flandes, en la región de Amiens* (1).

---

(1) Me permito creer que podría decirse mucho sobre los extremos subrayados. Tengamos presentes nuestras pérdidas en hombres y en artillería, así como el terreno perdido, antes de admitir con Foch que el asunto del *Camino de las Damas «no era un ataque importante»*. Dejar que los alemanes llegaran a *80 kilómetros de París*, ¿de qué importancia podía ser?

Los alemanes tenían la ventaja del número; pero era porque habían conseguido engañar a Foch, lo que no puede ser para él un timbre de gloria. En el colegio me enseñaron que lo más elemental del arte de la guerra es encontrarse preparado ante el enemigo.

»*26 de mayo 1918.* — Situación táctica francesa en el »frente del Aisne: (*Camino de las Damas*).

»Este frente, que se extiende en una longitud de *90* »*kilómetros*, estaba muy deficientemente guarnecido: *3* »*cuerpos de ejército* (11 divisiones), que disponían de *unos mil cañones.*

»Situación táctica alemana en el mismo frente (entre »Noyon y Reims):

»9 divisiones entre Noyon y Juvincourt.

»3 divisiones entre Juvincourt y Courcy.

»Para efectuar el ataque del 27 de mayo, los alemanes »elevaron primero estas fuerzas a 30 divisiones, y luego »—del 27 al 30 de mayo—, a *42 divisiones*, apoyadas por »*4.000 piezas de artillería.*

»Los alemanes iban, pues, a atacar a las fuerzas alia- »das con fuerzas cuádruples en infantería y arti- »llería.

»*Plan alemán.*—No habiendo dado el ataque en Flan- »des el resultado esperado (separar el ejército belga del »inglés, desgastar las reservas inglesas y llegar al mar), »Ludendorff decide atacar a los aliados en el Aisne, *sec- »tor* que sabe débilmente defendido y desprovisto de re- »servas estratégicas. Su intención es atraer las reservas »aliadas para reanudar seguidamente el ataque principal »en Flandes, a fin de acabar con el ejército inglés (1).

»*El ataque de 27 de mayo.*—El ataque de la infantería »se inicia a las cuatro de la mañana, tras una prepara- »ción de artillería que ha durado tres horas.

»Los alemanes, gracias a su superioridad numérica, »avanzan rápidamente. A las ocho franquean el *Camino*

(1) Intención presumida para justificar el abandono del Aisne.

»*de las Damas* (1). A las doce atraviesan el Aisne, y por »la noche llegan al Vesle.

»*28 de mayo.*—El avance continúa: a las once se apo- »deran de Fismes, y al atardecer llegan a Soissons, luego »de haber capturado gran número de prisioneros.

»En París la emoción es enorme. El G. C. G. francés »envía ese día 9 divisiones a la región de Soissons, *pero* »*sin preocuparse lo bastante de organizar el mando.*

»*29 y 30 de mayo.*—Continúa la marcha victoriosa de »los alemanes: se apoderan de Soissons, franquean el »Arlette el 30, y llegan el mismo día al Marne, por Jaul- »gonne.

»Las reservas francesas continúan llegando (2). Se »llama al décimo ejército, que ocupa la región de Doul- »lens.

»*31 de mayo y 1.° de junio.*—Los alemanes bordean el »Marne, desde Dormans a Chateau-Thierry. Por los de- »más puntos avanzan difícilmente, ante los refuerzos que »llegan, de más en más numerosos. Intentan inútilmente »doblar el macizo arbolado de Villers-Cotterets sin conse- »guir penetrar en el bosque, sólidamente defendido por »nuestras tropas.

»*2 de junio.*—Puede decirse que el 2 de junio queda »detenido el ataque alemán. Estos tienen ahora ante »ellos 37 divisiones, repartidas en tres ejércitos (Maistre, »Duchesne y Michelet), y 15 divisiones más están en ca- »mino. El empuje enemigo no podrá, pues, llegar muy »lejos.

»*2 a 8 de junio.*—Y, en efecto, del 2 al 8 de junio,

(1) ¡En cuatro horas! ¿Y la defensa? ¿Por qué no se hicieron saltar los puentes sobre el Aisne?

(2) ¡Ya era hora!

»todos los esfuerzos alemanes se estrellan contra la resis-»tencia organizada de los aliados.

»En el curso de la *batalla del Camino de las Damas* »perdieron los aliados más de 60.000 prisioneros, 700 ca-»ñones, 2.000 ametralladoras, un considerable material de »artillería y de aviación, grandes depósitos de municio-»nes, de víveres, de aprovisionamientos de todas clases, »organizaciones sanitarias importantes, etc., etc.

»La vía férrea París-Châlons, tan necesaria para nues-»tros aprovisionamientos, quedó inutilizable.

»Se trataba, pues, de un verdadero desastre (1).

»A este ataque no tardó en seguir el de Compiègne (9 »al 12 de junio).

»*28 de mayo.*—Visita a Balleu, C. G. del general Du-»chesne, comandante del sexto ejército, que se ha reple-»gado a Oulchy-le-Chateau. Vamos allá. Expone la situa-»ción, que no tiene nada de halagüeña: los alemanes »avanzan, nosotros sólo tenemos *polvo* que oponerles. *Se »queja que desde el principio del ataque no ha visto a »ningún gran jefe.*

»Por la noche pernoctamos en Provins, C. G. del ge-»neral Pétain. *Este se queja de que Foch haya enviado »las reservas al Norte y al Soma.* Dice que EL SE OPO-»NIA a ESTO. Pétain envía divisiones para tapar la bre-»cha; pero son mal empleadas. Carecen de artillería.

»El día siguiente, 29 de mayo, vamos a Fére-en-Tar-»denois, y llegamos al mismo tiempo que los alemanes. »Conseguimos escapar. Luego nos dirigimos a Fresnes,

---

(1) Si la operación era tan poco importante, como había pretendido el mariscal Foch, ¿para qué tan formidable organización en aquel lugar? Este laismo hace más inexplicable por qué fué abandonado tan rápidamente. En verdad, existen demasiados *porqués* en este extraño asunto.

»P. C. del general Degoutte. Su papel en la acción: nos »habla de divisiones arrojadas en la batalla, una tras otra, »sin artillería. Espectáculo trágico el del general lloran»do en silencio sobre un mapa desgarrado, mientras que »los motociclistas se suceden de minuto en minuto anun»ciando que el enemigo se aproxima. Me separé de él »sin la esperanza de volverle a ver. Este es, para mí, »uno de los recuerdos más dolorosos de la guerra.

»Almorzamos en Oulchy-le-Chateau con el general Du»chesne para animarle y procurar obtener informes pre»cisos sobre la batalla.

»Visita, en Longpont, al general Maud'huy. Sus im»presiones, su cólera contra Duchesne. Seguimos luego »hasta Ambreny, C. G. del general Chrétien. Regresa»mos a París. Situación confusa. El Parlamento está »como loco.

»*30 de mayo.*—Visitas a Trilport (P. C. del general »Duchesne), a Cupru (P. C. del general Degoutte), a »Longpont (general Maud'huy).

»La brecha ha sido colmada, pero falta artillería.

»Agitaciones en París. Se pide la cabeza de Duchesne, »de Franchet d'Esperey, de Pétain y de Foch.

»Entrevista de Trilport. Conversación en el coche. »Foch, Pétain, Duchesne, vivamente criticados. Debili»dad del mando subalterno. Necesidad de castigar.

»En París gran nerviosidad, especialmente a propósito »del abandono de los puentes del Aisne.

»No obstante la animosidad de los aliados contra Foch, »el señor Clemenceau hace figurar esta frase en un tele»grama a los Gobiernos aliados: «Juzgamos que el gene»ral Foch, que conduce la campaña actual con una habi»lidad consumada, y cuyas capacidades militares nos ins-

»piran la mayor confianza, no exagera las necesidades »actuales (1).»

»*3 de junio, por la noche.*—Sesión *en la Comisión del* »*ejército.* Dice el señor Clemenceau: «Hay que tener con- »fianza en Foch y en Pétain, esos dos grandes jefes que »se completan tan felizmente.»

»*4 de junio.*—Mi entrevista con Foch en Mouchy-le- »Chatel. Necesidad de castigar a divisionarios incapaces. »Foch debe hablar de ello a Pétain.

»Mejores noticias del frente.»

Yo tenía que vérmelas ahora con el Parlamento.

A pesar de todo, continúo invariablemente de espíritu parlamentario; pero reconozco que el parlamentarismo, tal y como nosotros lo practicamos, no es siempre una escuela de impavidez. Todas las conversaciones que precedieron a la temible sesión estaban cargadas de desagradables predicciones para el alto mando. No sentí vacilaciones. Defendí a todos, con gran sorpresa de los que me habían anunciado que, dejando las responsabilidades al general en jefe, recuperaba la autoridad de mi posición.

Era evidente que al ampliar los poderes de Foch se habían aumentado sus responsabilidades. Nadie lo sabía mejor que él mismo. No era hablador por naturaleza. Yo no pretendía (carecía de tiempo para ello) formarme una opinión personal sobre el conjunto de las responsabilidades militares, y más tarde no se me ha presentado ocasión para ello. Así, pues, sólo cambié palabras imprecisas con el generalísimo y fuí a la batalla parlamentaria sin prevenir a nadie de lo que pensaba hacer. Obtuve una

(1) Citado ya en el capítulo *La unidad de mando.*

brillante victoria defendiendo a todos mis subordinados; pero nadie dudará que, de haber vacilado un solo instante, el alto mando habría sido arrastrado. Nunca me dijo Foch ni una palabra de esta sesión, en la que no es alabarme decir que le salvé. Reconózcase, sin embargo, que este silencio de Foch podría prestarse a comentarios. Todavía no estábamos en las grandes querellas sobre el ejército americano y sobre la anexión de Renania. Ninguna mala palabra fué, ni ha sido jamás cambiada entre nosotros, a excepción, tal vez, de las suscitadas por las oposiciones del poder civil y del poder militar; pero yo procuraba en todo momento no profundizar la discusión, y, por mi parte, no se produjo una reacción explícita hasta el día en que intentó sostenerme que él no era mi subordinado, llegando a la insubordinación clara y precisa en el asunto del telegrama Nudant.

«*Sesión del Congreso, 4 de junio 1918.* — Asunto del »*Camino de las Damas* (1). Peticiones de interpelación.

»*El señor Arístides Jobert.*—He pedido interpelar al »Gobierno sobre las medidas que piensa tomar para dar »a nuestro admirable y heroico ejército los jefes que me»rece, y para preguntarle qué medidas piensa tomar con »respecto a los incapaces...»

«*Federico Brunet.*—... Señor presidente del Consejo: »Tenemos la impresión de que en los recientes combates »no se han tomado todas las medidas de previsión y todas »las precauciones para salvaguardar la vida de nuestros »hombres y emplear su heroísmo de una manera más »útil. Cuando hemos visto el primer empuje alemán en »el Soma, nadie en el país ha desfallecido. Todos, con

(1) *Diario de Sesiones.*

»usted, hemos repetido: «¡No pasarán!» Pero cuando »hemos visto lo del *Camino de las Damas*, en donde tan»tos de los nuestros han caído para asegurar su posesión »a Francia, hemos sentido un instante de angustia y nos »hemos preguntado si los jefes que mandaban allí habían »cumplido con todo su deber... Y si la ley cae de una »manera formidable sobre el soldado que vacila ante el »deber, *debe ser más terrible aún para el jefe que, por »negligencia o imprevisión, puede causar desastres irre»parables.*»

El señor Clemenceau toma la palabra:

«Si para obtener la aprobación de ciertas personas que »juzgan a la ligera hay que abandonar a los jefes que »han merecido bien de la patria, os diré que es una co»bardía de la que soy incapaz. No esperéis de mí que »la cometa...

»... Suscitar en el espíritu de los soldados dudas sobre »determinados jefes, los mejores tal vez, sería un crimen »cuya responsabilidad no tomaré...

»Esos soldados, esos grandes soldados, tienen jefes, »jefes dignos de ellos desde todos los puntos de vista.

»... ¿Quiere decir esto que no existen culpas? Soy in»capaz de sostenerlo. Existen, y lo sé muy bien. Mi deber »es encontrar esas faltas y corregirlas, y a ello me apli»co, sostenido por dos grandes soldados que se llaman »Foch y Pétain.

»... El general Foch tiene, a este efecto, la confianza »de nuestros aliados, que ayer, en la Conferencia de Ver»salles, han querido que en la nota entregada a la prensa »constara el testimonio de la confianza que en él tienen.»

«*Un diputado.*—Es usted quien les ha obligado a de»cirlo.

»Esos hombres libran en este momento una batalla, »la más dura de la guerra, y la libran con un heroísmo »para calificar el cual no encuentro una expresión digna. »¿Y vamos a ser nosotros quienes por una falta que, se»gún parece, se ha cometido en tal o cual parte, o que »acaso no se haya cometido, vamos a ser nosotros quie»nes exijan, en el curso de la batalla, de un hombre ago»tado por la fatiga, y cuya cabeza rendida cae sobre el »mapa, como yo lo he visto, en horas terribles, explica»ciones para saber si tal o cuál día ha hecho esto o lo otro?

»Arrojadme de esta tribuna, si es eso lo que deseáis, »porque yo no lo haré jamás.

»... Decía que el ejército está por encima de lo que de »él podíamos esperar, y cuando digo el ejército me refiero »a todos los hombres, de cualquier clase o grado, que »están en el frente. Este es uno de los elementos de nues»tra confianza, el elemento principal. En efecto, la fe en »la causa es algo admirable; pero esto no da la victoria; »es necesario que los hombres mueran para su fe para »que la victoria quede asegurada. Y los nuestros están »ocupados en morir.

»Tenemos un ejército formado con nuestros hijos, con »nuestros hermanos, con todos los nuestros. ¿Qué po»dríamos tener que decir contra él?

»Los jefes también han salido de entre nosotros. Tam»bién son nuestros parientes, también son buenos solda»dos; vuelven cubiertos de heridas, cuando no quedan en »el campo de batalla. ¿Qué tenéis que decir contra »ellos?

»... Tenemos aliados que se han comprometido con »nosotros a llevar la guerra hasta el fin, hasta el triunfo, »que es nuestro, que estamos en vísperas de obtener, si

»tenemos la obstinación necesaria. Y yo sé que la ma»yoría de nosotros la tendrá; pero hubiese querido que »fuera unánime.

»Afirmo—y es preciso que ésta sea mi última pala»bra—que la victoria depende de nosotros... a condición »que el poder civil se eleve a la altura de su deber, por»que a los soldados no hay necesidad de hacerles esta »recomendación.

»Echadme de aquí si he sido un mal servidor, echad»me, condenadme; pero, al menos, concretad las críticas.

»Yo sostengo que hasta hoy ha cumplido el pueblo »francés con todos sus deberes. Los que han caído no han »caído en vano, porque gracias a ellos se ha engrande»cido la historia francesa.

»Los vivos deben acabar la obra magnífica de los »muertos.»

Foch estaba salvado.

Todavía unas notas de Mordacq:

«*5 de junio.*—Las intrigas parlamentarias están en su »apogeo. El señor Clemenceau, obligado a permanecer en »París, me envía el 5 de junio a Bombon (G. C. G. del »mariscal Foch) y a Provins (general Pétain). Hay que »acabar con los jefes incapaces. Más que nunca se hace »sentir la necesidad de jefes enérgicos y competentes. El »señor Clemenceau decide retirar de Salónica a Guillau»mat y reemplazarlo por Franchet d'Esperey. Foch y »Pétain aprueban.

»Resolución tomada sin consultar a Lloyd George, »que se había pronunciado en contra de Foch y Pétain.

»*7 de junio.*—Reunión en el Ministerio de la Guerra: »Lord Milner, Haig, Foch, Wilson. Empleo de divisiones

»inglesas en el frente francés. Contestación dilatoria »de Foch.

»*8 de junio.*—Visita tercer ejército, general Humbert »(Oise). Ataque alemán anunciado. Todo está preparado »para contestar.

»*9 de junio.*—Ha comenzado el ataque.»

Después del voto de confianza, yo rodaba noche y día por las carreteras para visitar los puestos de mando. En todas partes se me hablaba de la eterna cuestión de las faltas cometidas por jefes de segundo plano. Esta lamentable derrota, sobre la cual no habrá más remedio que hacer luz un día u otro, era, sin duda, imputable al mando supremo, en contacto insuficiente con los elementos de combate; pero si los mandos secundarios hubieran estado bien soldados entre sí habríamos podido resistir, incluso a falta de las reservas inmovilizadas en Flandes por el general Foch.

Finalmente declaré al general en jefe que nuestra victoria parlamentaria nos imponía nuevos deberes, y apelé a su conciencia militar de jefe supremo para que me declarara si tenía que proponerme reformas urgentes de personal. El general, sin vacilar, me contestó que la principal deficiencia estaba en la insuficiencia de los medios de que disponía su Estado Mayor (1); pero que la dificultad de una reorganización era grande, porque habría que desmembrar el Estado Mayor del general Pétain.

Contesté que éste era el hombre desinteresado por ex-

(1) Todo lo que después he sabido sobre los acontecimientos del *Camino de las Damas* no me ha parecido confirmar esta explicación. Es todo un proceso que algún día habrá que hacer.

celencia, y que bastaría con demostrarle aquella necesidad. Al mismo tiempo saqué de mi bolsillo una larga lista de jefes militares envejecidos cuyo relevo había yo decidido.

Yo defendí en las Cortes al alto mando; pero sabía muy bien, por haberlo visto de cerca en mis visitas al frente, que buen número de jefes habíanse hecho viejos y que había que reemplazarlos. Foch lo sabía tan bien como yo, incluso mejor, desde luego; pero para él, como para muchos jefes, la apelación «viejo camarada» era un talismán de eficacia segura.

He de reconocer que el general en jefe no opuso ninguna resistencia a mi decisión. Sin perder momento fuimos a visitar al general Pétain, al que expuse, con toda diplomacia, la conversación que acababa de sostener con su jefe. Tranquilo de ordinario, el general Pétain, jefe del ejército francés, escuchó mis palabras sin interrumpirme, y cuando terminé contestó:

—Señor presidente, puede usted tener la seguridad que si me concede el mando de un cuerpo de ejército me conceptuaré muy honrado y estaré contento en la buena ejecución de mis deberes.

Fué una hora de suprema nobleza que no puede ser olvidada.

Seguidamente hablamos de la lista de generales que debían ser relevados, y mi decisión no suscitó observación alguna. Pétain conocía muy bien los defectos de cada uno. Al pronunciar ciertos nombres, le veía encogerse de hombros y decir: «¡Un antiguo amigo...!» El sacrificio quedó consumado casi sin excepción. En efecto, Foch me pidió gracia para aquellos de sus «viejos camaradas» que se encontraban en puntos del frente don-

de no se luchaba, prometiéndome que si en cualquier momento lo requerían las circunstancias, procedería sin tener en cuenta consideración de ninguna clase.

Mi deber hubiera sido resistir a estos impulsos de las debilidades de costumbre, porque el combate podía recomenzar de un momento a otro en los puntos en donde, provisionalmente, todo estaba tranquilo. Se me hubiera podido criticar con razón, de producirse cualquier contratiempo; pero me arriesgué para conciliarme la simpatía del generalísimo, mantenido en su puesto gracias a mi intervención en las Cortes. ¡Y por esto me acusa de haberle perseguido! ¿Dónde estaría usted a estas horas, pobre mariscal, si yo no hubiera puesto mi pecho entre usted y sus jueces? No tengo más remedio que recordárselo, puesto que ni siquiera ha pensado usted en ello.

Cumpliendo lo que yo prometí, se entregaron todos los antecedentes a una Comisión parlamentaria, antecedentes que nunca vi, pues tenía ocupaciones más urgentes. Cuando esa Comisión confesó su impotencia para establecer las responsabilidades, no quedó delante de mí más que el general Foch. Ahora se comprenderá claramente la razón del silencio en que el mismo *Memorial* se ha encerrado.

CAPITULO IV

EL EMPLEO DE LOS CONTINGENTES AMERICANOS

Un disentimiento bastante grave con el general Pershing.

Todo el mundo sabe que los soldados americanos, bravos entre los bravos, representaban, ante todo, excelentes efectivos en estado de improvisación. Algunas divisiones habían entrado en línea bajo el mando francés e inglés. No podía ser de otra manera. Para las demás, cuya instrucción no estaba terminada, se habían sacado instructores del frente a fin de que comenzara en América la enseñanza militar, que otros oficiales terminaban en Francia. Esto requería tiempo. Y era una gran tristeza ver caer constantemente a nuestros hombres, mientras que importantes contingentes americanos, bajo el mando de sus buenos jefes, estaban inactivos, al alcance del cañón.

Para mí, ministro de la Guerra, que veía cómo se aclaraban diariamente nuestras filas tras sacrificios que no tenían su equivalencia en la historia, ¿existía tarea más urgente que activar, en la medida de lo posible, los efectos de la intervención americana? Yo había pasado revista a uno de los últimos contingentes británicos, cuya inferioridad física testimoniaba que nuestra excelente

aliada había echado mano de todos sus recursos. ¿Debía contentarme con debates teóricos? No era así como yo entendía cumplir con mi deber.

Insté, pues, con todas mis fuerzas al general Pershing (el presidente Wilson estaba entonces en América); pero sólo obtenía respuestas evasivas. Pershing, con su sonrisa maliciosa, aplazaba de día en día la solución. Supongo que Foch, por su parte, se esforzaba también. Este era frecuentemente el tema de nuestras conversaciones; pero, debo confesarlo, yo juzgaba al general en jefe demasiado resignado a las negativas de Pershing, y esto agudizaba algunas veces el final de nuestras entrevistas.

Con o sin la aprobación de Foch, yo no cesaba de instar al comandante en jefe americano para que enviara al combate, entre nuestras filas, los primeros regimientos americanos que se juzgara estaban suficientemente preparados para que nos aliviaran en el momento culminante de una crisis de efectivos como jamás habían conocido nuestros ejércitos. Con seguridad que el general Pershing también deseaba acudir en nuestra ayuda, puesto que para esto precisamente había atravesado el mar; pero tenía el deber, para con el romanticismo de su intervención, de formar un ejército americano autónomo, deber que, desde luego, yo no pretendía ignorar.

Su Gobierno, su país, su mismo ejército, le tenían en suspenso. La opinión pública del otro lado del Océano pretendía improvisar oficiales lo mismo que se improvisan los soldados, mientras que yo perseguía, ante todo, el éxito final de la prueba decisiva. El general Pershing, amistosa, pero obstinadamente, me pedía que esperara a que estuviera en posesión de un ejército completo, y yo insistía con sobresaltos nerviosos, porque la suerte de mi

país se jugaba a cada hora en los campos de batalla, que habían bebido ya lo mejor de la sangre francesa. Cuanto más insistía yo, más resistía el general americano, hasta el punto de que, a veces, nos separábamos con sonrisas en las que había, por ambas partes, rechinamientos de dientes.

¿Puede extrañar que me viniera la idea de averiguar cuál fué la ayuda del comandante en jefe en este asunto? En principio, el generalísimo no podía ser de otra opinión que la mía.

El 4 de mayo de 1918 envié al señor Jusserand, embajador de Francia en Wáshington, un telegrama en el que le daba a conocer el texto del acuerdo establecido en la Conferencia de Abbeville entre las potencias aliadas.

Este texto se reduce a lo que sigue:

«El Consejo Superior de guerra juzga que hay necesidad de formar lo antes posible *un ejército americano*, *bajo la autoridad directa de su jefe*, *que combatirá bajo su propia bandera.*

»Pero, sin dejar de tener en cuenta esta necesidad, la prioridad de transporte será atribuída a las unidades de infantería y de ametralladoras, que terminarán su instrucción sirviendo en los ejércitos francés e inglés, a reserva de que dichas unidades de infantería y de ametralladoras serán eventualmente retiradas de los ejércitos francés e inglés para constituír, con su propia artillería y servicios, divisiones o cuerpos de ejército, esto a voluntad del comandante en jefe del cuerpo expedicionario americano, que deberá, sin embargo, consultar previamente con el comandante en jefe de los ejércitos aliados en Francia.

»Durante el mes de mayo se dará la prioridad al trans-

porte de las unidades de infantería y de ametralladoras de seis divisiones. Todo tonelaje suplementario servirá para el transporte de las demás tropas cuyo embarque decida el comandante en jefe del cuerpo expedicionario americano.

»En junio se realizará el mismo programa, a condición de que el Gobierno británico proporcione los medios necesarios para el transporte de 130.000 hombres en mayo y de 150.000 en junio. Las seis primeras divisiones ingresarán en los ejércitos británicos. Las tropas transportadas en junio serán destinadas al uso que decida el general Pershing.

»Si los ingleses pueden transportar en junio un suplemento de 150.000 hombres, este suplemento será compuesto de infantería y de ametralladoras. En los primeros días de junio se procederá a un nuevo examen de la situación.»

Tal es, en resumen, el texto de la Conferencia de Abbeville del 2 de mayo 1918 (1).

Creo inútil hacer observar que este programa se inspiraba en las ideas del mismo general Foch. En Abbeville, el comandante en jefe de nuestros ejércitos había leído a la Conferencia la siguiente declaración, cuyo texto comuniqué al señor Jusserand:

«He sido elegido comandante en jefe de los ejércitos aliados por los Gobiernos de los Estados Unidos de Amé-

---

(1) Debo decir que anteriormente lord Milner y el general Pershing, sin consultar a Francia y sin ni siquiera informar de ello a Wáshington, habían establecido un acuerdo para el mes de mayo y junio, *exclusivamente en beneficio de Inglaterra*, que, a decir verdad, tenía una necesidad urgente de efectivos. La Conferencia de Abbeville reemplazó este acuerdo por el texto citado.

rica, de Francia y de Gran Bretaña. En mi calidad de tal, me es imposible, en el momento más crítico de la batalla más grande de la guerra, admitir que no tenga derecho a pronunciarme sobre las condiciones de llegada a Francia del ejército americano.

»Penetrado, pues, de la muy grave responsabilidad que me incumbe, en el momento en que la más grande ofensiva alemana amenaza simultáneamente París y nuestras comunicaciones con la Gran Bretaña, por las vías de Calais y de Boulogne, deseo expresamente que cada Gobierno tome, a su vez, la parte de responsabilidad que le corresponde.

»En mi conciencia, es de todo punto necesario que lleguen mensualmente de América a Francia, por lo menos durante los meses de mayo, junio y julio, por derecho de prioridad, 120.000 soldados americanos de infantería y de ametralladoras. Hasta juzgo que, si el tonelaje lo permite, como se nos ha hecho entrever, sería muy de apreciar que esta cifra fuera sobrepasada, pues cuanto más elevada sea la cifra de la infantería americana que *pueda figurar en breve plazo en los campos de batalla* (1), más rápido y más decisivo será el triunfo de los aliados.

»No hay que olvidar, en efecto, que el carácter de la última ofensiva alemana es haber causado pérdidas de infantería y de ametralladoras muy por encima de toda comparación con las pérdidas de la guerra, tal como se ha desenvuelto durante los tres últimos años. Las pérdidas de infantería del ejército británico han sobrepasado, en proporciones imprevistas, todas las que había sufrido anteriormente. Lo mismo ocurrió con los franceses,

(1) Soy yo quien subrayo.

proporcionalmente a su participación en la batalla, y en las próximas semanas es inevitable que las pérdidas en infantería vayan agravándose. Hay que contar, pues, sin perder un instante, con tropas de infantería y de ametralladoras, tanto más que los recursos de los depósitos alemanes en infantería y ametralladoras se calculan en 500 ó 600.00 hombres, mientras que los depósitos británicos están poco menos que vacíos y que los depósitos franceses quedarán sin recursos hasta el mes de agosto próximo.

»Pido de la manera más categórica al Comité Superior de Guerra, compuesto por los Gobiernos aliados, que se pronuncie sobre este ruego y lo comunique al presidente de los Estados Unidos.

»No es que no tenga en cuenta las observaciones del general Pershing, que desea precisamente traer lo antes posible a Francia el conjunto de los servicios complementarios, que han de permitirle terminar en breve plazo la constitución del gran ejército americano, del que es el jefe y al que esperamos impacientes; pero al comprobar que mi petición sólo puede causar un aplazamiento de pocas semanas, mi deber imperioso de soldado y de general en jefe me obliga a declarar que, cuando el mayor ejército alemán emprende la ofensiva más grande de esta guerra frente a Amiens y frente a Ypres, por pequeño que sea el retraso no puede tomarse en consideración en el momento en que el final de la guerra misma puede depender de un éxito del enemigo ante los dos objetivos señalados.

»Después de las pérdidas enormes que ha sufrido, con magnífica valentía, el ejército inglés, acaba de ver suprimidas *diez de sus divisiones*, y no basta con reemplazar-

las para detener definitivamente los ejércitos enemigos. Necesitamos *sin ningún plazo* nuevas fuerzas de infantería y de ametralladoras, y si se tiene en cuenta que las tropas americanas, al desembarcar, han de recibir una rápida instrucción suplementaria, se comprenderá hasta qué punto se encuentra reforzada la urgencia de la decisión de que se trata.

»Firmado: *Foch.*»

A lo que añadí: «No he creído conveniente enviar este texto al presidente Wilson por no herir la susceptibilidad del general Pershing; pero ruego al señor Jusserand que se inspire en él.»

El lector ve claramente aquí que YO ESTABA DE ACUERDO EN TODOS LOS PUNTOS con el general Foch, SIN NINGUNA RESERVA. En esto es en lo que funda el *Memorial*, lo que llama UN GRAVE DESACUERDO.

El mismo día, 4 de mayo 1918, mando un nuevo telegrama al señor Jusserand: «M. Balfour me informa que desearía comunicara al presidente Wilson la declaración del general Foch. Comuníquesela, pues, tanto en nombre del Gobierno francés como del británico.»

El 8 de mayo 1918 envío el siguiente telegrama al señor Tardieu, alto comisario de la República Francesa en Nueva York: «El asunto es de la más alta gravedad para el desenlace de la guerra por la intervención decisiva de las tropas americanas, que, cueste lo que cueste, no deben exponerse a una aventura como la del 5.° ejército británico bajo las órdenes del general Gough (1).

(1) Cuestión gravísima que me limito a señalar. Era preciso a todo trance evitar un fracaso en el *debut* del Ejército americano. Razón importante

Es de tal importancia el asunto, que pienso enviar a América, sin llamar la atención, y bajo pretexto de inspeccionar nuestras tropas de instrucción, uno de nuestros mejores generales para exponer al presidente Wilson, bajo un punto de vista puramente técnico, los elementos del problema.»

Añadía:

«Se me ha hecho observar muy acertadamente que los argumentos del general Pershing son todos de *orden político*, mientras que los del general Foch, a los que no se ha contestado, son de *orden exclusivamente* militar. Creo que debemos guardarnos de intervenir con demasiada insistencia cerca del presidente Wilson, que tiene ciertamente toda la madurez de juicio necesaria para decidir útilmente cuando conozca todos los aspectos del problema.

»Debe usted escuchar lo que se dice, sin ocultar, claro está, su opinión; pero dándola con la discreción necesaria. Al presidente de la República americana corresponde decir la palabra definitiva cuando llegue el momento.»

El general que envié a América no hablaba inglés; pero iba acompañado del coronel Fagalde, oficial muy competente y muy apto en la materia para servir de intérprete.

El 9 de mayo cablegrafié al señor Jusserand: «Se queja usted con mucha razón de que las disposiciones tomadas por la Conferencia de Abbeville sean insuficientes. Es que esta Conferencia no ha sido más que un interminable debate entre Mr. Lloyd George, yo y el general

---

para asociar en el campo de batalla a las tropas viejas y jóvenes. Me incumbía una grave responsabilidad si alguna maniobra mal comprendida o mal ejecutada tenía consecuencias desfavorables.

Pershing, que defendía obstinadamente la tesis de la rápida llegada de los servicios secundarios, alegando que el pueblo americano y el Gobierno de Wáshington deseaban, ante todo, la constitución de un gran ejército americano.

»Cuando el general Pershing accedió a que tropas de infantería y unidades de ametralladoras llegaran, ante todo, en junio, se negó obstinadamente a hacernos la misma concesión para julio, y todo lo que pudimos conseguir fué que a principios de junio se sometería nuevamente el asunto a nuestra deliberación.»

El 17 telegrafió a Mr. Lloyd George:

«Las disposiciones tomadas en Abbeville deben ser »revisadas con el fin de que nos sea enviado un número »muy superior de tropas de infantería y de ametralla»doras americanas en el más breve plazo posible, *según »el presidente Wilson y M. Baker* (1) *están dispuestos a »hacerlo*. Creo inútil decirle que el general Foch, a quien »he consultado sobre el particular, insiste vivamente para »que esta reunión del Consejo Superior de Guerra se efec»túe a la mayor brevedad, pues las contraofensivas que »prepara serán forzosamente muy limitadas mientras ca»rezca de efectivos.»

El 20 de mayo de 1918 telegrafío de nuevo a Mr. Lloyd George: «Según cablegramas del señor Jusserand, a cu»yas informaciones se añade la autoridad de sus conver»saciones con lord Reading, EL PRESIDENTE WILSON »ESTA ABSOLUTAMENTE CON NOSOTROS EN ESTE »ASUNTO. Al señor Jusserand, que le pedía que aumen»tara en mayo el número de soldados de infantería y de

(1) Ministro de la Guerra americano.

»ametralladoras, contestó que lo haría con mucho gusto »si no existiera el acuerdo de Abbeville, al que creía »debía atenerse. El señor Baker hizo al señor Jusserand, »poco más o menos, idénticas declaraciones (1).

»En fin, el general Pershing (tal vez por indicación »de Wáshington) me ha honrado con su visita para de- »cirme que temía no haber sido comprendido en la Con- »ferencia de Abbeville; que tenía un espíritu muy am- »plio y que su mayor deseo era aceptar los argumentos »de extrema urgencia que le habían sido sometidos.

»Le contesté que confiaba en la próxima reunión del »Consejo Superior de Guerra obtener en junio, sin hablar »de julio, un envío de 100.000 soldados americanos. Su »respuesta fué que no tenía inconveniente en fijar con- »migo esta cifra, y que no había, por lo tanto, necesi- »dad de una sesión en Versalles para esto. Me negué, »claro está, a renunciar a la Conferencia de Versalles.

»Me dijo entonces que iría a ver al general Foch, y »que el acuerdo entre ellos se haría muy fácilmente. Es, »en efecto, lo que sucedió.»

El 1.° de junio 1918 el Comité superior de guerra se reunió en Versalles.

Y el 7 de junio cablegrafié al señor Jusserand:

«Nada tenemos que ocultar al Gobierno americano. »Cuanto a la necesidad para él de empeñar sus fuer- »zas militares en ejércitos, nadie mejor que yo lo com- »prende, y el presidente puede contar que daremos a »este efecto toda clase de facilidades... Nuestras indica- »ciones anteriores se derivaban de dos sentimientos muy »fáciles de comprender: 1.° Nuestra necesidad urgente

(1) Ignoraba él que la decisión de Abbeville era un mínimum más allá del cual la aprobación del general Pershing nos había sido negada.

»de combatientes; 2.° La gran ventaja, en caso tan apre»miante, de terminar la educación práctica, en la línea »de fuego, de las formaciones americanas antes de la »constitución de los estados mayores (1)...»

He expuesto lo más claramente que he podido los preliminares del «grave desacuerdo» surgido entre el mariscal Foch y yo a propósito del empleo, inmediato o lejano, de las fuerzas americanas. El punto más extraño de ese «grave desacuerdo» consistía en que precisamente NOS ENCONTRABAMOS ABSOLUTAMENTE DE ACUERDO EN TODOS LOS PUNTOS.

¿Cómo sacar de este *acuerdo* un *desacuerdo* que asustó al mismo general Foch, y hasta al señor Poincaré? Nada más sencillo. El acuerdo existía sobre el fondo, y el desacuerdo se refería al procedimiento, que ni el general Foch ni el señor Poincaré querían extremar. En otros términos: llegué incluso a reclamar una orden del comandante en jefe al general americano, a lo que se oponían el mismo comandante en jefe y el señor Poincaré (2).

Eramos del mismo parecer los tres: el general Foch, el señor Poincaré y yo; teníamos necesidad urgente de efectivos para reemplazar los hombres que caían diariamente en el campo de batalla; pero el general Foch y el señor Poincaré querían que este «parecer» quedara en

(1) El general Pershing tuvo que esperar aún varias semanas antes de ver realizado su sueño de un gran ejército americano autónomo. Me felicitaba de ello: la hora había llegado el 27 de julio de 1918, y telegrafié al general en jefe americano: «Cordiales felicitaciones por la creación del primer ejército americano. La historia le espera. Usted no faltará.—*G. Clemenceau.*»

(2) Nombraré al Sr. Poincaré lo menos posible; pero cuando me defiendo contra el mariscal Foch que me ataca con el presidente de la República por tapadera, he de replicar a mis dos adversarios a la vez.

estado de parecer nada más, y yo pretendía sacar de él algo que fuera acción. Mis dos contradictores no querían afrontar la obstinación del general Pershing, que podía provocar una ruptura. En otras palabras: yo quería demasiado, según ellos, a lo que respondí que ellos no querían lo bastante. Foch se negaba a dar una orden a su subordinado, alegando siempre que su autoridad de jefe supremo no consistía en mandar, sino simplemente en *sugerir*. Y el señor Poincaré no me reconocía el derecho de dar, en este orden de ideas, una orden a Foch, ni de aconsejarle demasiado enérgicamente. De todo este ruido, ¿qué resultaba de un asunto sobre el cual, en el fondo, todos los aliados estaban unánimes, sino una detención brusca de la voluntad de dos de los jefes que tenían misión de mandar?

El problema radicaba en el solo hecho de que combatíamos desde hacía mucho tiempo cuando llegaron los primeros contingentes americanos, necesariamente inexperimentados. La misión de los aliados americanos consistía, ante todo, en permitirnos ganar el tiempo perdido tomando parte en la guerra a medida que llegaban, mientras que el natural orgullo de la gran democracia le incitaba a entrar en bloque para la suprema victoria en la última fase de la batalla. Problema de día y de hora que podía y debía decidir dramáticamente del éxito, menos por la cualidad doctrinal del combate que por la entrada en escena de un esfuerzo militar capaz de adaptarse, de prolongarse e incluso de acrecentarse indefinidamente. Como ya he dicho, nosotros habíamos enviado a los Estados Unidos importantes misiones de oficiales instructores. La inspección del general Berthelot (fin de mayo 1918) a los campos franceses de instrucción mi-

litar en América tuvo un feliz éxito para todos. Oficiales instructores excelentes. Trabajábase de perfecto acuerdo; el entusiasmo guerrero llegaba al colmo. El jefe de la misión elogia al coronel House, cuya luminosa inteligencia facilitó maravillosamente la tarea.

Un solo punto obscuro: la obstinación fanática de los grandes jefes del ejército americano en retrasar la llegada de la bandera estrellada a los campos de batalla. La organización tardía del ejército americano nos costaba a nosotros y a los ingleses mucha sangre; pero debía resolver de golpe—se nos decía—el conjunto de los problemas militares. Y así ocurrió que la guerra estaba virtualmente terminada cuando el Argona demostró a los gallardos y bravos soldados de la valiente América que no bastaba ser bravo hasta la temeridad para conseguir ventajas estratégicas.

Yo les había prevenido (1); pero su superpatriotismo obstinado no prestó oídos a mis palabras, y querían nada menos que un golpe de estrategia providencial que les permitiera, al mismo tiempo, comenzar y terminar la guerra en belleza. Si este milagro se hubiera producido, yo estaría próximo a creer que la opinión pública habría impuesto al Senado la aceptación del Tratado.

En su *Informe final* (págs. 39 y 40) reconoce el general Pershing que Pétain puso *bajo sus órdenes* tropas francesas para tomar parte en la batalla de Saint-Mihiel. Esto le demostraría que teníamos confianza en él. Llegó,

(1) Todos los representantes de la alta autoridad americana apoyaban francamente a Pershing, con la sola excepción del general Bliss. Querían un ejército americano. Lo tuvieron. Quien haya visto, como yo, el terrible embotellamiento de Thiaucourt puede certificar que los americanos deben felicitarse de no haberlo tenido antes.

por fin, el día (septiembre 1918) en que Saint-Mihiel vió llegar a nuestros camaradas (con cañones franceses) pisando los talones a los soldados alemanes. Fué un día de fiesta indescriptible. En camiones y automóviles de todas suertes habían instalado los nuestros a todos los niños con sus alegres mamás, entre flores y verdes ramajes, golosinas, cantos, risas y besos, que celebraban la entrada en batalla de los americanos. ¿Por qué estas manifestaciones de glorioso entusiasmo habían de terminar en un balance de debe y haber fríamente calculado?

Antes de abordar el asunto de mi «desacuerdo» con el mariscal Foch, he de decir que éste había puntualizado cierto número de extremos:

«1.° Gracias a su método de colaboración inteligente, »amistosa e incluso afectuosa, obtenía de los ejércitos ex»tranjeros colocados bajo sus órdenes el máximum de lo »que podían dar (1).

»2.° El ejército americano era un ejército «excelente», »lleno de ardor.

»3.° Pero era «inexperimentado, novicio y tenía nece»sidad de aprender en algunos meses, y hasta en algunas »semanas, lo que nosotros habíamos aprendidos en años.»

Siendo tal el ejército americano de octubre 1918, ¿cuáles fueron, respectivamente, según el mariscal, la actitud del ministro francés de la Guerra y del general en jefe de los ejércitos aliados?

Por lo que a este último se refiere, «juzgaba—según refiere—injusto y poco razonable no tener en cuenta, en sus relaciones con el ejército americano, su falta de experiencia y tratarlo como si combatiera a nuestro lado desde hacía tiempo.»

---

(1) Lo más cómodo es darse a sí mismos buenos certificados.

¿Cómo, pues, había que tratarlo? Empleando «la dulzura, la *paciencia* (1), la persuasión, con preferencia a la severidad y a la violencia (2)».

Cuanto a mí, el mariscal Foch asegura que yo era partidario de recurrir a otros métodos. «El señor Clemenceau reprochaba al general Pershing el procurar, ante todo, constituír un ejército *autónomo*, provisto de un numeroso e importante estado mayor, que procediera autónomamente sin preocuparse gran cosa de nosotros. El señor Clemenceau censuraba al mariscal porque se mostraba demasiado paciente, demasiado acomodaticio con el general Pershing.»

»No dando resultado alguno los procedimientos suaves—afirmaba el señor Clemenceau—, había llegado el momento de emplear la manera fuerte, dar un golpe, dirigirse, por encima de Pershing, al presidente Wilson, rogándole que interviniera para decidir al general.»

Y el *Memorial* refiere que el 21 de octubre 1918 dirigía yo al mariscal una carta «urgente» en la que le exponía mis preocupaciones. «Aquella carta, muy bien escrita por cierto—declara el mariscal—, *no me hizo variar de un ápice, ni la tuve en cuenta para nada.*»

Foch me contestó reiterándome una vez más «que el método que consistía en *atropellarlo todo* no valía nada (3)».

---

(1) ¡A menos de un mes del armisticio! La paciencia es tiempo y hay que conceder algunas horas a la acción.

(2) La pretendida violencia consistía en hacerse obedecer en el empleo militar de una fuerza militar, para resultados militares, cuya ventaja e incluso necesidad no ha discutido nunca el mariscal Foch.

(3) ¿Dónde ve Foch que yo esté a punto de «atropellarlo todo», porque pedía al comandante supremo que ejerciera su autoridad para un resultado que él mismo preconizaba: la ayuda a los soldados aliados? En suma, Foch se negaba a ordenar a Pershing que le enviara soldados. Esto ocurría

Y terminaba su carta con estas palabras:

«No se puede negar el esfuerzo hecho por el ejército »americano. Luego de haber atacado a Saint-Mihiel el 12 »de septiembre, atacó el 26 en Argona. Perdió en el fue»go, del 27 septiembre al 20 de octubre, 54.158 hombres »para conseguir ventajas sin importancia, en un frente »estrecho, es cierto, pero en un terreno particularmente »difícil y ante una resistencia muy seria del enemigo.»

Tres semanas después sobrevino el armisticio. ¿Tenía o no tenía yo razón recomendando la urgencia?

A manera de conclusión, declara el mariscal: «Me »alabo de haber continuado siendo amigo de Pershing.» En realidad, Francia pedía a los americanos, eminentemente combativos, algo más que una parada de amistad militar entre los grandes jefes (1).

---

el 21 de octubre de 1918. Un caso análogo se había ya presentado por un disentimientro entre Foch y Haig, y *el mismo Foch recurrió a mí para resolver el conflicto*. Tuve la suerte de que cedieran los ingleses. Citaré lo que a este respecto escribe el general Mordacq en su obra *El mando único*, página 144:

«En los primeros días de junio el general Foch, al querer desplazar unas reservas inglesas—a lo que tenía derecho absoluto—para hacerlas intervenir en el frente francés, encontróse ante la oposición completa del mariscal Haig. Para evitar un choque—particularmente delicado en tal situación—, dió cuenta al Sr. Clemenceau, quien el 7 de junio reunió en su despacho del Ministerio de la Guerra a lord Milner, al mariscal Haig y a los generales Foch y Wilson. Nuestros aliados esforzáronse en demostrar que la reciente ofensiva de los alemanes en el frente francés (*Camino de las Damas*) no era más que un simulacro y que iban a llevar a efecto el ataque principal, el ataque lógico, el ataque estratégico, contra el frente inglés, ya fuera para separar al ejército británico del francés, ya para apoderarse de Dunkerque, Calais y Boulogne y cortar seguidamente los ejércitos británicos de Inglaterra.»

El caso, como se ve, era idéntico. Sólo que esta vez Foch, tranquilo ya por el derrumbamiento del *Camino de las Damas, no vaciló en recurrir a mí*, sin esperar mi iniciativa, como ocurrió en su último conflicto con el general Pershing.

(1) Foch se alaba de haber conservado la amistad de Pershing, porque abandonó el empleo del mando hasta *dejar hacer*. Puedo decir que yo he obtenido el resultado perseguido sin enemistarme con Pershing. El coman-

Tal vez sea oportuno relatar aquí la historia de esa carta «urgente» y las condiciones en las cuales fué, primero, diferida y enviada después.

El 11 de octubre de 1918—a un mes, repitámoslo, del armisticio — abandoné la «manera suave». Aquel día, acompañado del señor Jeanneney, subsecretario de Estado de la Presidencia del Consejo, fuí al Elíseo para comunicar al señor presidente de la República el proyecto de carta que tenía intención de enviar al mariscal Foch con objeto de provocar una decisión en aquella inercia de las tropas americanas, tan perjudicial para los ejércitos aliados, en plena batalla. Seguramente que la carta era de un tono muy vivo: la habían dictado los centenares de miles de muertos y el esfuerzo sobrehumano hecho durante años por nuestros grandes soldados. Era «dura» para Pershing, que no quería obedecer, y para Foch, que no quería mandar.

El señor Poincaré leyó la carta, y me aconsejó terminantemente que no la enviara.

---

dante en jefe americano no sufría seguramente menos que nosotros viendo inmovilizado su hermoso ejército a las puertas del combate. En todo caso se atrevía a decir sí o no, y en su fuero interno no podía censurar a los que veía defender lo mejor posible el interés de la causa común. El mismo día en que Foch me acusaba ridículamente ante los americanos, el general Pershing no vaciló en testimoniarme su estima, a la que me complazco en corresponder como se merece.

Cuando yo fuí a América para defender a Francia contra la acusación de militarista, el general Pershing, públicamente en Nueva York, me envió su saludo amistoso a la gran reunión del *Metropolitano*. Más tarde dejó Indianópolis para entrar de uniforme en Chicago, en mi coche, con el general Dawes, porque se temía yo no sé qué de un Municipio y de una población corteses, pero con grandes núcleos que simpatizaban con los alemanes. Por último, cuando la *American Legión* me hizo recientemente el gran honor de visitarme en París, el general Pershing apresuróse a unirse a sus compañeros para venir a saludarme. ¿Se quiere nada más explícito? Además, si mi temperamento, en lo más agudo de la crisis, me hubiera llevado a algún exceso de lenguaje, ¿es un francés (general o civil) quien puede reprochármelo?

—No creo en los secretos—me dijo—. Si usted envía esta carta, será conocida de las personas que rodean al mariscal y, seguramente, también del general Pershing. De ello pueden resultar graves molestias. En todo caso, creo que algunas de sus frases deberían ser suavizadas.

¿Cómo podía temerse semejante cosa cuando en el mes de mayo la carta del mariscal Foch, no menos decisiva que la mía, había sido conocida por Pershing y había convencido a Wilson, sin que ni remotamente se molestara nadie?

Yo no podía ignorar las relaciones constantes del mariscal con el presidente de la República. Nada más legítimo. Sólo habría sido de desear que ambos personajes fuesen capaces de vivir en una menor exaltación de su personalidad. No les fué difícil reunirse para oponerse a mi acción. Cogí mi carta, la corregí, la atenué, y, en el momento de salir para el frente, rogué al señor Jeanneney que volviera el día siguiente al Elíseo y remitiera por segunda vez al señor Poincaré el nuevo proyecto, en el que había tenido en cuenta sus observaciones.

El señor Jeanneney vuelve al día siguiente al Elíseo, cumple su misión, y aquella misma noche el señor Poincaré le dirige una muy larga carta en la que dice en substancia: «Mantengo mi punto de vista. Esa carta no debe »ser enviada porque podría provocar la dimisión del ma»riscal. Si, en contra de mi opinión, el señor Clemenceau »juzga que debe enviar la carta, hay que atenuarla más »aún, porque todavía es dura para los americanos y de»masiado dura para Foch. El señor Clemenceau dice al »mariscal: «*La patria ordena que usted ordene.*» Si a »mí me dijeran esto, dimitiría.

»¿ADEMAS, TIENE DERECHO EL SEÑOR CLE-»MENCEAU A OCUPARSE DE LO QUE HACE EL MA-»RISCAL FOCH COMO COMANDANTE EN JEFE DEL »EJERCITO AMERICANO? ¿EN CALIDAD DE TAL, »NO DEPENDE, MAS BIEN, EL MARISCAL FOCH DEL »GOBIERNO AMERICANO?»

¡Este es el secreto en todo su horror!

El general Foch me pidió que le hiciera nombrar comandante en jefe de los ejércitos aliados, y una vez obtenido este título descubro que él entiende el *mando único* como un Consejo de administración de TRES en el que se cambian razonamientos. Me gustaría saber en qué momento el mando único suprimió una parte de mi autoridad sobre el mando militar francés. Desde luego, había los aliados, que tenían derecho a hablar, lo mismo que yo, y si no estábamos de acuerdo, quedaba el recurso de un Consejo superior. Lo más curioso del fenómeno es que todo el mundo estaba de acuerdo, incluso el general Foch, incluso el señor Poincaré. La sola dificultad consistía en que estos dos personajes se negaban, en el momento más grave de la guerra, a poner en acción la autoridad conferida al generalísimo en Doullens. Pero, sobre todo, ¡qué extraña aventura la de ese jefe del Gobierno francés que se pregunta si el generalísimo francés no depende «MAS BIEN» del Gobierno americano—supuesto adversario—en un debate en que la vida y la muerte de Francia están en juego!

Durante la batalla, Foch domina a los combatientes, como en el Marne y en el Yser. En el Consejo sólo confía en fórmulas de abogado. En el debate americano todos estamos de acuerdo, y puesto que la cuestión es de orden puramente militar, él es quien debe decir la palabra

de autoridad. Pero no ocurre así. Pershing se obstina en no obrar y Foch en no mandar. No tengo más remedio, para socorrer a nuestros propios soldados, que decir la palabra decisiva al jefe de voluntad paralizada, con el que estoy de acuerdo en todo, salvo sobre el punto de que es al general en jefe a quien corresponde convertir su opinión personal en órdenes coordinadas.

Tal es la situación que se resume en mi adjuración: «*General, la patria ordena que usted ordene.*» Esta debía ser la palabra decisiva, la fórmula de salud que recordara a Foch la terrible realidad; pero esa fórmula asustó al señor Poincaré, que me negó su asentimiento sin aconsejarme otra cosa que mirar cómo caían nuestros soldados.

Más tarde descubrí, mucho tiempo después de la guerra, al conocer, por fin (1), la carta del señor Poincaré al señor Jeanneney, que la nueva teoría presidencial consistía sencillamente en quitarme, en virtud del mando único, una parte de mi autoridad sobre el mariscal Foch.

De no haber visto el documento, no lo creería. En plena guerra, el presidente de la República Francesa proporcionaba argumentos al jefe de los ejércitos aliados para animarle a resistir a su jefe inmediato, el presidente del Consejo, ministro de la Guerra. El señor Poincaré explicaba a la inocencia del alma antijurídica del soldado que los Gobiernos aliados, al conferirle poderes sobre sus tropas, habíanle sustraído a la autoridad del presidente del Consejo, ministro de la Guerra.

El desacuerdo tenía que recaer sobre la *acción* que debía seguirse. El general Pershing no quiere cambiar de

---

(1) No la quise conocer antes, y no me arrepiento de ello.

método. El mariscal Foch, a quien el señor Poincaré no puede negarle su derecho a ordenar a Pershing, no quiere ordenar, y el señor Poincaré, que no quiere que yo ordene a Foch que ordene, pretende que los tres nos quedemos mirándonos en la impotencia de obrar, nacida de una organización suprema del mando efectivo, que para alcanzar la victoria exige que dejemos sin socorro a nuestros soldados. ¡Y de esto es de lo que teníamos que ocuparnos cuando corrían torrentes de sangre de nuestros soldados, cuando los *dos millones de hombres* venidos para socorrerles tenían que esperar a que nuestros grandes señores de la guerra cambiaran de humor!

Y como conclusión después de esta extraña exposición de doctrina (1), estas palabras, que son del más puro Poincaré: «Lo esencial me parece ser encontrarnos de »acuerdo con el mariscal sobre la necesidad de una rá»pida organización (?) y pedirle regularmente cuenta de »lo que intenta en este sentido y de lo que obtiene (2). »*Si al cabo de algunas semanas* (3) *las cosas siguen como* »*están, se recurrirá entonces a medidas extremas*; pero »como con extranjeros un poco susceptibles esas medidas »pueden echarlo todo a perder, creo que no debe recu»rrirse a ellas sino en el CASO EN QUE LA SITUACION »FUERA REALMENTE DESESPERADA.»

He citado textualmente. Era decir: las medidas que

---

(1) Extraña, porque hay para sorprenderse que esta tesis—que no resiste al menor examen—sea defendida por el presidente de la República Francesa. Los juristas nos reservan esta clase de sorpresas. Nada más sencillo que la solución del problema previsto por el acta de Doullens. El general que no crea deber o poder obedecer al general en jefe recurre a su Gobierno, que decide en último término.

(2) Un elevado ejemplo de acción en lo peor del peligro.

(3) Recuerdo, una vez más, que estábamos a un mes del armisticio.

usted propone *pueden* echarlo todo a perder. Por lo tanto, sólo hay que emplearlas cuando la situación *sea* REALMENTE DESESPERADA. De la misma manera se hubiera podido esperar a que las campañas derrotistas hubieran gangrenado los espíritus en descomposición para decidirse a echar la mano al cuello de los traidores. Este miedo de sí mismo hubiera hecho correr mucha sangre.

El 14 de octubre por la mañana regreso del frente, en donde los nuestros continúan cayendo. El señor Jeanneney me dice: «El señor Poincaré no le aconseja que es»criba al mariscal. Aquí tiene usted la carta que me ha »dirigido.»

Rabiosamente—no lo oculto—rechacé el pliego, luego de haber escrito de mi puño y letra en el sobre una nota *firmada* diciendo que me negaba a leerla. Así se atestan los sentimientos que me inspiraban los excesos de paciencia a que se me invitaba, mientras Francia jugaba su partida suprema. Sólo había una cosa que el buen presidente no tenía bastante en cuenta, y es que mientras él pesaba y calculaba muchos *sis* y muchos *peros*, nuestros soldados jalonaban la llanura al mismo tiempo que sus camaradas americanos temblaban de impaciencia esperando sus días de gloria.

Y envié mi carta al mariscal.

No se habla de ella en el *Memorial*, y es una lástima, porque puntualizaba las cosas.

¿Qué hace el mariscal Foch al recibirla? El jefe del Estado ha tenido buen cuidado de informarle que, constitucionalmente, en tanto que comandante en jefe del ejército americano estaba «MAS BIEN» bajo las órdenes de Mr. Wilson. Mi carta—el mismo mariscal lo declara—

«no le hace variar de un ápice. No la tuve en cuenta para nada...»—dice.

Para tantos movimientos de lamentable incoherencia debe, sin embargo, existir una explicación.

Aquí interviene un punto capital para la historia de la guerra: el de saber cómo el mariscal Foch ejerció, en fin de cuentas, el mando único. Todo el mundo habla con entusiasmo de esta maravillosa palanca de la victoria; pero hasta hoy ninguna demostración de *hecho* ha seguido a estos discursos. Es, sin embargo, la pregunta que se hará el porvenir.

He dicho, sin reserva alguna, que en los durísimos combates del Yser el mariscal fué un héroe. No pretendo regatearle nada del magnífico impulso que demostró en esta prueba, una de las más arduas de la guerra, y sobre este punto, con gran satisfacción, le he rendido el homenaje que merece.

La cuestión de saber en qué medida fué verdaderamente un estratega puede ser desagradable para un hombre que se dejaba comparar, a veces, con Napoleón. Es un punto que la historia resolverá, y lo mejor me parece confiar en los jueces libres de las pasiones de hoy. Sin embargo, tengo el derecho de decir que la patente militar de Academia civil discernido por el señor Poincaré en el cenáculo del Palacio Mazarin, no tiene más valor positivo que pueda tener una canción. Un día necesitaremos jueces competentes que decidan basándose en documentos, en vez de en un lirismo de abogado. Los historiadores calificados podrán entonces formular conclusiones y juzgar con conocimiento de causa.

El general Foch, sin aviso previo, ha abierto la trinchera contra los camaradas, uno de los cuales, sin em-

bargo, tiene Verdun en su activo, decretando, sin demostrarlo, que hubiéramos podido terminar la guerra en 1917. Con *sis* y con *peros*, ¿qué no se puede demostrar? Esta clase de argumentos son el gran recurso de los hombres que buscan una diversión. Si Foch ha creído que podría hacer desviar así la crítica de su propia estrategia, se ha equivocado.

«El *mando único*—decía—NO ES MAS QUE UNA »PALABRA. En 1917 se creó con Nivelle, y no dió resul»tado (1). Hay que saber conducir a los aliados. NO SE »LES MANDA. *No hay que proceder lo mismo con to»dos...*; *esto es el mando único*. NO SE DAN ORDENES, »SE SUGIEREN.»

El mariscal quiere decir que el mando único no se ejerce de un general en jefe a sus iguales, como de un sargento instructor a un pelotón de reclutas. Eso ya lo sabíamos. ¿Entonces para qué tanto ruido para conquistar una autoridad decisiva que al llegar la hora suprema debe, según parece, evaporarse en preciosas dilaciones oratorias? ¿Para qué tanto ruido para nada? EL MARISCAL NO DA ORDENES: LAS SUGIERE. «*Hubieran roto »la cadena si yo se la hubiera hecho sentir.*»

¿Quién creería que es un soldado calificado quien manifiesta tan elevadamente esta total incomprensión del mando supremo? ¿Adónde iríamos cuando, siguiendo tan hermoso ejemplo, renunciaran los oficiales a mandar, para *sugerir* vistas militares a sus subordinados? Me parece soñar.

---

(1) ... Precisamente para cambiar tal estado de cosas, es decir, para que pudiera hablar como un jefe se creó el mando único. Y he aquí que a este precioso derecho, del que tanto ruido se hace, renuncia Foch a la hora precisa en que la rapidez de ejecución exige la obediencia militar con el rigor de una inflexible autoridad.

Yo me he preguntado qué brumas pudieron despertar en el alma del *comandante único* tal desconfianza de su propia autoridad. Lo que nosotros perseguíamos era la rapidez de las correspondencias directas de movimientos, mediante las coordinaciones de una voluntad suprema, mientras nuestro comandante único pretendía un resultado superior con simples intentos de persuasión.

No dudo que el mariscal habla sinceramente cuando se dice obsesionado por el deseo de contentar a todo el mundo. Esto no siempre es una cualidad en un jefe. Hasta es todo lo opuesto a la finalidad que se propone el mando militar. El mariscal sabía muy bien que entre él y yo se arreglarían todas las dificultades; pero sir Douglas Haig reaccionaba algunas veces violentamente. El presidente Wilson inquietaba a su interlocutor con una sonrisa de lobo amable. Míster Lloyd George no era el corderito angelical de la fábula. El generalísimo era, probablemente, de todos estos de quienes quería guardarse, tanto más que el texto del acuerdo preveía, en caso de desacuerdo, la apelación del general aliado a su Gobierno. Lejos de mí censurar al general en jefe los miramientos necesarios que guardaba a sus nuevos subordinados. Todos los predecesores de Foch en la historia habían hecho ya el descubrimiento con el asentimiento universal; pero era necesaria una voluntad superior que se impusiera a todas estas dilaciones. De lo contrario, la unidad de mando sólo era una parada suplementaria de impotencia para uso de espíritus sencillos, y que ni siquiera tenía influencia cuando se trataba de ordenar A UNA O DOS DIVISIONES AMERICANAS que se unieran a las divisiones aliadas.

Por legítimas que fuesen las preocupaciones del comandante en jefe a este respecto, no debían cambiar ni la

forma ni el fondo de las órdenes militares para los nuevos subordinados, puestos a su disposición a fin de activar la ejecución de movimientos retardados por el arte DE SUGERIR. De esta manera se hubiera evitado el contratiempo de disasociar espontáneamente la potencia superior que le había sido confiada, sin hablar de la molestia de parecer a veces entenderse más fácilmente con Lloyd George que con su propio Gobierno, como ocurrió en el asunto llamado de la Villa romana.

Como yo no cesaba de insistir cerca del «comandante único» para que diera al general Pershing la orden de poner a su disposición una de las divisiones americanas listas para entrar en línea, acabó por decirme que había dado «*una orden escrita*» al general Pershing, y que éste se negó terminantemente a obedecer (1). Me produjo esto muy mala impresión; pero no me atreví a llevar la aventura más lejos de lo que deseaba el comandante en jefe. He leído en un diario que Foch se ha permitido decir que nadie «*había desobedecido*». No es esto lo que me dijo del general Pershing. Antes de pronunciarse habría que saber en qué medida «*ordenó*»—no digo «*sugirió*».

Por lo que a mí se refiere, ¿cómo podía censurárseme que reclamara enérgicamente la realización del acuerdo que creó el alto mando para intensificar la coordinación de nuestras fuerzas en el campo de batalla? Yo me esforcé cuanto pude en facilitar la organización americana. No tengo por qué ocultar que, dadas las circunstancias terribles, mi objeto era obtener el mayor rendimiento militar, y que gracias a las autoridades superiores no lo pude conseguir. ¿Hay algo en esto que requiera mi

(1) Me he tomado la libertad de consultar sobre esto al general Pershing, quien me ha respondido que no guarda ningún recuerdo sobre el particular.

defensa? El general Foch, para evitarse contestar a esta pregunta, se abstiene prudentemente de formularla. Yo la formulo porque es la clave de toda la discusión entre Pershing, Foch y yo.

El mariscal tenía poder para *ordenar*. Según su propia confesión, prefería «*sugerir*» (1). De aquí el conflicto. Esto me importaba tanto menos que, en mi opinión, a partir del momento en que los alemanes sintieran el choque de la reacción americana en el campo de batalla, comprenderían que toda esperanza de vencer había desaparecido.

Yo, pues, tenía prisa, mucha prisa, cuando pedía a Foch, e incluso a Pershing directamente, que enviaran al fuego, sin dilaciones, entre los nuestros, las primeras divisiones americanas, a medida que llegaran y estuvieran en condiciones de combatir.

En suma, el «*grave desacuerdo*» entre el mariscal Foch y yo sobre el mejor empleo de las fuerzas americanas, se reducía a una perfecta comunidad de vistas sobre la utilización de los contingentes para su entrada en línea a medida que fuera terminando su instrucción militar. No hubo, era imposible que hubiera, discusión alguna sobre el fondo. El mariscal sólo podía pedir contingentes. Se ha visto, por su propia declaración a los Gobiernos aliados, que no se le escapaba nada de las dificultades que nos hacían entrar en conflicto con el general Pershing, y que Foch exponía claramente su pun-

(1) «Existía un colchón poco menos que impermeable entre el alto mando y los ejecutantes. Las directivas generales sólo eran transmitidas fragmentariamente, y determinado jefe de ejército, el más activamente comprometido, *no conoció las del general Foch sino por la lectura de los artículos de Luis Madelin, en la «Revue des Deux Mondes.»* «Cómo acabó la guerra», general Mangin.

to de vista cuando no se le pedía que actuara.

¿Por qué no ha publicado el mariscal mi carta, como yo publico el documento en que él expone en lenguaje excelente su propio punto de vista? ¿Por qué alabarse de no haber hecho caso de mi carta en el momento mismo en que procuraba, de la manera que podía, llevarla a la práctica? ¿Por qué el señor Presidente de la República se molestó tanto en disuadirme de que la escribiera temiendo que una indiscreción la hiciera conocer al Presidente Wilson, siendo así que Lloyd George y Lord Balfour (tan moderado) me pidieron que pusiera el documento (en el que Foch decía lo mismo que yo) en conocimiento del presidente Wilson, *que lo aprobó*?

Todo esto porque Foch, invitado por mí a que diera una orden a su subordinado, el general Pershing, obstinado en su resistencia pasiva, negábase a darla temiendo, de no ser obedecido, crearse dificultades con el Gobierno americano. Prefería creárselas conmigo, contra quien le sostendría el Sr. Poincaré, como en el asunto de Renania. ¡Sin embargo, había los soldados, señor mariscal!

Lo fastidioso es que con harta frecuencia el ideal no coincide con la realidad, y hay que acomodarlos entre sí. No siempre se triunfa. Cuando se sabe que desembarcaron en Francia más de dos millones de soldados americanos, causa sorpresa que no se consiguiera fácilmente constituír en seguida el primer ejército americano al mismo tiempo que proveer de efectivos en número suficiente a los campos de batalla, donde los reclamaban con urgencia nuestros heroicos soldados. ¡Pero, ay! En esta terrible crisis el mariscal Foch, que sin poseer el mando en el Yser supo vencer, no consiguió llegar a ejercerlo cuando se le concedió.

CAPITULO V

CRISIS DE EFECTIVOS BRITÁNICOS

En lo más fuerte de la crisis de efectivos, que tan cruelmente se dejó sentir en las últimas semanas de la guerra, los nuestros, después del Camino de las Damas (pérdida de 160.000 hombres) quedaron considerablemente diezmados. Tanto más, que Foch, renunciando, por fin, a esperar a los alemanes en Flandes, se decidió a hostilizarlos. Nuestras pérdidas eran infinitamente más graves que las de los ingleses, que todavía disponían de reservas enormes en su territorio y que, en vez de emplearlas, habían encontrado más cómodo disminuír sus efectivos, cuando hacía falta aumentarlos a toda costa.

El jefe del Estado esperaba, para realizar un supremo esfuerzo, que la situación fuera «*desesperada*». Los ingleses, en el desconcierto de un fracaso que acababa de costarles 200.000 hombres (1), tomaron la inesperada resolución de suprimir nueve divisiones (que podían de nuevo poner en pie) y se negaban a revisar una decisión tan

(1) Marzo 1928.

injustificable. Pero yo no podía resignarme a comprometer el desenlace de aquellas terribles jornadas. Había ya conseguido que Mr. Lloyd George y Sir Douglas Haig aceptaran la prolongación del frente inglés, a lo que siempre se habían negado tenazmente con los Ministerios precedentes. La cuestión fué suscitada poco antes de mi llegada al Poder, a fines de 1917, cuando se descubrió que los ingleses no ocupaban toda la extensión del frente que les había sido atribuída.

Para decirlo todo, he de reconocer que en lo que concierne a las divisiones inglesas suprimidas, no me limité a confiar su suerte a las reclamaciones de Foch, que me parecía de una energía insuficiente. Puesto que se me negaba los contingentes americanos para cerrar el claro dejado por las divisiones británicas, decidí recurrir directamente a los británicos, a quienes suponía más ricos en efectivos de lo que realmente eran.

De una carta particular dirigida a mí por un oficial superior francés, copio los párrafos siguientes, que evocan el recuerdo de lo acaecido:

«En el curso de 1917, basándonos en consideraciones »matemáticas de las longitudes del frente ocupadas, en el »número de divisiones francesas e inglesas, de las densi»dades alemanes frente a cada sector, de las pérdidas su»fridas desde el comienzo de la guerra, de los recursos »todavía disponibles en Francia y en Inglaterra, etc., pe»díamos a los ingleses que prolongaran su frente hasta »Berry-au-Bac. Resistencia enérgica del mariscal Haig, »que amenaza con presentar la dimisión si se le obliga a »prolongar su frente de una pulgada (frente que se ex»tendía entonces al Sur, hasta delante de Saint Quentin).

»En estas condiciones, discutiendo siempre sin obtener »nada, se llega hasta la Conferencia de Boulogne (24-25 »de septiembre de 1917), a la que asistían los Sres. Lloyd »George y Painlevé, y los generales Foch y Robertson. La »cuestión de prolongar el frente británico fué discutida »en Boulogne, y Mr. Lloyd George aceptó *en principio* la »prolongación del frente inglés (desde luego no quedaban »excluídas las medidas dilatorias). Nueva y violenta cri- »sis del mariscal Haig, que reitera sus amenazas de di- »mitir. Continuamos discutiendo sin resultados. Téngase »en cuenta que el War Office y el G. C. G. inglés tienen »la misma opinión negativa sobre la cuestión y que el ge- »neral Robertson se muestra también desfavorable, coin- »cidiendo con Haig. En resumen, se discute, pero no se »llega a nada concreto.

»Después de la llegada de usted al Poder (17 DE NO- »VIEMBRE), los asuntos marchan con más rapidez y »hablamos más alto y enérgicamente. En el C. G. in- »glés y en Inglaterra eran conocidas las ideas de usted »a este propósito, porque habían sido expuestas por Re- »pington al público inglés, antes de la llegada de usted »al Poder, con motivo de la visita que le hizo en la rue »Franklin el 16 de octubre 1917.

»Los ingleses experimentaron la impresión que ahora »tendrían que ceder, y propusieron enviar al sector que »ocupaba el tercer ejército francés (de Saint-Quentin a »Barisis, frente al macizo de Saint Gobain) el primer ejér- »cito americano. El general Pershing se negó.

»Además, los ingleses nos informaron que en ningún »caso prolongarían su frente hasta Berry-au-Bac, y nos- »otros sacamos la impresión firme que si insistíamos so- »bre este punto no conseguiríamos absolutamente nada.

»Concentramos, pues, nuestros esfuerzos sobre el relevo »del tercer ejército francés.

»Estos esfuerzos fueron coronados por el éxito, gracias »a la presión que se ejerció en Londres sobre el mariscal »Haig, y, desde luego, a la manera clara, enérgica y pre»cisa con que usted expuso el asunto a Mr. Lloyd Geor»ge. El mariscal Haig, muy a regañadientes, aceptó la »prolongación del frente inglés de Saint-Quentin a Bari»sis, al sur del Oise, y el primer ejército inglés (Gough) »relevó al tercero francés (Humbert) del 10 al 20 de ene»ro. Después de este relevo el frente quedó repartido así:

»1.º 35 kilómetros para los belgas con 12 divisiones (en línea y en re»serva).

»2.º 200 kilómetros para los ingleses con 61 divisiones (en línea y en reser»va, entre las que figuraban dos divisiones portuguesas).

»3.º 530 kilómetros para los franceses, con 99 divisiones (en línea y en »reserva).»

»A fin de marzo la derrota del ejército británico le cos»tó 200.000 hombres, lo que no era para remediar la cri»sis de efectivos. Se suprimieron nueve o diez divisiones »(los textos difieren).»

Mr. Lloyd George, hombre complejo cuya astucia gala sabía adoptar los aspectos más diversos, no ha sido siempre el hombre intratable de la leyenda. Sabe que la razón tiene sus horas, y cuando le parece llegado el momento no se niega sistemáticamente a transigir. Puedo hablar como lo hago porque en el curso de discusiones peligrosas jamás dos hombres parecieron más próximos a devorarse entre sí.

En el asunto de la prolongación del frente inglés, Mr. Lloyd George, que tenía que luchar con la irreductible oposición de Sir Douglas Haig, comprendió muy

bien el esfuerzo que la situación requería. No temía la lucha y esto me animó a abordarle directamente para decidirle a que obtuviera del general inglés la reconstitución de las nueve divisiones suprimidas. Intenté sencillamente convencerle, como hubiera hecho con cualquier otro mortal, y hay que suponer que no procedí torpemente, puesto que mi tentativa tuvo éxito.

Sobre este particular dirigí al primer ministro inglés la siguiente carta:

Objeto: *A/S. del envío de refuerzos ingleses en Francia.*

16 de mayo.

El Presidente del Consejo,
ministro de la Guerra.

A Mr. Lloyd George,
Prime minister.
LONDRES

La batalla que se libra en Francia desde el 21 de marzo último se inició contando el ejército británico con 57 divisiones (recientemente reducidas a nueve batallones) (1), a las cuales se añadieron después dos divisiones traídas de Italia y dos de Palestina (una de las cuales aun no ha terminado de desembarcar).

El ejército británico en Francia debería, pues, comprender en estos momentos 61 divisiones.

(1) Esta reducción se efectuó durante el mes de febrero de 1918, es decir, aproximadamente, un mes antes del ataque de 21 marzo.

Sin embargo, a consecuencia de las pérdidas experimentadas desde el principio de la ofensiva, y también a causa de la insuficiencia, en cantidad, de los refuerzos enviados del Reino Unido para reponer estas pérdidas, el alto mando inglés juzga imposible mantener en la cifra precitada el número de divisiones británicas en Francia. Este número, como usted sabe, ha sido disminuído de nueve, y, por lo tanto, es hoy de 52.

Mantener esta cifra de divisiones inglesas en Francia y, *à fortiori*, su disminución, haría que casi todo el peso de la batalla futura, larga y severa según todas las probabilidades, lo soportaran exclusivamente las divisiones francesas, y en tales condiciones no tardaríamos en vernos obligados a reducir el número de nuestras divisiones, debido a las pérdidas, que superarán nuestras más amplias previsiones.

La gravedad de las circunstancias no se le escapará a usted seguramente, y llegará a la conclusión, con nosotros, que el único medio de remediarla es mantener por todos los medios de que usted dispone la cifra de divisiones inglesas en lo que era antes de toda supresión, es decir, 61.

Para obtener este resultado indispensable—lo repito—para la marcha victoriosa de la batalla actual, es de toda necesidad que el comandante en jefe británico en el frente francés reciba del Reino Unido todos los refuerzos necesarios.

Ahora bien: las previsiones de envío hechas por el Estado Mayor británico para los meses de mayo, junio y julio, establecen que cada uno de estos meses serán enviados a Francia 34.000 hombres.

Espero que usted pensará, como yo, que esta cifra es

en absoluto insuficiente, tanto para completar las divisiones todavía existentes como para formar de nuevo las nueve divisiones suprimidas.

Y, sin embargo, es de una necesidad vital, como queda dicho anteriormente, que este doble resultado se obtenga lo más rápidamente posible, y yo creo que puede conseguirse si se recurre resueltamente y sin restricciones a las reservas actualmente inmovilizadas en el interior del Reino Unido.

En efecto, de la última situación establecida por el War Office con fecha 22 de abril, resulta que el total de hombres movilizados en el interior del Reino Unido es de 284.819 hombres (1).

Si, como nosotros lo reconocemos, una gran parte de estos hombres no es apta para el servicio exterior, no es menos cierto que en la precitada fecha:

1.º	Los efectivos de las tropas del *Home Defense* eran de	171.565 hombres.
2.º	Los efectivos de los depósitos, de.....	389.016 »
3.º	Los efectivos de los trabajadores militares, de.....	258.291 »
	O sea un total de reservas de.....	818.872 hombres.

a los que hay que añadir el de los hombres que en la misma fecha se encontraban en los hospitales y que se eleva a 317.582, a los cuales podrá recurrirse a medida que se vayan curando.

El único obstáculo para el envío a Francia de la mayor parte de los hombres comprendidos en las tres primeras categorías consiste en el hecho de que, general-

(1) Con esta formidable cifra de reservas, el Estado Mayor británico podía restablecer sin dificultad, como lo hizo más adelante, las nueve divisiones precipitadamente suprimidas.

mente, pertenecen a otras categorías que la A (1).

Seguramente reconocerá usted que todos los hombres de la categoría B, hombres conceptuados aptos para defender el Reino Unido en caso de invasión, podrían, dada la gravedad de la crisis actual, ser enviados sin excepción a batirse en el frente francés.

Esta medida no haría más que corresponder a la adoptada por Francia enviando al frente los hombres destinados al servicio auxiliar (2).

Su aplicación inmediata, rigurosa y amplia, en el Reino Unido, permitiría a usted—estoy seguro de ello—encontrar los recursos necesarios para hacer frente a la crisis que atravesamos.

En todo caso me parece ser la única solución que en la circunstancia presente nos permitirá salir victoriosos de la más temible y decisiva prueba que hemos afrontado desde el principio de la guerra.

Firmado: G. CLEMENCEAU.

Esta carta, seguida de una presión incesante y tenaz, produjo el efecto deseado. Los ingleses, tras muchas tergiversaciones, prometieron reconstituír las nueve divisiones suprimidas. Las reconstituyeron de una manera efectiva y progresivamente, del mes de mayo al mes de

---

(1) Las tropas inglesas estaban divididas en cuatro categorías denominadas A, B, D, E.

A: hombres aptos para el combate en el exterior del Reino Unido.

B: hombres aptos para el combate en el interior del Reino Unido.

D: hombres temporalmente inaptos para menos de seis meses.

E: hombres inaptos para más de seis meses.

(2) En este momento teníamos en Francia, en las unidades de primera línea:

160.000 hombres de más de cuarenta y dos años.

110.000 hombres del servicio auxiliar.

septiembre; enviaron a Francia no sólo los hombres de la categoría A, sino también los de la B.

La verdad es que la distinción de estas dos categorías no respondía a ninguna objetividad de la guerra continental. Era una idea de marino.

Como puede verse por este relato, apoyado en un documento oficial, si no llegué a reconstituír nuestros efectivos con la ayuda de soldados americanos (que sus jefes se negaban entonces a poner en movimiento sin que Foch se decidiera a ordenarlo), tuve mejor suerte con los ingleses, que habiendo suprimido *nueve divisiones* como consecuencia de la derrota de Gough, disponían todavía de reservas más que suficientes, pero mal repartidas, en agrupaciones de título engañador.

El documento que acabo de publicar demuestra que no era incapaz de discutir con Mr. Lloyd George, puesto que una carta apropiada y comedida consiguió obtener del Estado Mayor inglés, en el momento oportuno, la recuperación de las nueve divisiones suprimidas. El nombre de Foch ni siquiera lo menciona mi pluma en esta carta, que él debió firmar. Yo estaba contentísimo de ayudarle, incluso sin que él lo sospechara, en el momento en que se alababa de *no hacer caso* de peticiones a las que Lloyd George, por su parte, reservaba una buena acogida.

CAPITULO VI

EL ARMISTICIO

Una hermosa, una gran palabra para ser escrita cuando se han vivido cuatro años de torturas, de las peores angustias, y que se deja oír una voz que grita: ¡Se acabó!

Guerra o paz son oposiciones de formas diferentes que alternan en un fondo común. La catástrofe de 1914 es de origen alemán. Sólo existe un embustero profesional que lo niegue. Nos defendimos bien, pese a la ridícula puerilidad de retroceder de diez kilómetros en la frontera; pero hemos visto desplegar en contra nuestra la mayor aglomeración militar, el más temible ejército. El Marne, Verdun, figurarán entre los más grandes hechos de armas.

Matarse, sin embargo, no puede ser la principal ocupación de la vida. La gloria de nuestra civilización es colocarnos, a veces, en situación de vivir casi normalmente. El armisticio es un entreacto. ¡Bien venido!

Mas para prever lo que puede ocurrir en el futuro es imprescindible conocer a fondo las cuestiones que la guerra se propuso resolver. Las desintegraciones del pasado, germen de integraciones futuras, suscitarán nuevas dis-

posiciones, generadoras de paz o de guerra, según la fortuna del día.

Se ha escrito que yo, al conocer la noticia del armisticio, no pude retener las lágrimas. No lo oculto. El brusco tránsito del sombrío ardor del combate a los tumultos de esperanzas súbitamente desencadenadas, puede conmover los cimientos al parecer más sólidos del equilibrio humano. Lo que serán las disposiciones del equilibrio futuro es lo que, afortunadamente, ignoramos. En general, de esta insuficiencia psicológica se derivan y suceden los excesos de nuestros lamentos y de nuestras dichas.

Sea lo que fuere, mi alegría fué desbordante y mi confianza más allá de lo razonable. No conocía bien a nuestras gentes. Más tarde, cuando Brockdorff-Rantzau me abordó en Versalles como si fuera portador de un cartel de desafío, comprendí que la revolución alemana era una sencilla exposición de oropeles, y que continuando firme en sus extravagancias de furores el agresor de 1914, no cesaríamos de sufrir, con otras decoraciones y sin cesar, el mismo asalto del mismo enemigo.

El hecho de las reacciones violentas de Alemania era tan claro, que bastaba compararlas con nuestras reacciones nacionales cuando la paz de Francfort, para comprender que los dos estados de espíritu, en circunstancias análogas, no podían tender a los mismos resultados. Cuando el Sr. Millerand, en Spa, decidió *prestar dinero a los alemanes* para obtener carbón, abrió suntuosamente la puerta a las mutilaciones del Tratado, que se acumularon por su voluntad deliberada, primero, por la de sus sucesores, después.

La derrota voluntaria como conclusión de la paz suprema: esto es lo que se ha hecho de las prodigalidades de la

sangre francesa. El mismo Sr. Poincaré, que con su silencio ha ayudado a estas mutilaciones sistemáticas, ha tenido que reconocer en la *Revue des Deux Mondes* que muchos de los que juzgaron insuficiente el Tratado, no vacilaban en *reducir* las reparaciones obtenidas en Versalles.

¿Qué es, pues, esta guerra preparada, emprendida y llevada a efecto por los hombres alemanes, que renunciaron a todo escrúpulo de conciencia para desencadenarla con vistas a una paz de servidumbre bajo el yugo de un militarismo destructor de toda dignidad humana? Sencillamente la continuación, la renovación de las eternas violencias de las primeras tribus salvajes con fines de depredación, valiéndose de todos los recursos de la barbarie. Los medios se han perfeccionado con el tiempo. Los propósitos no cambian.

El empleo de la potencia de ofensiva ve oponérsele la energía de la defensiva y henos agarrotados, de la derrota a la victoria, en la persecución de un fin que no nos ofrecen los espectáculos de la vida planetaria. Es la historia de nuestras luchas con Inglaterra. Es el aguijón de las querellas entre América y el Imperio Británico, de las que podría salir, para fortunas ignotas, una americanización de Europa y de sus anexos.

En este asunto tiene Alemania la desgracia de dejarse llevar por la violencia de su temperamento (pese a su arte de disimular) hasta la extrema sinceridad. «¡*Alemania por encima de todo*!» No desea nada menos, y cuando lo consiga nos permitirá gozar de la paz bajo su yugo. De ello no hace un misterio, y el insoportable orgullo de la aristocracia germánica, la amabilidad servil del intelectual y del sabio, la grosera vanidad del jefe de industria mejor

adaptado y la exuberancia de una violenta poesía popular, conspiran para romper en el universo todos los diques de dignidad individual e internacional.

Sin duda alguna que yo hablo como hombre todavía muy próximo a la batalla. Pero ¿a qué hora de su vida se siente el hombre fuera de combate? No vacilaré en hablar libremente del pueblo francés, de sus cualidades y de sus defectos. Toda mi vida lo hice así con una independencia que me atrajo censuras. Pero éstas no me hicieron variar. Lo que me detiene aquí es que ese pueblo es mi pueblo y que lo amo incluso en sus defectos, cuando no le faltan sicofantes para felicitarle. Bien miradas las cosas, es él quien ha querido y obtenido esta victoria; él, quien en los grandes días empujó a sus batallones de civiles y de militares. En determinadas horas su nombre fué Pétain, Foch, Mangin, Fayolle. Yo les saludo, no cuando les veo pasar bajo el Arco de Triunfo, porque esto es teatral, ni cuando intentan engrandecerse a sus propios ojos de cualquier manera, porque el hombre es diverso y ellos no se conocen. Les saludo, sobre todo, en el más grande, en el *soldado desconocido*, que comienza por renunciar a los oropeles de la gloria y que, por esta razón, no puede ser discutido. Les saludo a todos en uno solo, pero les pido cuentas, porque el hombre, que tiene sus horas, es un aspecto moviente de vida universal, y no lo absoluto de la eternidad, como quisieran las almas simples. Napoleón, que con Alejandro y César fué uno de los genios humanos de la guerra, no se comprendió ni siquiera en Santa Elena, en donde, juzgándose con una palabra, fuerzas y debilidades compensadas, podía sobrepasar a todo el común de los conquistadores. ¿Pero qué nos importa? ¿Dónde está el hombre capaz de interpretarse? Cualidades y defectos

bien o mal compensados, Foch fué uno de los elementos de la victoria. Lo demás es secundario.

Comprendemos muy bien los diferentes aspectos de nuestro francés cuando, victorioso con sus buenos aliados, quiso e hizo su paz de idealismo razonado; pero para desgracia suya, confió a ojos cerrados, sin querer saber nada más, en hombres que estuvieron al borde de perder la guerra y que empleando los mismos medios de incoherencia llegarán tal vez a hacernos perder la paz.

Para salvarnos del abismo confío en el azar, en la suerte incalculable, en el encuentro de lo desconocido, que tienen un valor matemático en las disposiciones de la energía. La historia será severa para el pueblo francés de postguerra, que no se ha mostrado a la altura de sus deberes para consigo mismo, ni en el terreno de la acción ni en el del sentimentalismo. No hace falta citar a nadie. Cada cual puede juzgar. El pueblo francés tendrá en la historia la responsabilidad de lo que ha hecho y de lo que dejó de hacer.

Se me perdonará un breve ensayo sobre una vista de conjunto del momento en que termina la guerra, al umbral de una paz que todavía no es firme. Esta paz la veía venir yo con confianza. Guardo viva la flor de ideología; pero ésta, sin la acción que requiere, sólo es vanidad y palabra. Jamás los habladores hablaron tanto.

Paz o guerra, estamos en lo más fuerte de una lucha implacable de dominaciones. ¡Ay de los débiles! ¡Alejaos de los aduladores!

¡Quién sabe! Acaso se preparan otras disposiciones de humanidad para efectos inesperados. El campo de las civilizaciones se ensancha, mientras que a los acordes de la guitarra ginebrina se amplía el dominio de las vio-

lencias en preparación, para descubrirnos nuevos escalones de humanidad. En una palabra, el armisticio es una puerta que se abre a lo desconocido. Es la historia de todas las oscilaciones de la vida.

Lo que yo puedo decir de la preparación del armisticio es bien poco:

1.° Acuerdo completo con el mariscal Foch sobre todos los puntos, salvo los efectivos militares dejados Alemania.

2.° Desacuerdo completo con el señor Presidente de la República sobre las primeras negociaciones entre los aliados concernientes a la eventualidad de armisticio.

Ignoro qué es lo que decidió al Sr. Poincaré a exagerar su oposición a este proyecto. El *8 de octubre* veía en él una «celada», y el *4 de octubre* es la fecha en que el príncipe Max de Bade telegrafía a Mr. Wilson que convocara a los beligerantes *para entablar negociaciones de paz a base de los catorce puntos*, AL MISMO TIEMPO *que para la conclusión inmediata de un armisticio.* ¿Es esto posible? Ese mismo 8 DE OCTUBRE me informa, una vez más, el Sr. Poincaré, que «todo el mundo espera firmemente «QUE NO SE DETENDRA EL IMPULSO DE »NUESTRAS TROPAS» CON UN ARMISTICIO, POR CORTO QUE SEA».

Conocidos son los acontecimientos que siguieron, pues han sido expuestos en varias obras, en especial, y con gran claridad, en la del Sr. Tardieu, *La Paz*, y en la del general Mordacq, *La verdad sobre el armisticio.*

Hoy todo el mundo sabe que en la derrota total del mundo político y del ejército del Kaiser, llegó un momento en que nadie se preocupó de aceptar el peso de las

responsabilidades del día, salvo el príncipe Max de Bade, que se ofreció valientemente para la transición.

El mariscal Foch ha declarado que estaba informado desde hacía tiempo del desfallecimiento general del ejército alemán. Quiere aparecer jugando con el adversario como el gato con el ratón. Si esto es cierto, ¿por qué no me informó? Y ¿por qué dejó al mismo Presidente de la República en la ignorancia absoluta de lo que ocurría? Al pronunciarse la palabra armisticio, pedido por el enemigo, se vió, en efecto, al Sr. Poincaré clamar contra toda suspensión de las hostilidades, por breve que fuera.

Si el señor Presidente de la República, que no deseaba menos ardientemente que nosotros que terminara la guerra, se negaba a aceptar la tregua pedida, necesariamente era porque ignoraba el estado moral del ejército e incluso del pueblo alemán; estado moral que fijaba por adelantado nuestra respuesta. No podía basarse en otros documentos que los que nosotros conocíamos. Informado por Foch, que pretende estar al corriente de todo, la actitud del Sr. Poincaré sería inexplicable. Según él, los alemanes se proponían entretenernos con falsas negociaciones para rehacerse y aplastarnos. ¿En qué fundaba esta opinión? ¿En hechos? ¿Un fenómeno de adivinación?

En teoría puede concebirse una maniobra militar semejante de parte del enemigo; pero si se les concedía un armisticio, una simple tregua de pocos días, como yo proponía al Presidente de la República, y se les vigilaba mientras durara, los alemanes no podían intentar nada eficaz.

Lo incomprensible es que el Sr. Poincaré, en desacuerdo con su Gobierno sobre la proposición de un ar-

misticio que había que conceder o negar, no recurriera a las luces del jefe de los ejércitos aliados, cuando él sabe que en tal materia sólo puede decidir la suprema autoridad militar; pero todo se pasó entre él y yo en uno de esos derroches de tinta a los que está sujeto el Sr. Poincaré. En realidad todo estaba demás, porque a la misma hora los acontecimientos que se produjeron en Alemania habían dispuesto por sí mismos de la guerra y de la paz.

Nada de esto hubiera ocurrido de haber cumplido Foch con su deber primordial de informar al jefe del Estado. Verdad es que éste también tenía el de solicitar, en un caso parecido, los informes del comandante en jefe; pero entre ellos no hay la menor huella de un cambio de informes. El Sr. Poincaré desarrolla contra mí, con extrema violencia, su oposición al armisticio, en vez de pedir informes a Foch, que se limitó a dejar pasar la cólera presidencial sin intervenir con una sola palabra. Tal vez la explicación más sencilla sea que Foch se daba importancia cuando pretendía conocer lo que ocurría al otro lado del frente. Es lo más probable, aunque no me atrevo a creerlo, porque sería un feo rasgo de carácter.

A falta de otros datos, el menos observador habría reconocido que la comparación de fuerzas en presencia, tras una guerra de cuatro años en la que se libraban los más grandes combates de la historia, creaba en ambas partes la fatalidad de una situación nueva, precipitada por la intervención americana, que decididamente haría inclinarse la balanza a nuestro favor. Porque hay que reconocerlo, lo que produjo la revolución en Berlín, con todas sus consecuencias, fué el agotamiento del soldado alemán y no la revolución civil la que originó la militar, como inútilmente se ha tratado de hacer creer.

El 11 de noviembre de 1918 cesó el fuego.

No soy yo quien negará la resistencia del soldado alemán; pero le habían prometido una guerra *fresca y alegre*, y desde hacía cuatro años se le tenía bajo un martillo aplastante. Un ilustre alemán, Plancke, nos ha propuesto la nueva teoría de los *Quanta*, según la cual las energías cósmicas no brotan bruscamente, sino por sucesivos choques determinados. Bizancio dominó a Atenas y Roma. Su *quantum* se agotó rápidamente. El *quantum* de una hipotética civilización alemana no nos llevaría muy lejos, porque todavía está en ese día demasiado próximo a la barbarie, mientras que el *quantum* de la civilización helénica, incluso vencida, está lejos de haberse agotado. Nuestra derrota hubiera infligido a la civilización de la especie humana un retroceso a la violencia y a la sangre. Lo que importa es saber la suma de regeneración que puede y debe dar nuestra victoria, si la sostenemos.

La verdad es que el soldado alemán y el hombre civil habían agotado simultáneamente sus esfuerzos de conquista, mientras que del lado francés se luchaba por la existencia, con el conjunto magnífico de las virtudes guerreras de nuestros aliados... salvo la común ración de degeneración representada en todos los países por el «emboscado». En vísperas del armisticio el combatiente francés era tan firme soldado como en cualquier otro momento de la guerra.

Ya, ya sé que hubo los *motines*, cuando el mando vacilaba. Algunos días de malas palabras, no para precipitar el fin de la guerra, sino para hacer a todos los jefes solidarios de unos pocos que no les habían dado la victoria. Esos «amotinados» los he visto yo. Les he hablado, y para dominarlos bastaba con mostrarles al alemán. El

hombre más peligroso tal vez, era el que callaba. Jamás se habló de terminar la guerra. Vi gestos imprecisos de cólera; pero todos aquellos «amotinados» sólo esperaban una ocasión para volver a sus puestos. Puede decirse de una manera general que todo volvió al orden al solo grito de «¡Adelante!»

En fin de cuentas, las violencias contra la civilización del hombre son reprimidas por sus propios excesos, y esto me descubre en las formaciones psicológicas del soldado alemán, con su tema «*Germania por encima de todo*», las causas del agotamiento prematuro que le llevaron a solicitar el armisticio antes que el soldado francés, que combatía por su independencia. El crimen exuberante fatiga antes que la inhumanidad común, hasta el día, sin duda lejano aún, de las oscilaciones medias.

Esta es una de las razones por la que explico la fatiga moral del alemán en los dos frentes, mientras que nuestro francés, con su extravagante reputación de hombre superficial y ligero, se ha mantenido hasta el fin sonriente y con la misma firmeza de corazón.

Por lo que a mí se refiere, no tuve ninguna divergencia con Foch, salvo sobre la cifra de los efectivos dejados a los alemanes, que, sin dificultad, hice reducir de una manera sensible. Sobre este punto he de reconocer que el mariscal Foch no hizo ninguna objeción. La cuestión probablemente no le era indiferente; pero juzgaba que, hasta lo paz por lo menos, cifras que no podían comprobarse, no podían tener ningún efecto en la anarquía de la desorganización alemana.

Tuve que defenderme en el Congreso contra la acusación de «*no haber desarmado a Alemania*». En medio de su desconcierto era el único motivo de disentimiento que

encontró la oposición. A cuanto yo decía se me contestaba: «*Desarme a Alemania*», y los aplausos eran atronadores. El diputado que me sucedió en el Ministerio era uno de los más violentos a este respecto. Cuando ocupó mi sillón hay que suponer que Alemania se encontró mágicamente desarmada, porque ya no se volvió a hablar del asunto.

Pero nuestros guerreros del periodismo tenían aún muchas aventuras por correr. Primero se nos reprochó el no haber seguido el protocolo de la monarquía para el desarme de las tropas, según el ceremonial de una rendición. Todas las armas debían quedar en el terreno. El soldado se avanzaba hacia la frontera, señalada por una raya, arrojaba su fusil y se volvía a su país. Confieso que este protocolo ni siquiera me pasó por la imaginación.

Siguió otra campaña para demostrar que habíamos cometido una falta imperdonable aceptando el armisticio en vez de haber ido a hacerlo firmar en Berlín. El general Foch, que tenía la responsabilidad de Rethondes, no se dejó llevar por este camino. Debo decir en su honor que le he oído protestar con vehemencia contra las extravagancias de algunos plumíferos y contestar que, una vez obtenido el resultado militar, no teníamos derecho a arriesgar «*la vida de un solo hombre*» por una cuestión militarmente resuelta.

Cuanto a mí, mi deber era de los más sencillos. Míster Wilson, al enviarnos el ejército americano, nos había presentado los catorce puntos tan conocidos. ¿Estaríamos dispuestos a cesar las hostilidades el día en que los alemanes se sometieran a estos puntos? Si yo me hubiera negado a contestar afirmativamente, era nada menos que una falta de palabra y el país se hubiera levantado unánime-

mente en contra mía y los soldados me habrían desautorizado con mucha razón.

Entre nosotros, como entre nuestros aliados, se aceptaron unánimemente. Era la paz de Francia, la paz de los aliados. No teníamos derecho a arriesgar una sola vida humana para otros resultados. Se ha dicho que el esplendor del triunfo militar hubiera hecho aceptar la derrota a los alemanes más resignadamente. Ya vieron pasar a los soldados de Napoleón bajo la puerta de Brandeburgo, y todos sabemos que en Leipzig lo habían olvidado. Para realizar la ejecución del Tratado sólo nos ha faltado más tarde un hombre de Estado capaz de voluntad.

Luego de haber prometido, con la aprobación de todos, subscribir las condiciones, tan sabias como firmes, del presidente Wilson, ¿podía yo oponerle una negativa en el momento en que me pedía el cumplimiento de nuestros compromisos? Yo no era el hombre que hacía falta para traicionarse a sí mismo y a su país. Por lo demás, nadie me lo pidió hasta que el peligro de la negativa había pasado. Es lo que ocurrió con la anexión de la Renania, para la que el mariscal Foch sólo pudo conseguir algunos adeptos luego que quedaron eliminadas todas las probabilidades de realización.

En realidad no hubo oposición seria a las cláusulas más severas del armisticio sino entre nuestros aliados británicos, que, animosamente, procuraban no maltratar a Alemania temiendo nada menos que una reacción de potencia demasiado viva en provecho de la Francia «aliada». Mr. Winston Churchill, que está lejos de ser nuestro enemigo, en su libro *The World's Crisis*, refiere que la noche del armisticio cenó con Mr. Lloyd George, y la conversación versó exclusivamente sobre la mejor mane-

ra de acudir en ayuda de Alemania. En tal momento tal vez hubiera sido más natural pensar en socorrer a Francia, tan cruelmente devastada por los soldados alemanes.

A mi regreso de la India pasé por Londres para ir a Oxford a recibir un título *honoris causa*, y Mr. Lloyd George me rogó que fuera a verle a la Cámara de los Comunes. Su primera palabra fué preguntarme si tenía algo que decirle.

—Pues bien, sí—le respondí—. Tengo que decirle que desde el día siguiente al armisticio, se ha vuelto usted enemigo de Francia.

—En efecto—me contestó—, ¿no es ésa nuestra política tradicional? (1).

De acuerdo con este punto de vista, Mr. Lloyd George y el mariscal Sir Douglas Haig procuraron atenuar las condiciones impuestas a Alemania; pero el punto de vista francés fué sostenido a través de todos los debates. Sobre esta divergencia de vistas habían ciertamente contado los alemanes para declararnos la guerra; pero juzgaron groseramente la mentalidad británica cuando, en su simplicidad de salvajes, creyeron que Bélgica violada, el británico permanecería quieto.

La Gran Bretaña no ha cesado de ser una isla defendida por el mar, y para asegurar la paz de sus conquistas cree necesario multiplicar las causas de discordia entre los pueblos del continente, política que ha tenido grandes días para ella, en contra nuestra.

Los hombres nuevos del otro lado de la Mancha no han columbrado aún que, desde ese tiempo, hay muchas cosas que han cambiado. No ignoraban, sin embargo,

---

(1) *Well, was it not always our traditional policy?*

que invadida Bélgica se encontrarían directamente amenazados en sus obras vivas por una Alemania que anunciaba que su «*porvenir estaba en el mar*». Y se decidieron a salvar Inglaterra con nuestra ayuda, con riesgo de salvar a Francia al mismo tiempo. Lo hicieron bravamente y nosotros les guardamos un agradecimiento del que desconfían, temerosos de que nos sirva de pretexto para ventajas futuras que todavía obsesionan los sueños de algunos guerreros civiles. La suerte parece que está echada, porque la América invasora se ha metido entre ceja y ceja hacernos visitas comercialmente interesadas y la Gran Bretaña podría sufrir de ello más de lo que le permite suponer el genio de sus políticos último modelo. ¡Cuántos puntos de interrogación al solo anuncio de los primeros problemas de la paz!

CAPITULO VII

INSUBORDINACIÓN MILITAR

El mariscal Foch fué un gran soldado en la batalla. Excelente cualidad; pero ¿basta con ella? A pesar de sus cuarenta años de «servicio», como dicen los soldados empleando un tono de orgullo, parece que algunas voces de fuera, algunos argumentos especiales, le hicieron olvidar alguna vez el sentido de su vida y su razón de ser.

No se puso a prueba su fe en la virtud de «la obediencia», la más excelsa de sus obligaciones. Le faltó esa inflexibilidad en el deber que es la manifestación más segura de la grandeza moral e intelectual en el hombre civil lo mismo que en el soldado. Por esta razón primordial y por el discreto ejercicio del arte militar, todos los soldados de cualquier graduación están sometidos a las disciplinas comunes de la obediencia jerárquica, de la que no les está permitido separarse nunca y bajo ningún pretexto. Este soldado cedió a la tentación de abandonar una religión de la disciplina que él mismo había practicado y enseñado durante toda su carrera. ¿Le embriagó el esplendor de su fama y le cegaron los humos del incienso? ¿Se creyó llamado a representar un papel político, como tantos otros guerreros de que nos habla la historia, que olvidándose de sus

deberes agravaron los males que habían prometido curar?

Cuando hubo dicho ante los aliados lo que juzgó oportuno decir de su opinión sobre el tratado de paz, el mariscal se creyó libre de responsabilidad. Quedó frente por frente a sí mismo. Había dado a conocer sus opiniones, que los Poderes públicos estudiaron. Cualquiera que fuera la resolución que éstos tomaran, el mariscal Foch no tenía el derecho de recurrir a los políticos. No era plenipotenciario ni diplomático. Era el jefe de los ejércitos aliados, es decir, un soldado. En tales circunstancias, el papel era bastante agradable.

—¿Sabe usted—me dijo un día el mariscal—que no soy subordinado suyo?

—No, no lo sabía—contesté riendo—. Tampoco quiero saber quién le ha enseñado a usted semejante doctrina. Conoce usted el aprecio en que le tengo; le aconsejo enérgicamente que no ponga en práctica esa idea, porque sería peligroso.

No me contestó (1).

En sus argumentos y negativas, el general no se conformaba siempre escrupulosamente con los hechos, lo cual le hacía incurrir en contradicciones.

En plena discusión del tratado de paz, concedió una entrevista a un redactor del *Daily Mail* para discutir los acuerdos de los aliados, y yo supe de buena fuente que uno de sus oficiales había ido a corregir las pruebas. El presidente Wilson y M. Lloyd George me reprocharon con viveza una tolerancia que permitía esta abusiva in-

(1) Esto significaba, según supe más tarde—ya he dicho algo de ello en el capítulo anterior—que la autoridad inalienable del presidente Wilson y de Mr. Lloyd George sobre sus tropas nacionales me privaba de una parte de la mía sobre el mando francés. Tal era la opinión de un jurisconsulto profesional, el Sr. Poincaré.

tervención del soldado en la obra de los poderes civiles. Pedí explicaciones al general, que *negó* ser el autor del artículo, y me dijo que el oficial a quien yo me refería estaba en aquel momento camino de Angulema (1). Corté la entrevista para evitar un incidente, y archivé la observación de M. Lloyd George de que, en Inglaterra, una falta de este orden habría sido castigada severamente.

Pero he aquí que ahora el general, cuya memoria no debía de ser muy firme, dice:

«*No hice más que conceder una entrevista al «Daily »Mail»* para decir lo que pensaba del Tratado que iba a »presentarse. La censura prohibió la reproducción del ar»tículo (2). Clemenceau, dominante y jacobino, no tole»raba que otro, y menos un militar, se mezclara en las »negociaciones que pretendía llevar a cabo él solo.»

Era la confesión después de la negativa. Cuando exijo de la autoridad militar que respete al poder civil, estoy en la obligación de recordar al mariscal Foch que no tenía el derecho de dedicarse al periodismo.

El 5 de octubre de 1929, M. Lloyd George había enviado al mariscal sus «sinceras felicitaciones por su aniversario». A lo que contestó Foch: «Agradezco mucho »sus felicitaciones... No olvido que debo a su insistencia »el puesto que actualmente ocupo...»

Y yo digo que es absolutamente *falso* que el mariscal Foch debiera «su puesto» a M. Lloyd George. Me lo debía

---

(1) Argumento muy débil. Se puede muy bien tomar el tren después de haber corregido pruebas.

(2) Yo podría haber preguntado al generalísimo de dónde le venía el derecho de escribir en los periódicos. Y no se limitaba a esto mi queja, porque Foch, no contento con dar ejemplo de desobediencia, imponía a uno de sus subordinados una complicidad de insubordinación. No solamente desobedeció, sino que ordenó la desobediencia.

a mí, jefe del Gobierno francés, porque yo lo quise así, y precisamente hizo falta una derrota del ejército británico para que cesara LA RESISTENCIA del Gobierno inglés al nombramiento de generalísimo a favor del general Foch.

¿Y qué decir del hecho de que un soldado francés felicite a M. Lloyd George por haber impuesto su elección de un general francés al mismo Gobierno francés? ¡Qué extraño olvido de su dignidad personal y del respeto debido a su propio Gobierno! ¿Y cómo calificar este acto si, además, el hecho alegado es pura invención?

Había yo colocado a las divisiones francesas e inglesas del ejército de Oriente bajo el mando del general Franchet d'Esperey, relevado con el general Duchesne, después del desastre del Camino de las Damas, cuya responsabilidad compartían ellos con otros. Monsieur de Freycinet, que había tenido a su lado al general Franchet d'Esperey, me había hablado de él en términos elogiosos, y por este motivo le relevé de una fatalidad momentánea para concederle aquel importante puesto.

Cometí la torpeza de no consultar a M. Lloyd George, que no siempre se detenía ante nuestras disposiciones. No sé quién (1) le dijo que yo había puesto un general relevado a la cabeza del ejército de Oriente. Míster Lloyd George le aplicó el calificativo de *el peor derrotado de esta guerra*, y me abrumó a reproches en pleno Consejo de Versalles. No perdí la calma, y respondí sencillamente que sustituiría al general en jefe del ejército

(1) Mejor dicho, no lo quiero saber.

de Oriente si M. Lloyd George me lo pedía, pero que no se lo aconsejaba.

M. Sonnino me felicitó por haber conservado la sangre fría, y al reanudarse la sesión, M. Lloyd George me propuso, con la sonrisa en los labios, que se borrase del acta toda aquella parte del debate, a lo que asentí con la cabeza. Cuando el general Franchet d'Esperey resultó victorioso en Oriente hasta el punto de querer imponer la paz sobre el frente occidental, hice notar a mi colega británico que mi elección no había estado del todo mal.

—Ha tenido suerte—me respondió.

—No es poco—repliqué—. ¡Hay tantos que no la tienen!

En realidad, no había hecho más que cambiar de adversario, porque el general Franchet d'Esperey me trató bastante mal en un artículo inspirado por él y recogido por M. Tardieu. Muchos de nuestros militares, y hasta de nuestros hombres civiles, tienen un molesto prurito de creer que el mundo está hecho para ellos. Franchet d'Esperey, luego de reprocharme en la prensa haberle impedido obtener la victoria decisiva, terminaba preguntando a M. Tardieu si quien tenía la culpa de su relevo era Foch o yo. Mi gran delito era haberle repuesto al cabo de algunos días, mientras que Foch, en una situación análoga, había tenido que esperar meses antes de encontrar un mando. Bien se ve que yo tenía el triste privilegio de recibir golpes por todas partes. La filosofía es muy útil al hombre público que sólo busca el interés general en el ejercicio de su autoridad.

De este privilegio es también una muestra lo que se ha dado en llamar «el incidente de la villa Romaine». El general Mordacq ha encontrado entre sus papeles la

siguiente nota, que transcribo sin cambiar una tilde:

«*Incidente de la villa Romaine.*

»El 6 de octubre de 1918, M. Clemenceau se entera de »que M. Lloyd George, sin consultar a nadie, ha tele»grafiado directamente al general inglés Milne, que man»daba las fuerzas inglesas en Oriente, bajo la dirección »del general Franchet d'Esperey. En su comunicación le »ponía bajo la autoridad del general Allenby, jefe de las »fuerzas británicas en Palestina, con objeto de que estas »fuerzas y las de Oriente realizaran una operación com»binada sobre Constantinopla.

»En el acto, M. Clemenceau hizo observar al embaja»dor de Inglaterra en París, lord Derby, que este acto »constituía una verdadera denuncia de la alianza franco»inglesa, pues estaba convenido que todas las fuerzas de »Oriente (en Europa) se colocarían bajo las órdenes de »un general francés, en la persona del general Franchet »d'Esperey, que llevaba la dirección general de las ope»raciones, bajo la autoridad del ministro de la Guerra.

»*7 octubre.*—Durante la jornada del 7 de octubre se »cambiaron numerosos despachos entre Londres y París. »Como consecuencia de ellos, M. Clemenceau adquirió la »convicción de que M. Bonar Law y lord Robert Cecil »estaban completamente de acuerdo con él y dispuestos a »sostenerlo. Por tanto, se mostró más firme en sus recla»maciones, y M. Lloyd George, sintiendo que no pisaba »un terreno muy sólido, acabó por ceder, llegando hasta »declarar «que era una mala interpretación de sus in»tenciones, que no se le había entendido bien, y que, en »todo caso, el telegrama debía considerarse anulado.»

»*9 octubre.*—El 9 de octubre por la noche, al volver

»del Consejo Supremo, que se había reunido en Versa»lles, me pareció que M. Clemenceau estaba muy irrita»do contra el mariscal Foch. Me contó que por la ma»ñana, en el curso de una reunión preparatoria en la »*Villa Romaine* (Versalles), el mariscal, después de haber »prometido a M. Clemenceau apoyar al Gobierno fran»cés en su decidida oposición a la expedición inglesa com»binada sobre Constantinopla, por vía terrestre (Europa »y Asia), bajo la dirección del general Milne, se puso re»pentinamente al lado de M. Lloyd George.

»*10 octubre.*—Al día siguiente, 10 de octubre, el ma»riscal, llamado por M. Clemenceau, acudió al despacho »de éste en el Ministerio para exponerle las razones de »su cambio brusco de actitud. No llegó a convencer a »M. Clemenceau, aunque añadiera que, «en su opinión, »como el terreno en Asia y aun en Europa era poco prac»ticable y, por tanto, casi imposibles el abasto de víveres »y la evacuación de heridos, probablemente el general »Milne recibiría *un fuerte palmetazo* (1).

»—Entonces—replicó M. Clemenceau—, ¿por qué no »se lo ha dicho usted a M. Lloyd George?

»Por toda respuesta, el mariscal se encogió de hom»bros.»

Cito estos incidentes porque ellos caracterizan las dificultades de una situación en que chocaban los elementos que, ante todo, debían marchar unidos. El mariscal Foch tenía el derecho de cambiar de opinión, pero debía haberme advertido. Y no pude ocultar mi sorpresa cuan-

(1) «*Nota.*—El ejército de Oriente (general Franchet d'Esperey) depen»día únicamente del ministro de la Guerra (M. Clemenceau). El mariscal »Foch era solamente un asesor, pero no tenía ninguna orden que dar.»

do le vi volver, finalmente, a su primera opinión, después de haber hecho inclinarse la balanza del otro lado.

Basta este simple relato para que se vean las injustificables disposiciones del general en jefe a sustraerse del cumplimiento de su deber.

¿Y qué diremos cuando se inmiscuye en las órdenes de la Conferencia de los aliados y SE NIEGA a transmitir un despacho convocando a los plenipotenciarios?

El 17 de abril de 1929, el señor mariscal Foch había recibido del que firma estas líneas el siguiente telegrama:

REPUBLICA FRANCESA

El presidente del Consejo,
ministro de la Guerra. París, 17 abril 1929.

«*El presidente de la Conferencia de la Paz al señor mariscal Foch, general en jefe de los ejércitos aliados.*

»Tengo el honor de poner en su conocimiento que el Consejo Supremo de la Potencias aliadas y asociadas ha decidido invitar a los delegados alemanes, provistos de plenos poderes, a reunirse en Versalles el 25 de abril, por la tarde, para recibir el texto de los preliminares de paz decretados por las Potencias aliadas y asociadas.

»En consecuencia, y por conducto del señor general Nudant, debe rogarse al Gobierno alemán indique con urgencia número, nombres y calidad de los delegados que se propone enviar a Versalles, así como número, nombres y calidad de las personas que los acompañen. Ruégole, señor mariscal, tenga a bien dictar todas las disposiciones necesarias para el transporte y llegada de la delegación alemana.

»Se han dado instrucciones a la Dirección de Seguri-

dad para la vigilancia y protección de la Delegación alemana en Versalles, que no cesará de representar al enemigo hasta el momento de la firma de los preliminares de paz. La Delegación alemana deberá quedar estrictamente reducida a su papel, y sólo podrá estar integrada por las personas calificadas para su misión especial.

»Se ha pedido al Estado Mayor del ejército un grupo de oficiales que asegure la unión entre la Delegación alemana, el secretariado general de la Conferencia y todas las autoridades francesas interesadas.

»Firmado: G. CLEMENCEAU.»

El mariscal no envió mi telegrama.

Quiso explicar su negativa a obedecer al ministro de Guerra, presidente de la Conferencia de la Paz, como un rasgo de carácter: «El objeto del telegrama—dijo—esta»ba en contradicción con la promesa que se me había »hecho de oírme en Consejo de ministros (1). Además, los »términos del telegrama estaban bastante obscuros.»

El mariscal no se ha atrevido a publicar el texto que

---

(1) Yo había prometido al mariscal que le convocaría para los Consejos de ministros antes de enviar a los alemanes las condiciones de paz. De hecho esta promesa se cumplió tan estrictamente, que Foch fué escuchado DOS VECES: en Consejo de ministros y en la sesión plenaria de la Conferencia, el 25 de abril y el 6 de mayo de 1929, la víspera misma de la entrega del Tratado a los alemanes. Si el mariscal juzgaba necesario recordarme mis promesas, no tenía que hacer más que escribirme o venir a verme, como hacía continuamente. Para conocer el *resultado* de estas conferencias, leamos a M. Tardieu en su obra *La Paz*:

«El mariscal Foch, llamado especialmente por M. Clemenceau, renueva »sus críticas. Se le escucha. Se retira. El Consejo delibera, y *por unani»midad*, después de un detate de dos horas, se pronuncia en favor del »Tratado. No es esto todo, porque el 6 de mayo, en la sesión plenaria de »la Conferencia celebrada veinticuatro horas antes de la entrega del Tra»tado a los alemanes, el ilustre jefe de los ejércitos victoriosos hace constar »su protesta una vez más.»

acabo de transcribir porque, contrariamente a su afirmación, resulta que en el texto del despacho no hay nada *obscuro*. Desafío a todas sus portavoces a que encuentren una sola coma sobre la que puedan argumentar.

Si la negativa a la obediencia no fuera un acto de la más extrema gravedad, yo diría que la falta de Foch en un momento semejante adquiría un carácter singularmente trágico, puesto que era al mismo tiempo un acto de desobediencia a los aliados, que le habían confiado el mando de sus tropas. Por eso, el presidente Wilson pronunció estas frases decisivas: «*No confiaré el ejército americano a un general que no obedece a su Gobierno.*»

Los terribles acontecimientos por que hemos pasado han suscitado en nosotros violentas emociones; pero todos los días podemos ver que las hemos olvidado muy pronto. Como el general no tenía ningún motivo, ni aun aparente, para negarse a enviar el despacho que yo le transmitía, me veo obligado a creer que lo que quiso fué sencillamente retrasar la llegada de los plenipotenciarios a fin de tener tiempo para desarrollar nuevamente su fatídica tesis del cañón francés sobre el Rhin. Cerraba, por tanto, el camino a las potencias aliadas. Y él mismo se vanagloria de este acto de rebelión militar. ¿Qué habría dicho si yo le hubiese negado mi colaboración porque reprobara algunas de sus operaciones militares?

Sin embargo, contemporicé. Yo mismo envié el despacho a Spa, procurando mencionar en él la negativa del general en jefe, a fin de que constara por escrito la falta; después tuve unas explicaciones con el mismo mariscal, haciéndole saber las protestas de los Gobiernos aliados.

No podíamos conservar al frente de nuestros ejércitos a un soldado sublevado. Tomé, pues, todas las medidas que reclamaba la situación—incluso el nombramiento de un nuevo general en jefe, el mariscal Pétain—, y después de un retraso de algunos días, ocasión que se le presentaba de arrepentirse, obtuve de los aliados la autorización para mantener a Foch en su puesto, *si prometía por su honor no reincidir. El mariscal me hizo todas las promesas que le pedí.* Se ha olvidado de decirlo. Lo siento por él; aunque póstuma, la confesión no habría sido indiferente.

No le ha bastado esto. Muerto, ha pretendido obligarnos a respetar su falta, dirigiendo nuevamente contra mí sus recriminaciones. ¿Puede decirse que he sido demasiado riguroso con él, o será más justo reconocer que le he sacado de un apuro bastante dificultoso? ¿No era eso lo que había hecho yo en la Cámara, en el curso del debate sobre el asunto del Camino de las Damas, en el que le alcanzaba una gran responsabilidad? Si he pecado, ha sido por exceso de indulgencia, por temor de turbar el espíritu público y de quitar a las tropas aliadas su confianza en el éxito.

Este asunto tiene otro aspecto, que no me incumbe a mí. Yo querría saber si M. Raymond Poincaré, presidente de la República y jefe de todos nosotros, llegó a intervenir cerca del mariscal Foch, como era su deber, para reprocharle su grave falta de desobediencia militar. Hoy estamos enterados de que había ideado una teoría para uso del mariscal Foch, con objeto de explicarle que no era subordinado mío. ¿Qué o quién podía redimir al mariscal de su obediencia a la Constitución y a las leyes francesas de la subordinación militar? Cuando el pre-

sidente de la República vió a su subordinado militar colocarse en franca rebeldía contra el Gobierno francés y sus aliados, negándose a obedecerlos, ¿le dijo una palabra, una sola palabra, para recordarle su deber?

CAPITULO VIII

EL INCIDENTE BELGA

«Quien mucho habla, mucho yerra.» Los comentarios y conversaciones inútiles—y algunos inexactos—sobre los movimientos de la batalla del Yser produjeron a Foch el disgusto de una justa protesta del rey de Bélgica. Ya he hablado de la conducta del general en esta ocasión. ¿Por qué se le ocurriría la idea de ampliar su papel a costa de nuestros amigos belgas, cuyo heroísmo no tenía límite? Alberto I se vió obligado a recoger los comentarios del general Foch sobre la actitud del ejército belga, que no había cedido un solo momento desde que recibió del rey la orden de resistir hasta lo último.

En un artículo publicado en *Le Matin* del 11 de noviembre de 1926, relatando una conversación con el mariscal, M. Stéphane Lauzanne le hace resumir en una frase su famosa teoría del mando por *sugestión*: «*Yo* »*no he mandado tanto como dicen.* No he hecho más que »ganar a mis ideas a los que me rodeaban, LO CUAL ES »MUY DIFERENTE.» Yo diría que, a veces, es demasiado diferente.

En la batalla del Yser, en noviembre de 1914, es cierto que Foch tuvo que dominar las vacilaciones del mariscal

French, y lo hizo con un ardor que no dejó lugar a los extravíos de autoridad. Ya he dicho que Foch no tenía el mando supremo, pero se lo tomó, y le debemos el éxito de una jornada decisiva. Muy gustoso, le rindo este homenaje, sin reticencia alguna.

Esto no era motivo suficiente para atribuír al rey de Bélgica una intervención que no había sido la suya. Este excelente jefe, cuya firmeza admirable pude comprobar en los días más aciagos, *había dado las órdenes de acuerdo con los «consejos» de Foch*, que hoy habla de él como si se tratara de un jefe cuyas vacilaciones se hubiera visto obligado a vencer:

«Por su parte, el rey de Bélgica me decía en los con»ciliábulos que sostenía con él: «Por la Constitución, yo »soy el responsable ante mi pueblo de lo que queda de »mi ejército: no puedo sacrificarlo.» A lo que yo le con»testé: «Sire, piense precisamente en su responsabilidad, »y tenga la seguridad de que, replegándose, es como sa»crificará su ejército.» Juntos los dos (1), dejé sobre una »esquina de la mesa dos papeles escritos de prisa y con»cebidos en términos casi idénticos: *Se mantendrán las »tropas en su puesto... Defenderán las líneas que tienen...* »No eran órdenes: eran solamente consejos. Logré con»vencer al rey y al mariscal inglés de la bondad de éstos, »consiguiendo que dieran las órdenes conducentes. Y me »parece que, en aquella ocasión, yo, que no tenía el de»recho de mandar, mandaba (2). Hasta me atrevo a creer »que nunca he tenido un mando tan absoluto como el »que ejercí sobre el Yser, donde nada tenía que mandar. »Si al menos hubiera encontrado el modo de ordenar...»

(1) El mariscal Foch estaba con el rey.
(2) Ya lo he hecho notar.

El rey de Bélgica es hombre de gran moderación; pero, como cualquiera otro, no tolera sofiones intempestivos. He aquí la carta en que contestó:

«Palacio de Bruselas, 13 noviembre 1926.

»Señor mariscal:

»He leído con asombro el relato, que publica M. Sté»phane Lauzanne en *Le Matin*, de una conversación sos»tenida entre usted y yo.

»De la opinión que le atribuye a usted este artículo, »resulta que en el mes de noviembre de 1914 *tenía yo la »intención de ordenar el repliegue del ejército, que no »llegó a efectuarse gracias a la oportuna intervención de usted.*

»Por el honor de este ejército, no puedo consentir que »se divulgue semejante interpretación de los aconteci»mientos.

»Me permito recordarle que el 16 de octubre, cuando »tuve el honor de recibir la primera visita de usted, *hacía »ya tres días que el ejército belga conocía mi proclama, »en la que declaraba «traidor a la patria a todo el que »pronunciara la palabra* «retirada», *y desde la víspera »había recibido la orden de «sostener a toda costa la línea »del Yser».*

»Se habían anunciado las más rigurosas sanciones con»tra todo jefe militar que diera orden de retirada, cuales»quiera que fueran las circunstancias, y durante toda la »duración de la batalla no se dió ninguna orden de re»tirada.

»Es cierto que en la jornada del 26 de octubre, las »críticas circunstancias en que se debatían las tropas ha»bían inducido al jefe de Estado Mayor a pensar en el

»repliegue sobre una posición situada más a retaguardia; »*pero usted no ignora que el proyecto no mereció mi* »*aprobación y que me opuse siempre a tomarlo en con-* »*sideración*. Además, todo esto sucedía en el mes de octu- »bre, y no en noviembre.

»En cuanto al documento escrito en que usted pretende »de haberme dejado sus consejos, no tengo el menor re- »cuerdo de haberlo recibido. Por supuesto, bién sé lo que »la causa de los aliados debe a su energía, y no olvido »que su insistencia cerca del general Joffre apresuró el »envío de los socorros que tan necesarios nos eran.

»Me creo en el deber de expresarle nuevamente la »gratitud que todos sentimos por usted a causa de la ayu- »da preciosa que nos prestó en aquella ocasión.

»Pero estoy seguro de que usted, mariscal de Francia, »personificación de las virtudes caballerescas de una no- »ble nación, comprenderá que tengo también el deber de »mantener intacta la reputación ganada por mis oficiales »y soldados, a cuya bravura y tenacidad se debe, en últi- »mo extremo, el feliz resultado de la batalla del Yser.

»Reitérole, señor mariscal, el testimonio de mi más »alta consideración.

»ALBERTO.»

Solamente entonces fué cuando el mariscal Foch pensó en desmentir la información publicada por M. Stéphane Lauzanne. Los periódicos del día 20 (la carta del rey llevaba fecha 13) publicaron su respuesta al rey de Bélgica:

«Sire:

»Permítame V. M. contestar a la carta que me ha »hecho el honor de dirigirme.

»No he concedido entrevistas a periodista alguno, y »cuando M. Stéphane Lauzanne vino a verme el 7 de oc»tubre pasado, lo hizo con un propósito distinto del que »hoy me guía a escribir a V. M. (1).

»Por tanto, como soy completamente ajeno a la redac»ción del artículo de *Le Matin* del 11 de noviembre (2), »declino mi responsabilidad (3) sobre el relato y los co»mentarios de este artículo, que han motivado la carta de »V. M. del 13 de noviembre.

»Como, además, vivo en el recuerdo de un pasado »que está siempre ante mi vista, conservo fielmente, como »»creo haber demostrado con frecuencia, los sentimien»tos, nacidos en la batalla, de cariño y alta estimación »por el ejército belga y de profundo respeto hacia su rey, »cuya inalterable reiteración ruego a V. M. tenga a bien »recibir.

»FOCH.»

Las negativas del mariscal Foch son siempre del mismo género. Hoy confiesa la entrevista que concedió al *Daily Mail* sobre la cuestión renana, y que negó cuando yo le interrogué. Todos los argumentos son accesorios. Solamente omite la cuestión principal. No concedió entrevista a M. Stéphane Lauzanne, pero conversó con él. ¿Qué distinción es ésta? ¿Dijo que tuvo que vencer la resistencia del rey de Bélgica o no lo dijo? El rey contesta que cuando recibió la primera visita de Foch había ya dado la orden más formal al ejército belga de resis-

(1) No es esa la cuestión.

(2) De ningún modo, pues que reconoce que ha habido conversaciones.

(3) Tampoco, puesto que no se pronuncia sobre las frases de M. Stéphane Lauzanne, y no afirma ni niega.

tir a toda costa. A esto es a lo que hay que contestar; pero el mariscal Foch se abstiene de hacerlo. Y este silencio es tanto más significativo cuando que en su conclusión, M. Stéphane Lauzanne descarta toda apariecia de inclinación a modificar el relato.

Así es cómo, en el momento en que su conducta militar merece todos los elogios, el mariscal Foch, para ampliar su influencia, se embarulla tergiversando conversaciones y comentarios, de los que no consigue verse libre.

CAPITULO IX

LA CONFERENCIA DE LA PAZ

«*La Conferencia de la Paz*», palabras mágicas que sucedían, como por arte de magia, a las matanzas de la guerra, para sacar a los hombres de los peores excesos de la violencia y precipitarlos en el abismo sin fondo de una esperanza de derecho universal, tan fácil de anunciarse como de desvanecerse en humo. Demasiadas realidades en la guerra, demasiados aplazamientos en la paz. La misma sinceridad, el mismo ardor en las premeditaciones de asesinatos en masa que en las brumas de un torrente oratorio de idealidades. Alternativas habituales del vaivén orgánico que determina las oscilaciones contradictorias de nuestra vida, generalmente engañada.

Mientras esperaba a los plenipotenciarios del mundo civilizado que iban a reunirse en París (1), pensaba yo en los discursos y fiestas que tradicionalmente acompañaban a este género de ceremonias. Se había sufrido demasiado en todo el mundo para que la gente se entregara

(1) M. Arthur Balfour, que propuso a París como lugar de la Conferencia, intentó justificar su elección *por la facilidad de las comunicaciones*. Suavemente hice observar que debía de haber otras razones más importantes en favor de París, y el diplomático inglés asintió sonriendo, porque es el hombre más cortés del mundo. Pero ya estaba lanzado el rasgo de ingenio.

a las solemnidades internacionales, entreactos de los fastuosos decretos de los soberanos, que antaño se complacían en divertir a lo pueblos antes de despedazarlos. Pensaba qué sería lo que podría abolirse del pasado en provecho de las nuevas concepciones, y qué nos impondría el protocolo inmutable de los problemas internacionales, bajo el aspecto de cortesía burguesa, de esa mezcla conveniente de aproximaciones diplomáticas que se llama la verdad.

Para no olvidar nada, M. Poincaré aprovechó la ocasión para lamentarse de que el Tratado de Versalles no hubiera mantenido la supremacía diplomática de la lengua francesa. Sin embargo, no ignoraba cuán inmensos territorios había ganado la lengua inglesa a costa nuestra durante los dos pasados siglos (1). Una de las normas del arte de ia abogacía es no tener en cuenta los hechos. Nosotros, pobres albañiles de la política, esculpimos en piedra monumentos «históricos», que, a veces, nos alucinan lo mismo que los viejos pergaminos desaparecidos en los arcanos del pasado.

El Arco del Triunfo, terminado por el Luis-Felipe de «*la paz a toda costa*», nos invita a vivir Austerlitz o Iena, mientras que la conclusión de la aventura napoleónica (que no es toda la historia de Francia) ocurrió realmente en Waterloo. Y si nos propusiéramos reanudar el hilo de la historia antigua, ¿no sería la descendencia de Wellington la que deberíamos tomar para cerrar el paso a la posteridad de Blücher?

También hay que tener en cuenta que desde hace poco tiempo América ha desarrollado una prodigiosa y violen-

(1) No obstante, yo defendí la causa de la lengua francesa con no menor insistencia.

ta energía que conduce a un pueblo de cien millones de almas a los excesos de una potencia empírica, que nadie podrá contener una vez desencadenada. Por ahora, América pretende instalarse en el mundo económico europeo, para conseguir los mismos resultados que las oleadas de conquistadores que, a pesar de sus apariencias triunfales, han acabado por fracasar. Así le ocurrió a Napoleón, a quien acabamos de citar. Y es porque un estado estacionario no es viable; hay que crecer o degenerar.

Se habla de reconciliarnos con Alemania: me parece admirable. Pero el pueblo alemán no tiene escrúpulos, y nada le gusta al francés tanto como el olvido. Si el uno avanza en todo momento, mientras que el otro se abandona a los goces enervantes del retroceso, llegará un momento en que se encuentren de soslayo.

Ya he dicho que para mí no se trataba de la historia de un soldado vencedor y descontento de la parte de victoria que se le atribuía. Ante todo, yo desearía, si fuera posible, no recaer en las sangrientas aventuras de las conquistas militares, cuya tentación acarician todavía las imaginaciones febriles de los pueblos alemanes.

No me atrevo a despreciar la potencia transformadora del movimiento humanitario, que por tantos caminos imprevistos nos conduce a proezas doctrinales de una aspiración a veces tan elevada, que nos cuesta trabajo vivir alguna parte de ella. En verdad, vencedores y vencidos marchan hacia aproximaciones de un destino común, bajo nombres diferentes. Pronto al dicho, lento a la acción: es una de las fórmulas del hombre en actividad. Hoy sabe cualquiera que ningún pueblo puede realizar la misión de todos, como lo demuestra la sucesión histórica de precedencias nacionales en las conquistas del espíritu humano.

Sólo por cierto tiempo destruyen las guerras las fuerzas del vencido en provecho del vencedor. Sin embargo, los progresos de las máquinas de asesinar son quizá más rápidos que las organizaciones de paz. El bombardeo de las ciudades con gases asfixiantes parece ya una perfección que difícilmente será superada. Aun hoy mismo parece que una buena organización de matanzas con una suficiente provisión de zeppelines puede consumar en unos instantes la destrucción de una ciudad, sin que quede siquiera un acta de algún secretario de una Sociedad de Naciones en la que conste la historia de este último progreso.

Pues bien; a pesar de estas anticipaciones, en las que se pierde el espíritu humano, apenas se reúnen dos hombres de sensibilidad media para tratar de una paz de tolerancia recíproca—a falta de fraternidad—, el gesto se apacigua, el tono se dulcifica, los párpados se abren y se cierran sobre la pupila asombrada, y la mano se alarga en ademán de buena voluntad. Se han desvanecido los Talleyrand, los Matternich de ayer, sombras del tiempo pasado. Abrase la puerta a los mensajeros de los tiempos nuevos.

Yo esperaba, sumido en estas meditaciones. Por fin, una mano providencial separa las cortinas doradas y descoloridas del Quai d'Orsay. Y he aquí a Lloyd George, sonrosado y jovial, que avanza sonriente y con los puños cerrados, gesticulando vivamente, según su costumbre, que motivó que un día el presidente Wilson se colocara entre nosotros dos, separándonos con los brazos y diciendo en tono de broma: «¡Por Dios! ¡Nunca he visto a dos hombres tan poco razonables!», lo que nos permitió terminar la escena colérica en una franca carcajada.

Tras él penetró en el salón M. Arthur Balfour (1), el más culto, amable y cortés de los hombres inflexibles. Siguieron M. Bonar Law, el príncipe del equilibrio, que sería un francés inestimable si no fuese completamente británico; lord Robert Cecil, un cristiano que cree y quiere vivir su creencia, con una sonrisa de dragón chino, para expresar una obstinación cerrada a los argumentos; lord Milner, inteligencia luminosa coronada de una alta cultura, que termina en discreto sentimentalismo; extrema dulzura, extrema firmeza; poeta a ratos. Hombre capaz de interrumpir la lectura de sus informes oficiales sobre su viaje nocturno de Londres a Versalles para hablar de la belleza del claro de luna y de la hierba de la primavera.

Más tarde apareció el presidente Woodrow Wilson, acorazado con sus «catorce puntos», representados por otras tantas muelas del juicio que no se dejan desviar de sus funciones. Edward House, «el coronel House», un supercivilizado escapado de los salvajismos de Texas, era hombre que todo lo veía, todo lo comprendía y sabía hacerse escuchar y respetar de todo el mundo. Buen americano, casi tan buen francés, espíritu ponderado, la clásica «persona decente». Sería negra ingratitud por mi parte olvidar los servicios eminentes que este hombre, netamente americano, ha prestado a la causa de una paz civilizada. Aunque sólo fuera por haber elegido este buen auxiliar, el presidente Wilson merecería el reconocimiento de los amigos de la Humanidad.

Sin duda, ha confiado demasiado en las interminables charlas de su *Sociedad de las Naciones*. ¿Pero qué

(1) Hoy Lord Balfour.

podía hacer de una asamblea de habladores a la que él mismo se veía obligado a negar todo poder ejecutivo? El exceso de confianza en las palabras sólo puede conducir a la decepción.

Debo mencionar también al excelente general Bliss, espíritu independiente, que tenía opiniones personales bien arraigadas y no soltaba presa: un almirante médico que a todo lo que se le decía respondía invariablemente «no», sin iniciar jamás una explicación; Mr. Hoover, hoy presidente de los Estados Unidos, notable por su rigidez; M. Orlando, italianísimo, acompañado del barón Sonnino, hombre de temible ironía; M. Hymans, belga, de una amenidad punzante.

Por último, uno de los mejores, Benés, el hombre de la Checoeslovaquia resucitada, que ha conquistado la estimación y la confianza generales por su palabra recta y su inteligencia elevada; Venizelos, hijo de Ulises y de Calypso, lealmente impregnado de una astucia helénica; Paderewsky, alma grande y armónica, que hace cantar su sueño al exceso de su corazón; y tantos otros que debería citar, por no decir nada del inefable grupo de los descontentos: Robert Lansing, Keynes, etc.

Había aún muchos más: Wellington Koo, gatito chino, de costumbres y palabras parisienses, entregado al placer de jugar con el ratón, aunque éste estuviera reservado para el japonés. Su inagotable elocuencia impacientaba mucho al barón Matsui, bloque macizo de espíritu nipón, que hablaba poco, pero no temía a las palabras acentuadas. El amable príncipe Saïonji, antaño impetuoso, hoy suavemente irónico, antiguo compañero mío en el curso del profesor de Derecho Emile Accolas. Y el conde Makino, comprensivo y reservado.

En el primer lugar debería haber colocado a M. Hughes, el noble delegado australiano, con quien se conversaba a través de una caja acústica, de la que brotaban conciertos de sentido común. El delegado Doherty, del Canadá, con expresión de inteligencia atrancada; el delegado de Nueva Zelanda, Massey, colocado en primera línea por la elevación de sus sentimientos y la elocuente benevolencia de su rústico discurso. La broma clásica consistía en preguntarle a qué edad había dejado de practicar la antropofagía. A lo que contestaba él: «Por lo menos, yo los cocía, mientras que ustedes los devoran crudos.» Smuts, de Africa del Sur, hombre de sonrisa forzada, que cometía la equivocación de dejar circular papeles en que se descargaba de un exceso de bilis sobre Francia. Y evolucionando alrededor de este ramo de espíritus en flor, constelaciones de rostros que consultar, que se encendían y se apagaban ante las preguntas de quienes los habían traído allí para permitirse el lujo de saberlo todo.

En fin, circulando con amable sonrisa en el núcleo de aquella multitud, el verdadero director del juego, Maurice Hankey (1), secretario de la Delegación británica, remolcando una gran cartera rebosante de papeles. Sus superiores cualidades de orden, lealtad e impecable disciplina le habían valido, si no el título, al menos la función de árbitro universal de la documentación del Tratado. La gran cartera de cuero atendía a la menor indicación de cualquiera de los asistentes, que obtenía en el acto el documento pedido.

He reservado para lo último a mi gran amigo el maha-

---

(1) Hoy Sir Maurice Hankey.

rajá de Bikaneer, que tomó valientemente la palabra para oponerse a que se levantara el velo femenino del Islam (el *Purdah*). En la selva de Rampura, en los dominios del excelente maharajá de Gwalior, me ha permitido entablar relaciones con el tigre y manifestarle mis sentimientos.

Era una asamblea de personajes diversos, en la que podría decirse que estaban representados todos los continentes de la Tierra, unánimes en el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos, dentro del orden de un régimen representativo que, a pesar de sus imperfecciones, es muy superior a las violencias de la conquista. No quiero que sea ésta la última palabra de nuestra civilización. ¿Dónde está la última palabra de nada? No por eso deja de ser el signo de una emancipación de las sociedades humanas que salen de las violencias primitivas para formarse a las reacciones iniciadoras de una libertad (1).

Saludemos, por tanto, al entrar en la Historia, a estos libertadores que llevan a las brutalidades del empirismo el socorro de la idea. Los primeros usos de esta independencia pueden ser mediocres, y lo son, en efecto, muy a menudo. Pero la eliminación de una parte de las violencias sociales en beneficio de un orden mejor en el desarrollo de la personalidad, de la dignidad humana, es ya una proeza tal en las actividades de la criatura pensadora, que ningún abuso puede hacer lamentar esta independencia.

Equivocarse no es precisamente fracasar, porque en

(1) El caso de la India admite discusión. Pero la India nos había enviado sus soldados y, habiendo tomado parte en la batalla, tenía derecho a un puesto en la obra de liberación.

la equivocación hay grados. La Revolución Francesa inauguró mal la era de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero de lo que contribuyó a inaugurar hemos extraído nosotros la armazón, muy aceptable, de un régimen social infinitamente superior al que precedió a 1789. En las circunstancias más sencillas, las ideas generales son igualmente un recurso poderoso. Nos entusiasmamos demasiado aprisa y nos desanimamos demasiado pronto. Cada cual debe buscar y encontrar su medida en las circunstancias de la lección.

Es que somos un agregado de fuerzas antiquísimas en camino de formaciones desconocidas, agregado comprensible solamente por una palabra: el *presente*, del que estamos tan orgullosos, y que no es más que un encuentro instantáneo entre el *pasado*, arriesgado, cuyo producto somos, y el *porvenir* desconocido, en cuya dirección vamos arrojados. ¿Cómo negar, pues, la parte de presunción y de ignorancia que entra en nuestro espíritu casi en la misma medida, y a veces más, que una aspiración recta hacia las modestas grandezas que están a nuestro alcance? Quizá sea lo más difícil respetar en el error mismo el grano de verdad, que al penetrar se desfigura.

Yo saludo a esos diputados de la victoria, grandes por la idea, débiles por los medios, que traen en sus manos triunfales los recursos de una tentativa tan hermosa que hasta las decepciones del fracaso quedan ceñidas por la aureola de una esperanza invencible. Amigos, bienvenidos seáis a nuestra capital asombrada, entre las palpitaciones supremas del más violento ataque de barbarie, bajo el que estuvo a punto de sucumbir la civilización misma. Sois el testimonio viviente de nuestras grandezas y de nuestras miserias, cuya distinción es, a veces

arriesgada. Nos traéis el testimonio de la Humanidad en favor de ella misma. A vosotros os debemos el vivir un momento, un gran momento del hombre, puesto que nuestros hijos han dado su vida para acrecentar la nuestra.

Sí, comprendo que hay resistencias. Un soldado, Foch, no querrá desistir de la tradición de la conquista, y, como todos los conquistadores de la historia, ha encontrado juristas que le construyan una doctrina de la conquista a perpetuidad. Esto no debe sorprendernos. No hay victoria que no tenga y conserve fragmentos de derrotas. Como no hay derrota sin vagas resonancias de victorias eventuales que preparar.

Nadie puede decir lo que resultará de la paz que vais a fundar con la inauguración de los ritos que os traen entre nosotros, porque, en condiciones nuevas, es otra sucesión de riesgos que correr; nuevos combates sobre el tema libertador con nuevos métodos; la misma parte adversa uniendo a su potencia de cultura mental un fondo de incultura moral que nos pide con rara impudencia que fundemos la nueva paz sobre la prodigiosa mentira de la inocencia germánica. Riesgos favorables y adversos mezclados de diverso modo.

Hay que decirlo todo. Lo que vais a decidir, obedeciendo al dictado de vuestra conciencia, lo habréis deliberado entre vosotros lejos del perturbador vencido, que sólo se presentará para recibir vuestra ley. ¿Conseguiremos sujetarlo? Habláis de un derecho susceptible de aplicarse. Habláis, pero la acción, ¡ay!, nos la dejáis a nosotros.

Pues bien; sea. Tal vez no resultemos indignos de la esperanza que habéis depositado en nosotros. Que se

acerque el adversario a la mesa del Tratado: se le exigirán cuentas y se le darán explicaciones. ¡Noble ambición ésta de aplicar el Derecho! Inaugurar una vida más estable, más elevada y más bella que la que ha recibido: he aquí el sueño del pensador. ¿Cuántos, y por cuánto tiempo, han podido realizarlo para sí mismos, en espera de la oportunidad que permita el auxilio al prójimo?

El movimiento se demuestra andando. A todas las horas del día es preciso demostrar nuestra ideología. En las uniones del pasado y del porvenir, en que se exige a la idea que rinda cuentas, hemos aprendido a distinguir lo que anuncia de lo que puede llevar a cabo. El margen viene de la distancia de la palabra a la acción. Cargada con todos los fardos del pasado, nuestra ideología áptera querría libertarse por medio de un gran golpe teatral; pero el hombre se transforma lentamente, pasando por fases progresivas que necesitan milenios para convertir una existencia antigua en una existencia nueva. Todo el problema se reduce a perseverar en lugar de desanimarse.

He ahí por qué, para desarmar al mariscal y a M. Poincaré de sus argumentos en favor de una permanencia del régimen de conquista, me bastó con descubrirles la aparición de aquellos hombres que la misma víspera no se conocían, y que, sin circunloquios de protocolos, habían entrado con la cabeza erguida en el palacio de Luis XIV para deliberar sobre los problemas de las sociedades humanas, y hasta se habían puesto de acuerdo sin tener que vencer muchas dicultades. Si aquello no fué un milagro, hay que confesar que fué algo muy parecido.

Y es que el lema del Tratado de Versalles fué *la liberación de los pueblos*, la independencia de las naciona-

lidades, mientras que el lema de la política del mariscal Foch y de M. Poincaré era *la anexión* de un territorio por la fuerza de las armas, contra la voluntad de sus habitantes.

Bien sé que estos señores no se oponían a la liberación de los pueblos. No querían tomar nada a nadie, excepto a sus vecinos. Admitido este punto, exigían con su autoridad que nadie tomara ejemplo de ellos. En verdad, el silencio de M. Poincaré, que no podía desinteresarse de los argumentos políticos tan fácilmente como el mariscal, resultaba bastante significativo.

La suerte se ha pronunciado. La Conferencia ha hablado. Ha sido obedecida. ¿Que no ha podido cuidar escrupulosamente la ejecución del Tratado? No anticipemos. Desbordante de pactancia germánica, M. de Brockdorff-Rantzau iba a decirnos más tarde que *odiábamos a Alemania*, porque habíamos osado defendernos contra ella, pero fué preciso que los países de Europa, o de formación europea, volvieran a sus Gobiernos familiares para que el enemigo vencido se irguiera en plan de vencedor, se atreviera a mirar de frente sus crímenes, cuya confesión había firmado, y se permitiera exigir cuentas a los que habían abatido su maleficencia.

La Conferencia ha pasado a la Historia. Ante los esfuerzos de los vencidos transformados en brillantes contradictores, los aliados, si no han roto la alianza, por lo menos han abandonado sus amistades de la guerra, y nuestros Gobiernos no han mostrado siquiera la resistencia indispensable para mantener íntegramente nuestro derecho a las reparaciones.

La Conferencia es inocente de estos males. Ha convocado a todas las partes interesadas. Ha escuchado a todo

el que tenía algo que decir. El tratado será juzgado según sus méritos. La aparición de una grandiosa conferencia de arbitraje entre los pueblos que pedían justicia es un acto histórico que, a pesar de todo, tendrá consecuencias en el porvenir.

Tal vez se me quiera rebatir la novedad del fenómeno social en que me he detenido. Se me hablará del campesino del Danubio, envuelto en su saco de piel de cabra, delegado para contar sus hechos a los romanos. Yo le saludo respetuosamente al pasar. Pero la fortaleza de un héroe solitario sólo puede ser el signo precursor de la intervención concertada de los pueblos civilizados para librarse del opresor por un orden de independencia social, cuyos fundamentos han determinado ellos mismos.

Aquí es donde mis detractores no dejarán de invocar los acontecimientos del famoso tratado de Westfalia, citado como clásico por haber querido inaugurar, *en tiempo de guerra*, algo que con el tiempo podría ser el derecho europeo. Se parlamentó guerreando, mientras que los dos representantes del gran rey daban a la galería el espectáculo de esas miserables querellas personales que son la preocupación principal de la mediocridad de todos los tiempos. Napoleón, guerrero supremo (más ingenuo de lo que creyó), falto de un freno filosófico, aseguró una vez más, con su caída, el fracaso irreparable del poder personal, como nuestra Revolución lo había hecho del poder popular, coronando a un emperador el 21 de enero.

Sabemos que el tratado de Westfalia tuvo la pretensión de fundar el derecho europeo. La Revolución francesa demostró claramente que no lo había conseguido. Y como Napoleón hizo la misma demostración con la Revolución francesa, todo este embrollo de guerras nos lleva

otra vez al punto de partida. A Mazarino le bastaron cinco años para llegar a establecer una paz en que se trataba nada menos que de la revisión de Europa. Y mientras sus embajadores disputaban violentamente por cuestiones de etiqueta, la guerra, mantenida por la lentitud de la diplomacia, crecía en vigor y encarnizamiento. En aquella época, la guerra y la diplomacia marchaban juntas. No hacía falta apresurarse. «En Munster y en Osnabruck, »duraban días y días los saludos y las visitas, la solemne »habladuría de las arengas, la pedantería inagotable de »los juristas, las comilonas de los grandes personajes, »todo el ceremonial en que se pavoneaban los grandes y »los pequeños orgullos» (1).

Y he aquí que surge el Congreso de Viena como desquite de las aristocracias europeas. «El Congreso no marcha: *baila*», escribe el príncipe de Ligne. Y, en efecto, aquello no es otra cosa que bailes, comedias, óperas, cacerías, banquetes fantásticos, diversiones febriles. Un joven conde austriaco, que debe representar el papel de Apolo, se niega durante un mes a quitarse el bigote, y para decidirle hace falta nada menos que la intervención directa de la emperatriz. Esto es lo que tiene suspensos todos los ánimos, hasta que el Robinsón de la isla de Elba disipa todas estas locuras con un simple cambio de isla.

El aburguesamiento de una ideología fatigada nos reservaba otros recreos menos fastuosos que nos han dejado como eliminados ante los grandes problemas internacionales, siempre planteados y nunca resueltos.

En 1870, Bismarck nos descubrió arrojados por las

---

(1) E. Lavisse, *Histoire de France.*

tempestades a la mayor distancia posible de estos peregrinos de la idea venidos a Versalles desde todos los países del mundo, que han forjado la más hermosa de sus esperanzas en el yunque de una historia cuyas partes más crueles han vivido. El armisticio de Rethondes demuestra que nos hemos recobrado. Nuestros diputados de la liberación saben bien lo que querrían hacer. Pero ignoran lo que harán. El estado de su espíritu se parece al de nuestros buenos constituyentes de 1789, que llegaban a la tribuna sin encontrar la medida de lo que hay que tomar o dejar para que ajusten perfectamente las partes de revolución y de estabilidad. Los modestos por experiencia gozan con los ensayos. Los que, obedeciendo a la ideología, se lanzan al asalto de los fenómenos, chocarán con una multitud de gente que forma una masa de insuficiencias sublevadas. Tarde o temprano, comprenderán que el encuentro de los potenciales del pasado con las atracciones del porvenir ocasiona las decepciones de una larga duración de esfuerzos que no compensan las simples apariencias de frágiles resultados. Los que no comprenden nada del tumulto de energías donde los injerta su destino, verán frustrarse por completo sus esperanzas. Otros se contentarán, para su uso particular, con revoluciones de palabras, que son las más bellas, pero las más breves.

Sucede también que la victoria se inclina del lado bueno, y que al llamamiento de esta providencial inadvertencia, los oprimidos se levantan como en un sueño, y marchan con los ojos cerrados en la dirección de un mal menor, si no de un bien más grande.

«Por tu propio esfuerzo, obtendrás la recompensa de tu vida», dice el proverbio.

A cada cual incumbe descubrir que lo más seguro que ha ganado saliendo vencedor en el combate es la facultad de llevar alegremente su carga, tomando a veces sobre sí parte del fardo del prójimo. Pase lo que pase, lo mejor del hombre es la tentativa.

Allí estaba yo. Encontré amigos y estreché manos fraternas. Esperé, y hasta actué en algunas ocasiones, bajo el fuego graneado de los argumentos, con un soldado insubordinado que me venía a los alcances, y un Presidente de la República que habría querido verme en el fondo de un pozo, en rumor del Parlamento que se agitaba tumultuoso como la jauría cuando la pieza está herida.

Sin embargo, todos los delegados de todos los países me fueron sucesivamente llevando aparte para exponerme sus tesis particulares y hacerme ver claramente que sería imperdonable en mí hacer la menor objeción. Y cada uno de nosotros tenía que sufrir la exhibición de su vecino hasta el agotamiento de la serie, después de lo cual había que desenredar ferrocarriles, lagos, ríos y montañas, sobre mapas dibujados más o menos inocentemente, en vista de conclusiones contradictorias, mientras que en la Cámara mis adversarios, que sólo habían conseguido *marrar la guerra*, se disponían a asegurar, hiciera yo lo que hiciera, que había *marrado la paz*.

En 1848 había yo visto en Nantes a los polacos en armas partir para la conquista de su país; hoy, contemplaba a Paderewsky entusiasmado de haber encontrado su patria. Un potente lazo de emoción unía estos dos momentos. En el deslumbramiento supremo de un relámpago de vida, pasa el hombre por tempestades tan hermosas, que, para gozar plenamente de ellas, le está permitido entregarse a los golpes teatrales en los dramas de la hu-

manidad. Y henos aquí bien lejos de Foch y de sus historias, ¿no es cierto? (1).

Tal como es, con sus faltas evitables o inevitables, el tratado de Versalles, a quien abrió paso el armisticio con los primeros acordes de la orquesta, será por lo menos un puntillo en la sonata actual y venidera de los pueblos que trabajan por su liberación.

No intento siquiera prever lo que subsistirá del esfuerzo más grande de las civilizaciones humanas para conseguir un aumento de civilización universal; al cabo de diez años de charla, vencedores y vencidos han tomado la misma dirección para romper, una por una, todas las garantías de éxito.

Si los alemanes, amigos de la cultura, hubieran sido capaces de encontrar otra cosa que no fueran facilidades de opresión bajo la dirección de sus *cascos de acero*, yo no podría menos de admirar la potencia de sus reacciones metódicas contra la derrota militar. Pero el progreso moral del hombre dejaría atrás a nuestras posibilidades orgánicas si pudiéramos reaccionar completamente de un polo a otro de nuestras sensibilidades. Nuestros padres esperaban al Mesías. El Mesías está entre nosotros. El problema está en descubrirlo.

Mucha gente prefiere, en general, abandonarse al *dolce far niente* de la hora, mientras el enemigo abatido prepara su desquite en la sombra y hasta a pleno sol.

---

(1) «El Tratado es *malo, muy malo*», dice Foch. La misma protesta pública de las multitudes alemanes el 28 de junio último. Debe de haber alguien que se equivoca o que se ha equivocado. Pero no basta con tener una buena herramienta; hay que saber utilizarla. Y había que haber sabido no abandonar paso a paso el terreno conquistado con tan duro esfuerzo, transformando con ello la victoria en una carrera hacia atrás.

Las ciudades griegas se destruyeron sucesiva y mutuamente hasta que Roma las envolvió en el hundimiento común de su violenta civilización provisional. La misma Roma, que aniquiló sistemáticamente a Corinto y a Cartago, acabó por sufrir la misma suerte que sus víctimas. Es la antorcha que alternativamente se extingue y se reaviva, si ha conservado la brasa interior.

En el trastorno moral de las confusiones de sentimientos y pensamientos que han seguido a la guerra, ¿qué hombre, de cualquier lado del frente, podría reunir hoy los elementos de una predicción de sabiduría razonada? Los vencidos que, después de su declaración de guerra y de la violación de la neutralidad belga (bajo la protección de la fe jurada), se habían confesado culpables de todos los crímenes contra la humanidad, recurren puerilmente a todas las mentiras para apartar de ellos el dedo acusador de las conciencias ultrajadas. Con ello agravan su crimen, buscando abiertamente la vuelta de la fuerza. Pero he aquí que nuestros países «humanitarios», vistos en la precisión de unirse, de grado o por fuerza, contra todo exceso de violencia, no encontrándose ya ligados por el temor inmediato a un enemigo común, han vuelto, como decía Lloyd George, *a la política tradicional de la enemistad.*

Siguiendo el ejemplo de todos los pueblos conquistadores, Inglaterra forcejea bajo el peso de sus conquistas. A América no le basta la mitad del globo para colocar sus economías, que son algo nuestras, y Francia, por haber derramado lo mejor de su sangre en los campos de batalla, permanece inerte en manos de adormecedores, sin haber llegado aún a comprender en virtud de qué desfallecimientos de su arrojo histórico ha podido

dejar a tantos amigos introducirse subrepticiamente y sin gloria en las filas del enemigo. Y muchos preguntan por qué nos abandonan, sin comprender que los primeros en abandonar nuestra causa hemos sido nosotros mismos. Ya hablaremos de esto.

CAPITULO X

EL TRATADO.—EL ESFUERZO DEL PRESIDENTE WILSON

Nuestros soldados continuaban cayendo, mientras el presidente Wilson reflexionaba sobre el objeto de estas batallas, como nunca había presenciado la Historia. Al principio las había declarado indignas de la atención americana, y de pronto observaba que conducían a una crisis mundial, para resolver la cual le hacían falta nada menos que catorce puntos de reorganización.

Cualesquiera que fuesen el número y la forma de las proposiciones wilsonianas, la idea americana era fijar por anticipado, en plena batalla, las condiciones orgánicas de la paz futura. Cada uno de los «aliados» y «asociados» encontraba en ella garantías contra todo exceso de ambiciones guerreras, y la misma opinión alemana ganaba con saber hasta dónde podía llevarla la debilitación de su resistencia. Sin duda, algunos personajes se lamentaron de no haber encontrado en estos arreglos su cuenta de victorias; pero esperaron para ello a que se decidiera la victoria final.

No tengo por qué discutir aquí las soluciones infinitamente complejas que, a todo riesgo, acabaron por prevalecer. No por ello deja de ser rigurosamente cierto que

el presidente Wilson contribuyó más que cualquiera a fijar los estatutos de la Europa nueva, tanto por la autoridad final de su ayuda militar como por la potencia externa de una palabra que se salía de las tradiciones del pasado. Cuando se aceptan soberbiamente tales responsabilidades, ¿es posible la desenvoltura de una *paz separada*, dejando a cada cual el cuidado de salir del atolladero mediante un tributo en provecho de un beneficiario particular de los sacrificios de todos?

El señor presidente Wilson, profeta inspirado de una noble empresa ideológica que iba a convertirlo en su prisionero, no conocía lo suficiente a esta Europa que se presentaba en pedazos ante él. Fijó el destino de los pueblos por combinaciones de empirismo y de idealismo, de las que no podía asombrarse un americano que, con la doctrina de Monroe, desligaba a América de las repercusiones europeas, al mismo tiempo que intervenía en Europa en nombre de la solidaridad histórica de los pueblos civilizados. Hizo todo lo que pudo en circunstancias cuyos orígenes ignoraba y cuyos desarrollos ulteriores se encontraban fuera del alcance de su vista.

Probablemente el Tratado de Versalles no se defenderá del todo mal en la Historia, sobre todo si nos abstenemos de pedirle cuentas de las concesiones ulteriores, que han permitido a los vencidos obtener ventaja con el apoyo de nuestros antiguos aliados. El mérito principal de este ensayo de una pacificación duradera es el de haber buscado, por primera vez en la Historia, los cimientos de un edificio de justicia entre pueblos que hasta entonces no habían vivido más que de la violencia. Napoleón fabricó a hachazos su Europa. Sus Tratados presurosos no tenían duración, pero tomaba precauciones para que

no se discutieran durante cierto tiempo. Ciertamente, el Tratado de Versalles, sometido a toda crítica de improvisación, no consiguió realizar las esperanzas diversas que cada cual había puesto en él, lo cual no puede sorprendernos. Pero siquiera, en una Europa dislocada, osó abordar la empresa de una reconstitución general. Quizá demasiado pronto tengamos que juzgar lo que se ha hecho de él.

En estas condiciones, el presidente Wilson, esgrimiendo su panacea y sin interés territorial que debatir, se encontró en situación de prestar, y prestó, eminentes servicios para reunir, al día, partes de conciliación general, que muy frecuentemente eran de muy corta duración. Con la ayuda incesante de su amigo el hábil coronel House, allanó muchas dificultades — que, por supuesto, siempre volvían a renacer—, y durante algún tiempo pudo creer legítimamente en el éxito de la empresa que debía coronar sus esfuerzos. Esfuerzos metódicamente ordenados para conseguir resultados concretos: he aquí lo que exponía valientemente en los *catorce puntos* que presentaba al Congreso.

Todos conocen esta obra de valerosa probidad, que es un timbre de gloria para el que la ha concebido y no ha temido formularla. Con ella nos vemos transportados muy lejos del tiempo en que el mismo presidente Wilson se desinteresaba de «las causas obscuras de tantos males». El fogonazo del cañón alemán había desgarrado, por fin, la nube, y el presidente de los Estados Unidos de América, iluminado súbitamente, buscaba ante los pueblos reunidos las condiciones duraderas de una paz de justicia para Europa, cuya sangre no se habría derramado en vano si de «tantos males» debía salir la continuidad, aunque fuera relativa, de una paz justa y de sentido común.

Cuanto más profundo había sido en el origen el error del presidente, tanto más noble y fecundo en enseñanzas resultaba este magnífico llamamiento a la ideología del derecho vulnerado. Por fin, la gran República americana volvía a intervenir en el mundo, conduciéndonos a una solidaridad internacional despreciada hasta entonces. Enunciamos en plena guerra las condiciones intangibles de paz, repudiando el espíritu de conquista hasta predecir soberbiamente el derecho, antes de haberlo fijado.

Tal vez la empresa era demasiado hermosa para que se la empujara audazmente hasta el extremo. Al presidente Wilson, que hablaba con la autoridad decisiva de la gran democracia cuyo servidor era, le debíamos este esfuerzo de nobleza en las peores miserias. Por lo que a mí respecta, siento por él y su pueblo el más vivo reconocimiento. Al menos, esta deuda nunca nos pesará en la memoria de los hombres del porvenir.

Pero acaso no sea injusto reconocer que este elevado movimiento de dominio moral había tenido crueles compensaciones en los años de meditación que el jefe del pueblo americano consideró necesarios para pasar de una proclamación de indiferencia, que tocaba a las causas de la guerra, a las reclamaciones del derecho internacional manifestadas en las supremas energías de nuestros ejércitos comunes. Os lo pregunto una vez más, amigos: ¿quién ha soportado el peso de estas contrapartidas sino nuestros soldados, empeñados durante años en las más duras batallas de la Historia, pasando por las pruebas indecibles de los países cuya bandera enarbolaban orgullosamente?

Míster Wilson había realizado el más hermoso esfuerzo de ideología proponiendo resolver sistemáticamente,

en un orden de interdependencia, un conjunto de problemas europeos que causaban desde hacía mucho tiempo la agitación del mundo civilizado. Al conjuro de la voz del presidente salvador, iban a repararse las antiguas injusticias. ¡Cuántas esperanzas volaban hacia realizaciones próximas! Apenas algunos espíritus huraños daban la nota discordante: había demasiadas lagunas en todas partes. Pero ya los pueblos oprimidos secularmente enviaban delegados a defender su causa ante la Conferencia, y podía esperarse que el tiempo amortiguaría muchos males, dulcificando oposiciones pasajeras de sentimentalismos e intereses. Meses y meses se emplearon en este trabajo ingrato, del que, hay que decirlo, nadie salió satisfecho. No habían cesado de rechinar numerosas ruedas. Y hasta hubo personas que manifestaron su asombro.

Sin embargo, el generoso ideal del presidente Wilson le incitaba a buscar consolidaciones a su obra. Sabía muy bien las dificultades que iban a surgir a cada momento. Para poner su máquina en marcha le faltaba un motor, y este motor creyó encontrarlo en una *Liga de Naciones*, que no era otra cosa que una reproducción en pequeño de los Parlamentos internacionales, donde se concentrarían, multiplicándose, agravándose, y algunas veces también atenuándose momentáneamente, todos los desacuerdos históricos, todas las intrigas de la diplomacia, todas las coaliciones de egoísmos nacionales y hasta particulares.

En el curso de estos últimos años, los Parlamentos no han ganado en la consideración de los pueblos. Pese a sus grandes defectos, no por ello son menos necesarios. Quizá no implicará esto la necesidad de un *superparlamento*, cuya única misión sería *superhablar* cuando lo que se ne-

cesita son actos. ¿Qué otra cosa podría hacer, *puesto que carecería de todo poder ejecutivo*? Hay que reconocer que el ensayo ha respondido plenamente a lo que se esperaba, y que no se logra otra cosa que discursear, cuando haría falta decidir, imponer. Y todavía disto mucho de creer que esto bastaría para arreglar los asuntos, pues raro es el condenado que no maldice de sus jueces, y mientras un condenado pueda argumentar a cañonazos, bueno será desconfiar de él.

Seis meses después del manifiesto de los catorce puntos, Mr. Wilson, siguiendo su propósito, sin preocuparse de los medios, sometió a la opinión americana (julio de 1918)—en el discurso en que celebró la fiesta de la Independencia en Mount Vernon—las ideas de paz general que se habían impuesto a su espíritu. Esta vez se trataba de cuatro puntos nuevos, que constituían una especie de credo místico en el que se definían los objetos que debía alcanzar la Liga de las Naciones. Sólo citaré el artículo 1.°, que proponía asegurar: «*la destrucción de toda »potencia arbitraria, dondequiera que resida, que pueda »turbar la paz del mundo secretamente, por separado y »por su propia autoridad*, o, si no se puede conseguir de »momento su destrucción, reducirla, al menos, a la im»potencia virtual». Y para realizar esta obra de pura ideología, donde se detuvo imperturbablemente el orador, afirmó con confianza «*que una simple organización de »paz CONSEGUIRIA este resultado*».

Es probable que haya pocos ejemplos de semejante desconocimiento de la experiencia política en las tormentas de la idea. Ya podemos apreciarlo por los primeros resultados. Pero esto tiene una importancia secundaria en comparación con la catástrofe en que el Senado norteame-

ricano rechazó el Tratado de Versalles por una mayoría de seis votos y se lanzó fatalmente por el camino de una paz separada.

Me han dicho que he herido los sentimientos norteamericanos empleando esta expresión en una ocasión anterior. Lo siento de veras. Pero la simple definición de los términos no permite cambiar nada. ¿Qué ha sucedido? Las fórmulas wilsonianas de la Liga de Naciones suscitaron en el Congreso americano graves contradicciones, que Mr. Wilson se obstinó en no tener en cuenta. Fué una batalla extraordinaria en la que cada uno de los adversarios se empeñó en no ceder una pulgada de su peligrosa posición, sin pararse a considerar los peligros de una temible prolongación de la crisis mundial, en la que todavía hoy nos vemos envueltos.

En carta del 4 de marzo de 1919, Mr. Hitchcock, senador por Nebraska, hizo observar a Mr. Wilson que, con ligeras concesiones, obtendría la mayoría. Pero la terquedad de las dos partes se negó a oír nada, y confieso que ante esta doble resolución de no hacer la concesión más mínima, me he preguntado a veces si la intangible doctrina de Monroe no debía producir el efecto inevitable de empujar a toda aquella gente a la política general de la no intervención, que había sido al principio la del Presidente.

Claro está que los americanos están en su derecho de tener la política que les plazca. Pero como nosotros hemos tenido que sufrir las consecuencias, también estamos en nuestro derecho al tratar de precisarla. No voy a discutir la doctrina de Monroe, en la que veo una precaución empírica contra las empresas de conquistadores europeos. En realidad, es nada menos que una concep-

ción restringida de solidaridad continental, que además deja el campo libre a las dominaciones organizadas. Pero precisamente porque esta doctrina debe establecer así una *paz separada* del nuevo continente, y porque América no puede renunciar a sus relaciones europeas, se trata de saber si en vitrud de la solidaridad particular de Monroe deben los americanos desentenderse de Europa—en busca de hipotéticos resultados—o estrechar los lazos de la solidaridad natural de todas las civilizaciones.

La respuesta no me parece dudosa. Admitido el principio, pueden discutirse las formas de aplicación. Y precisamente sobre este punto del debate, ni Mr. Lodge ni Mr. Wilson estaban en situación de discutir provechosamente. ¿Quizá por este motivo ninguna de las dos partes se molestó en proseguir el argumento? Es posible. De todos modos la gran batalla no pasó de simple escaramuza. La cantidad indispensable de victoria y la cantidad indispensable de derrota para que el compromiso quedara reducido a aquello... a costa nuestra.

Amigos americanos: vuestra intervención en la guerra, que fué clemente para vosotros, pues sólo os costó 56.000 vidas humanas en lugar de nuestros 1.364.000 *muertos* (1), quizá os pareció un exceso de solidaridad. Y bien organizando una *Liga de Naciones* que debía dar mágicamente la solución de todos los problemas de garantía internacional, bien retirándoos simplemente de las combinaciones europeas, os encontrabais libres de molestias, por el método de una paz separada.

Pero todo esto no es tan sencillo como podría parecer. Por limitados que estén los pueblos por fronteras na-

(1) Hay que añadir 740.000 mutilados y tres millones de heridos.

turales o artificiales, sólo tienen un planeta a su disposición; un planeta cuyos elementos todos son solidarios, y, lejos de ser una excepción de esta regla, el hombre, hasta en sus actividades profundas, es el testigo superior de la solidaridad universal.

Detrás de vuestras barricadas de océanos, hielos y sol, podéis aislaros algún tiempo de vuestros conciudadanos planetarios, aunque se os encuentre en Filipinas, donde no os ha llamado la geografía. Pero siempre habrá pueblos civilizados en todos los continentes, y si vosotros no os ocupáis de ellos más que para cambiar vuestras mercancías, ¿no podría suceder que ellos no se ocuparan de vosotros en otros propósitos?

China y Japón tienen una historia que seguir. ¿Qué dirección tomará? Lo mismo ocurre con Europa y Asia. Inglaterra, Francia, Rusia, Alemania, Italia, no pueden ver en vosotros solamente energías de indiferencia. No desconocéis los temas de la rivalidad. Pero a juzgar por el tiempo que habéis necesitado para descubrir el derecho violado en la persona de Bélgica (a pesar de los compromisos «más sagrados» de Alemania), así como para descubrir en Francia «las fronteras de la libertad», seguís una política de aplazamiento que nos ha costado cara y de la que no parecéis dispuestos a desprenderos.

No es el entusiasmo quien os ha traído a nuestro frente; es la inquietante continuidad de las agresiones alemanas. Sin embargo, la victoria obtenida ha inducido a vuestro Presidente a querer asegurar para siempre una paz universal de la que al principio se había desinteresado enfáticamente. «Todo o nada», parecía decir. Amigos míos, esto no es una divisa humana. Y ante los supremos peligros de hoy, he aquí que os habéis puesto de acuerdo

una vez más para un aplazamiento sin vuelta posible, si llegáis a consumar la ruina de los mismos a quienes vinísteis a auxiliar. Sin embargo, hemos visto que el mismo Mr. Mellon, al reclamar ásperamente el pago de «las deudas de guerra», había comprendido muy bien que no era lo mismo para los Estados Unidos comerciar con una Francia próspera que hacerlo con una Francia arruinada en la paz por los americanos, después de haber sido arruinada en la guerra por los alemanes. Si había de perseverarse en esta opinión, era preciso afrontar resueltamente aspectos molestos del porvenir, lo cual no suele encontrarse en el mundo político donde el destello de inteligencia es más frecuente que el empleo de voluntades ordenadas.

El Congreso estuvo de acuerdo con Mr. Wilson mientras éste tuvo la vista desviada de las causas y consecuencias de la guerra europea. Pero al llegar el día en que la victoria debía obligar al mismo Presidente a elegir su puesto en los conflictos de la civilización, ¿cómo iban a ponerse de acuerdo, el uno con su *Liga*, que pretendía solidarizar mágicamente a todos los pueblos dignos de este nombre, y el otro empeñado en separar a la civilización americana de la asiática y de la europea? Tal vez es demasiado trabajo para emprendido a un tiempo.

El Presidente Wilson, imperturbablemente retrasado al principio, se había convertido en el profeta impetuoso de una nueva fórmula metafísicamente impecable, pero a cuyas exigencias se acomodarían difícilmente los pueblos, en su actual estado de espíritu. Bajo la apariencia de un debate didáctico, la gente asistió desconcertada a una oposición de afirmaciones irreductibles. El Presidente y el Congreso mantenían con firmeza sus posiciones.

Por supuesto, no se habló una palabra de la famosa cuestión de las deudas interaliadas, en la que nadie se fijó hasta después de haber hecho saltar los puentes por ambas partes.

El señor Presidente Wilson ha dicho y repetido que «*la clave de la paz es* LA GARANTIA DADA, *y no las* »*condiciones de la paz*» (Guild-Hall, 28 diciembre 1918). Ya había planteado este principio en la *New York Metropolitan Opera House*, en septiembre de 1918, al declarar muy justamente que, sin esto, «*la paz del mundo se* »*apoyaría en parte sobre garantías extralegales*». Resultan, pues, cruelmente calificadas las condiciones de paz que nos ha impuesto el fracaso de su plan: *el tratado unilateral de América separada de sus asociados*. Lo cual no podrá designar la historia bajo otro nombre que el de *paz separada*. Esto no impide que las «garantías» de Mr. Wilson resulten bien frágiles cuando dice en la Conferencia de la paz (14 febrero 1919), que su «Pacto» es «*una garantía determinada de la paz, protegida contra* »*agresión por la palabra dada*». En efecto, olvida bien enfadosamente que la violación del territorio belga reduce a la nada el valor de la palabra «*extralegal*».

Pero el Presidente de la República americana tiene otra idea. Como teme, no sin motivos, las pruebas que van a seguir, quiere unir en un bloque inseparable el tratado y el *Pacto de la Liga de las Naciones*, para que el pueblo y el Parlamento no puedan retractarse, una vez dado su asentimiento doctrinal. El tratado protegerá al *Pacto*, y se salvará el mundo. Me parece que esta idea se queda corta, sobre todo no atreviéndose siquiera a plantear la cuestión de un poder ejecutivo en manos de nuestros salvadores. Pero desde el 21 de diciembre de 1918 el

senador Lodge se había opuesto a la idea de unir el tratado de paz con el Pacto de «*una Liga de Naciones fuer-*»*tes, que tenga la potencia necesaria para hacer ejecutar* »*sus decretos*».

Ya se sabe el resto de la historia. Mr. Wilson acepta ligeras enmiendas al texto del Pacto, pero defiende obstinadamente la unión del Pacto con el tratado, punto capital de desavenencia. El Senado vota el tratado *con reservas*, y, en consecuencia, lo devuelve al Presidente, que archiva el documento para no volver a sacarlo más. Así acabó la aventura, en el curso de la cual zozobró el «Pacto de garantía» que nos solidarizaba con Inglaterra y América, con respecto a Alemania, para el mantenimiento asegurado de la paz.

CAPITULO XI

EL TRATADO (Continuación.) LA EUROPA DE DERECHO

Paz fulminante. Súbita llamada al recogimiento. Estamos en lo más fuerte de la acción, y, de pronto, resuena un grito: «¡*Alto el fuego*!»

Puede uno detenerse. ¡Pero *rehacer*! ¿Rehacer qué? ¿Y cómo? ¿Qué ideas poner en práctica? ¿Qué apoyos y qué resistencias encontrarán? ¿Qué direcciones seguirán? ¿Qué conversaciones podrán sostenerse después de cuatro años de la prueba más espantosa de incivilización? El continente europeo tiene necesidad de reconocerse para volver a dedicarse económica y moralmente a la empresa siempre interrumpida de una civilización que avanza a saltos.

Como ocurre después de todas las sacudidas violentas de los hombres desavenidos, los pueblos que han abusado de sus energías contra los derechos de sus vecinos desean la vuelta al orden social con el mismo anhelo que los pueblos que malgastan su victoria antes de comprender que los desarrollos de la paz exigen probablemente los mismos esfuerzos metódicos que las conquistas de la guerra. En verdad es el problema permanente de la humanidad, puesto que está formada de actividades concu-

rrentes y vivir socialmente es discrepar siempre para coincidir momentáneamente.

La guerra, terminada oficialmente, prosigue en formas nuevas, llamadas de pacificación, pruebas de las rivalidades unidas a todas las experiencias físicas y morales del hombre, en provecho de un orden social que hay que realizar.

La gran guerra ha durado cuatro interminables años, y en una década de meditaciones turbulentas no hemos sido capaces de colocar hombres y cosas en su lugar apropiado, ni de determinar la sucesión de actividades coordinadas que exige la nueva paz.

En los días del peligro supremo hay que estar a la vez en todas partes, día y noche: en el frente, en el consejo, en la tribuna, en los puestos de mando donde las decisiones más graves deben tomarse en su forma de inmediata ejecución, mientras los aliados, que han permanecido rivales, vagamente inquietos de sí mismos y de nosotros, se mantienen entre la defensiva y la ofensiva, y los parlamentarios profesionales decretan que es mucho más fácil hacerlo mejor y se ofrecen para realizar el acto decisivo, que será la salvación o la catástrofe irreparable.

Hay que orientarse en el cruzamiento de todas estas divergencias para improvisar soluciones presurosas cuyo resultado decidirá la jornada, y que no aclararán hasta más tarde, cuando las estudien los amigos enfriados, los adversarios injuriosos, más insoportables que nunca.

Yo he pasado en silencio estas horas, confiando en el porvenir, a veces asustado, ora de mi impotencia, ora de la audacia de las resoluciones que parecían imponerse. He visto todos los peligros concurrentes de la potencia y de la impotencia humanas, y no sé cómo he podido so-

brevivir. Foch, replegado sobre sí mismo, parecía un oráculo, y de su infalible estrategia dependían la salvación o el hundimiento. Pétain permanecía impasible y sonriente, aunque alguna vez le faltaba el auxilio constante de una fe invencible en el éxito final. Alby, el jefe de Estado Mayor, estaba siempre dispuesto, siempre seguro; Mordacq, siempre burlón y retador. Y ante el tumulto de la obra, el destino oculto, de ojos vacíos y decisiones impenetrables.

Cuando uno se ha visto así entre el cielo y la tierra, y no ha quedado fulminado por los astros desorbitados, no son las puerilidades de un bravo soldado en el curso de un ataque de nervios, ni la verborrea de los escribas que todo lo saben, lo que pueden turbar al filósofo encargado de sostener a los demás, cuando a él no hay quien lo sostenga.

Por mucho que se haga y se diga, en cuanto llega el momento de una estabilización provisional, el problema queda arrastrado en un tumulto de incoherencias, donde, bajo fórmulas contradictorias, se ocultan muy a menudo miras próximas o lejanas, de efectos diferidos. La mayoría no se preocupa de distinguirlos, de utilizarlos sucesivamente. Todos esos hombres eminentes que he saludado al pasar pueden ser víctimas de pasiones ardientes, nacidas de intereses nacionales, a veces dominadores. Un hombre es nacionalista antes que filósofo. Y cuando llega la hora de «la estabilización general», hay oleadas de compromisos que quieren imponerse en todas partes y por todos los medios.

La frase de Clausewitz, de que la guerra y la paz, derivadas de un mismo estado de espíritu, son iguales actividades profundas que tienden al mismo objeto por me-

dios diferentes, conviene a propagarse entre los pueblos cuando estos llegan a entrever que hay estados más o menos duraderos de estabilización. Es un paso importante hacia la justa comprensión de lo que puede ser una organización de paz. Pero de la comprensión a la acción hay casi la misma distancia que de la ignorancia a la comprensión. El monarca decide según sus consejeros; la democracia parlamentaria, según las turbulencias de opiniones contradictorias, con lo que no sale ganando la ponderación.

Ya es una novedad exponer los problemas a la luz. El Tratado de Versalles, tan denigrado por los políticos que no han ganado la guerra y por el jefe guerrero que no ve de la paz más que una parte del aspecto militar, tiene la ventaja sobre el famoso Tratado de Westfalia de haber concebido y hasta realizado parcialmente relaciones de equidad entre los pueblos arrojados unos contra otros por los desbordamientos sucesivos de violencias históricas. Parece que a los organizadores de la paz a reculones, que han ido abandonando paso a paso lo que habían ganado nuestros grandes soldados, no les basta renunciar al régimen puro y simple de la fuerza para instalar en la vida internacional concepciones rudimentarias de derecho.

Lo que no han comprendido el mariscal Foch—y no me extraña—ni M. Poincaré—y esto ya me sorprende—es que después del acto de fuerza de los alemanes en 1914, realizado con el acompañamiento de todas las torpezas de la barbarie, nosotros no podíamos pensar más que en dos clases de paz: el mantenimiento de una dominación militar cuyo depósito guardaría nuestra coalición después de habérselo quitado a los alemanes, o una agrupa-

ción de coherencias representativas de un derecho europeo capaz de formar una barrera irreductible a las turbulencias de la conquista. Mantener las cosas en *statu quo* para exponernos a las mismas aventuras que antes, o conservar, bajo cualquier forma, la alianza victoriosa, una de cuyas grandes ventajas era la de no poder constituír en ningún caso un factor de dominación.

Europa es una vieja tierra de cultura flotante que tiene a gala haber recibido de las fuentes más elevadas de la historia humana miras de idealismo civilizador orientadas por grandes frases hacia los destinos ignotos de una humanidad sobrehumana, instalada más sólidamente en las palabras que en los hechos. El Asia, que se hunde en sus orígenes hasta lo más profundo de la noche de los tiempos, ha derramado sobre todos los continentes de la Tierra el exceso de sus síntesis para explosiones de bien y de mal, cuyos efectos más o menos ordenados constituyen lo que llamamos civilización, es decir, un juego de sensibilidades generales en dirección a una realización de humanidad superior.

Los países son diversos, los intereses apremiantes, y muy a menudo están en pugna bajo los velos de un desinterés literario, donde las más bellas fórmulas de una equidad universal han agotado la virtud de su ideología, sin producir muy frecuentemente otra cosa que nuevos desórdenes disfrazados con más o menos habilidad.

Basta haber conservado lo que puede almacenar el cerebro medio de un estudiante de bachillerato, para comprender que el mariscal Foch no se preocupaba precisamente de las generalizaciones de un derecho universal bajo las formas de la guerra o de la paz. Abriendo nuestros anales en la página que le hubiera parecido, habría

descubierto que nuestra vida histórica, sucesión de batallas y treguas, en la eterna oscilación de las cosas, sólo consiguió preparar una renovación de estado social provisional, en provecho momentáneo del más fuerte.

La cuestión que se ha planteado en Versalles fué la de saber si la mayor efusión de sangre no nos proporcionaría una ocasión suficiente para buscar caminos de paz duradera a las sociedades convulsionadas por el hierro y por el fuego de las prolongaciones del estado salvaje. Obtener, de las perturbaciones de la guerra, una estabilización de las condiciones de la paz.

Comprendo que el mariscal Foch se encargaría de realizar lo que no había podido hacer Napoleón. Pero antes de rendirme querría saber por qué el mismo Napoleón, tan fecundo en victorias, no ha podido realizar su sueño militar, ni en el Rhin ni en otra parte. Porque en ello encuentro, hasta hoy, el resumen de todas las empresas militares en todos los tiempos.

Tampoco me asombra que los jefes militares, tradicionalistas por excelencia, se hayan obstinado tercamente en la eterna repetición de las mismas disposiciones defensivas, siempre reforzadas en vano para sufrir eternos abortos (1). Los nudos de la fuerza están profundamente arraigados en el hombre, como en todo el universo. El derecho es la fuerza ordenada, con la diferencia de que los conquistadores recurren a una equidad ficticia para justificar las violencias cuyo privilegio se arrogan.

---

(1) Tres días antes de la catástrofe del Camino de las Damas, un oficial de Estado Mayor, que no era un cualquiera, me había dcho: «Por lo menos, hay un sitio donde podemos estar bien tranquilos, y es en el Camino de las Damas.»

Llegada la hora de tratar, el problema general para nosotros, los vencedores, era el de hacer una paz de intereses comunes a dos, tres, cuatro, etc., tantas naciones como habíamos hecho la guerra. Podemos estar seguros de que cada cual había pensado en ello por su parte, en las horas de angustia y hasta de simple ansiedad; pero no tanto como podría creerse, porque el problema primordial era vivir, antes de pensar lo que podría o debería hacerse con la vida salvada.

Para Francia y para Inglaterra la hora era decivisa, pues los dos pueblos se lo habían jugado todo, poniendo en la empresa la totalidad de sus tesoros de hombres y de dinero. ¿Qué iba a pasar? Los vencidos nunca verían en los tratados desagradables otra cosa que *papeles mojados* (1). Del lado de los vencedores estaba el imperio británico, dominador de continentes y mares, que no se dejaría atropellar en la paz, como no se dejó en la guerra; América, que con una pérdida de sangre relativamente mínima iba a enriquecerse a costa nuestra de un modo fabuloso, venía a la conquista del derecho, el nuestro y el de todos los pueblos conquistados, como en los grandes días de la Revolución francesa, que detuvo en Valmy a los soldados de Brunswick. Estrasburgo nos recibió con cánticos y bailes, hasta el punto de que lord Derby, señalando a la multitud, me dijo: «*¿No hablaban de un plebiscito? Aquí lo tenemos.*» Pero allí, como en otras partes, ¡cuánto terreno perdido desde entonces! Todos

(1) Bismarck había llegado a vanagloriarse de un acto de falsario. El *despacho de Ems* no fué un crimen menor que el atentado contra Bélgica. El cinismo de los *papeles mojados* quedará en la cuenta de los alemanes mientras haya una historia humana. El estigma, como el de Lady Macbeth, no podrá borrarse.

los franceses lo saben. ¿No se encontrará uno que reaccione?

La frontera de 1814 promovía toda la cuestión de las conquistas. Era preciso el folleto de Foch para que se imprimiera la idea ridícula de que una paz que nos devolvía Alsacia y Lorena no era para nosotros más que «una frontera de vencidos». ¿Quien habría osado proferir esta blasfemia después del Tratado de Francfort?

Nos quedaba como conquista superior el derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos, fundamento de toda civilización. La idea debía superar los obstáculos, puesto que implicaba la suprema liberación de las nacionalidades. Era nada menos que la reivindicación de su dignidad por cada uno y por todos bajo la consagración de una individualidad nacional, admitida al concierto de los pueblos civilizados. Puesto que la victoria proclamaba abolida la violencia, era preciso que la liberación no se tradujera en la anexión de un territorio conquistado.

Pero, ¡ay!, debemos tener el valor de decirlo: no habíamos entrado en la guerra con un programa de libertadores. Yo me había permitido en otro tiempo recomendar una alianza inglesa que no se ofrecía en aquella época (1). Pero el zar necesitaba nuestro dinero para sus paradas militares, y triunfó la política de la ostentación belicosa. Si no se consideraba más que el mapa, la alianza francorrusa adquiría un gran valor estratégico. Pero el desarrollo de la acción militar era muy desigual en los dos campos de la alianza. La capitulación de Rusia, incapaz de soportar el esfuerzo de la guerra, cambió los datos del problema agrupando a nuestro alrededor fuer-

(1) De la famosa misión de Lord Haldane incluso resultaba Inglaterra deseosa de cristalizar la conquista alemana en Alsacia y Lorena.

zas de reparaciones nacionales que eran incompatibles con la presencia del zar en nuestras filas. Habíamos salido para una guerra de rescate personal en la que hacíamos un llamamiento a todos los elementos de resistencia, y he aquí que en plena batalla los campeones rusos de la opresión europea se hunden ante los campeones germánicos que luchaban con lo que aun se movía de los pueblos desmembrados, con Polonia, heróicamente representativa.

De pronto, por la vergonzosa paz de Brest-Litowsky, nos vimos libres de la supuesta ayuda de aliados opresores para rehacer nuestras fuerzas morales, superiores al contacto de los pueblos oprimidos, desde el Adriático a Belgrado, de Praga a Bucarest, de Varsovia a los países del Norte, que no han recobrado aún el equilibrio perdido. De pronto, en lo más encarnizado de los furores de la guerra, resulta cambiado radicalmente el cuadro de las reivindicaciones militares. Habíamos salido como aliados de los opresores rusos de Polonia, y combatiendo contra nosotros estaban los soldados polacos de Silesia y de Galitzia. Al hundirse la Rusia militar, Polonia se encontró libertada repentinamente, vuelta a crear, y en toda Europa las nacionalidades han levantado la cabeza, y, por la fuerza de los acontecimientos, nuestra guerra de defensa nacional se ve transformada en guerra de liberación.

De este modo, el aspecto de paz resulta completamente cambiado. Una paz de derecho, una Europa de derecho, creadora de Estados independientes, cuya potencia militar se enriquece con todas las energías morales suscitadas por la necesidad de afirmarse en todas las esferas de la vida internacional, ¿todo esto no crea un conjunto de fuerzas superiores a lo que podría resultar de una

frontera poderosamente organizada? La cuestión queda resuelta al plantearla. Así, desde todos los puntos de vista, se reúnen los problemas de la potencia militar y de la potencia moral para constituír, por la reciprocidad de las fuerzas de apoyo, indecibles reductos de fuerza invencible contra los que se estrellará la oleada salvaje de los agresores. Ya Masaryk y Benés nos han dado la medida de las altas energías morales fomentadas en las luchas por esta independencia que nuestra victoria ha consagrado.

Trastornada por su Revolución, Rusia pasa por un estado de anarquía de la que se aprovecha la derrota alemana para las reacciones de ofensiva que dirige contra nosotros. Alemania y Austria, vencidas y obligadas a soltar su presa, ven cómo se restablecen los pueblos en la plenitud de una dignidad nacional que se afirma por todas partes para intimarnos a restablecer las nacionalidades.

Magnífico golpe teatral: la *Europa de derecho*, en lugar de la Europa desmembrada. Nuestra victoria no nos permitía vacilar. Los pueblos se habían presentado en el campo de batalla respondiendo a nuestro llamamiento. Sangre derramada, derechos conquistados. Alemania había vivido, como Austria y Rusia, alimentándose de la carne de los pueblos desmembrados. Las nacionalidades expirantes iban a revivir. Por fin, tendrían sentido en toda Europa las palabras derecho, libertad, justicia. Ya llegaban a nosotros los diputados de campos y ciudades torturados, alzando la cabeza y pidiendo reparación. Lo habíamos prometido. Lo hemos hecho.

Recordemos el reparto de Polonia, el mayor crimen de la Historia (1), que dejará un borrón eterno sobre los

(1) No me olvido de los demás, aunque no hable de ellos.

nombres de Cristina, María Teresa y Federico II. Nunca atentado alguno ha sido menos disculpable, ninguna violencia contra la Humanidad exigió con más energía una reparación siempre aplazada. Fué tan grande el mal, que no pudo atenuarse en ninguna hora de la vida europea, entre tantas otras violencias que quedaron sin expiación. Se ha creado una contraseña histórica que estigmatiza una de las peores fechorías que pueden imputarse a nuestra «civilización».

¡Cuántos otros crímenes han venido a agruparse alrededor de este delito imperdonable! ¡Cuántas imputaciones de violencia para una reparación que nunca quedará ajustada de un modo equitativo! Fué tal la subversión de los excesos imputables a la opresión rusa, que se vió al Papa Gregorio XVI, secundando al zar Nicolás, contra los patriotas polacos, e invitando al clero de Polonia a que aconsejara la sumisión universal a la soberanía de un amo hereje. ¿Puede haber testimonio más claro de la perversión de conciencia que puede instalarse en el corazón de la vida humana para encarnizarse contra la debilidad desarmada? Todos los tiranos se ingenian para dejar atrás las violencias del tiempo pasado.

La ocasión de rectificar se presentaba con la paz de Versalles, y nos encontrábamos en situación de mantener, para desarrollarlas, las consolidaciones de potencias moderadoras que, al ganar la guerra, iban a oponer límites a la audaz conquista alemana del continente europeo. Ya diré cómo, a propuesta de Inglaterra, se aceptó la fórmula de una consolidación militar de la victoria de los tres pueblos aliados y asociados, que fué luego rechazada sin explicaciones por el Senado americano, abandonada después silenciosamente por Inglaterra y dejada, por último,

en el vacío por el mismo Gobierno francés, sin que sonara una palabra de protesta.

No se pronunció una sola para recordar que nosotros habíamos dado lo mejor de nuestra sangre, y que después de haber buscado la seguridad en una frontera mejor, habíamos cambiado esta garantía estratégica por la promesa de un concurso militar angloamericano, que se nos ofreció a título de substitución para sernos luego arrebatado sin compensación alguna.

La victoria substituída por la derrota: esto es lo que habíamos aceptado, sin encontrar una palabra para reivindicar nuestro derecho a la vida continental por una instalación de garantías en el orden nuevo de una victoria pagada muy cara.

¿Es que nada vale el asentimiento del Parlamento británico, obtenido sin debate al día siguiente de la victoria? He aquí un hecho sin precedente en la Historia. En realidad, el asentimiento de América era de orden secundario. Los americanos son excelentes soldados, pero su preparación militar era, y continuará siendo, insuficiente para tenida en cuenta de un modo decisivo, en el momento exigido por las circunstancias de la guerra. Nosotros haríamos todos los sacrificios necesarios para tenerlos a nuestro lado. Están más próximos a nuestra amistad de lo que creen, y jamás consentirán en servir de auxiliares a la empresa universal de *Alemania sobre todos*.

Después de sacrificios tan atroces como no los registra la Historia, la Francia de hoy ha caído en una especie de placidez que, acallando las energías de antaño, le hace olvidar la hermosa y noble tierra de labor donde se desarrolla el drama de los acontecimientos implacables, tan

amenazador desde dentro como desde fuera. Europa ve cómo se plantean simultáneamente todos los problemas de su historia en un estado de crisis universal que se extiende más allá de los límites de nuestra civilización.

Un pueblo de intelectualidad violenta se forma en las convulsiones de la historia por una detención del desarrollo moral que lo paraliza en el impulso atávico de una empresa de sujeción de todos los pueblos hasta el hundimiento total de sus reacciones de virilidad. Y no se avergüenza de su programa, porque en su fuero interno no distingue bien la servidumbre de la dignidad.

Nuestros germanos, violadores de la fe jurada, nos ofrecen gravemente como garantía su firma sobre un *papel mojado*, con el propósito invencible de reanudar más tarde, en el punto en que la han dejado, la obra de asimilación por la fuerza. Destruyen las ciudades, asolan los campos y desencadenan entre los hombres males tan enormes que a su lado palidecen las más crueles hazañas de los más feroces destructores. Se los reduce a la impotencia. Prometen reparar los males causados. Pero como no los reparan, América, que ha hecho una paz separada, después de enriquecerse increíblemente por la guerra, reclama para su tesoro las contribuciones destinadas a devolver la fertilidad al suelo francés.

Y así estamos, faltos de un Gobierno, confiando a cierra ojos nuestros intereses a peritos llamados «*independientes*», es decir, *libres de responsabilidades gubernamentales*, para adoptar al azar resoluciones cuya carga soportaremos hasta el agotamiento de los restos de nuestro destino.

Nuestros enemigos «*vencidos*», siempre dispuestos a reaccionar en todos los terrenos, piden cuentas a los «*ven-*

cedores», que tienen un miedo espantoso a no satisfacerlos plenamente. Atestiguo este hecho para quedar en paz conmigo mismo y, sobre todo, porque ya es hora de que reaccione el pueblo francés y substituya por una política de firmeza la confusión y el miedo que la amenaza de una consolidación de la barbarie mantiene suspendidos sobre nuestras cabezas.

Nos hemos encontrado con los alemanes en Versalles al día siguiente de la paz de Francfort, que nos había dado una Europa amenazada de descomposición total por la violencia germánica, como en los primeros siglos de nuestra era. Y si nuestra reciente victoria se hubiera reducido a unas conquistas territoriales que el día de mañana nos harían volver al campo de batalla en una interminable sucesión de desquites por ambas partes, nuestro triunfo habría sido tan estéril como los precedentes. Lo mejor que puede desearse a Europa es un vencedor capaz de dominarse a sí mismo para reemplazar la fuerza armada por el derecho, en el equilibrio móvil de una paz susceptible de duración.

Sólo los hombres de inteligencia y voluntad débiles creen que pueden prescindir de un substrato común de garantías efectivas recíprocamente defendidas. Hasta hoy, ninguno ha podido fundarse exclusivamente sobre la violencia. Los jefes militares tienen la excusa de que los arrastra su oficio; los jefes civiles, la de una insuficiencia de propósitos coordinados, que llega a veces hasta socavar los caracteres. Y los pueblos pagan con su sangre la incapacidad de los conductores, a quienes siguen como borregos por su propia incapacidad para ver claramente, por sí mismos, con una voluntad continua.

¿Nos quedaremos con Mr. Lloyd George bajo el impe-

rio de la «*política británica tradicional*», que consiste en dividir el continente europeo en provecho del insular, lo cual nos ha conducido a las actuales disposiciones de anarquía y amenaza hundirnos en ellas? ¿Seguiremos al presidente Wilson, portador de una ideología que pretende nada menos que establecer un derecho internacional más ficaz que el derecho común? ¡Ay! ¿Podremos contentarnos con hablar en vano de este derecho, cuando el problema insoluble era el de hacerle vivir sin que le fuera conferido *ningún poder ejecutivo*? Mr. Wilson no conocía Europa, y su obstinada resistencia a las insignificantes concesiones que le pedían en Wáshington demuestra que tampoco conocía lo suficiente a América. Era un doctrinario en el mejor sentido de la palabra. Un hombre de intenciones excelentes, pero de emociones cristalizadas.

Un Parlamento de superparlamentarios, *sin herramienta alguna de autoridad*: he ahí el talismán que nos otorgaron. Nada podía concordar mejor con nuestra verbosa apatía. Rechazado el Tratado por el Senado americano, con seis votos de mayoría, la Gran Bretaña y Francia se han dado mutuamente el espectáculo de la más loca derrota de los vencedores armados ante los vencidos desarmados. Jamás se había visto un desastre semejante de potencias dominadoras ante un pueblo abatido que, con un simple enderezamiento de energía, ha sembrado el desorden entre sus vencedores, repentinamente paralizados.

Y es que en tiempo de paz no basta ser una máquina parlamentaria. Hace falta, ante todo, tener la energía necesaria para mirar de frente las responsabilidades y reforzar los mejores resortes para producir acción, mien-

tras que nuestra gente sólo encuentra en lo más profundo de su ser una voluntad imperfecta e ineficaz.

Por lo menos, el mariscal Foch ha luchado por sus ideas en el Consejo de ministros y en la Conferencia de la paz. En estas dos ocasiones ha tenido *la unanimidad contra* él, y esto no le ha desanimado. M. Poincaré sólo ha guardado silencio cuando podía creerse en peligro de que le oyeran; pero un ausente y un mudo tal vez no basten para defender una causa que yo he vivido dolorosamente minuto a minuto.

Francia e Inglaterra llevan siglos disputándose la posesión de continentes civilizados o por civilizar. La vida de Inglaterra es la historia más prodigiosa de conquistas duraderas, muy próxima a agotarse, al parecer, por las rivalidades de los mismos focos de independencia que ha creado, alimentado y desarrollado en todas partes.

Un día en París, al pie de la estatua de Wáshington, por donde acababan de desfilar los primeros soldados americanos, me dijo en voz baja Mr. Lloyd George, hasta entonces muy reservado:

—¿Sabe usted que acaba de obligarme a saludar a una de las mayores derrotas de Inglaterra?

Todavía no se hablaba del viaje de Mr. Macdonald a Wáshington.

—Entre nosotros —le contesté— ha habido bastantes victorias y derrotas. Cuando recorro el frente, saludo con mucho gusto vuestra bandera, a pesar de ello. Es evidente que hoy no podrían ustedes gobernar a América desde Londres. Los Dominios empiezan ya a pedirles cuentas. La India se ha convertido para ustedes en una carga pesada. El desquite de los pueblos conquistados es ver al conquistador prisionero de su conquista.

Habíamos hecho una guerra de aliados en una decoración, constantemente falseada, de un mando único. No podíamos evitar hacer una paz de aliados. Que me perdone la memoria de Atila y sus congéneres, pero el arte de hacer vivir a los hombres es aún más complejo que el de asesinarlos. La verdadera empresa — absolutamente nueva—era la tentativa de hacer positivamente una *Europa de derecho*. Pese a la incomprensión de algunos, esta tentativa será la gloria del Tratado de Versalles. A los Gobiernos futuros incumbirá trabajar de otro modo que por doblegamientos de voluntad. La realización de una *Europa de derecho*: he aquí la mayor victoria, que ni Napoleón ni Foch han querido conseguir, quizá porque exigía algo más que una estrategia afortunada.

Inglaterra ha sido, históricamente, nuestra más antigua enemiga. Y he aquí que nos hemos salvado recíprocamente, después de haber dado para esta obra lo mejor de nuestra sangre. ¿No debemos intentar hacer una paz duradera en honor de aquellos sin los cuales no existiríamos?

Esto se dice muy fácilmente, pero para la realización hacen falta una amplitud de miras y una fuerza de voluntad muy superiores a lo que puede proporcionar el común de la humanidad gobernante, que muy a menudo sólo vive en el presente con los restos históricos de sensaciones ya prescritas. Vivimos así de las tradiciones del pasado, que se imponen a nuestra vista iluminadas por palabras generadoras de esperanzas bien pronto disipadas. Esto nos permite aderezar con verborrea pensamientos mediocres muy frecuentemente hinchados de apariencias, que distan mucho de las realidades.

En resumen, la paz es una disposición de fuerzas a

las que se supone un equilibrio duradero, donde la potencia moral de un derecho organizado se rodea de precauciones estratégicas contra toda perturbación. Es la historia de todos los países y de todos los tiempos. De aquí que el derecho se presente como una organización de fuerzas históricas que piden, de cuando en cuando, un suplemento de refuerzos. A esta obra, que siempre renace de sus cenizas, se ha consagrado la mayoría de los pensadores de nuestros anales, que, después de todo, no han conocido más que enredos inextricables, llámense guerras o paces.

Solamente los mismos autores de este crimen contra la Humanidad pueden negar que esta última guerra ha sido una empresa alemana de conquistas con la idea de asegurarse la dominación en Europa y en el mundo por anexiones de territorios. Nadie más que la parte acusada podrá negar que ha sido precisa la unión estrecha de las fuerzas militares de Francia, de Inglaterra y de los pueblos directamente amenazados, con el auxilio americano (después de la derrota rusa) para desbaratar la empresa militar de Alemania.

Apenas llegó el momento de las probabilidades de una paz duradera, apoyada por derechos históricos, con las precauciones comunes de una estrategia apropiada, todo el mundo se entusiasmó con tanto ardor como cuando la proclamación de guerra. Sin duda, hay trampas y fullerías en la paz, como hay celadas en la guerra. El jefe que mejor se defiende es el que, sin vana palabrería, quiere con más energía y durante más tiempo.

No se puede discutir hoy que hemos llegado a un empequeñecimiento de nuestra victoria, debido en gran parte al desfallecimiento de nuestros políticos enciclopédi-

cos. Esto sólo pueden dudarlo los débiles que no piden cuentas para evitar que se las pidan a ellos. A no ser por el mariscal Foch, tal vez habría triunfado el golpe. Pero ya se han alzado las caretas.

En efecto, ¿qué es lo que ocurre? Que M. Poincaré y el mariscal Foch se levantan, cada uno según la altura de su ingenio particular, y hacen caer sobre mí el diluvio de bolas negras que la infalibilidad profesional reserva al desgraciado que, sin ser juez ni militar, se ve promovido al triste destino de condenado.

M. Poincaré declara que yo he salvado a Francia en la guerra—a lo que no me extrañaría que el mariscal Foch presentara objeciones—para comprometerla gravemente en la nueva paz, porque no he puesto la mano sobre Renania (1).

¿Por qué M. Poincaré, que conoce la historia del Tratado, y el mariscal Foch, que puede sospecharla, me piden cuentas de una Renania a su imagen y no dicen una palabra de la Europa de derecho, que es nuestra mejor garantía en la confusión presente?

---

(1) Es más: en el número de julio de 1929 de la revista americana *Foreign Affairs*, M. Poincaré no se recata de declarar que Francia se ha contentado con recuperar Alsacia y Lorena, que ni siquiera ha pedido la frontera de 1814 y que nunca ha deseado más; *pero se olvida decir que fué contra su opinión personal.* Así es como me desaprueba ante los franceses y defiende mi tesis (contra su propia opinión) ante el extranjero.

CAPITULO XII

EL TRATADO (CONTINUACIÓN). LA RENANIA INDEPENDIENTE

¿Podíamos, en realidad, crear una Renania independiente? El problema vale la pena de plantearlo. Pero, ante todo, hay que apartarse resueltamente de todo lo que pueda desviarnos del camino derecho.

Con un hombre como el mariscal Foch no hay discusión posible. Desde el momento en que *su* estrategia lo quiere, es preciso que los renanos se sometan precipitadamente a nuestra artillería. Puede prescindirse de otros motivos, ya que se trata de un *à priori*. Por supuesto, esto no impide encontrar razones suplementarias para uso de los *débiles*, que obedecen todavía a las *debilidades* de la experiencia y del raciocinio.

¿Son celtas los renanos, como nosotros? No estoy muy seguro de ello; no me preguntéis las características positivas de un celta. Los bávaros se nos han presentado insistentemente como celtas. Ello no impide que hayan sido los más implacables devastadores de nuestro territorio en 1870 y en 1914 contra sus hermanos celtas del país francés. Se batieron muy mal para defender su propia independencia, que zozobró en Sadowa, en la paz de Bismarck. Nada han perdonado para esclavizarse. Su ambi-

ción de hoy es prusianizarse a usanza de lo que queda de Austria, que pide el *Anschluss* para la gloria de los bastonazos de Berlín. Convengo en que los renanos han resistido mejor. Se ve que sufren la dominación prusiana. Nuestro infantilismo consiste en creer demasiado pronto que su prusianización incompleta los predispone a convertirse en franceses.

Sin embargo, en el momento en que los soldados de la Revolución francesa empujaban al invasor germánico haciendo a los pueblos un llamamiento en favor de los *derechos del hombre*, los hombres del Rhin, como los de otros países, aclamaron a Francia y a sus decretos de justicia y libertad. El 13 de noviembre de 1793, Georges Forster, magunciano, en un discurso pronunciado en el club republicano de Maguncia, nos ofrecía el Rhin como frontera francesa. Y la convención nacional renogermánica nos enviaba delegados para ofrecerse a la incorporación francesa.

¡Pero cuánto han cambiado los dos países desde aquel tiempo! Napoleón paseó por Europa la bandera de la Revolución francesa; mas con disposiciones de conquistador que imponía su voluntad por la fuerza de las armas. Desde aquellos días, Sadowa y Sedan han soldado fuertemente las articulaciones de Alemania. De Mirabeau a Napoleón, *nosotros mismos* hemos cambiado. ¿Por qué no habría de modificarse también la atracción ejercida por nosotros sobre los renanos, así como sobre otros pueblos?

En el momento del armisticio, la situación de Alemania se caracterizaba por dos palabras: *derrota* y *revolución*. Entonces pareció que se despertaban antiguos recuerdos...

Después del armisticio de 1918, la ocupación de la orilla izquierda del Rhin se realizó en las condiciones previstas. Nuestros soldados no fueron mal recibidos. El 4 de diciembre de 1918 se realizó lo que se ha llamado «la primera manifestación pública de la idea autonomista» (1).

Aquel día, en una reunión popular celebrada en Colonia, oradores de diversos partidos no mencionados «hablaron con ardor de las aspiraciones renanas».

La Asamblea tomó en seguida la siguiente resolución:

«Cinco mil (?) ciudadanos renanos, reunidos en Co»lonia el 4 de diciembre de 1918, considerando las pro»fundas transformaciones políticas que se producen en »Alemania,

»Reconociendo la imposibilidad de formar en Berlín »un Gobierno estable; y persuadidos de que las regiones »renanas, así como Westfalia, tienen la suficiente fuerza »política y económica para formar un estado distinto:

»Declaran SU VOLUNTAD INQUEBRANTABLE DE »MANTENER LA UNIDAD ALEMANA y de trabajar en »la constitución de un nuevo Estado ALEMAN, compues»to de las regiones renanas y de Westfalia.

»Por tanto, la Asamblea invita a los representantes »del pueblo renano y westfaliano a proclamar lo antes »posible la fundación de UNA REPUBLICA AUTONOMA »RENOWESTFALIANA EN LA FEDERACION DE ALE»MANIA.

»¡*Viva la libertad renana*!»

Si se quiere ver en esto la indicación de un movimiento de autonomía en dirección a Francia, confesemos que

(1) Viel-Mazel, *Le Rhin, victoire allemande*, pág. 48. Esta obra es de propaganda francesa.

hay que forzar de un modo singular el sentido de las palabras. Por el contrario, en este documento puede reconocerse claramente la necesidad de constituír un Estado ALEMAN bajo la protección de las tropas de ocupación llamadas a proteger *la libertad renana* del peligro de los revolucionarios de Berlín, soliviantados por los *Soviets*, temibles propagandistas.

Al día siguiente, 5 de diciembre, tuvo lugar también en Colonia la primera reunión de la Liga por *la libertad renana*. Esta vez sabemos quiénes fueron los oradores: Herr Professor Doktor Eskert (demócrata), Herr Doktor Hoeber (centrista) y Herr Meerfeld (diputado socialista).

Se aclamó la libertad renana.

Como dice M. Viel-Mazel, «la idea se abría camino». El profesor Claus Kroemer publicaba en la *Gaceta popular renana* una serie de artículos en los que se establecía y discutía concienzudamente «el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos».

Se ve claramente que el profesor Claus Kroemer reclamaba este «derecho de los pueblos a disponer de sí mismos» para separarse de Alemania y escapar a la dominación de los aliados.

Transcurrieron algunas semanas.

Adenauer, burgomaestre de Colonia, había tomado la dirección del «movimiento».

El 1.° de febrero de 1919 se enviaron a Colonia a todos los diputados renanos que acababan de ser elegidos en la Asamblea nacional y a los burgomaestres de las ciudades renanas; se trataba de proclamar solemnemente la fundación de la *República renana*.

¿Qué ocurrió? Que bajo la influencia de Adenauer, los delegados se contentaron con elegir un Comité que reci-

bió el encargo de trabajar en la constitución de una *Renania autónoma*, EN LA FEDERACION DE ALEMANIA.

¿Cuántas sesiones celebró el Comité? NI UNA SOLA.

Ya al día siguiente, aquellos hombres se quitaban la careta. La *Gaceta renana*, órgano de Sollmann, uno de los que se habían dicho partidarios entusiastas de un *Estado renano*, declaraba que estaban dispuestos a ahogar las aspiraciones SEPARATISTAS. Y añadía: «*La cuestión renana no está todavía madura para una discusión.*»

Tal fué la proclamación de la República renana en Colonia.

Veamos lo que sucedía en Landau.

El 22 de febrero de 1919 se reunió en Landau, en el hotel Schwann, lo que se llamó pomposamente «asamblea de notables»; asistieron cuarenta y cinco personas, entre ellas dos diputados de la Asamblea nacional: los señores Richter y Hoffmann, del partido centrista (1).

Todos estos notables daban muestras de la más viva emoción. Había disturbios en Berlín y Munich. El diputado Hoffmann pronunció un discurso, en el que dijo: «Estamos ante un hecho: un pueblo, mal conducido, ha »caído de lo alto de su civilización en una barbarie abo»minable, en el bolchevismo y la lucha fratricida.» Como resultado de la reunión se votó la resolución siguiente:

«Un gran número de ciudadanos palatinos desea cons»tituír una República autónoma del Palatinado.

»Los que representan esta idea están convencidos de »que el plan sólo puede realizarse de acuerdo con la Con»ferencia de la Paz.

(1) Se ha hecho todo lo posible para aumentar la importancia de esta asamblea de notables. En *Le Gaulois* del 23 de agosto de 1929, M. G. de Maizières escribía muy en serio que estos 45 notables representaban a «220.000 electores palatinos». Pero se olvidó de explicar por qué y cómo.

»Partiendo del principio del derecho de los pueblos a »disponer de sus destinos, ruegan al señor general jefe »del ejército del Palatinado tenga a bien transmitir este »deseo a la Conferencia de la Paz. El modo de empren- »der la ejecución de esta idea dependerá de lo que opine »la Conferencia.»

Y añade M. Vial-Mazel:

«Un jefe del ejército fué encargado de entregar una »copia de este documento histórico al mariscal Foch, el »cual contestó que los palatinos podrían en breve hablar »con claridad, y que se les darían las garantías necesarias »para que pudieran obrar *sin temor a la vuelta de las* »*autoridades alemanas*.»

Lo malo es que, de igual modo que en la manifestación de Colonia del 4 de diciembre de 1918, aquellos «notables» sólo querían una medida destinada a salvar los pueblos renanos del contagio revolucionario de Moscú.

Y la prueba está en la actitud posterior de Hoffmann, el presidente del partido popular bávaro, que parece desempeñó un papel capital a raíz de la reunión de Landau. El 12 de abril de 1919, es decir, cuando aun no habían transcurrido dos meses, escribía: «Nuestra profesión de »fe *en favor del espíritu alemán* es una cosa indiscutible.»

Lo que no impide a M. Vial-Mazel afirmar:

«Parece que en aquel momento, cualquier signo de »Francia, por nimio que fuera, habría hecho nacer, sin »sombra de oposición, la República renana» (1).

---

(1) En cuanto a M. Richter, el otro diputado que asistió a la «Asamblea de notables» del 22 de febrero, no parece que su intervención haya sido más clara. Fué él quien dijo al Estado Mayor francés el 21 de marzo: «M. de Winterstein será un buen Presidente de la República. Todos los »funcionarios le ayudarán.» Y precisamente en mayo, nos vimos obligados a expulsar a este Winterstein: *había hecho detener a cuatro autonomistas*.

¿De dónde habrá deducido semejante conclusión?

Volvamos a los acontecimientos que se desarrollaron en Maguncia y Wiesbaden.

En enero de 1919 se constituyeron en Maguncia y Wiesbaden Comités para «trabajar» con Colonia.

Reunidos en un «Comité Nassau-Hesse renano», estos Comités encargaron al doctor Dorten, antigua magistrado, de entrar en relaciones con Colonia, y así es como Dorten asistió a la famosa reunión del 1.° de febrero, que ya he citado.

Cuando el Comité Nassau-Hesse renano supo que el Comité renano, constituído en Colonia este 1.° de febrero, *no se había reunido ni una sola vez* durante todo el mes de febrero, envió el día 27 un ultimátum al burgomaestre Adenauer, conminándole a obtener, antes del 4 de marzo, una declaración formal de este Comité.

El 4 de marzo, Adenauer respondió que nada podía hacer, porque el Gobierno de Berlín se oponía a todo movimiento separatista. Lo sorprendente hubiera sido lo contrario.

Entonces el Comité Nassau-Hesse renano decidió obrar solo. He aquí la declaración que hizo:

1.° Queremos que nuestro destino dependa de nosotros mismos.

2.° SOMOS ALEMANES Y, POR CONSIGUIENTE, QUEREMOS CONTINUAR EN EL MARCO DE ALEMANIA.

3.° *Protestamos contra toda cesión al Oeste del territorio renano*, y contra toda forma de Gobierno que pueda sernos impuesta. La provincia renana, Nassau y el Hesse renano son un solo territorio. Deseamos vivamente la unión con el Palatinado, Westfalia y Oldemburgo.

4.° Estamos firmemente persuadidos de que la realización de nuestro derecho asegura la paz de los pueblos. El estado autónomo constituído por la decisión de los citados territorios renanos será una República pacífica. Ofrece la garantía necesaria para la paz europea, *opone un dique a la rabia bolchevista* y asegura las relaciones pacíficas entre el Este y el Oeste.

5.° Queremos, pues, la fundación inmediata de una República occidental *alemana*, y esperamos que las autoridades competentes autorizarán sin tardar un plebiscito.

6.° Habiéndose abstenido de toda actividad el Comité formado en Colonia el 1.° de febrero de 1919, se le considera disuelto.

Aunque redactada en un estilo bastante obscuro, la declaración indica claramente dos cosas:

1.° Los renanos quieren continuar siendo alemanes; y

2.° *Se oponen a toda cesión de territorio en favor del Oeste.*

Dorten, nombrado primer delegado, fué encargado de remitir este documento a los generales jefes de Colonia, Coblenza y Magunzia, con el ruego de transmitirlo a su Gobierno.

A continuación declara la *República renana* (1) que «se formaron Comités locales en todas las ciudades re»nanas importantes a fin de recoger firmas». Según la misma *República renana*, parece que esto constituyó en todas partes un éxito absoluto. «En Aquisgrán, por ejem»plo, 52.000 electores de todos los partidos y de todas las »clases sociales pidieron el plebiscito inmediato.»

Y al parecer, es entonces, en abril, cuando el general

(1) Es un pequeño folleto editado en Wiesbaden en 1919, probablemente por el mismo Dorten.

Mangin se prestó a conceder a Dorten la ayuda que tan precisa le era a este último para obtener realidades políticas de estas manifestaciones, bastante confusas. Dorten sostuvo varias conferencias con el general Mangin, de las que éste no me dió cuenta.

El 17 de mayo, Mangin recibía a una Delegación de los Comités de Aquisgrán y Nassau-Hesse, a la que se habían unido dos diputados renanos, Kastert y Kuckhoff; esta Delegación expuso al general «el deseo de las poblaciones renanas». Unos días antes habían tomado la singular precaución de prevenir al Gobierno alemán del paso que iban a dar, y después de la conversación que sostuvieron con el general Mangin, Kastert y Kuckhoff salieron para Berlín para poner en autos a Scheidemann.

¿Qué hizo entonces el Gobierno alemán? Declarar que los partidarios del movimiento renano eran culpables del crimen de alta traición y estaban sujetos a la pena de trabajos forfados o prisión a perpetuidad, en virtud del párrafo 81, apartado 3.°, del Código penal alemán.

«Esta declaración—dice la *República renana*—intimi»dó a muchos espíritus timoratos. Por todas partes se »desencadenó una tempestad de maldiciones y calum»nias.» Kastert y Kuckhoff se vieron obligados a dimitir.

En aquel momento se manifestó el presidente Wilson. He aquí la carta que me dirigió el 23 de mayo:

«Mi querido señor presidente del Consejo:

»Acabo de recibir un mensaje del general jefe de nues»tro ejército de ocupación que me preocupa muy seria»mente. Se lo transmito a continuación:

»Esta mañana, el general Mangin, general jefe del »ejército francés en Maguncia, ha enviado a un coronel

»de su Estado Mayor al cuartel general del general Lig-»get en Coblenza para preguntar cuál sería nuestra acti-»tud ante una revolución política en la orilla izquierda »del Rhin con objeto de establecer una República renana »libre, independiente de Alemania. El coronel preguntó »también cuál sería la actitud americana ante la nueva »República (1), asegurando que había cincuenta diputa-»dos dispuestos a ir al sector americano para ayudar al »movimiento revolucionario. No está muy claro el sentido »de la palabra *diputado*, pero se indicaba manifiestamen-»te que se trataba de franceses.

»El general Ligget se ha negado muy juiciosamente a »tomar en consideración esta proposición, y yo apruebo »en absoluto su conducta. Se han dado órdenes para im-»pedir la entrada en nuestro sector de agitadores políti-»cos, por poderosas que sean las razones que puedan in-»vocar, y estoy convencido de que estas instrucciones me-»recerán la aprobación de usted.

»Sincera y cordialmente suyo,

»Woodrow Wilson.»

Al recibir esta carta encargué a M. Jeanneney, subsecretario de Estado en la presidencia del Consejo, que se dirigiera al lugar del hecho para abrir una información.

El 24 de mayo, M. Jeanneney conferenció en Maguncia con los generales Fayolle y Mangin; el 25, en Coblenza, escuchó las explicaciones del coronel Denvignes, que había ido de parte del general Mangin a entrevistarse con el general Ligget; después, acompañado de un intérprete, M. Jeanneney visitó al general Ligget, que res-

(1) Observemos, de paso, que esto es un acto de incorrección inexcusable.

pondió a sus preguntas. De vuelta a Maguncia, tuvo una nueva conferencia con el general Mangin.

El 26 regresó a París y redactó su informe, cuyas conclusiones son las siguientes:

1.° En el mensaje dirigido al presidente Wilson se decía que cincuenta diputados estaban dispuestos a personarse en el sector americano. Pues bien; no se trataba de diputados *franceses*, sino de diputados *alemanes*.

2.° La República cuya proclamación se anunciaba no debía ser, como pretendía el mensaje, «libre, independiente de Alemania». Por el contrario, debía ser ALEMANA.

3.° El coronel Denvignes había sido enviado por el general Mangin al general Ligget para expresarle la opinión de que «no había derecho a impedir que el pueblo renano manifestara su voluntad». También había enviado un oficial con el mismo mensaje al general Robertson jefe del ejército inglés de ocupación, y otro oficial al general Michel, comandante del sector belga (1).

Al hacer esto, el general Mangin se había excedido en sus facultades. Había «salido del marco de sus atribuciones». Oigamos a M. Jeanneney: «Admitiendo que el co»mandante de un sector francés no podía, sin que se lo »preguntara el Gobierno, pronunciarse de antemano so»bre los méritos de una nueva constitución política del »país de cuya intervención estaba encargado, ¿cómo cali»ficar el acto de hacer llegar sus opiniones al sector de un »ejército aliado? El abuso está perfectamente manifiesto.»

4.° El general Mangin había sostenido con los promotores del movimiento separatista frecuentes conversa-

(1) Si yo hubiera tenido conocimiento de estos actos en tiempo oportuno, habría impuesto al general Mangin una sanción ejemplar.

ciones, «más frecuentes de lo que aconsejaba la pruden»cia, y hasta podía verse en ellas una especie de colabo»ración.» Así, el 17 de mayo había declarado «*inaceptable*» un primer programa de instalación de la República renana que le habían presentado. El doctor Dorten redactó otro, que el general Mangin examinó el día 19. Esta vez declaró «*que no tenía objeción que hacer*». A ello siguieron muchas conversaciones directas o indirectas.

¿Dónde había ido a parar la *neutralidad estricta*, que es uno de los primeros deberes del jefe de un ejército de ocupación? A aquella misma hora, en la Conferencia de la Paz, luchaba yo para obtener la ocupación de la orilla izquierda del Rhin durante cinco, diez, quince años, y decía a Inglaterra y América: «Tranquilizaos; no nos guía ningún propósito anexionista.» ¿Tiene un soldado el derecho de comprometer a su Gobierno en una aventura semejante, y menos sin informarle? Era muy fácil ver en esta «colaboración» del general Mangin con Dorten una empresa susceptible de preparar la disgregación de Alemania y la «agregación» de Renania al territorio francés.

Como digo, el 26 de mayo, M. Jeanneney regresaba a París, después de haber excitado al general Mangin a que comprendiera mejor la misión que se le había impuesto.

El 1.° de junio, Dorten hacía publicar en Aquisgrán, Maguncia, Wiesbaden y Spire la proclama siguiente:

«*Al pueblo renano*:

»Ha llegado el momento de que también nosotros con»tribuyamos al establecimiento de la paz entre los »pueblos.

»El pueblo renano quiere ser oído en esta hora de an-»gustia de la que depende su suerte.

»Toda influencia exterior debe ceder ante esta deci-»sión inquebrantable, nacida del principio universalmen-»te reconocido del derecho de los pueblos a disponer de »sí mismos.

»El pueblo renano quiere sinceramente una paz que »sea la base de la reconciliación de todos los pueblos.

»Por este motivo se separa espontáneamente de las »instituciones que son la causa de tantas guerras: feuda-»lismo degenerado y militarismo. Así elimina para siem-»pre el obstáculo que se opone a toda paz verdadera.

»El proyecto del Tratado de paz en necesario, en pri-»mer lugar, por las exigencias del derecho y de la justi-»cia, reconocidas también por el Gobierno alemán: re-»parar los enormes daños y devastaciones sufridos por »Francia y Bélgica y dar las garantías suficientes contra »la vuelta de nuevas guerras. Pero también representa un »peso terrible para el pueblo alemán.

»El más alto deber del pueblo renano es ayudar con »toda su buena voluntad a la reconciliación general y »definitiva de los pueblos.

»En consecuencia, declaramos lo siguiente:

»Se funda una República renana EN EL MARCO DE »ALEMANIA. Esta República comprende la provincia re-»nana, el antiguo Nassau, el Hesse renano y el Palatinado.

»Esta fundación se apoya en las bases siguientes:

»1.ª LAS FRONTERAS QUEDAN COMO EN EL PA-»SADO (incluso Birkenfeld);

»2.ª *No se verificarán cambios de fronteras sin la »aprobación de las poblaciones interesadas; esta aproxi-»mación quedará establecida por un plebiscito.*

»Se forma un Gobierno provisional con delegados de »los Comités que suscriben. Este Gobierno provisional »pedirá inmediatamente la autorización para proceder sin »retraso a las elecciones de la Asamblea renana, según el »Código electoral que rige para la Asamblea nacional, y »para reunir en seguida esta Asamblea.

»La sede del Gobierno y de la Asamblea renana será »Coblenza. Provisionalmente, el Gobierno se instalará en »Wiesbaden.

»Hasta nueva orden serán objeto de su actividad las »Administraciones provinciales y comunales. El Gobierno »provisional entra a substituír a los Gobiernos centrales »prusiano, hesiense y bávaro.

»¡Viva la República renana!

»El Comité renano,

»El Comité Nassau-Hesse renano,

»El Comité palatino.

»Aquisgrán, Maguncia, Spire y Wiesbaden, 1.° ju- »nio 1919.»

Aquel mismo día, Dorten enviaba los siguientes telegramas a los Aliados, al presidente de la República alemana y a Scheidemann, presidente del Consejo alemán:

«A la Conferencia de la paz y a las potencias ocu- »pantes:

»Los delegados de la Prusia renana, del antiguo Nas- »sau, del Hesse renano y del Palatinado, respondiendo al »deseo imperativo expresado desde hace más de seis me- »ses por las poblaciones renanas, después de haber de- »liberado en Aquisgrán, Wiesbaden, Maguncia y Spire, »proclaman con fecha 1.° de junio LA AUTONOMIA DE

»LA REPUBLICA RENANA, EN EL MARCO DE ALE-»MANIA.

»La nueva República tendrá por capital Coblenza, es-»tableciéndose en Wiesbaden la sede del Gobierno pro-»visional.

»Deseosos de apresurar con todos sus medios la con-»clusión de la paz y de evitar toda complicación y toda »nueva deliberación, los delegados piden a la Conferen-»cia de la Paz que reconozca pura y simplemente la exis-»tencia del nuevo Estado, cuyos estatutos determinará una »consulta popular.

»*Fiel a su patria, sobre la que acaban de descargar »desgracias inauditas*; pero consciente de la terrible res-»ponsabilidad que el militarismo ha hecho recaer sobre »toda Alemania, el nuevo Estado no busca ningún cami-»no tortuoso para escapar a las cargas que le correspon-»dan en la reparación de los daños causados a Francia y »Bélgica.

»Las poblaciones renanas, deseosas de disponer libre-»mente de sí mismas, están resueltas a separarse defini-»tivamente del feudalismo y el militarismo prusianos, »enemigos de sus recuerdos y sus tradiciones.

»Piden a las potencias aliadas o asociadas que las pro-»tejan en el presente y en el porvenir contra la rabia y la »venganza de elementos y funcionarios incapaces de com-»prender la justicia y nobleza de sus aspiraciones, y con-»tra todos los que ya amenazan con cárceles y fortalezas »a los partidarios de las libertades renanas.

»Cuentan consigo mismas para asegurar de un modo »completo la libertad de las próximas elecciones, que de-»terminarán el estatuto de la nueva República.

»¡Viva la República renana!

»¡Viva la libertad!»

Al señor presidente Ebert. Berlín.

«Señor presidente:

»En nombre del Gobierno provisional de la Repúbli-»ca renana, tengo el honor de comunicarle la proclama-»ción, con fecha 1.° de junio, de la República renana, *en »el marco de Alemania.*

»El pueblo renano ha demostrado claramente desde la »Revolución que quiere decidir por sí mismo su suerte. »QUIERE A TODA COSTA CONTINUAR EN EL MAR-»CO DE ALEMANIA, pero formando un todo único; »para ello necesita separarse de los diferentes Estados »particulares. El Gobierno alemán no ha accedido a este »deseo, de suerte que nos vemos obligados a obrar por »nosotros mismos.

»Con todas nuestras fuerzas soportaremos las cargas »de la guerra; nuestro deber más sagrado será hacer todo »lo posible para producir un renacimiento pacífico de »nuestra patria, que tan duras pruebas ha pasado, y ha-»cer que llegue a tomar parte, como miembro estimado »de la Sociedad de las Naciones, en las grandes empresas »del porvenir: la paz y la reconciliación de los pueblos.

»Doctor DORTEN.»

Al señor Scheidemann, presidente del Consejo. Berlín.

«En nombre del Gobierno provisional de la República »renana he comunicado al señor presidente de la Repú-»blica alemana la proclamación, que ha tenido lugar hoy, »de *una República renana en el marco de Alemania*, así

»como los motivos que nos han impulsado a este acto. A »fin de manifestar en seguida nuestro ardiente deseo de »allanar el camino de la paz y la reconciliación de los »pueblos, he notificado esta proclamación al señor presi»dente de la Conferencia de la Paz en Versalles y a los »Gobiernos de la potencias de ocupación, por intermedio »de sus autoridades militares.

»Al mismo tiempo he pedido autorización para proce»der inmediatamente a las elecciones de la Asamblea »renana, así como para enviar delegados a la Conferencia »de la Paz.

»A usted le dirijo la misma petición *con* el ruego de »que admita *nuestra colaboración con la Delegación ale»mana de la paz.*

»Doctor DORTEN.»

El general Mangin dirigió a M. Poincaré el telegrama que le estaba destinado, y el presidente de la República me lo transmitió (1) el mismo día 1.° de junio, añadiendo estas palabras:

«SUPONGO (2) que el general no me transmitiría este

(1) El texto del telegrama es el que he reproducido y que fué publicado en la *República Renana*, pero terminaba con estas frases que no transcribe la *República Renana*: «Una delegación de este gobierno solicita el honor »de marchar a París para exponer la situación y los deseos de doce millo»nes de renanos.» ¡Doce millones! Véase cómo el buen Dorten hinchaba toda esta historia.

(2) Ruego al lector que saboree esta «*suposición*» de M. Poincaré destinada a apartar de él la hipótesis de un acuerdo con el general Mangin. El señor Presidente de la República es partidario discreto, pero resuelto, del embargo de Renania por parte de Francia, anexión que puerilmente designa con otro nombre para despistar. Ha hablado con el general Mangin, que no ignora la negativa del mariscal Foch a transmitir al general Nudant el telegrama de los Aliados, y el general Mangin se obstina, a su vez, en prescindir de mis instrucciones. Negocia, pues, con Dorten, cuyos textos aprueba o desaprueba antes de darles un salvoconducto, y llega hasta el punto de entablar negociaciones con los jefes militares de los Aliados a es-

»despacho si el movimiento no fuera serio, y, si es se-
»rio, espero que los Aliados no nos obligarán a repri-
»mirlo.

»No creo que una República renana constituída «en el
»marco de Alemania» sea un acto de separatismo, como
»tampoco veo nada que pueda chocar al presidente Wil-
»son en una consulta popular que, por otra parte, está
»anunciada.

»En mi opinión, sería muy enfadoso que nos opusié-
»ramos a estas veleidades de independencia, muy tímidas
»todavía.»

Esta vez la protesta no vino del presidente Wilson. Vino de la Delegación alemana de la paz, que el 3 de junio me envió dos largas notas, firmadas, una por Erzberger y la otra por Brockdorff-Rantzau. Erzberger y Brockdorff-Rantzau decían en síntesis que «las autoridades »militares francesas, no solamente toleran las tendencias »separatistas, sino que las apoyan abiertamente».

M. Jeanneney volvió a Maguncia y se entrevistó de nuevo con el general Mangin, que declaró: «Cuando Dor-

---

paldas de su Gobierno, mientras que se dirige en persona al Presidente de la República, que no tiene atribuciones para resolver esta cuestión, ni ninguna otra, prescindiendo de los ministros que ha elegido.

Si Mr. Poincaré hubiera cumplido con su deber, habría devuelto el documento al general insubordinado, ordenándole que comunicara el texto primeramente al ministro de la Guerra. Pero no se le ocurrió esta idea. Invirtiendo las facultades asignadas por la Constitución, resulta que es el Presidente de la República quien informa al presidente del Consejo, enviándole un documento que este último habría debido recibir directamente del remitente. ¿En qué términos lo hace? ¿Qué es lo que recomienda? No está informado, y no tiene el derecho de estarlo antes que su ministro. No sabe lo que hay que pensar de este documento, en el que puede, efectivamente, encontrar exageraciones; se ve reducido a escribirme: «SUPON-»GO que el general no me transmitiría este despacho si el movimiento no »fuera serio.» Preciosa palabra que le permitirá declinar toda responsabilidad, en la supuesta incertidumbre de hechos que conoce perfectamente.

»ten proclamó la República experimenté una gran sor»presa». Lo que era una verdadera tomadura de pelo.

Se contestó a la Delegación alemana. Transcurrió tiempo. ¿Qué fué de la República del doctor Dorten? Según M. Vial-Mazel, amigo del general Mangin, no se continuaron aquellos esfuerzos.

Y añade M. Vial-Mazel: «Hay motivos para creer que »esta primera manifestación verdadera del espíritu de in»dependencia habría triunfado si las autoridades fran»cesas, obedeciendo a órdenes imperativas, no se hubie»ran visto obligadas a conservar la neutralidad más abso»luta...»

O, dicho de otro modo, no teníamos más que haber conquistado a Renania para que ésta hubiera conseguido su independencia.

Hemos pasado una rápida revista a los acontecimientos que en 1919 se desarrollaron en Landau, Colonia, Maguncia y Wiesbaden. Los últimos adeptos a la idea autonomista habían de proseguir su campaña durante algunos años. Y entre nosotros, en Francia, un hombre había de continuar albergando grandes esperanzas sobre el esfuerzo de los separatistas: este hombre era M. Poincaré.

El 23 de noviembre de 1923, siendo presidente del Consejo, decía aún en la Cámara:

«Sin duda, es aún demasiado pronto para predecir el »resultado de los acontecimientos que se desarrollan en »los territorios ocupados. PERO EN CIERTOS LUGA»RES, COMO TREVES Y EL PALATINADO, PARECE »MUY FUERTE LA TENDENCIA A UNA INDEPEN»DENCIA TOTAL, Y EN LAS CIUDADES MENOS FA»VORABLES A UN SEPARATISMO COMPLETO HAY

»CIERTAMENTE UN DESEO CRECIENTE DE AUTO-
»NOMIA.

»POR TANTO, DEBEMOS ESPERAR QUE, TARDE
»O TEMPRANO, SE PRODUZCAN CAMBIOS EN LA
»CONSTITUCION POLITICA DE TODOS LOS PAISES
»OCUPADOS O DE PARTE DE ELLOS.»

Y tres meses después, como respondiendo a este discurso, se producían los trágicos acontecimientos de Pirmasens, el 12 de febrero de 1924. He aquí el relato de un testigo presencial:

«Desde las primeras horas de la mañana del martes, »una multitud, compuesta casi exclusivamente de bandas »nacionalistas armadas procedentes de la orilla derecha »del Rhin, se había aglomerado ante el edificio del Go»bierno, ocupado por cuarenta separatistas al mando del »«comisario del Gobierno palatino autónomo», Schwab, y »pedía la marcha de los separatistas. Como estos últimos »se negaran enérgicamente a abandonar su cuartel gene»ral, la multitud pareció dispersarse lentamente, cuando, »repentinamente, hacia las cinco de la tarde, las turbas »procedieron al asalto del edificio utilizando bombas y »granadas. Los separatistas, atrincherados, se defendían »como podían, cuando las bandas nacionalistas prendie»ron fuego al edificio después de rociarlo de petróleo.

»Los separatistas, medio asfixiados por el humo y ho»rrorosamente quemados, pidieron gracia y se rindieron. »Obligados a salir uno a uno del edificio incendiado, fue»ron odiosamente asesinados a hachazos y puñaladas. Los »nacionalistas hicieron gala de un salvajismo atroz; su »barbarie no se detuvo ni ante los cadáveres, que, mutila»dos y cosidos a puñaladas, arrojaron luego a la hoguera.

»Hay que lamentar la muerte de la casi totalidad de

»los separatistas, y entre la población civil se cuentan tres »muertos y diez heridos.

»La Gendarmería y la Policía francesas han abierto »una información. Parece significativo el hecho de que »durante la carnicería no haya intervenido en ningún mo»mento la Policía alemana.

»Durante la mañana se practicaron algunas deten»ciones (1).»

Un despacho de Maguncia ampliaba algunos detalles:

«El 12 de febrero, por la tarde, en Pirmasens, unos »treinta autonomistas fueron atacados en el edificio de la »subprefectura por una multitud de 500 ó 600 hombres ar»mados, apoyados por los bomberos, que pusieron sus »bombas en acción. La mayoría de los asaltantes tenía fu»siles Mauser y se había instalado en las casas situadas en»frente de la subprefectura. Al principio del ataque, un »desconocido quiso tocar a rebato. Los asaltantes incendia»ron el edificio de la subprefectura con ayuda de 150 litros »de bencina. La resistencia se prolongó hasta las veintitrés »horas y media. Los separatistas se rindieron cuando el »incendio llegaba al segundo piso. Schwab, el comisario »del «gobierno autónomo», murió de un balazo en el co»razón. Las pérdidas de los asaltantes también han sido »de consideración.

»La policía de Laudau ha detenido durante la noche a »un individuo que, armado de un martillo, había tomado »parte activa en el ataque.

»Es digno de notarse que los bomberos y policías que »se encontraban en el lugar de la acción estaban, por lo »general, embriagados» (2).

---

(1) *Le Temps*, 15 febrero 1924.

(2) Idem íd.

Según el *Dusseldorfer Nachrichten*, hubo 27 muertos y 20 heridos.

Un redactor de *Le Temps*, enviado al lugar del suceso, publicó estas impresiones:

«20 febrero.

»En este helado día de invierno, Pirmasens, con sus »grupos de obreros sin trabajo que rondan por las calle»juelas tortuosas y miran descaradamente a los franceses »civiles y militares, produce una impresión siniestra. Esta »población fanatizada ha aplaudido y ayudado a la car»nicería del 12 de febrero. En los lugares de reunión pú»blica, se repiten frases como ésta: «Ya nos hemos librado »de los separatistas; pronto les llegará el turno a los fran»ceses.» Esta actitud belicosa se manifestó por insultos a »los miembros de la delegación de la alta comisión. El de»legado, comandante Fenoul, ha tenido que servirse enér»gicamente del bastón contra un individuo que le ataca»ba. Durante la tarde trágica, el comandante estaba ausen»te de Pirmasens por cuestiones de servicio. A las seis, un »cuarto de hora *después de su regreso*, sonaron los prime»ros disparos. Los trescientos asaltantes, ayudados por los »bomberos y aclamados por una compacta multitud que »simpatizaba con ellos, comenzaron el asedio de la sub»prefectura. Se trajo estopa, que inmediatamente se im»pregnó de gasolina. Los jefes del movimiento tenían los »bolsillos llenos de billetes franceses, y distribuían 100, »200, 300 francos a los más audaces, que, gateando por los »muros y asiéndose a sus asperezas, propagaron el incen»dio hasta el segundo piso. «¡Ya arde! ¡Ya arde!», aulla»ba la multitud aplaudiendo frenéticamente y sin retroce-

»der una pulgada, a pesar del tiroteo defensivo de los se»paratistas.

»En el pueblo se sabía desde muchos días antes que los »separatistas iban a ser asfixiados en su refugio. Las auto»ridades de ocupación, aunque muy inquietas, no sabían »nada definitivo. *Las oficinas alemanas de la subprefec»tura se habían trasladado a otro lugar, con sus archi»vos, una semana antes.* La premeditación no dejaba lugar »a dudas.

»En Heildenberg habían estado al corriente, por teléfono, de las diferentes fases del drama. Carteles pegados »en las pizarras de la Universidad anunciaban a los estu»diantes, presa del delirio de una alegría salvaje, los pro»gresos de la obra de muerte y destrucción.

»Por su parte, el comandante Fenoul pedía en vano a »los telefonistas alemanes que le pusieran en comunicación »con Deux-Ponts o Kaiserslautern, para pedir refuerzos. No »le contestaban, o se burlaban de él o le daban la comuni»cación para cortarle apenas había empezado a hablar.

»Hace mucho tiempo que el delegado en Pirmasens ha »reclamado una central telefónica militar, para no estar a »merced de los sabotages de los telefonistas alemanes. ¿Se »la concederán ahora? También ha insistido en que le »concedan una guarnición para esa turbulenta ciudad obre»ra de 46.000 habitantes. La tarde trágica había en Pirma»sens *veinticinco marroquíes* al mando de un suboficial; »este insignificante destacamento apenas bastaba para de»fender su material, la oficina de la delegación, la estación »y la aduana.

»El suboficial no tenía atribucioones para adoptar la »grave decisión de intevenir. Por otra parte, el comandante »Fenoul representa a la alta comisión y es, por tanto, un

»funcionario civil. Ventajas del inefable dualismo estable-»cido en los países ocupados.

»Para aumentar la confusión y favorecer a los nacionalistas, el burgomaestre cortó la corriente eléctrica y dejó a »obscuras a la delegación. Sólo la restableció cuando se le »amenazó con la cárcel, después de treinta y cinco minutos »de protestas por nuestra parte y de largas por la suya.

»No había en Deux-Ponts ninguna locomotora a pre-»sión, y hubo que esperar el paso de un tren. Se intervino »la máquina, y la compañía de tiradores llegó a Pirma-»sens a las diez y media. Todo estaba terminado: los sepa-»ratistas, asesinados y quemados; la subprefectura, incen-»diada.

»Esta audaz ofensiva había sido preparada minuciosa-»mente por la dirección y redacción del *Diario de Pirma-»sens*, que intentó atraer a su edificio a los separatistas, »donde los habrían asesinado. Estos infelices se libraron »de caer en aquella trampa, para no poder evitar otro »lazo después de su capitulación. ¡Durante la batalla, uno »de sus *parlamentarios* fué asesinado a hachazos!

»La compañía de socorro, avanzando penosamente a tra-»vés de las calles sembradas de barricadas y cuerdas por »los nacionalistas, sólo pudo dispersar a unos quince mil »habitantes que habían asistido al drama y aplaudido sus »atrocidades. Complicidad evidente de toda una ciudad, »pero para la mayoría complicidad moral. Nuestros solda-»dos, aun por justas represalias, jamás dispararán sobre »una multitud desarmada» (1).

Las atroces condiciones en que se desarrolló esta matanza y el modo cómo los soldados franceses asistieron al dra-

(1) *Le Temps*, 24 febrero 1924.

ma sin tratar de detener su horror, no pueden menos de causar cierta sorpresa. El general Mordacq, en su libro *Mentalité allemande*, no se recata en señalar las responsabilidades.

«En cuanto sonaron los primeros disparos, el suboficial »jefe de la sección reunió a su tropa y quiso ejecutar las ór- »denes que había recibido de la autoridad militar, pero el »comandante F..., representante de la alta comisión inter- »aliada, se vistió de uniforme y ordenó al suboficial que no »hiciera nada, *declarando que acababa de recibir de París*, »*y, por tanto, del Gobierno, la orden de no intervenir y de* »*observar una neutralidad estricta.*

»El suboficial quiso telefonear a sus jefes, pero le dije- »ron que todos los teléfonos estaban cortados.

»Pues bien, el teléfono con Spire continuaba funcio- »nando, puesto que algunos días después, el comandan- »te F... me confesaba que *la orden de no hacer intervenir* »*a la tropa la había recibido del delegado superior de la* »*alta comisión interaliada en Spire.*»

Como quiera que fuese, terminada la matanza, se dictaron sanciones muy vagas y pálidas: se prohibió circular de noche, se prohibió la circulación de automóviles, etcétera.

Pasó el tiempo.

Y M. Poincaré, que en la época de los acontecimientos de Pirmasens era presidente del Consejo, no volvió a hablar del «movimiento» de la Renania independiente. Hay recuerdos que vale más no evocar.

CAPITULO XIII

EL TRATADO (Fin.) EL PACTO DE GARANTÍA

Sin embargo, hay que reconocer que, si la ocupación de Renania, recomendada por el mariscal Foch y adoptada en principio por el Gobierno francés, nos proporcionaba un suplemento de seguridad que no era despreciable, daba pábulo a las críticas de nuestros adversarios, que no se mostraron faltos de argumentos.

La primera cuestión, y no la menos importante, era saber qué haríamos con los habitantes de Renania. Estos no dejarían de alegar que estaban en su casa, lo que a veces, en los tiempos modernos, suele ser razón de peso. Antes, se violaba abiertamente territorios pacíficos, se asesinaba, se deportaba a todo el que oponía resistencia, se esclavizaba a los demás y nadie encontraba medio de quejarse, como hemos visto què ocurrió en Bélgica bajo la ocupación alemana. Ahora, hay que tratar a la gente con más miramientos.

Absorto en sus ocupaciones militares, el mariscal Foch no se preocupaba gran cosa de lo que les sucedería a los cinco millones y medio de habitantes que, aplicando los principios de la Revolución francesa, no encontraban justo que se dispusiera de ellos sin una consulta previa cuyo

resultado no ofrecía dudas. Con plena sinceridad rechazamos, pues, la anexión, que, después de todo, no era más que una organización de violencias. ¿Es recomendable decir a la gente: «Arreglaos a vuestro gusto, pero es necesario que yo pueda colocar en vuestra casa fortalezas y cañones en todos los sitios donde me convenga»?

Atendiendo a los dictados de su razón, Foch llegó a la conclusión de que no permitiría a los renanos de una Renania ocupada por Francia, ser soldados de Alemania. Con mucho gusto los habría visto yo convertirse en franceses, pero no estaba seguro de su asentimiento. Los hombres de Renania no querían ser prusianos a pesar suyo (*Musspreussen*), pero aún no habían dicho que quisieran ser franceses.

Ya hemos visto cómo, hasta la misma víspera de la horrible matanza de Pirmasens, el mismo M. Poincaré estaba seguro del próximo triunfo del movimiento renano por la independencia.

He combatido con todas mis fuerzas por la frontera estratégica que el mariscal Foch juzgaba mejor, sin hacerme ilusiones sobre las dificultades que me esperaban dentro y fuera. ¿Cómo es posible que me pregunten por qué no he hecho lo que he hecho? ¿Puede alguien sostener que me sometí complacido a la derrota, cuando el mismo día en que iba a depositar el tratado sobre la mesa de la Cámara Mr. Lloyd George caía sobre mí para anunciarme que se retiraría si yo no aceptaba la ocupación renana por *dos años* en lugar de quince? Le respondí que si mantenía su amenaza yo presentaría mi dimisión al Parlamento, después de dar explicaciones.

Sin el apoyo vigoroso de Mr. Wilson, aquel mismo día se habría venido abajo el tratado, y nadie podrá creer que

con ello habrían quedado satisfechos el mariscal Foch y M. Poincaré. Bien claro está que yo llegué hasta el límite de mi esfuerzo, pues no había otra solución que la ruptura de las alianzas en perspectiva, es decir, el fracaso de la victoria. He aquí un magnífico tema para filosofar.

Mr. Wilson, informado de la cuestión renana, movía la cabeza de un modo desagradable, y Mr. Lloyd George se afirmaba en su actitud de adversario resuelto completamente, de acuerdo con Mr. Balfour, que, desde 1917, se había pronunciado en dos ocasiones contra la creación de un Estado autónomo del Rhin. Y Mr. Lloyd George añadía: «Es preciso no crear, para Alemania, una segunda »Alsacia-Lorena. Estamos de acuerdo con Francia sobre »el propósito que hay que conseguir; pero no estamos »de acuerdo sobre el medio» (1).

Golpe teatral:

Bruscamente, en una conversación sostenida el 14 de marzo de 1919, Mr. Lloyd George declaró que ofrecía la garantía militar de la Gran Bretaña a cambio de la ocupación y de la independencia de la orilla izquierda del Rhin contra una agresión alemana no provocada. Y hasta añadió que utilizaría toda su influencia cerca de Mr. Wilson para obtener del Gobierno americano el mismo compromiso. Cuando di cuenta de esto a M. Poincaré, no me pareció que le conmoviera mucho la proposición británica, a la que había dado ya su asentimiento Mr. Wilson. El Presidente permaneció callado, lo cual era a veces su procedimiento de objetar.

—No veo muy claro—añadí—cómo podría proponer yo al pueblo francés que, después de haber vencido a Ale-

(1) Siga el lector la discusión de M. Tardieu con los delegados británicos y diga cuál fué el argumento que desdeñamos.

mania con ayuda de los ingleses y los americanos, hay que rehusar la ayuda militar de estos dos pueblos para asegurar la paz.

Ni una palabra. Así nos separamos.

Tres días después, sometí a las partes contratantes una nota con la que se abría el debate para precisar las condiciones que permitirían ejecutar la acción militar. No pasó día sin que se reanudara la discusión del proyecto angloamericano, analizado hasta sus últimas consecuencias. El general en jefe, con los generales aliados, compareció ante *Los Cuatro*, y una vez más repitió el mariscal Foch lo que había dicho.

¿Cómo puede alegar el mariscal en sus *Memorias* que le costó *mucho trabajo* ser escuchado? Fué llamado por el Gobierno *en todas las jurisdicciones*, donde ha podido decir todo lo que le ha venido en gana. No ha redactado el tratado a su gusto: he ahí su gran motivo de queja. Napoleón hacía a la vez sus guerras y sus tratados. Pero sus tratados, que debían asegurar la paz, sólo consiguieron desencadenar una sucesión de guerras, y esto es precisamente lo que hay que evitar. ¿Creerá alguien que en algún momento de sus discursos abordó el mariscal la verdadera cuestión, es decir, la ruptura de las alianzas si se adoptaba su plan? Ni en una sola ocasión. Ningún trabajo le costaba ser locuaz en unas reuniones en que M. Poincaré, orador eminente, permanecía mudo. Pero ni el uno ni el otro podían abordar la cuestión previa de la ruptura de las alianzas, porque a la primera palabra éstas se habrían derrumbado.

Fué entonces cuando la discusión se dedicó a la ocupación provisional de la orilla izquierda del Rhin, a la que Mr. Lloyd George nos proponía renunciar a *cambio* de la

promesa de una alianza militar. Alegaba que Inglaterra no tenía ejército permanente. En cambio, poseía una flota naval que surcaba permanentemente los mares, y que, encargada de vigilar a la flota alemana, la había dejado hundirse a sí misma en Scapa Flow.

Después de un debate que no ocupó menos de una semana, los aliados llegaron a la siguiente redacción, que quedó definitiva, del párrafo final del artículo 429:

«*Si al expirar el plazo de quince años, los Gobiernos »aliados y asociados no consideraran suficientes las ga»rantías contra una agresión no provocada de Alemania, »se podrá retrasar la evacuación de las tropas de ocupa»ción en la medida que se juzgue necesaria para la ob»tención de dichas garantías.*»

Leamos a M. Tardieu:

«¿De qué garantías se trata? De las previstas en Ver»salles, el 28 de junio de 1919, por el tratado con Alema»nia y por los dos tratados inglés y americano. Es decir, »para un porvenir lejano e indefinido, la *Sociedad de las »Naciones*; para un porvenir más próximo, la ocupación »completada por los dos tratados. ¿En qué caso podrán »juzgarse insuficientes estas garantías en 1935? En el caso »en que faltaran los dos tratados; por tanto, precisa»mente, en el caso ocurrido por el voto negativo del Se»nado americano» (1).

¿Qué garantías suplementarias de seguridad nos habría dado la constitución de una Renania independiente?

Para contestar con acierto a esta pregunta, falta saber exactamente qué resultado nos proponíamos obtener. Nuestro único propósito era ponernos en condiciones de

(1) *La Paix*, pág. 235.

repeler lo más rápidamente posible toda nueva agresión. Pero en virtud del artículo 428 del tratado, teníamos las cabezas de puente por cinco, diez, quince años. En virtud del artículo 429, podíamos retrasar la evacuación de las tropas «*en la medida necesaria* para la obtención de ga»rantías contra una agresión no provocada de Alemania.»

Se oyó al mariscal hasta última hora. Habló hasta agotar su tema en la reunión final del Consejo de Ministros (1), el 25 de abril, y en la sesión plenaria de la Conferencia, el 6 de mayo, veinticuatro horas antes de la entrega del tratado a los alemanes.

Sin dificultad alguna demostró que la ocupación provisional no sería de un efecto tan seguro como la ocupación permanente, pero nada dijo de la alianza militar que compensaría este defecto; compensación muy superior a lo que podía esperarse. Fingió ignorar el hecho bastante notable de la alianza francoangloamericana sobre el Rhin. Al hablar de la vuelta de los alemanes a los territorios ocupados, se quejó seriamente de la «AUSENCIA DE GARANTIAS MILITARES». Por lo visto, le parecían pocas las fuerzas de mar y tierra que la Gran Bretaña y América nos proponían.

¿Qué más puedo decir por mi parte? Se me reprocha amargamente no haber querido dar a mi país una frontera estratégica. ¿Cómo voy a tomar en serio a los personajes y personajillos que me hacen este reproche, cuando ellos mismos saben –prescindiendo del derecho de los pueblos—que yo no podía apoderarme de Renania sin romper la alianza, LO CUAL NADIE SE HA ATREVIDO A PROPONERME?

(1) Tuve buen cuidado de que jamás hubiera *Consejo de gabinete* para que M. Poincaré no sospechara que podíamos ocultarle algo.

¿Cómo iban a obrar de buena fe quienes evitaban con tanto cuidado plantear la cuestión en sus verdaderos términos, preguntándome por qué no hice lo que tampoco ellos habrían hecho, puesto que Francia no se lo habría permitido? La única cuestión que se planteó al principio sobre la frontera del Rhin fué la ruptura de la alianza, y yo proclamo muy alto que no quise esto. A usted se lo pregunto, M. Raymond Poincaré: ¿Me reprocha usted no haber inducido a Mr. Wilson y a Mr. Lloyd George a separarse de nosotros para dejarnos frente a frente con la República renana del bueno de Dorten, de la que no se ha vuelto a hablar desde el drama de Pirmasens?

Pues bien, no, yo no he roto con los aliados, como tampoco lo habría hecho usted mismo, pues inmediatamente habría sido barrido, por el honor del nombre francés. Y esto lo proclaman los amigos de usted, no los míos. Oiga lo que dice M. Barthou: «EL GOBIERNO FRAN»CES, EN CUYO LUGAR ES POCO PROBABLE QUE »OTRO CUALQUIERA HUBIERA OBRADO DE MODO »DISTINTO, HA CONSEGUIDO PARA FRANCIA SOLI»DAS GARANTIAS. ¿Puede negarse la fuerza imponente »que representan? Estas garantías se completan unas con »otras» (1).

¿Qué sucedió? Que en Westminster se aceptó unánimemente el pacto de garantía, mientras que en Wáshington ni siquiera le hicieron los honores de una exposición.

El 22 de julio de 1919, con ocasión de la segunda lectura del proyecto de ley relativo al pacto de garantía, Lord Curzon pronunció las palabras siguientes: «La ver»dadera prueba de un proyecto de esta naturaleza reside

(1) Tardieu, *La Paix*, pág. 223.

»en el hecho de saber si esta garantía que nosotros da»mos y que espero que también darán los Estados Uni»dos, será suficiente para traer la paz al continente euro»peo y al mundo. Creo que nadie vacilará en responder »afirmativamente a esta pregunta. Yo estoy, no sola»mente satisfecho, sino hasta casi sorprendido de la una»nimidad con que este compromiso que hemos adquirido »(y que no es insignificante) ha sido aceptado por la opi»nión pública de este país.»

La Cámara de los Comunes, que nunca había votado de antemano la acción militar contra ningún pueblo, había comprendido sin esfuerzo que una situación nueva exigía resoluciones de un carácter nuevo. Votó, por tanto, el tratado de garantía *por unanimidad* y sin debate. Francia no lo olvidará. En cambio, por seis votos de mayoría, el Senado americano negó el consentimiento que le había pedido Mr. Wilson, que llevaba largos meses postrado por cruel enfermedad. Por tanto, no hubo caso de aplicar el artículo 2.°, que preveía la entrada en vigor «*simultáneamente*» de ambos tratados. Estos son los peligros que corren las democracias con sus Parlamentos frágiles. Francia, que ayudó tan poderosamente a la gran obra de la independencia americana, tiene aquí una hermosa lección de historia sobre la que meditar. He oído decir frecuentemente que en el pequeño ejército que hizo capitular a Lord Cornwallis, en Yorktown, había más franceses que americanos. Eran los días de la liberación americana. ¿Quién piensa hoy en ello, desde Nueva York a San Francisco?

Por tanto, el acontecimiento no siguió su curso. Sabemos que en 1796 Wáshington recomendó a sus compatriotas que no se dejaran coger en los lazos de las alian-

zas europeas. Había entonces muchas razones que aconsejaban esta abstención. Pero, ¿es que las circunstancias no pueden variar? ¿Hay algún hombre en el mundo que pueda formular una recomendación de política extranjera para toda la eternidad? ¿Quién hizo la proposición de un *pacto de garantía*, después de Mr. Lloyd George, sino el portavoz oficial del pueblo americano? ¿Quién juzgó que la amenaza alemana estaba igualmente dirigida contra los Estados Unidos que contra Francia e Inglaterra? ¿Quién nos propuso una *asociación de guerra*? ¡Ahí está toda la cuestión!

Cuando M. Poincaré, a quien la alianza militar con Inglaterra y los Estados Unidos no había desarmado de su renanismo, me vitupera en sus conversaciones por no haber hecho votar el tratado por América *antes que por Francia*, construye, demasiado tarde, un razonamiento propio de los *Pas Perdus*, tratando de introducir entre el Gobierno americano y nosotros maquinaciones de pleitista. Conozco lo bastante a Mr. Woodrow Wilson y al Senado americano para afirmar que no se los puede tratar con esta desenvoltura. En aquella época conocía yo sus sentimientos de feroz independencia. A la primera apariencia de presión desagradable se habrían puesto en guardia, y yo me habría encontrado en una situación humillante, descubierto mi lazo malévolo.

Sólo había dos hombres con los que podía tratarse útilmente de la cuestión, y aun así, ¡cuántas precauciones que había que tomar! El Presidente Wilson y su *alter ego* el coronel House eran hombres de arrogancia. A mis preguntas sobre el resultado que obtendríamos, el Presidente Wilson contestaba, siempre con imperturbable confianza, que estaba seguro de un feliz resultado. El coro-

nel House hacía algunas reservas, pero tenía fe en su presidente. Ni al uno ni al otro les oculté los procedimientos de M. Poincaré, a riesgo de que se volvieran contra mí.

No se olvide que fué Mr. Lloyd George quien hizo la primera proposición, ofreciendo sus buenos servicios para convencer al Presidente americano. Mr. Wilson sólo llegaba en segundo lugar, defendiendo intereses menos inmediatos con respecto a nosotros.

¿Podrá creerse en serio que estaba en mi mano entablar esta partida sin que el Presidente y el Senado americano descubrieran en seguida mi juego y me reprocharan escarnecerlos en el mismo momento en que nos ofrecían su ayuda? ¿Cómo iba yo a aceptar el riesgo de comprometer irremediablemente a Mr. Wilson, nuestro amigo, ante la asamblea que ejercía sobre él una justa facultad de control? En verdad, a medida que profundizo en el asunto, sólo veo una agravación de peligros, un juego que podía comprometer la paz. ¡Además, M. Poincaré nunca me habló de ello! Es una idea retrasada. Cuando se soporta todo el peso de la responsabilidad de Francia, no piensa uno en recurrir a trucos de escamoteador. Tengo la costumbre de aceptar mis responsabilidades. Veo dibujarse en el aire signos precursores de una confusión tal que hay que preverlo todo, excepto el enderezamiento del Tratado de Versalles, cuyo mérito era siquiera el de fundar la paz.

La paz separada de América, que podía ser el árbitro de la paz europea, ha lanzado sobre el antiguo continente una serie de querellas históricas, desplegando una avidez financiera sobre la que decidirá el porvenir. Verdaderamente me parece que este voto puramente negativo, con seis votos de mayoría, no podía ser la última palabra de la

gran República americana, si el Gobierno francés, como era su derecho, le hubiera pedido que pronunciase sobre ella misma y sobre nosotros una fórmula de justicia. Cuando se ha derramado la sangre de un modo tan valiente y por una causa tan bella, es muy lamentable querer consumar súbitamente, con una simple negativa de auxilio, la ruina de los camaradas de guerra que han sobrevivido. Esta negociación suplementaria, bien conducida y con el concurso que seguramente no nos habría negado Inglaterra, habría debido llevar a un acuerdo que habría salvado el honor de América y restablecido las compensaciones de fuerzas a las que teníamos derecho.

El Pacto de garantía nos traía nada menos que la sanción suprema del tratado de paz. Al precio de los mayores esfuerzos, habíamos intentado establecer agrupamientos equitativos de potencias nacionales—nacidas de un compromiso de afinidades étnicas y de violencias de la historia a quienes la costumbre parecía haber dado el valor de hecho consumado. Federico II, Catalina y María Teresa han dejado recuerdos de bandolerismo que no parece que estén en camino de extinguirse. Para la rapiña basta un momento. En cambio, la sucesión de los siglos no basta siempre para la reparación.

Si Francia hubiese estado animada de intenciones conquistadoras, como nos han reprochado algunos americanos, se habría aferrado, indudablemente, a reivindicaciones de territorios que conservaban recuerdos históricos, a pesar del peligro de fundar la paz de la Europa nueva sobre una cuestión de Alsacia-Lorena al revés.

Lejos de esto, los negociadores estimaron que los aliados, que acababan de obtener tan brillantemente la victoria, debían continuar en la paz la política que los había

conducido al campo de batalla. Si desaparecía la proposición Lloyd George-Wilson, no quedaba otro recurso contra la guerra que la ideología de la *Liga de las Naciones*, mucho más apropiada a las combinaciones parlamentarias y a los arranques de elocuencia que la tensión silenciosa, pero eficaz, de los Gobiernos aliados para la continuidad de la paz. El Pacto de Garantía bastaba para excluír a la guerra, como lo ha reconocido Lord Curzon. Pero si América, atenta a su prosperidad particular, se desinteresaba de la Liga y del Pacto, no nos quedaba más que la incertidumbre.

La República americana lo ha olvidado demasiado pronto, después de habernos dicho que «*la frontera de la libertad estaba en Francia*». Al dejar no solamente a Francia, sino a toda la Europa de derecho, entregada al peligro de una nueva guerra, la Historia opinará que América ha vuelto demasiado pronto la espalda a los llamamientos de su destino. Ha perdido 50.000 hombres, y nosotros, millón y medio, además de setecientos mil mutilados. Se ha enriquecido fabulosamente, y nosotros vamos a pagarle, dólar a dólar, los marcos que nos debe Alemania a título de reparaciones. ¿Cómo es posible que tan pronto haya olvidado que esta guerra fué para nosotros de extremada salvaguardia, y no de empresa conquistadora? Toda Europa estaba amenazada. Nosotros hemos salvado a los Aliados, como ellos nos han salvado, de un golpe común. Ingleses y americanos entraron, como nosotros, en la batalla para defender su propia salvación.

Se comprende que el Senado americano haya hecho objeciones a la novedad de una Liga de Naciones que podría arrastrar a su país más allá de lo previsto. Lo que ya no se explica tan fácilmente es que haya recha-

zado el pacto sin debate, puesto que sólo se trataba de que América se uniera a Inglaterra para impedir que se renovaran las agresiones alemanas contra Francia, que representaba el punto crítico del derecho europeo. El Pacto de Garantía era, por tanto, la clave de la paz europea, por encima de las teorías. Su repudiación tenía, pues, el valor de una invitación oblicua a los desquites de la agresión fracasada.

Tenemos el derecho de lamentar que Francia y Europa hayan recibido el golpe de las prevenciones causadas por la desenvoltura con que los Poderes públicos de los Estados Unidos se negaron a discutir un estado de solidaridad que habría detenido a Alemania en la carrera de los armamentos; y lo sentimos, tanto por América como por nosotros mismos. América no solamente no ha querido seguir el ejemplo (unánime) de nuestros aliados británicos, sino que ha llegado a apartar desdeñosamente la cuestión, sin discutirla siquiera. La pendiente es demasiado resbaladiza. Ya lo vimos perfectamente cuando a este malhadado desfallecimiento sucedió la empresa de hacernos pagar el complemento de los daños causados a nosotros por el retraso de sus preparativos.

Permítasenos manifestar nuestra cruel sorpresa. Sobre todo, cuando, con miras inquietantes, América se obstina en hacernos aceptar, por más de sesenta años, compromisos financieros a los que todo el mundo sabe que no podremos hacer honor. Ni tampoco basta esto para calmar los apetitos americanos. No se nos permite establecer ninguna relación entre los futuros pagos de Alemania y las supuestas deudas al Gobierno americano, que no se contenta con que le paguemos a medida que vayamos recibiendo las sumas de Alemania en concepto

de reparaciones. Como para rematarnos, América quiere que su lista de beneficios se añada a la cuenta de los daños causados por el enemigo.

¿No tenemos, pues, el derecho de preguntarnos a qué desastre total amenaza precipitarnos semejante avidez? ¡Más de sesenta años! Imagínese todo lo que puede desarrollarse en este tiempo la prosperidad de los demás países, y cuántas catástrofes supremas pueden descargar sobre el nuestro, por el delito de haberse alzado en armas contra el invasor. ¿A qué comparaciones se nos quiere conducir entre la agresión alemana y «la amistad» y «el auxilio» americanos? (1).

Sin duda, algún día se despertará la Francia dormida. Pero como ignoro la hora en que sucederá este milagro, y además me veo empujado por mis años, me contentaría con un hombre de buen sentido que tuviera el valor de decir «no» cuando piensa «no» (2). Probablemente, esto es lo más difícil de conseguir, en nuestra casa y fuera de nuestra casa. Pero tengo confianza, a pesar de los malos presagios. Tengo confianza porque quedamos nosotros, y, en el momento oportuno, esto podría ser bastante.

No hay pueblos sin vecinos, y nosotros querríamos que nuestros vecinos fueran amigos nuestros; he aquí la verdadera seguridad; pero la amistad no se gana por la violencia, cualquiera que sea la forma que ésta adopte. *Se nos ofreció* la seguridad internacional garantizada por

---

(1) Más adelante hablaré de las mutilaciones financieras del tratado. América se alza ante nosotros como un acreedor implacable, e Inglaterra tolera a un Snowden que injuria groseramente a Francia para adular bajamente a Alemania.

(2) Véase el efecto del «*no*» del mismo Mr. Snowden.

nuestros aliados, y nosotros la aceptamos. No ha podido realizarse por la incomprensión de algunas inteligencias débiles. No importa: Francia continuará desempeñando con la misma nobleza su papel histórico. Puede hacer suya la frase del gran alfarero Bernard Palissy a su rey, que le aconsejaba se convirtiera para evitar el suplicio: «*Sire, yo sé morir.*» Pero Francia no morirá, porque la Humanidad necesita de ella para llegar a altos destinos con sus actos desinteresados.

CAPITULO XIV

LAS CRÍTICAS DE LA GALERÍA

Me he atrevido a decir que los artículos de M. Poincaré sobre el Tratado son como la lección de un profesor circunspecto, que recoge las faltas, grandes o pequeñas, de los buenos y malos alumnos culpables de haberse dedicado al trabajo, mientras que él, *Deus ex machina*, desgrana filosóficamente rosarios a las puertas del Nirvana elíseo (1).

He leído con paciencia esa requisitoria universal de un hombre que no ha hecho nada, estando al corriente de todo, y que se dedica a dar palmetazos a cuantos han intentado hacer algo. Nadie ignora que las críticas tardías tienen la gran ventaja de ponernos en condiciones de *prever lo que sucedió*. Con ello, se hace más cómoda la discusión.

Paso por alto los agravios del hombre de inacción contra los hombres de acción que han llevado el peso de la batalla. Las colonias que nos fueron cedidas no han sa-

(1) Lamento de veras verme obligado a aludir tan frecuentemente al antiguo Presidente de la República, y le ruego que me excuse por ello. Pero como el mariscal Foch no puede decirnos en su *Memorial* si se anexiona o no se anexiona a Renania, me veo en la necesidad de dirigirme a su mejor abogado, que, por supuesto, no sabe del asunto mucho más que él.

tisfecho las esperanzas del estadista que, antes de la guerra, entregaba a Alemania las mejores partes del Congo francés, apartadas a este efecto por M. Caillaux.

El tratado se redactó en francés y en inglés simultáneamente. Luis XIV y Napoleón sólo conocían estos documentos en francés. ¿Qué potencia de expansión nos han dejado comparativamente a sus adversarios? De esto nada dice M. Poincaré. Ni siquiera se le ocurre la idea de que no podíamos negar este homenaje a los grandes soldados de Inglaterra y América caídos en tierra francesa.

Un último rasgo que, sin embargo, es el más interesante: M. Poincaré querría que hubiésemos entregado el trabajo sobre el tratado a los diplomáticos profesionales, cuyos méritos conozco, pero a quienes no he visto muy ansiosos de responsabilidades (1). Pues bien: no; no éramos nosotros de esos que sólo quieren el poder para substraerse a la acción.

Cuando, después de la violación del territorio belga, para salvar a toda costa lo que podía salvarse de Francia, sufrimos, con la frente muy alta, los peores horrores del asesinato, el saqueo, el robo, las destrucciones de ciudades, la esclavización y deportaciones de los no combatientes;

---

(1) Los que opinan que los ministros plenipotenciarios son más aptos que los jefes de Estado para tratar de la paz, obtendrán provecho de la lectura de las cartas cambiadas entre el conde D'Avaux, hombre educado y benévolo, pero muy poseído de sí mismo, y M. Abel Servien, genio violento y agresivo, ambos embajadores de Francia en el curso de las negociaciones del Tratado de Westfalia.

«... ¿Cree usted que a la Reina puede parecerle bien que personas que »deben dedicar todos los momentos a conferenciar, hablar, responder y consultarse amable y fraternalmente, se vean reducidos a darse explicacio»nes el uno al otro? ¿Qué dirán los diputados de la parte contraria al ver »que aquellos cuya concordia y armonía debe ser la imagen de la paz »que tratan no pueden hablar sin ofenderse y querellarse mutuamente? »¿Cree usted que los asuntos de Sus Majestades no padecen con el retraso

cuando habíamos visto caer en los campos de batalla un millón y medio de nuestros hijos y retirado de ellos casi otros tantos mutilados; cuando Inglaterra, nuestra enemiga tradicional, había hecho un sacrificio equivalente para la salvación común; cuando Italia, introducida en la Tríplice en sus malos días (¿no es verdad, Crispi?), se había levantado a la llamada de la raza; cuando el respetable Presidente de la gran República americana, después de algunas vacilaciones que nos costaron lo mejor de nuestra sangre, nos había traído la esperanza de una sanción de derecho humano..., ¿acaso quería usted que, como avergonzados de nosotros mismos, nos hubiésemos vuelto hacia los profesionales de una diplomacia más dispuesta a la ejecución que a la iniciativa, y nos hubiésemos escondido detrás de un Gobierno de picapleitos? ¡No! ¡No! No somos de esa clase de hombres que usted busca.

Vuestros diplomáticos «de carrera», a los que yo respeto como augures, han sido consultados, como era natural, sobre todo lo que podía relacionarse con su oficio. Los requerimos para que nos iluminaran en la medida de sus medios. Pero las responsabilidades que querría usted descargar sobre ellos no pertenecen a su oficio. Es-

---

»que este método origina? En la carta que me ha escrito usted, hace gala »de su inteligencia; pero aquí se diría que dormita un poco. Creo que la »correspondencia escrita no es el mejor método para abreviar los asuntos»...

A lo que contestó M. Servien:

»He observado que siempre lleva usted sus razonamientos por ciertos »caminos desviados, donde deja toda su fuerza. Un autor de nuestra época »ha dicho muy bien que esta forma de conducir los asuntos es rastrera »como la de la serpiente y nunca se eleva sobre el suelo. Sin embargo, »es vuestro sistema corriente: no le gusta combatir a pie firme en las »respuestas; si da algún golpe, es por sorpresa; usted, por su parte, »los esquiva, sin atreverse a dar el asalto...»

(Carta de M. Servien a M. D'Avaux, 6 agosto 1644.)

taban a nuestro lado para el *cómo*. Usted querría que espolvorearan con un «*sí*» o con un «*no*» el augusto silencio de donde elevarían el vuelo los arbitrajes de usted del *pro* y del *contra*, en una sabia difusión de responsabilidades. Es usted un hombre de palabra, y aun de mutismo cuando hace falta, mientras que nosotros, y perdone usted nuestra simplicidad, sólo hemos entrado en la acción para obrar, no para retroceder. Podemos equivocarnos; nos equivocaremos, seguramente, que ésta es la suerte inevitable de todos los hombres de acción, sobre todo de los que se empeñan en aliviar algo las miserias humanas. Pero, bien o mal recompensados, habremos realizado una parte de la gran tarea de la humanidad viviente, que los habladores nunca comprenderán ni conocerán.

En este sentido, somos también idealistas, ya que hay que confesarlo todo, y no nos asusta el reproche de ideología por parte de los adormecedores. Seguramente no le descubriré nada nuevo al decirle que en la actividad política hay faltas que aumentan el crédito y la solvencia, ventaja de que no disfruta cualquiera, ni aun el que se aprovecha momentáneamente.

¿Le han dicho que si nos proponíamos, como usted, consolidar la seguridad de Francia, pretendíamos, con riesgo de inevitables dificultades, que el respeto de nuestros derechos se apoyara en todas partes, en el conjunto de la civilización, en un respeto igual a los derechos del prójimo? ¿Le han dicho que, al oír esta palabra, el mundo antiguo, anquilosado en su sufrimiento, se había estremecido repentinamente, y puede usted creer que su juego de diplomáticos desorbitados se habría impuesto, en las horas peligrosas, a los corifeos del derecho humano que acudieron en masa al llamamiento de la República

francesa? Yo le digo a usted que no, porque yo he vivido esas horas dolorosas en que los derechos chocaban unos con otros y hacía falta nada menos que la autoridad libertadora de las grandes potencias reunidas para decir, con eficacia suficiente, lo que sería y lo que no sería. La llamada al derecho exige jueces. Francia, Inglaterra y América habían pagado con su sangre su derecho a esta alta función. Podían dictar normas de justicia ante las que se inclinaría Europa, camino de reformarse. Este es el curso de las civilizaciones.

No es seguro que los pueblos víctimas de los conquistadores hubiesen acudido a la llamada de vuestra querida diplomacia, que había sancionado uno tras otro todos los delitos cuya reparación esperaban los vencidos de los tiempos pasados. Y, sobre todo, no creo que Inglaterra y América, que, por lo menos, hacen lo que hacen, hubiesen consentido en entregar a jefes de inacción (1) la tarea efectiva para la que fueron elegidas. Nos habríamos quedado muy confusos, en los remolinos de una tentativa inconfesable para esquivarnos.

No nos hemos esquivado, señor Presidente: he ahí lo más evidente de nuestro crimen. En las primeras filas de la civilización, los aliados que acababan de derramar su sangre para salvar el derecho pensaron que su primer deber era organizarlo en la medida de lo posible. ¿Coronará el éxito sus esfuerzos? Este es el secreto del Destino. Por lo menos, hemos prestado nuestro esfuerzo. Si usted juzga hoy, como yo, la política de mutilación del tratado (de la que es usted tan responsable como cualquie-

(1) La diplomacia se ha instituido más bien para el mantenimiento de los inconciliables que para la innovación de los imprevistos. En la palabra «*diplomático*» entra la raíz griega διπλόω *doblar*.

ra otro), yo puedo, por lo menos, descubrirle que no hay derrota del derecho que no contenga para el porvenir los elementos de una reacción de éxito, tanto que basta con hallarse del lado bueno de la barricada para encontrarse en fin de cuentas libre del acontecimiento. Tal vez el mariscal Foch sintió esto como yo. Sólo que su barricada era de piedras, que un obús de avión hace saltar en pedazos. La mía era de un desarrollo del hombre que nada puede superar.

Sólo pudimos ganar la guerra con la reunión de cuatro grandes pueblos. Sólo podíamos hacer la paz con el acuerdo de cuatro Gobiernos, que, naturalmente, no tenían la misma opinión sobre el mejor modo de hacer una *Europa de derecho*. Esto exasperaba a nuestro generalísimo, que se preocupaba, con bastante lógica, de terminar *su* guerra por una paz a *su* gusto, más que de distribuír la justicia entre los pueblos que hasta entonces no habían sabido más que matarse entre sí. Para Foch era insoportable la idea de que simples jefes de Estado pudieran imponerle a él sus opiniones, al soldado vencedor, y como conmigo era con quien discutía primeramente (después de haber pasado por influencias que no me eran desconocidas), para mí era el honor de recibir el primer golpe. Así, la paz era para mí una guerra por todas partes a la vez.

El mariscal, cuyas inspiraciones simplistas sólo le permitían considerar el aspecto militar del problema de la paz, tenía como solución «decisiva» la anexión de Renania (1). De igual modo pretendía el Emperador Guiller-

(1) Era su derecho y su deber expresar su pensamiento, pero hay que reconocer que el mariscal Foch abusó de este derecho.

Clausewitz, que me parece fué profesor del mariscal Foch, no reco-

mo I, en una carta que está en los archivos de Asuntos Extranjeros (1), justificar la anexión de Alsacia, alegando que Alemania tenía necesidad de un «glacis» o explanada sobre el Rin. No hemos visto que el nieto haya aprovechado el «glacis» alsaciano para conservar las conquistas del abuelo.

Desde los tiempos más lejanos, los guerreros de todos los países sólo han conocido un sistema de anexión como política de defensa agresiva, y este concepto de una organización de desequilibrio militar no ha hecho más que fomentar las costumbres belicosas cuya intención de abolir se anunciaba. Así ha llegado Europa al estado anárquico del que podría salvarla la feliz terminación de nuestra gran guerra.

Quizá nunca se ha encontrado en la historia situación más favorable para semejante tentativa. Nuestra audacia común fué intentar hacer una Europa de derecho internacional. Pero la victoria de uno solo rara vez engendra una paz justa. La victoria de muchos, por el contrario, convida a buscar aproximaciones de justicia en las que cada cual puede poner a prueba los recursos de su genio particular.

Ayer era la primera vez que se intentaba edificar imparcialmente una obra de alta justicia internacional. Se vió cómo los pueblos duramente tratados por la historia venían al lado de los vencedores para pedir justicia, ex-

---

mendaba la sublevación contra el poder civil: «*La política es quien conduce la guerra* — escribía—, *mientras que la estrategia no es más que el instrumento; deben, por tanto, tomar el carácter y las dimensiones de aquélla.*» Esta elevada lección de semejante maestro habría sido muy provechosa para el mariscal Foch si se la hubiera señalado M. Poincaré.

(1) Esta carta me fué remitida por el doctor Hugenschmidt, de parte de la emperatriz Eugenia, que la había recibido como respuesta a una petición de dejarnos Alsacia y Lorena.

poner sus quejas, invocar «*la caridad del género humano*». Y, tras emocionantes debates, se acordaron, en la medida de lo posible, notables reparaciones. Sí, hasta nosotros llegaron las quejas desgarradoras de pueblos civilizados víctimas de crueles torturas, y nosotros los escuchamos porque habíamos pagado a muy elevado precio el venturoso derecho de libertarlos. Y hemos realizado esta obra con la íntima alegría de no haber añadido nada a los males de las sociedades humanas, y hasta con el sentimiento de haber ayudado a los débiles, reprimiendo los abusos históricos de los fuertes. No todo el mundo lo ha comprendido, pero no por ello hemos dejado de hacer una gran obra restaurando la idea del derecho a las reparaciones de un pasado doloroso.

Más que de trazar fronteras, el problema era de esperar, en la paz, que los futuros hombres de Estado realizaran actos de voluntad dignos de aquellos que les habían permitido ganar la guerra. Mr. Wilson, idealista pragmático, confiaba exclusivamente en la Sociedad de las Naciones, acomodada a los postulados de una política americana que sólo naufragó en el Senado de Wáshington, porque el Presidente no aceptó transacciones inofensivas.

Es más fácil reformar al prójimo que reformarse a sí mismo. Sin embargo, con nosotros, todos aquellos plenipotenciarios de todas las procedencias y de todas las formaciones mentales han podido hacer aproximadamente un plan de reconstitución europea, y remediar bien o mal lo más vivo, lo más doloroso de las heridas del pasado. Todos han hecho lo que han podido. Con nosotros, si continuamos dignos de nuestra victoria, se mantendrán probablemente a la altura de la gran obra. Por el

momento, no podemos decir más. M. Poincaré, que en el fondo es el mejor alumno de M. Briand, nunca habría hablado como Mr. Lloyd George, opinando que, a partir del armisticio, debía volver a su curso la enemistad tradicional entre Francia e Inglaterra. Pero su falta capital fué buscar en la nueva Europa otra agrupación de fuerzas distinta de la que acababa de triunfar. Sin duda, ni América ni Inglaterra han dado el buen ejemplo, en lo que a esto afecta; pero podríamos haberles recordado el cumplimiento de su deber.

Aunque no hayamos conseguido otras ventajas territoriales que la inevitable restitución de Alsacia-Lorena, es probable que Inglaterra y América hayan quedado sorprendidas al ver que M. Poincaré prefería el embargo de Renania a su garantía militar. No oculto que yo mismo me quedé admirado. Creo que era motivo legítimo de admiración ver cómo nuestros amigos acudían del primer impulso al restablecimiento de la tierra alemana, de donde habían partido las devastaciones sistemáticas de la tierra francesa, reducida durante cuatro años al estado de salvajismo. Entiéndase bien que no les reprocho el sentimiento. Debía venir, pero vino antes de su hora. Todo lo que ha sucedido después ha venido a demostrar que uno de los decididos propósitos de nuestros antiguos aliados era la aproximación al adversario, y que, sin inquietarse de las repercusiones inevitables, dejaron que Alemania organizara la violación de todos los artículos del tratado sin pedirle cuentas.

Durante un año, día por día y hora tras hora, hemos trabajado penosamente en una obra ingrata cuyas partes constructivas amenazaban derrumbarse a cada momento bajo el impulso de reivindicaciones contradictorias que

surgían por todas partes. Cada uno miraba por sí. Los grandes sentimientos tienen a veces estas pobres interioridades. Durante toda mi vida no me han faltado ocasiones de completar mi educación sin necesidad de volver a la escuela.

Por eso, cuando el mariscal me pidió que le agregara un funcionario del Quay d'Orsay para permitirle tratar directamente con los alemanes la cuestión de la paz, sólo pude ver en esta pretensión una invitación a delegar en favor suyo la autoridad de mi función, quedándome reducido a comunicar a los aliados (que, además, no lo habrían consentido) las decisiones del soldado formalizadas por un diplomático a sus órdenes. Ni por un momento estuve dispuesto a despojarme de mis atribuciones. Que se levante quien encuentre censurable mi conducta.

Además, todas las cuestiones promovidas por la terminación de la guerra eran conexas y sólo podían resolverse por acuerdos internacionales precedidos de deliberaciones. Alemania había tomado demasiado para que pudiera eludir la restitución. ¿Y cómo negarle a uno el derecho de anexión, si se ha empezado por afirmarlo en favor de otro?

Confiando en la grandeza de la empresa que habíamos tenido la temeridad de iniciar para obtener una paz duradera, poniendo la fuerza al servicio del derecho, proseguimos nuestra labor entre la gritería de los que habían marrado la ocasión de vencer y no nos lo perdonaban. Probablemente se admitirá que lo que nos hace falta hoy no es precisamente Renania, ya que a ésta la tenemos todavía y no escasean las dificultades. El mariscal Foch vivía en la amargura de su fracaso, como atestigua su *Memorial*. Creo yo que, habiendo recibido el encargo de

ganar la guerra y habiéndola ganado, su legítima ambición podía darse por satisfecha con la gloria del triunfo, sin que en la renovación pacífica de Europa le incumbiera otra misión que la de opinar sobre las disposiciones de las fronteras... en caso de necesidad. Ya he dicho que no se ha quejado una sola vez de que yo le impusiera mi opinión sobre una decisión de orden militar. ¿De dónde podía venirle a él el derecho de imponer al Gobierno francés, único capacitado para tratar con los Gobiernos extranjeros, decisiones de política general, para las que, además, nunca hombre alguno estuvo menos capacitado?

Hay que tener en cuenta que el tema del soldado sobre Renania era la inspiración natural de los Gobiernos de autocracia militar, y no puede sorprender que un vencedor sienta el deseo de apoderarse de territorios. Pero la cordura es necesaria en todo, y no puede decirse: «*El tratado es malo*, *muy malo*», porque no hayamos justificado históricamente la rapiña germánica de 1871, anexionándonos, después de la victoria, un territorio alemán. He observado, además, que M. Poincaré *ocupaba* proclamando que no *anexionaba*, y que el mariscal, sin insistir sobre este punto, prefería otro tema de conversación.

Cuando comuniqué oficialmente al generalísimo que había sido nombrado mariscal de Francia (1), me escribió una carta de agradecimiento más que amable. Foch

(1) «... Pese a toda la habilidad y cortesía de que dió prueba el general, »durante los meses que siguieron a la obtención del título de generalísimo »hubo numerosos rozamientos que demostraron que para este título le falta»ba una dignidad que lo igualara siquiera al mariscal Haig.

»He ahí porqué, en los primeros días de agosto (1918), el presidente »del Consejo pedía al Gobierno el nombramiento del general Foch como ma»riscal de Francia, tanto por el interés de los aliados como por el de »Francia.»

(General Mordacq, *Le Commandement unique.*)

se ha cuidado bien de no publicarla en sus *Memorias*. Permítaseme reparar esta negligencia para demostrar hasta qué grado condujo la pluma del mariscal una gratitud desbordante. He aquí los documentos:

«París, 9 agosto 1918.

»Señor Presidente:

»El decreto de 24 de diciembre de 1916 ha resucitado »por primera vez la dignidad de mariscal de Francia. En »nombre del Gobierno, y puedo afirmar que en el de toda »Francia, tengo el honor de someter a su firma un de»creto otorgando al general Foch esta alta recompensa »nacional. En el momento en que el enemigo, por medio »de una ofensiva formidable sobre un frente de cien ki»lómetros, se preparaba a imponernos la paz alemana »que señalaría el avasallamiento del mundo, el general »Foch y sus admirables soldados lo han vencido.

»París, despejado; Soissons y Chateau-Thierry, recon»quistados tras dura lucha; más de 200 pueblos liberta»dos; 35.000 prisioneros y 700 cañones, capturados; las »esperanzas del enemigo, desvanecidas por completo; los »gloriosos ejércitos aliados, transportados en un solo em»puje victorioso desde los bordes del Marne a las orillas »del Aisne; tales son los resultados de una maniobra »concebida tan hábilmente por el alto mando, como so»berbiamente ejecutada por jefes incomparables.

»Ha quedado plenamente justificada la confianza que »la República y todos los aliados habían puesto en el ven»cedor de las marismas de Saint-Gond, en el ilustre jefe »del Yser y del Somme.

»La dignidad de mariscal de Francia, otorgada al ge»neral Foch, no será una recompensa por los servicios an-

»teriores; *consagrará en el porvenir la autoridad del gran »guerrero llamado a conducir a los ejércitos de la Entente »a la victoria definitiva.*

»G. CLEMENCEAU.

DECRETO:

»Artículo 1.° Se nombra mariscal de Francia al ge»neral de división Foch (Fernando).

»Art. 2.° El ministro de la Guerra se encargará de la »ejecución del presente decreto.

»El Presidente de la República,

»RAYMOND POINCARÉ.»

He aquí ahora la respuesta del mariscal Foch:

«*Comandancia superior de los*
»ejércitos aliados.

»EL GENERAL

»Gran Cuartel General, 6-VIII-918.

»Señor Presidente:

»He recibido el precioso autógrafo que me ha enviado. »Por el signatario y por los sentimientos que representa »este signatario, aumenta para mí el valor de la recom»pensa que ha tenido a bien otorgarme. Constituirá un »título de nobleza que mi familia conservará con cuida»do exquisito.

»Reitérole, señor Presidente, mi respeto y cariño pro»fundos.

«FOCH.»

Pues bien; en 1922, al salir para América, donde iba a defender a Francia contra las imputaciones de militarismo, leí en la *New York Tribune* una entrevista con el mariscal Foch concebida en los siguientes términos:

«Allá se va Clemenceau a lloriquear y a dar rienda »suelta al sentimentalismo, como un viejo que es.

»Si yo pudiera darle un consejo, le diría: «¡Quédese »en casa!»

»Pero no es de mi opinión.

»Clemenceau me recuerda a Guillermo II.

»Guillermo II perdió la guerra, y ahora intenta—sobre »todo en los Estados Unidos — justificarse con sus *Me*»*morias*.

»Clemenceau ha perdido la paz. Su apología tendría »poco éxito en Francia; espera conseguirlo mayor en los »Estados Unidos.

»Va a decir a los americanos: «¡Qué malos sois! ¿Por »qué no habéis querido ratificar mi tratado?»

»Y probalemente los americanos le contestarán: «¿Por »qué nos habla usted de esto? Hemos derribado al Go»bierno que lo firmó. ¿Cómo es posible que esté usted tan mal informado sobre nuestra verdadera opinión?»

»Este viaje es una empresa de reclamo personal. Ca»rece en absoluto de utilidad práctica.»

(*New-York Tribune*, 18 octubre 1922.)

Cuando, bajo la inspiración alemana, comenzó en los Estados Unidos la campaña francófoba por reprobaciones violentas de nuestro pretendido *militarismo*, experimenté tal indignación que decidí ir yo mismo allá para llevar el testimonio de nuestro país.

Firmado por André Tardieu, el *Echo National* del 12 de octubre de 1922 había publicado lo siguiente:

«El *Echo National* ha reproducido los artículos en que »el *New York Times* y el *New York World* censuran con »severidad el ataque dirigido por el señor mariscal Foch »contra Clemenceau con ocasión del viaje a América de »este último.

»Posteriormente hemos recibido el texto de este ata»que. Es una entrevista con el antiguo generalísimo de los »ejércitos aliados, publicada por la *New York Tribune*. »Como dice un periódico americano, el señor mariscal se »ha convertido en juguete de los políticos, lo cual es muy »lamentable. Sus declaraciones son el digno colofón del »comunicado oficial remitido por el Quay d'Orsay a la »Prensa americana: «El Gobierno actual no ha confiado »misión alguna a M. Clemenceau. Le ha dicho simple»mente: ¡Dios le bendiga! ¡Buen viaje!»

»El señor mariscal Foch ha querido hacer más y me»jor que los agentes de M. Poincaré.»

Este generalísimo, ignorante en absoluto de mis intenciones, sin tener la más mínima noción de lo que yo iba a decir, invitaba ardientemente a los americanos a que se negaran a escucharme, y lo hacía en los términos poco correctos que he transcrito. Los hombres que cometen tales faltas, tarde o temprano tienen que expiarlas. Ya que me obligan a ello, pregunto nuevamente dónde estaría hoy el mariscal Foch si yo no lo hubiera salvado por los pelos en dos ocasiones.

En el fondo, esto era lo mismo que una larga diatriba que escribió M. Joseph Caillaux (condenado por inteligencia con el enemigo) contra las imperfecciones de mi carácter. Pero los vituperios del condenado por el Tribu-

nal Supremo tenían siquiera una explicación, puesto que yo fuí quien le declaró incapacitado de acuerdo con las leyes de mi país.

¿Cómo no comprendió el mariscal que el peor castigo para él iba a ser la unión de los dos nombres Foch y Caillaux? Yo hice el viaje a pesar de ellos y de la Liga alemana en América, a los que tengo el sentimiento de agregar, por la impertinencia de su despedida, a M. Poincaré, escondido detrás de su bufete.

En América defendí la causa de Francia sin que nadie me dijera una sola palabra de esta aventura. Unicamente la menciono aquí para que se tenga en cuenta. Probablemente, el mariscal no sospechó que en su propia persona presentaba un notable ejemplo de los peligros del «*militarismo francés*», tan vivamente combatido por la Prensa americana. Es verdad que, al parecer, nunca se han ofrecido a su espíritu semejantes consideraciones.

El mariscal Foch había hecho a los Estados Unidos un viaje de simple exhibición. Como sabía muy bien que toda América era hostil a su embargo de Renania, se guardó mucho de decir que quería anexionarla. No habría encontrado un solo hombre que le aplaudiera.

Yo querría saber cómo Foch, tan imperioso ante nosotros, Gobierno de la victoria, ha cumplido desde entonces los deberes de nuestra defensa militar. Más que nadie, tenía el derecho y el deber de advertir a las partes responsables, muy dispuestas a cerrar los ojos para no ver nada. ¿Qué ha dicho, qué ha hecho en el Consejo Superior de la guerra para sostener nuestras ventajas, al ver que todos los días los señores de la nueva política reducían sistemáticamente las justísimas reivindicaciones de la victoria ante la creciente arrogancia de los vencidos?

Porque limitarse a recriminaciones retrospectivas no basta para secundar el esfuerzo del futuro generalísimo, que quizás algún día le suceda ante el enemigo.

¿Dónde estarán entonces nuestros aliados? Inglaterra ve el peligro; pero probablemente no está en condiciones de rechazarlo por actos que podrían comprometerla desde ahora mismo. América no piensa siquiera en excusarse por lanzarse a la explotación financiera de Europa cual de una colonia económica. ¿Y qué hacemos nosotros, fuera de los sempiternos pleitos del Gobierno?

¿Recordáis la fábula en la que trata Demóstenes de despertar la atención de sus oyentes, que no escuchan sus revelaciones sobre la actividad belicosa del Macedonio?

Un día viajaba Ceres con la anguila y la golondrina. Un río les cortó el camino: el Rin de aquella época. La anguila lo cruzó a nado, la golondrina lo salva de un vuelo.

—¿Y Ceres? ¿Qué hizo Ceres?—preguntó el pueblo, ya despierto.

—¿Qué hizo? En primer lugar, sentir una santa indignación contra vosotros. ¿Pues qué? ¡Su pueblo se entretiene con cuentos de niños, y es el único de entre todos los pueblos griegos que ignora el peligro que le amenaza! ¿Por qué no preguntáis lo que hace Filipo?

Exacto. He aquí una cuestión bien planteada. *¿Por qué no averiguamos lo que hace Filipo*? Y si no queremos ofrecernos como presa a su conquista, organicemos nuestros medios de defensa en lugar de entregárselos. Hasta el mismo Mr. Poincaré, abrumado por la evidencia, reconoce que «los mismos que habían proclamado la insuficiencia del tratado han sido los primeros en arruinarlo».

La Historia exigirá cuentas de esta lamentable aven-

tura. Podrá compararse el silencio del mariscal con la violenta retórica de las reivindicaciones de Renania. Al juzgar los hechos del día, siento una decepción mayor que al oír ensalzar la virtud general del famoso *glacis* estratégico que iba a arreglar todas las cuestiones.

Yo, que sin permiso de nadie me atribuyo el derecho de juzgar hombres y cosas, en mi simple calidad de patriota francés, no he podido aún acostumbrarme a ver cómo ciertos gobernantes estrechan la mano de hombres justamente condenados por antipatriotas. Me parece que esto es algo más grave que las faltas que me reprocha el mariscal, quien nunca ha pedido cuentas de debilidades patentes a ciertos amigos suyos. ¿Cómo no se ha sublevado ante ellas?

CAPITULO XV

SENSIBILIDAD ALEMANA

¿Qué es esa «civilización germánica», monstruosa explosión de voluntad dominadora, que amenaza abiertamente con anular las diversidades de evoluciones adquiridas para substituírlas con el dominio implacable de una raza cuyo papel imperioso sería el de substituír, por la fuerza de las armas, al conjunto de todos los desarrollos nacionales? Léase el famoso folleto *Nuestro porvenir*, de Bernhardi, según el cual Alemania concentra en sí misma, conforme a los alegatos del historiador Treitschke, el vuelo más elevado de la supremacía humana, y se ve condenada, por su misma grandeza, a absorber a todos los pueblos, o a volver a la nada.

Así planteada la monstruosa cuestión, desde el punto de vista alemán, debe resolverse inevitablemente por la apoteosis de Germania. Mientras tanto, vemos que la «cultura alemana», lejos de enmendarse, proclama con más fuerza que nunca el derecho universal a la dominación suprema, que le otorga sobre todos los pueblos derechos de vida y de muerte, ejecutables por todos los medios. ¿No sería lógico que nos sintiéramos amenazados en nuestras obras vivas por esta loca doctrina de la supremacía

universal germánica sobre Inglaterra, Francia, América y todos los países?

No me propongo aquí requerir contra Alemania. Por interés de mi patria, deseo vivísimamente la paz con ella. Pero para una paz duradera precisan, por ambas partes, las mismas miras de derecho común y la misma buena fe. Muchos políticos, cegados por una opinión demasiado elevada de sí mismos, no se han preocupado todavía de los problemas profundos de una pacificación duradera.

Por mucho que nos empeñemos, no será el Parlamento Internacional de Ginebra, conglomerado sutil de los Parlamentos planetarios, quien decidirá la paz de los tiempos futuros. Las presunciones de la ignorancia engendran demasiadas palabras de sinceridad provisional, y el ímpetu irresistible de los egoísmos sin freno no tardará en arrojarnos al piélago de lo imprevisto. La prudencia y el valor no son incompatibles, como muchos se complacen en creer. Palabras y actos precisos: ésta debería ser la fórmula de cada jornada, en espera del golpe del destino desconocido, que nunca cesa de trastornar nuestras previsiones. La solución americana del problema de las deudas interaliadas puede influír, en el sentido más temible, sobre los movimientos del porvenir que determinarán nuestros destinos.

Ningún documento más apropiado para descubrir la temible orientación de la «cultura alemana» que el famoso manifiesto de los noventa y tres superintelectuales de Germania pretendiendo justificar la agresión militar más sangrienta y menos excusable contra los grandes focos de civilización. En el momento en que Bélgica, violada, gemía bajo la bota del malhechor, toda la «élite» de la

«cultura germánica» se alzó (octubre de 1914) para declararse contra el respeto a los Tratados y fijar la doctrina de una victoria que les parecía asegurada por la violación de la fe jurada.

El manifiesto en sí tiene cierta apariencia de razón de ser. En todos los países, los políticos no son necesariamente intelectuales. No debe, por tanto, sorprender que los profesionales de la cultura cedan al deseo de iluminarlos. Sin duda, durante mucho tiempo, los gobernantes continuarán obedeciendo al empirismo. Nada tiene, pues, de particular que otros hombres se presten voluntariamente a prodigar sus luces a aquellos que se desgastan en las ciegas convulsiones de su tiempo. Sin embargo, puesto que se ha reconocido que los mismos sabios tienen el derecho de equivocarse, no estaría de más que reflexionaran un poco antes de hablar.

El caso de la guerra más grande de la Historia, desencadenada sin razón confesada, ofrecía a los pensadores calificados en las diversas regiones del conocimiento humano la ocasión maravillosa de apelar del ultraje hecho a la fe pública para abrir el camino a las devastaciones del territorio francés, desde la destrucción de los grandes edificios de la historia hasta los incendios de bibliotecas. Haría falta un volumen para hablar de los fusilados, atormentados y deportados, de los condenados a trabajos forzados, de los indignos tratos infligidos a los no combatientes.

Aun admitiendo que a ambos lados de la línea de fuego fueran equivalentes los sentimientos en los frentes civiles y militares, hay que tener en cuenta los refinamientos de una sabia educación de barbarie que predispone a Alemania al trato más cruel de las poblaciones invadi-

das, a la destrucción de las viviendas y a la devastación organizada. ¿Quién no recuerda haber visto, en las ciudades y aldeas ocupadas, carteles militares que indicaban el camino de los almacenes donde se acumulaba abiertamente, bajo el rótulo «PILLAJE», el producto de rapiñas, cuyo carácter oficial quedaba así reconocido? Yo no he podido contener un grito de indignación al ver árboles frutales aserrados por manos alemanas a fin de que, durante mucho tiempo después de la paz, las familias francesas sufriesen todavía calamidades inútilmente infligidas por el salvajismo alemán.

Pues bien: tal fué el momento que eligió la intelectualidad alemana para hacerse oír. Prestad atención, pueblos de toda la Tierra. Vamos a escuchar una gran lección de pensadores autorizados que recurren a Goethe, Beethoven y Kant, los cuales jamás pronunciaron la menor palabra de la que pudiera deducirse una deshonrosa aprobación de la violación de Tratados, o una declaración de guerra justificada por mentiras desvergonzadas. Ahí están todos los doctrinarios líricos de Germania, alineados militarmente para hablar de la conciencia de los pueblos en el instante mismo en que se desarrollan las peores violencias militares de una devastación «*civilizada*». Será el más noble espectáculo si los portadores del alto conocimiento humano se muestran dignos del papel cuyo ideal los seduce.

¡Ay! El manifiesto de los noventa y tres sabios de Guillermo II descubre un estado de espíritu completamente contrario. Podría creerse al principio que no habían hecho más que obedecer a una orden imperial. Su ciencia sólo ha hecho de ellos alemanes más capacitados que todos los demás para formular, con autoridad, la

extravagancia de la soberbia germánica. La única diferencia es que hablarán más alto que el común del pueblo, en el automatismo de su docilidad. Es que se creen verdaderamente los representantes de una «*cultura*» privilegiada que los coloca por encima de los errores de la especie humana y les confiere el privilegio de una potencia superior, cuyo mismo abuso sólo pueden acoger los pueblos con gratitud y felicidad.

Todo el texto se reduce a negativas sin el apoyo de una prueba. «*No es cierto* que Alemania haya querido la guerra.» Durante largos años, Guillermo II ha sido «*víctima de las burlas de sus actuales adversarios a causa de su amor inquebrantable a la paz*». Se olvidan decirnos de dónde han sacado esta mentira. Olvidan que de 1871 a 1914 nos ha venido de Alemania una serie de amenazas de guerra, en el curso de las cuales la reina Victoria, así como el zar, tuvieron que intervenir directamente cerca del *Kaiser* para mantener la paz.

He aquí cómo nuestros intelectuales alemanes explican la violación de la frontera belga: «*No es cierto que ha»yamos violado criminalmente la neutralidad de Bélgica. »Puede probarse que Francia e Inglaterra estaban decidi»das a violarla. No adelantarnos a ellas habría sido un »acto suicida.*» Pues bien, que lo prueben ya que dicen que se puede probar. Ni lo intentan siquiera. Unicamente Ludendorff ha dado como razón el establecimiento de alambres con pinchos en la frontera alemana de Bélgica, mientras que no los había en la frontera francesa. Sin duda, ha olvidado que Francia, interrogada de antemano por Inglaterra, había declarado que respetaría la frontera belga, mientras que las reservas sospechosas de Alemania descubrían con bastante claridad sus aviesos propósitos.

Para confirmar la culpabilidad alemana, la inconsciencia de este mismo Ludendorff ha querido que se descuidara, en sus *Recuerdos de la guerra*, hasta el punto de escribir la frase siguiente:

»He considerado como un favor especial del destino »el haber podido cooperar a la toma de Lieja, *tanto más »cuanto que* EN TIEMPO DE PAZ *yo había colaborado »en el proyecto de ataque y estaba convencido de su im- »portancia.*» Después de este decisivo testimonio, ¿quién podrá creer en la improvisación del crimen abiertamente preparado? (1)

Verdaderamente, esta frase nos dispensa de buscar otras pruebas. Lo que puede desconcertar es que los nombres más célebres de la ciencia alemana se pongan en fila para refrendar semejante texto. Pero hay que rendirse a la evidencia. Y cuando un gran químico como Ostwald nos dice, con sus colegas, que nuestra lucha «*contra el supuesto militarismo alemán*» se dirige en realidad «*contra la cultura alemana*», tenemos que recordar que *este mismo sabio ha publicado una historia de la química* EN LA QUE BRILLABA POR SU AUSENCIA EL NOMBRE DE LAVOISIER.

---

(1) No menos decisivo es el hecho de que, desde 1905, Alemania había impreso mapas militares de Bélgica para uso de sus soldados. En el excelente folleto *L'encerclement de l'Allemagne*, de M. Auguste Gauvain, leemos: «... Los historiadores pueden consultar en los archivos de nuestro »servicio geográfico del Ejército los mapas de Bélgica, en 70 hojas, impre- »sos en Alemania en 1906, entregados a los oficiales alemanes en 1914 y en- »contrados por nuestros soldados en los cadáveres o en poder de los prisio- »neros. Estos mapas, levantados por el gran Estado Mayor belga, demues- »tran que desde 1906 el Gobierno alemán reflexionaba sobre la violación »de la neutralidad belga.» Ante tales pruebas, yo querría que me dijeran cómo los fabricantes de «papeles mojados» pueden ofrecernos en «*garantía de la paz europea*» la firma de Alemania al pie de un tratado.

Los «intelectuales» se clasifican en la opinión pública como los más ardientes propagandistas de la tesis que ha hecho de Alemania el modelo de «*pueblo elegido*». El mismo profesor Ostwald había escrito: «*Alemania ha al-*»*canzado un grado de civilización más elevado que los* »*demás pueblos, y el resultado de la guerra será una or-*»*ganización de la guerra bajo la dirección de Alemania.*» El profesor Haeckel había exigido *la conquista de Londres, el reparto de Bélgica entre Alemania y Holanda, la anexión del nordeste de Francia, de Polonia, de las provincias bálticas, del Congo y de una gran parte de las colonias inglesas.* El profesor Lasson ha llegado aún más lejos: «*Moral e intelectualmente, somos superiores a to-*»*dos los hombres. No tenemos parejo. Alemania es la más* »*perfecta creación de la Historia*, y el canciller imperial, »Herr Von Bethmann-Hollweg, *el más eminente de los* »*hombres vivos*» (1).

Semejante lenguaje, en un cualquiera, lo conduciría a un manicomio. Pero en boca de profesores verdaderamente ilustres, estas palabras explican toda guerra alemana pretendiendo que el destino de Alemania es la dominación universal, y que ella misma está condenada a desaparecer o a ejercer sus violencias sobre todos los pueblos para llegar a su propio perfeccionamiento. Tal es la garantía que la intelectualidad alemana nos ofrece como fundamento de la paz universal. ¡Que los que se contenten con ella tengan, por lo menos, el valor de proclamarlo!

Y puesto que hay que insistir, recordaré que, el 17 de septiembre de 1914, Erzberger, el conocido estadista ale-

(1) Lasson, profesor de la universidad de Berlín. *The Times history of the war*. Vol. V, pág. 170.

mán, miembro eminente del partido católico, escribía al ministro de la Guerra, general Falkenhayn: «*No tene-*»*mos que preocuparnos por atentar al derecho de los pue-*»*blos ni violar las leyes de la humanidad. Estos senti-*»*mientos pasan hoy a segundo término.*» Un mes después, el 21 de octubre de 1914, escribía en el *Tag*: «*Más hu-*»*mano sería aniquilar la ciudad de Londres toda entera*, »si se encontrara el medio para ello, que consentir que »se derramara en el campo de batalla la sangre de UN »SOLO SOLDADO ALEMAN.»

No puede sorprender que el generalísimo proclame esta opinión: «*Que la humanidad empiece por transfor-*»*marse, y en seguida depondremos las armas y hablare-*»*mos de conciliación. Es evidente que nos perjudicaría* »*obrar de otra manera*» (1).

Por eso, el mismo general Von Bernhardi, el mejor discípulo, como ya he dicho, del historiador Treitschke, cuya opinión es ley en Alemania, nos denuncia «*el estado de decadencia de la potencia mundial*». Por lo tanto, sólo les queda a los demás pueblos, como medio de salvación, la conquista alemana. ¿Quién cometerá la locura de no someterse triunfalmente? ¿Tenemos excusa al no aceptar, sin otras garantías que la «*fe jurada y perjurada*», estas relaciones de buena vecindad con el pueblo que se anuncia como la obra maestra de la humanidad? Porque, ¿quién ha intentado negar o atenuar estas palabras, cínicamente temerarias? Preguntádselo a las multitudes, cuyo primer grito en toda ocasión es: «¡*Deutschland über alles*!» Sobre esto se apoyan nuestros políticos para recomendarnos una paz de confianza con Alemania, anima-

(1) Ludendorff, *Recuerdos de la guerra.*

da de los sentimientos que sus portavoces acaban de expresar.

He entrado a veces en el recinto sagrado del culto germánico, que, como todo el mundo sabe, es la cervecería. Una gran nave de maciza humanidad donde, entre el olor a cerveza y tabaco, se acumulan los murmullos populares de una nacionalismo que culmina en la voz suprema germánica del destino humano: «¡*Alemania por encima de todo*!» Hombres, mujeres y niños, petrificados ante el divino recipiente de barro, con los ojos perdidos en un sueño de infinito y la boca crispada por la exasperación de la voluntad, beben a grandes sorbos la esperanza celestial de realizaciones desconocidas. Bien pronto, a la señal del jefe designado por el destino, nada quedará por realizar. He ahí la armadura suprema de un viejo pueblo niño.

Descontando la derrota de Francia, Bernhardi no vacila en encararse con Inglaterra, que debe ceder a Alemania el gobierno del mundo, o aceptar, al menos, un reparto. No necesito decir que la primera condición del acuerdo es «EL DERECHO DE ALEMANIA A DISPO»NER LIBREMENTE DE FRANCIA POR LA GUERRA.» Esto está escrito con todas sus letras. Siquiera, no podremos alegar que no nos han avisado. «La guerra diri»gida hacia fines ideales, hacia el mantenimiento de »una noble acción, no puede considerarse como una ma»nifestación de barbarie... *La guerra es la continua»ción de la política del tiempo de paz, pero por otros me»dios... Es la expresión más elevada de la voluntad de »civilización, y de ella hace una necesidad el mismo idea»lismo.*»

En un folleto que un escritor alemán ha tenido la bon-

dad de enviarme, Herr Alfred Von Wegerer, al tratar de disculpar a Alemania del acto de agresión más característico, tropieza con el texto mismo de la declaración de guerra, en que el Gobierno imperial alega por todo motivo la noticia—reconocida hoy universalmente como falsa—de que sobre Nuremberg habían volado aeroplanos franceses. Admite que es el único hecho invocado en el documento remitido por el embajador de Alemania al Gobierno francés. Según él, todo se explica fácilmente por un inverosímil *quid pro quo*. En efecto, el Gobierno alemán ha enviado a Francia una declaración de guerra en la que nos imputaba actos imaginarios. Pero se nos dice que anteriormente había preparado otro documento, no menos oficial, donde se alegaba la necesidad en que se veía Alemania de declarar la guerra porque Rusia había empezado a movilizar. Pero, por una increíble mala suerte, este documento, que no contenía ninguna falsedad flagrante, no fué el que eligió el Káiser para enviarnos.

¿Qué es eso de tener dos sobres diferentes, intercambiables a última hora? ¿Se quiere prueba más manifiesta de duplicidad? ¿Por qué entregó el embajador alemán al Gobierno francés el papel cargado de mentiras, mientras que el documento que ahora se invoca permanecía en Berlín, en los cajones secretos de la Cancillería? Esto es lo que no nos dicen, y esto es lo que no pueden decirnos, porque habría que confesar que los autores de la pieza que hoy se invoca la juzgaron tan insuficiente que prefirieron substituírla, a última hora, por una declaración de guerra en la que se alegaban hechos no comprobados. La movilización de Rusia era sumamente lenta. En ningún caso corría Alemania el peligro de verse

sorprendida. Además, todo el mundo sabe que movilización y declaración de guerra son dos operaciones muy distintas y que la una no implica necesariamente la otra (1).

Sobre todo, Alfred Von Wegerer no puede ignorar el hecho decisivo de que la pieza que él invoca tenía el vicio capital de no ser la última palabra de Alemania, cuyo embajador tenía instrucciones, en el caso de que hubiéramos abandonado la alianza rusa, de exigir que, mientras durase la guerra, se entregasen al Káiser Toul y Verdun. Aquí es donde brota con plena luz la irreductible premeditación del ataque alemán. Lo único que se nos exigía era entregar a Francia sin combate, someternos al Káiser en absoluto, ofrecer el cuello al yugo de la servidumbre. No había ni podía haber acto de ofensiva más caracterizado. Si no se envió la pieza, fué evidentemente porque Guillermo II prefirió a última hora, para la opinión pública, la hipótesis de una agresión francesa—imaginaria—, por creerla mejor que el estallido de una ofensiva alemana demasiado brutal, contra la que no habría podido prevalecer ninguna negativa hipócrita.

Y éste es el motivo por el que Alemania se debate hoy en vano bajo la presión del artículo 231 del Tratado de Versalles, que dice así: «Los Gobiernos aliados y asocia»dos declaran, *y Alemania reconoce*, que Alemania y sus »aliados son responsables, por haberlos causado, de to»dos los daños y pérdidas sufridos por los Gobiernos »aliados y asociados y por sus nacionales, a consecuen-

(1) «Si no hubiera preexistido la voluntad de la guerra, Austria-Hungría »y Rusia habrían podido movilizar y permanecer en estado de moviliza»ción, *como durante la crisis de Bosnia en* 1908-1909, mientras las otras »grandes potencias se ocupaban de solucionar el conflicto.»

(Auguste Gauvain, *L'Encerclement de l'Allemagne.*)

»cia de la guerra que les fué impuesta por la agresión de »Alemania y sus aliados.»

¿Habremos llegado a tal grado de abandono criminal de nosotros mismos que permitamos a los autores responsables del mayor crimen contra la humanidad—*cincuenta y dos meses de guerra y millones de muertos*—volver contra sus víctimas las responsabilidades del asesinato premeditado? Después del hundimiento de la derrota alemana, sucedió primero el triste silencio del crimen probado. Luego han empezado a sonar voces, tímidas al principio, hoy ensordecedoras, para apartar de Alemania las responsabilidades de la declaración de guerra, así como de las salvajes destrucciones sistemáticas, ordenadas por los implacables doctrinarios de la matanza civilizada. No porque se extiendan sobre una larga duración, son los métodos bárbaros de la guerra alemana un crimen menor que la agresión original.

Sin embargo, después de múltiples concesiones del vencedor a las exigencias del vencido, he aquí que llegamos hoy a oír oficialmente, de labios del mariscal Hindenburg, en Tannenberg, el reto más audaz lanzado a la más evidente verdad de la historia:

«El monumento nacional de Tannenberg está desti»nado a conmemorar ante todo el recuerdo de los que ca»yeron por la libertad de la patria. Su memoria, lo mis»mo que el honor de los supervivientes, me obliga a de»clarar solemnemente en esta hora y este lugar que re»chazamos la acusación de que Alemania es culpable de »haber desencadenado la más terrible de todas las gue»rras, y con nosotros, la rechaza la opinión unánime de »todas las clases del pueblo alemán.

»No es la envidia, no es el odio, no es el espíritu de

»conquista lo que nos indujo a tomar las armas. Por el »contrario, *la guerra ha sido para nosotros un medio su- »premo de defensa, impuesto a la nación rodeada de ene- »migos, por la dura necesidad de mantener su existenci- »a costa de los más rudos sacrificios.*

»Limpios de corazón, hemos salido a la defensa d »la patria; el ejército alemán ha combatido, con las ma- »nos limpias. Alemania está dispuesta a atestiguarlo ante »jueces imparciales» (1).

He ahí el texto oficial de lo que se atreve a ofrecernos el jefe de Alemania como cimiento de la nueva paz alemana que debe reparar la insuficiencia de los asesinatos, reemplazando el Tratado de Versalles por un nuevo Tratado de Francfort. Porque el alemán tiene la cualidad superior de ser obstinado en sus propósitos.

Pero, para responder de un modo definitivo a la afirmación del mariscal Hindenburg, basta reproducir las conclusiones de la Memoria del príncipe Lichnowsky, antiguo embajador en Londres, titulada *Mi misión en Londres*, que se publicó en 1917, después de haber circulado a escondidas:

«1.° Hemos animado al conde Berchtold a atacar a »Servia, aunque no hubiera en juego ningún interés ale- »mán, y aunque deberíamos saber que era correr el ries- »go de una guerra universal. (La cuestión de que conocié- »ramos o no el texto del ultimátum no tiene importan- »cia alguna) (2).

»2.° Durante la semana del 23 al 30 de julio de 1914, »mientras M. Sazonoff afirmaba enérgicamente que no

(1) *Le Temps*, 18 septiembre 1927.

(2) Los documentos oficiales alemanes publicados en 1919 demuestran que el Gabinete de Berlín conoció de antemano el texto del ultimátum.

»toleraría una agresión dirigida contra Servia, hemos re»chazado la proposición inglesa de mediación, por más »que Servia, bajo la presión de Rusia y de Inglaterra, »habría aceptado casi por completo el ultimátum austria»co, y aunque habría sido fácil llegar a un acuerdo sobre »los dos puntos en litigio, y el conde Berchtold estaba »dispuesto a darse por satisfecho con la respuesta servia.

»3.° El 30 de julio, cuando el conde Berchtold que»ría cambiar de actitud, y sin que Austria hubiera sido »atacada, hemos enviado, con relación a la movilización »pura y simple del ejército ruso, un ultimátum a Petro»grado, y el 31 de julio hemos declarado la guerra a Ru»sia, aunque el Zar había dado su palabra de no consen»tir que avanzara un solo hombre en tanto prosiguieran »las negociaciones; de este modo deliberado, hemos re»ducido a la nada toda oportunidad de arreglo pacífico »del conflicto.

»En presencia de estos hechos incontestables, no es »sorprendente que, fuera de Alemania, todo el mundo ci»vilizado nos achaque a nosotros solos la responsabilidad »de la guerra universal» (1).

(*Journal des Débats*, 11 febrero 1928.)

En la situación a que hemos llegado, hace falta que el porvenir decida por nosotros. El genio contradictor de un Federico II ha forjado con dureza el metal que Goethe habría querido fundir con una majestuosa colada. Rebajando la obra a la medida de su propia comprensión, Bismarck se ha acercado más que cualquiera a una aspi-

(1) El análisis detallado de la memoria Lichnowsky se encuentra en *L'Encerclement de l'Allemagne*, por Auguste Gauvain. (Ediciones Bossard.)

ración nacional de violencia generalizada, que no exigía menos sumisión servil por parte del vencedor que del vencido. Nosotros hemos tenido nuestro Napoleón. La moneda se ha dispersado felizmente.

Es muy difícil aceptar a ojos cerrados el juicio de un pueblo sobre los desarrollos de su propia vida. Cada cual está muy propicio a caracterizarse por medio de alguna divisa en la realización de una obra de elevada justificación.

«*Dieu et mon droit*», exclama Inglaterra para resumir la más grande empresa de conquistas. O bien: «*Je sers*», lo cual admite toda clase de interpretaciones. «*Je maintiendrai*», dice Bélgica, que, en efecto, en el curso de la última guerra, ha sabido *mantener* gloriosamente. Y ya el laborioso trabajador americano entra en escena todos los días para tomar al rey Sol su *nec pluribus impar*, capa de deslumbradora modestia arrojada sobre resplandores de vida planetaria, en los que nos quemamos a veces.

¡*Alemania por encima de todo*! He aquí a Alemania, que pretende elevar al hombre por su «*kultur*» de iniquidad; Rusia, presa del vértigo de la descomposición, y Austria, que ha combatido para libertarse del monstruo alemán, querría hoy atarse a la vieja cadena bismarckiana. El peligro está en las multitudes que se ofrecen a la servidumbre para que se les permita, a su vez, tiranizar a los pueblos conquistados.

Desde este punto de vista, el grito de Alemania no es más que la pueril alucinación de un retorno a las dominaciones primitivas, que no permite que el agresor ni la víctima misma se llamen a engaño. No tenemos más que sufrir la ley implacable del más fuerte, incorporarnos a los

territorios sometidos para disfrutar de las servidumbres con que nuestros amos están deseando favorecernos. Víctimas o verdugos, es el último recurso que se nos deja.

Sin embargo, para justificar el estado de servidumbre, que es la más alta ambición de los pueblos de «*servidumbre voluntaria*», el pueblo alemán consiente en decirnos dónde se encuentra la fuente de su indefectible autoridad. Nada menos que en la mágica virtud de la «*cultura alemana*», que convierte al hombre vulgar en el agente victorioso de un mando universal en las manos de un pueblo privilegiado.

¿Pero que es ese mirífico brebaje de intelectualidad sobrehumana, donde está concentrada, no sabemos cómo, la actividad dominadora del pueblo elegido por la Divinidad? No nos lo dicen porque habría que confesar que toda la cultura de los pueblos civilizados, en el estado actual del planeta, viene a tener la misma distribución, sin producir sensiblemente más diferencias que individuos diversamente dispuestos para vagas transformaciones de pensamientos, a vencimientos inciertos. ¿Quién podrá creer sinceramente que las matemáticas, la física, la química, la literatura, se combinarán en los tumultos de egoísmos sociales que llamamos Historia hasta el punto de constituír, por un tiempo duradero, una superioridad de vida nacional capaz de imponerse a pueblos de orígenes diversos, para concatenaciones de duración? Las grandes civilizaciones de Asia, Atenas, Roma, han producido otros efectos que la civilización general de la Prusia de Federico II, o el imperio austriaco de María Teresa. La *decadencia de la Casa de Austria*, que fué uno de los problemas de nuestra vida histórica, se ha realizado tan bien gracias a los cuidados de Alemania, que lo que

queda del imperio de Francisco José quiere ingresar, por el *Anschluss*, en la República de Bismarck.

De una carta dirigida el 4 de octubre de 1929 al periódico *L'Intransigeant* por M. Arnold Rechberg, escultor e industrial alemán, que se honra en decir siempre la verdad, «por desagradable que sea», transcribo los párrafos siguientes:

«Es una ilusión creer que el pueblo alemán llegará »nunca a aceptar una reconciliación sincera con Francia »en la situación actual. Tal vez haya políticos alemanes »de la izquierda que se lo dicen a los franceses, pero lo »hacen por diplomacia y por patriotismo, porque Ale»mania es aún la más débil.

»Efectivamente, Francia no puede mantener a Alema»na en su situación actual en tanto la primera tenga la »superioridad absoluta de las armas que posee aún. Pero »en nuestra época de rápida evolución de la técnica, es »siempre, no probable, sino posible, que una nueva in»vención química o de cualquier clase haga totalmente »ineficaces todos los armamentos que existen hasta hoy.»

Por otra parte, el *Echo de Paris* del 1.° de noviembre de 1929, en la crítica de un libro reciente del general Von Seeckt, *El porvenir del imperio alemán*, cita los pasajes siguientes:

«Seguramente, no es hoy tarea fácil conducir la polí»tica extranjera en Alemania, *pero no puede dudarse de* »*que su objeto es el restablecimiento de Alemania como* »*gran potencia militar...*

»*Ya en Inglaterra consideran irrazonable el pasillo* »*polaco, que bordea lo grotesco. Estos Tratados, que man*»*tienen en toda Europa innumerables focos de conflictos,* »*han creado una serie de problemas cuya resolución será*

»*difícil, si no imposible, por medios pacíficos. Su disolu-*
»*ción es el caballo de batalla de la política extranjera ale-*
»*mana. Pero en la lucha que se prepara nos hace falta la*
»*fuerza, y la creación de esta fuerza es nuestro más ur-*
»*gente deber.*»

En efecto: ¿bastará con celebrar mutuos engaños bajo el emparrado sin preocuparse de las ocasiones de renovación de preparativos agresores? Mientras que reducimos cada día nuestras fuerzas defensivas, el «camarada» no cesa de aumentar sus armamentos, llegando hasta el punto de *preparar abiertamente campos de batalla*, que ni siquiera nos hemos atrevido a prohibir.

Nosotros queremos la paz, toda la paz posible, es decir, una paz de derecho común que suceda a la paz de dominación de antes de la guerra; y para asegurar el éxito de esta elevada empresa humana, no perdonaremos sacrificio alguno, con la única condición de que no se nos tenga con los ojos cerrados.

La predicación del amor universal, de palabra o por escrito, ha producido hasta ahora, sobre todo, simples efectos de resonancia. ¡Demasiadas lecciones, magníficamente perdidas! No hay un momento en la historia en que los furores de la guerra hayan cesado de enconarse en todas las formas de la peor crueldad. ¿Qué institución podría imaginarse cuyo juego regular produjera automáticamente efectos, más o menos duraderos, de acuerdo y conciliación? Grecia ensayó el Consejo de los anfictiones, que precisamente produjo las guerras que se trataba de evitar. Hoy vemos que resucita la misma tentativa bajo el nombre de Liga de las Naciones. Siquiera los habladores han encontrado materia abundante para discursear.

Como se ha tenido buen cuidado de no hablar de po-

der ejecutivo, vemos cómo surgen bagatelas todos los días, en forma de representaciones oratorias, en las que Bélgica se ve empujada por los codos de Alemania, violadora de Tratados. Mientras tanto, a cada momento se agravan los peligros de conflicto, porque hay muchas potencias pacíficas que todavía no conciben la paz fuera de las tradiciones de egoísmo encarnizado que han causado las guerras, y vemos a los sectarios de las violencias revolucionarias proponernos para consolidar la anarquía el recurso, inutilizable además, del desarme. Decidme quién se atrevería en las actuales circunstancias a levantarse para decir sinceramente: «¿Estamos seguros del mañana?»

Nadie podría decir hoy lo que le sucederá a Francia. El peligro de esta hora es común a todos los pueblos; tan amenazada está Inglaterra como China y Japón. ¿Quién puede decir si el golpe dirigido contra uno de nosotros no iniciará para el otro una era de mortales repercusiones? Hoy, yo; mañana, tú. No hay que tentar al destino. ¿Es que no hay en el presente estragos bastante crueles? ¿No puede suceder que en nombre de una hipotética paz futura, los jefes de los pueblos, y los pueblos mismos, busquen «garantías» de victoria en nuevos torrentes de violencia, si pueden imaginar que resultará para ellos una prolongación de dominio?

¿No fué éste precisamente el caso de Alemania en 1914? Naturalmente, ella lo ha negado desde el momento en que pudo recobrar cierta confianza en sí misma. Y hoy lo niega con tanta mayor energía cuanto mayor es el retroceso ante sus exigencias de sus antiguos adversarios, vueltos espontáneamente a la confusión de antes de la guerra.

Sin embargo, cualesquiera que sean las cualidades y los defectos de los pueblos europeos, nuestro destino es vivir juntos, sin molestarnos demasiado violentamente los unos a los otros. Acaso lleguemos con el tiempo a auxiliarnos mutuamente. Ha sido precisa la derrota para que Alemania pronunciara palabras casi pacifistas, desmentidas bien pronto por la reanudación de su implacable actividad. Es la política de artificio y fingimiento, que utilizó con tanto éxito contra Napoleón. Sin recatarse gran cosa, los vencidos consagran lo mejor de sus esfuerzos a reunir, a ordenar sus energías, mientras los vencedores, divididos, se ahogan en un diluvio de invocaciones oratorias a una metafísica de la paz acomodadas a todas las miras de interés inmediato.

¿Quién no ve la amenaza, a corto plazo, de una vuelta a la política de dominación por las armas, del desquite del Tratado de Versalles por la fuerza de voluntad del agresor derribado? Para dejarse coger en las groseras maniobras que estamos presenciando, no hay como el infantilismo propio de las flaquezas de autoridad. El principal descubrimiento que nos queda por hacer es el de que, para vivir la paz de buena fe, *hay que ser, por lo menos, dos.*

CAPITULO XVI

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES

Mutilación americana.—Paz separada

La historia del Tratado de «paz separada» entre los Estados Unidos y Alemania no es menos extraña que la sucesión de los procedimientos que lo originaron.

El 15 de mayo de 1920 se llegaba penosamente a un acuerdo para decretar la cesación del estado de guerra entre los Estados Unidos y Alemania, a condición de que América, aun cuando no había ratificado el Tratado de Versalles, no tendría que abandonar ninguna de las «*ventajas*, *privilegios*, *reparaciones o derechos*» que reclamen sus nacionales en virtud de los términos del armisticio firmado el 11 de noviembre de 1918, ni ninguna extensión o modificación que, *en virtud del Tratado de Versalles*, se estipularan en su beneficio como una de las principales naciones aliadas y asociadas.

El presidente Wilson se negó a firmar esta «*resolución*», a la que contestó con la siguiente carta:

«27 mayo 1920.

»A la Cámara de los Representantes:

»No puedo firmar la «*joint resolution*» porque no quie-

»ro participar en un acto que arrojará una mancha imbo-»rrable sobre la nobleza y el honor de los Estados Uni-»dos. La *resolución* tiende a establecer la paz con el im-»perio alemán, *sin exigir de su Gobierno ningún medio »para reparar los infinitos daños que ha causado a los »pueblos a quienes atacó*, pueblos cuya defensa fué nues-»tro objetivo al entrar en la guerra.

»... El 24 junio último se firmó en Versalles un Trata-»do de paz que procuraba recoger las finalidades que afir-»mamos reflejar nuestro pensamiento. Todos los Go-»biernos y pueblos que se habían unido contra Alema-»nia adoptaron como propia nuestra declaración sobre »los fines que perseguíamos en la guerra y los habían for-»mulado en términos solemnes en la comunicación que »precedió al armisticio del 11 de noviembre de 1918, he-»cha al Gobierno alemán; pero el Tratado, tal como fué »firmado en Versalles, ha sido rechazado por el Senado »de los Estados Unidos, aunque lo ha ratificado Alema-»nia. Por haberlo rechazado, y por el método seguido, he-»mos declarado, en efecto, que queríamos desentendernos »y perseguir nuestros fines y nuestros propios intereses, »sin entorpecer nuestra acción con lazos de interés o de »principio con otros Gobiernos o pueblos...

»... Una paz semejante con Alemania—porque no sal-»vaguarda ninguno de los intereses que defendíamos al en-»trar en la guerra—es, o debería ser, inconcebible. En todo »caso es incompatible con la dignidad de los Estados Uni-»dos, con los derechos y libertades de sus ciudadanos »y con las condiciones fundamentales de la civilización.

»Por lo que antecede, creo haber indicado claramen-»te las razones que me han obligado a negar mi firma a »la «*joint resolution*».»

Tras unos asaltos sin interés, se votó un Tratado bajo la presidencia de Mr. Harding. Este Tratado reconocía a los Estados Unidos los derechos concedidos a los firmantes del Tratado de Versalles, pero sin que *pudiera derivarse ninguna carga ni obligación para la República americana.*

Confieso que la crítica del presidente Wilson me parece irrefutable:

Camaradas de América: Vosotros llegasteis al campo de batalla cuando la guerra tocaba a su fin; pero en la discusión del Tratado de paz, vuestro papel fué determinante. Fué vuestro presidente quien quiso fijar, de acuerdo con vosotros, los resultados de la guerra; él quien pretendió resolver, y resolvió, con la autoridad que le habíais conferido, los problemas de estabilidad europea ante los cuales se detenían vacilantes nuestros hombres de Estado. No vacilo en decir que, sin vosotros, en cierto número de puntos, el Tratado habría sido diferente. Vosotros quisisteis hacer y la hicisteis—anunciándolo sin tapujos—una Europa nueva, en la que buscabais un equilibrio de pacificación cuyos problemas no vacilabais en abordar con apariencias de sanciones. Podrá decirse que la empresa era audaz. Nadie negará que ella os honró en el ánimo de los combatientes; pero de este honor fuimos nosotros quienes debían soportar las consecuencias.

Y he aquí que luego de crear laboriosamente la obra, vosotros la hacéis pedazos por vuestra propia voluntad y, además, hacéis *una paz separada*, es decir, *una mutilación americana*, y os refugiáis en un derecho conquistado por los soldados de Europa en un combate de cuatro interminables años, para que la Alemania vencida reconociera «*las ventajas*, *privilegios*, *indemnizaciones*,

reparaciones o derechos» ganados con nuestra sangre, después de la destrucción de nuestros bienes. Esto es, indiscutiblemente, un caso único de inconsciente empirismo. Jamás una paz de desolidarización, de disociación de interés, mereció tanto como ésta el título de *paz separada*, puesto que vosotros pretendéis aseguraros los provechos, luego de haber aniquilado las ventajas que, en vuestro nombre, nos había propuesto vuestro presidente. ¡Y qué decir hoy cuando presentáis al cobro una cuenta en la que a estos beneficios *vuestros* añadís *nuestras* pérdidas, de las que pedís que os indemnicemos!

Lo que no puedo explicar yo es cómo se concilia esta «paz separada» con lo que se nos prometió espontáneamente *en la misma tribuna del Congreso francés*, el 3 de febrero de 1919, por el presidente de la gran República americana:

«... *América ha pagado su deuda de gratitud con Fran-*
»*cia enviando sus hijos a combatir sobre el suelo francés.*
»*Hizo más. Contribuyó a reunir las fuerzas del mundo a*
»*fin de que Francia no sintiera nunca más su aislamiento,*
»*a fin de que Francia sienta que su peligro no era un pe-*
»*ligro solitario y que jamás se suscitaría de nuevo la cues-*
»*tión de saber quién acudiría en su ayuda...*»

Así habló, sin ser incitado a ello, y sin haber suscitado ninguna protesta en su país, el presidente de los Estados Unidos. Y ello para llegar, *sin discusión*, a la anulación del Pacto de garantía (1). ¿Puede sorprender, pues, que muchas almas cándidas se sintieran heridas, sobre todo

(1) ¿No es sorprendente que el Pacto de garantía fuera sometido al Congreso (29 de julio 1919) *diez y nueve días después que el Tratado* (10 de julio 1919), cuando el artículo IV del Pacto estipulaba que el Tratado de paz y el Pacto tenían que ser sometidos *al mismo tiempo* a la ratificación del Senado? ¿No acusa esto lamentables vacilaciones?

cuando se añade lo inesperado de una suma a pagar con los intereses compuestos, *que hacen más del doble del principal*, de una deuda insuficientemente justificada? (1).

Si esta paz americana no es una «paz separada», me pregunto qué calificativo se le puede aplicar. Nosotros iniciamos esta batalla mundial con el concurso de Bélgica, Inglaterra y Rusia. Italia y otras potencias nos aportaron después su valioso concurso. América llegó ya tarde, por desgracia, con un valor que siempre me he complacido en reconocer, pero en condiciones tales de insuficiencia, que, sin nuestro armamento, ni siquiera hubiera podido entrar en línea.

Alrededor de la mesa de la Conferencia he visto reunidos a todos los pueblos combatientes, bien dispuestos para trazar las fronteras de los Estados y determinar teóricamente las garantías. El presidente de la República americana nos hizo el honor de sentarse entre nosotros, y si no estuvo en su poder aportarnos un esfuerzo militar superior al que nos aportó, su ayuda, en dólares, no nos fué escatimada hasta el día de la victoria militar, que puso a prueba todos los esfuerzos de solidaridad, todas las inspiraciones de desinterés. Cuando el soldado americano hizo su aparición en el campo de batalla anunciando la llegada de todo un pueblo en armas, el soldado alemán comprendió que la batalla estaba perdida para él. De esta batalla perdida por el enemigo teníamos que hacer una victoria ganada por la común solidaridad de la coalición.

No sorprenderá la autoridad especial con la cual el

(1) Véase en el Apéndice la carta abierta que el 9 de agosto de 1926 dirigí al Presidente Coolidge sobre la Paz y el problema de las deudas interaliadas.

presidente Wilson consiguió imponer, en nombre del pueblo americano, ciertos puntos de vista suyos a la Conferencia de la Paz. El acontecimiento fué que él creía haber encontrado en su *Liga de las Naciones* la clave de la pacificación universal, y que el Congreso americano decidió sobre este punto capital atenerse a la aisladora doctrina de Monroe. Gracias a lo cual el hombre que, más que ningún otro, había contribuído a hacer prevalecer sus ideas en el Tratado de paz, se encontró precisamente en el caso de ser despojado de su autoridad. Llegó, pues, el día en que tuvo que desinteresarse de «su» propio Pacto, mientras el Gobierno americano que le sucedió trataba SOLO y SEPARADAMENTE con Alemania, teniendo buen cuidado, ¡oh ironía!, de *asegurarse las ventajas de las batallas que no había librado*. Repito que si esto no es una *paz separada*, es que las palabras carecen de sentido.

¿No podemos decir a este respecto que somos víctimas de la política americana, puesto que ella es la que nos ha conducido al punto preciso en que se han derrumbado las sanciones resumidas en el *Pacto de garantía*? Esto es de una evidencia tal, que sería superfluo hacerlo resaltar si no hubiéramos llegado a la suprema decepción de ver a América reclamarnos el precio de la sangre que hemos vertido por su propia cuenta al entrar en batalla antes que ella.

No tengo más remedio que evocar esta historia, puesto que los hechos me obligan a ello. Sin embargo, quiero guardar intacto el recuerdo de un impulso tan hermoso de amistad. Un interés que es de vida o muerte para mi país me coloca en el caso de lamentar abiertamente que el deseo de nuestros asociados de acudir en nuestra ayuda

vaya acompañado de un natural ardor comercial. La suerte de los sacrificios realizados sin regatear se ha vuelto en contra nuestra. Sólo deseo, peligrosos amigos, que sin daros cuenta no acabéis agravando nuestro despojo. Contrariamente a lo que con nosotros ha ocurrido, la fortuna se os ha mostrado favorable en todos los momentos del conflicto. Habéis tenido un magnífico gesto de grandeza, y, en pago, la batalla sólo os ha pedido un mínimum de sangre, dándoos como suplemento una cantidad prodigiosa de oro, sin comparación histórica. Vuestras industrias se han desarrollado infinitamente, mientras las nuestras eran destruídas de una manera sistemática.

Y para terminar:

Vosotros os habéis desembarazado de los lazos de solidaridad europea creados por la guerra (de cuyos lazos tal vez temíais las exigencias) y habéis «salvado» vuestra doctrina de Monroe, que no nos es antipática, pero que tal y como la ha explicado el señor Coolidge a los cubanos, os hace los reyes de una casi solidaridad americana. Demasiada acumulación de beneficios para empresas que serán nuestra ruina, si no tenemos el recurso de discutir las reparaciones alemanas, cosa que ni siquiera con nosotros aceptáis. Estáis recreándoos en la exuberancia de una joven civilización y nos imponéis el papel de los viejos de la comedia bufa; pero esos viejos tuvieron días espléndidos sin los cuales vosotros no seríais lo que sois. No desdeñéis a Europa. Vuestros juicios se volverán contra vosotros. No nos desdeñéis, porque nadie sabe el destino que os reserva la Historia, y con frecuencia se tiene necesidad de alguien más débil que sí mismo.

Sobre todo, no llevéis la candidez hasta creer que, por la persuasión, desarmaréis a las potencias que ven crecer,

para hacer frente a toda eventualidad, vuestros medios de defensa, que pueden devenir de agresión. Los periódicos nos anuncian que, de acuerdo con Inglaterra, vais a pedir la supresión de los submarinos. Es, poco más o menos, lo mismo que si las potencias navales de segundo orden pidieran la supresión de los acorazados.

Habéis encontrado el secreto de «reducir» la libertad de armamentos de los otros y construír vosotros barcos de guerra. Pero, ¿no creéis que la universal desolidarización, estrepitosamente desencadenada por vosotros, puede un día, en Europa o en Extremo Oriente, llevarnos a todos, una vez más, a situaciones terribles?

Herida en carne viva por la gran guerra y minada por la «paz» de s «asociados», ¿qué habéis hecho de Francia, de quien la causa del derecho continuará teniendo necesidad durante mucho tiempo? Cuando el coronel Stanton, llegado para combatir, corrió al cementerio de Picpus para gritar su célebre: «¡Aquí estamos, La Fayette!», era una espada lo que hacía brillar el sol y no un estado de cuentas.

CAPITULO XVII

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES

(Continuación)

Mutilaciones financieras

El 28 de junio se firma el Tratado. Carta del porvenir, deben los vencedores considerarlo intangible, si desean que los vencidos cumplan lo en él estipulado. Pero ya el 28 de mayo de 1920 un presidente del Consejo declara desde la tribuna de la Cámara de los Diputados que el texto del Tratado «contiene más promesas que realidades».

¿Quién extrañará después de esto que los alemanes hayan buscado sin demora el modo de eludir sus más importantes obligaciones? La historia de los diez años últimos es una serie de renuncias de parte de los aliados y de éxitos por lo que concierne a Alemania. No haré aquí el balance; pero debo demostrar qué es lo que ha ocurrido con estas dos cuestiones primordiales: las reparaciones y el desarme de Alemania.

Vivas están en la memoria las enojosas discusiones de que salió el Tratado de Versalles. Quizá en ninguno de sus puntos, salvo en lo referente a la ocupación renana,

se apartase tanto de la nuestra la tesis de los negociadores ingleses y norteamericanos como en la cuestión de las reparaciones.

Los negociadores ingleses y norteamericanos decían:

«Alemania no podrá pagar si no se levanta, si no se restaura su crédito. Es indispensable que conozca la extensión de sus obligaciones. Y, naturalmente, cuanto menos pesadas sean éstas, tanto más fácil será el arreglo.»

»Nosotros, por nuestra parte, decíamos: «Alemania debe reparar «íntegramente» los daños materiales que ha hecho sufrir a las personas y a los bienes. No se habrá concertado una paz de justicia como no se reconozca este principio. Pero es absolutamente imposible, a menos de retardar indefinidamente la conclusión del Tratado, intentar determinar el coste de las reparaciones.»

La tesis francesa triunfó finalmente de la proposición de un tanto alzado formulada por los anglosajones, y nuestros negociadores pudieron incluír en el Tratado (artículos 231 a 244) la obligación para Alemania de reparar «íntegramente» los daños materiales que hubiere causado a las personas y los bienes.

Este triunfo fué de breve duración.

Mr. Keynes, que ante el fracaso de la tesis inglesa había presentado en junio de 1919 su dimisión de consejero técnico de la Delegación británica, publicaba en 1920 un libro que armó gran revuelo, *The economic consequences of the peace* (Las consecuencias económicas de la paz), en el que pretendía demostrar que la prosperidad mundial dependía de la prosperidad alemana, y que Europa sufriría un desastroso desequilibrio económico como Alemania tuviese que cumplir obligaciones superiores a su capacidad de pago.

Fué por entonces cuando se inició la Conferencia de Hythe (15 y 16 de mayo de 1920).

Mr. Lloyd George, muy impresionado por el libro de Mr. Keynes, no necesitó muchos esfuerzos para conseguir que nuestro presidente del Consejo, M. Millerand, se adhiriese a la tesis del tanto alzado.

Ese fué el primer abandono. No estábamos todavía acostumbrados a tales renunciamientos; M. Poincaré declinó sus funciones de presidente de la Comisión de Reparaciones. Su salida de la misma significaba que menos de un año después de la firma del Tratado, ya la Comisión de Reparaciones se desentendía de su misión más importante, y que las tesis rechazadas por los negociadores franceses del Tratado eran aceptadas por sus sucesores.

En mayo de 1921, la Conferencia de Londres fijó en 132.000 millones de marcos oro la totalidad de la deuda alemana.

De esta cifra debía percibir Francia el 52 por 100, o sea «68.000 millones de marcos oro».

Esta cifra la había establecido, es verdad, la Comisión de Reparaciones; pero cediendo a los apremios de los Gobiernos aliados (1). Era un concordato que las naciones acreedoras consentían al deudor apurado (2). Y representaba para Francia un serio ataque a su crédito.

La evaluación hecha el año anterior había fijado el im-

---

(1) El Sr. Briand lo reconoció públicamente en su discurso del Senado, del 27 de julio de 1929: «He aceptado la responsabilidad que nadie había querido asumir. La deuda alemana se ha fijado en 132.000 millones de marcos oro. Pero al día siguiente, ¡qué clamores!»

(2) La Comisión de Reparaciones misma declaró por aquel entonces que fijaba así un importe global y a tanto alzado y no el total, ya de los daños sufridos por tal o cual país, ya de las diversas categorías de daños.

porte de los daños a reparar para Francia sólo en 136.000 millones de marcos oro». Incluso suponiendo esta cifra muy elevada, los Sres. Briand y Loucheur, en sus sendos discursos de 5 y 8 de febrero de 1921, señalaban la de 110.000 «millones de marcos oro». Por efecto de las moratorias y de las reducciones de interés, la suma prevista había sufrido tal menoscabo en enero de 1922, que el presidente del Reichstag podía declarar en esa fecha que de allí a dos años «Alemania habría hecho reducir en un 40 por 100 las obligaciones financieras que sobre ella pesaban en virtud del Tratado de Versalles» (1).

Y no era eso todo. La Comisión de Reparaciones había señalado un estado de pago. Pues no se le consideró intangible. En un telegrama del Sr. Poincaré al señor De Saint Aulaire, embajador en Londres (20 de junio de 1923), leo: «Se ha fijado la deuda alemana de manera definitiva para el conjunto de los aliados en 1.° de mayo de 1921 según el Tratado disponía. No podemos alterar lo más mínimo. No ocurre lo mismo con el estado de pago, es decir, de los plazos indicados por la Comisión de Reparaciones para el pago de la deuda alemana; en este punto concreto puede la Comisión de Reparaciones admitir modalidades para prorrogar ciertos plazos...»

Por consiguiente, «de 136 ó 110.000 millones de marcos oro», la suma que teníamos derecho a esperar de Alemania, gracias al Sr. Briand, autor responsable de las decisiones de Londres, había quedado reducida a 68.000 millones, y gracias al mismo Sr. Briand, esos 68.000 millones no sabíamos cuándo nos los pagaría Alemania. Porque hemos tenido ocasión de aprender que para el Reich «aplazar un pago es demorarlo indefinidamente».

(1) Tardieu, *Echo National*, 12 de noviembre de 1922.

Tal fué la política que André Tardieu ha llamado con tanta justicia la política del «perro reventado».

Se fijó la cuantía de la deuda en un tanto alzado y se la rebajó considerablemente. En el curso de los años sucesivos, será todavía objeto de una serie de rebajas.

Y, en primer lugar, ¿cuál fué el resultado de los acuerdos de Londres? ¿Los defensores de esos acuerdos y del tanto alzado de 132.000 millones de marcos oro habían hecho valer el interés para Francia de un arreglo definitivo y pagos inmediatos? ¿En qué quedó aquello?

Antes del 1.º de agosto de 1921 debían ser entregados los primeros mil millones de marcos oro. «Francia no percibió nada.» 450 millones fueron primero a Inglaterra como reembolso de sus gastos de ocupación. El saldo le correspondía a Bélgica en virtud de su prioridad. Nosotros no percibíamos nada, porque se nos cargaba en cuenta el valor de las minas del Sarre.

El 15 de enero de 1922 debía pagar Alemania 400 millones. El 14 de diciembre de 1921, el canciller Wirth advirtió a la Comisión de Reparaciones que no podría entregar sino 150 millones de marcos.

La Comisión de Reparaciones se negó a examinar la demanda.

Pero ¿qué hicieron los Gobiernos? Lloyd George entregaba a la Conferencia de Cannes (enero 1922) un «memorandum», del que debemos reproducir estas líneas: «La Comisión opina que la desorganización financiera de Alemania, que se manifiesta exteriormente por la caída catastrófica del marco y por la petición del Gobierno alemán de que se le trate con cierta suavidad en materia de reparaciones, es tan grave que resulta imposible para Alemania satisfacer plenamente durante el año 1922 los ven-

cimientos del estado de pagos. Cualquier tentativa que se hiciera por imponerle un pago integral en 1922, tendría por única consecuencia la de agravar la crisis económica que actualmente padece Europa.»

Y el Sr. Briand—¡siempre él!—declara en el Parlamento que «el malestar que aqueja al mundo no se disipará sin un gran esfuerzo de solidaridad internacional». A pesar de todo se produce en Francia un movimiento de indignación; el Sr. Briand se ve obligado a dejar el poder.

La Conferencia de Ginebra, que se celebró en abril de 1922, no marcó verdaderamente nuevas concesiones. Pero fué una etapa decisiva, porque en ella se sintió que se había aflojado totalmente el lazo que unía a los aliados. Por primera vez tomaba Alemania asiento en una Conferencia sobre un pie de completa igualdad con los aliados y sostenida por el apoyo de Italia e Inglaterra.

De esa Conferencia salió el Tratado de Rapallo, que el Reich tuvo la audacia de concertar con los Soviets y que quitaba aún más fuerza al Tratado de Versalles (1).

Francia la dejó hacer.

El fin del año 1922 se fué en vanas discusiones entre Inglaterra y Francia.

La primera estaba dispuesta a conceder cuatro años de suspensión de pagos. El Sr. Poincaré, por su parte, sostenía esta tesis: «Nada de moratorias sin garantías.» La Conferencia de París (enero 1923) no arregló las cosas.

---

(1) Alemania hacía entrega a los soviets de sus créditos sobre Rusia, sin haberles pedido para ello autorización a las potencias a quienes correspondía un privilegio de primera categoría sobre todos sus bienes. (Art. 248 del Tratado.) Aseguraba a Rusia el régimen de nación más favorecida. Ponía a su servicio los medios industriales que rehusaba emplear para el más rápido arreglo de las reparaciones. En una palabra, recobraba a los ojos del mundo su independencia.

Los negociadores se mantuvieron en sus posiciones respectivas. Y se ocupó el Ruhr.

Esa operación, a la que procedieron Bélgica y Francia sin Inglaterra—y aun contra ella—, no contuvo la caída de nuestras posibilidades de reparaciones.

Y cuando, en 26 de septiembre, renunció Alemania a la resistencia pasiva, hubo que volver de nuevo al régimen de las conferencias y las reuniones de técnicos.

Constituyéronse Comités. Se fijó su residencia en París. Pero—y esta fué la gran innovación—la presidencia de uno de esos Comités se le encomendó al general Dawes; la del segunda (encargado de determinar la suma de los capitales alemanes que habían volado al extranjero), a un inglés, Mr. Mac Kenna.

El juicio arbitral de las cuestiones de reparaciones va a convertirse en patrimonio de los anglosajones.

El plan Dawes, en el que vino a parar todo eso, no deja de reconocer hasta cierto punto los derechos de Francia.

Reconoce que es justo y necesario mantener el principio del Tratado de Versalles, según el cual deben los pagos de Alemania ir aumentando en proporción del aumento eventual de su prosperidad.

Implica además un control y garantías (1).

Desde el punto de vista práctico y puramente finan-

(1) «Con el fin de asegurar entre los Gobiernos aliados y Alemania la permanencia de una nueva paz económica que implica los arreglos presentados por el plan, se han insertado en él las medidas correspondientes a esas precauciones económicas que suelen tomarse contra un incumplimiento, precauciones que se consideran como esenciales en todas las relaciones de negocios que implican fijación de obligaciones.» La existencia de salvaguardias no estorba ni cohibe la ejecución de contratos «de asuntos ordinarios». (Comisión de Reparaciones. Ponencias de los Comités de expertos, Librería Alcan, pág. 7.)

ciero, el plan Dawes fué objeto de una aplicación regular. La primera anualidad normal, que vencía en 1928-1929, quedó arreglada sin tropiezo. Francia recibió 434 millones de marcos oro en metálico y 580 millones en mercancías.

Desde el punto de vista político, las consecuencias fueron desastrosas.

En primer término, la aplicación del plan Dawes vino a ser como la reanudación de la política grata al señor Briand; las cuestiones por solventar con Alemania pasaron del plano interaliado al plano internacional. En lo sucesivo fué la Sociedad de Naciones la encargada de tratar la cuestión del desarme. Los poderes de la Comisión de Reparaciones. Cayeron casi por completo en manos del agente general de pagos, que, naturalmente, fué un norteamericano, Mr. Owen Young, primero, y Mr. Parker Gilbert, después. Los Estados Unidos venían a ser los árbitros para todo lo concerniente a la ejecución de una de las partes más importantes del Tratado de Versalles ¡*que no habían ratificado*!

De otra parte, habíamos aceptado la evacuación del Ruhr y nos habíamos tenido que comprometer a no alterar jamás el funcionamiento del plan Dawes con nada que pudiera parecer lesivo para la integridad económica del Reich. LO CUAL EQUIVALIA A ATARNOS LAS MANOS PARA SIEMPRE Y A RENUNCIAR DE UN SOLO GOLPE A NUESTRA ENTERA INDEPENDENCIA Y AL EJERCICIO DE LOS DERECHOS QUE NOS CONFERIA EL TRATADO DE VERSALLES.

¿Por qué del plan Dawes se pasó al plan Young?
El interés de los alemanes es evidente.

A partir del año 1928-1929, la parte contributiva del presupuesto alemán para la anualidad establecida por el plan Dawes debía ser más que doble y representar exactamente la mitad de dicha anualidad.

Además, a partir de 1929-1930, había de intervenir el índice de prosperidad, y era susceptible de aumentar en proporciones notables las entregas a reclamar de Alemania.

La substitución del plan Dawes por el plan Young fué —como era de esperar—favorecido por Mr. Parker Gilbert mismo, el agente general de pagos, cuya ideología secundó poderosamente la mala fe alemana. Volvamos a leer las conclusiones de su informe de 1928: «Esencialmente, la »obra del plan (Dawes) ha consistido en restablecer la con»fianza y permitir el arranque de la reconstitución econó»mica de Alemania... Pero... los mismos expertos no han »preconizado el plan como un fin en sí... Yo estimo que el »problema fundamental que falta resolver es la determi»nación definitiva de las obligaciones de reparaciones de »Alemania...»

Y para calcular las pérdidas que a Francia impone la substitución del plan Dawes por el plan Young, basta recordar los términos de la exposición hecha en La Haya por nuestro ministro de Hacienda.

En el curso de una de aquellas conversaciones a las que M. Snowden supo imprimir un tono de cortesía tan particular, el Sr. Cheron recordó, sobre todo, que bajo el régimen del plan Dawes «*Francia debía percibir sumas »sobre las cuales, después del arreglo de sus deudas, sub»sistía un saldo que oscilaba de* 913 *millones de marcos »oro en* 1929-1930 *a* 673 *millones en* 1934-1935, *saldo que »no era inferior a* 510 *millones de marcos oro durante un »período no determinado, pero seguramente de más de*

»treinta y siete años. Pues bien; con el plan Young, el »saldo de Francia se encuentra reducido a 420 millones de »marcos oro por espacio de treinta y siete años.»

Toda hipoteca, todo control, fueron abandonados. El día que Alemania se niegue a continuar sus pagos en metálico (1) no nos quedará otro recurso que protestar ante la Sociedad de Naciones u otros organismos internacionales que, como hemos visto en los últimos años, sólo tienden a un fin: a hacer olvidar que Francia ha vencido.

Supongamos incluso que se aplique íntegramente el plan Young:

FRANCIA NO HABRÁ PERCIBIDO MÁS QUE 133.000 MILLONES DE FRANCOS DE LOS 915 QUE LE HA COSTADO LA GUERRA (2).

Y lo más trágico es que hemos tenido que *comprar* el plan Young no sólo con la ratificación de las deudas de guerra, sino también con la evacuación anticipada de la orilla izquierda del Rin.

Con la adopción del plan Young, ¿ha quedado resuelta la cuestión?

Leamos este artículo del *Berliner Tageblatt*, que reproduce *Le Temps* de 16 de junio de 1929: *«Al Tratado »de Versalles sucedió el «diktat» de Londres, a éste el »plan Dawes, al plan Dawes el plan Young. Muchos miles »de millones se han quedado en el aire. No es preciso que »el plan Young marque el término de esas reducciones.»*

---

(1) Una de las particularidades del plan Young es la de hacer desaparecer progresivamente las «prestaciones en especie». Estas constituían uno de los principales elementos del plan Dawes y debían ayudar poderosamente a la reconstrucción económica de nuestro país. El plan Young señala para ellas una suma máxima (750 millones de marcos oro) que irá disminuyendo de año en año. Al cabo de diez, cesan del todo.

(2) Cifras señaladas por M. de Boisanger en la *Europe Nouvelle*, 6 de julio de 1929.

Leamos también lo que Georges Bernhardt, diputado demócrata del Reichstag, escribe en la *Gaceta de Voss*: «El plan Young no significa la última palabra en la cues»tión del arreglo de las reparaciones. Sólo puede consi»derarse como un progreso en cuanto indica el camino a »seguir en un porvenir próximo para la última y verda»dera liquidación de la guerra.»

¿Y qué entiende el Sr. Bernhardt por «verdadera liquidación de la guerra»? Se trata simplemente de la anulación radical de todas las deudas de guerra. Desde el primer momento, laboristas de Ultra-Mancha y políticos de Ultra-Rin coinciden en preconizarla. Francia soportará definitivamente el peso de la devastación de su territorio.

¿Qué conclusión hemos de sacar de todo esto? El Gobierno francés, en la Memoria por él entregada a la Comisión de Reparaciones en enero de 1921, estimaba los daños causados por Alemania a los bienes y las personas en Francia «en 136.000 millones de marcos oro».

En mayo de 1921, ya sólo se trataba de 68.000 millones de marcos oro».

¿Cuánto ha percibido Francia de Alemania hasta ahora? Tres mil millones ciento doce millones de marcos oro. La cifra la ha señalado el Sr. Poincaré en su discurso de 12 de julio de 1929.

El plan Young concede a Francia 18.000 millones 737 millones de marcos oro. Lo que, añadido a las sumas percibidas hasta ahora, representaría un embolso total para Francia de unos «22.000 millones de marcos oro».

De 136.000 millones de marcos oro hemos bajado a 22; es decir, A LA SEXTA PARTE DE LA CIFRA ACORDADA.

¡De Versalles a La Haya cuántas flaquezas!

El artículo 233 del tratado y sus anejos señalaban los poderes de la Comisión de Reparaciones. ¿Qué ha sido de eso?

Toda reducción total o parcial de la deuda alemana debía ser votada por «unanimidad», lo que garantizaba nuestros derechos. El plan Young autoriza a Alemania a declarar «por su propia cuenta», y sin contar previamente con la aprobación de los países acreedores, que aplaza sus pagos; entonces se reúne un comité consultativo especial, cuyos miembros los designan, no los Gobiernos, sino los Bancos de emisión de siete países, incluyendo a los Estados Unidos «y a la propia Alemania, que tendrá derecho a voto». Ya no se habla para nada de unanimidad (1).

La benevolencia de los expertos del Comité Young con respecto a Alemania, llega incluso a hacernos compartir con ella el beneficio eventual de toda rebaja en las deudas que los Estados Unidos de América consientan a sus antiguos asociados. Durante treinta y siete años, se le retrocederán los dos tercios de la entrega neta disponible. Durante los veintidós años siguientes se le regalará el total.

Pero hay más todavía. Leo en el informe Young, *refiriéndose a Alemania*: «La reducción importante de la contribución presupuestaria, si se la compara con la del plan Dawes, permite reanudar inmediatamente el programa de «reducción de impuestos» en curso desde 1924. El Comité expresa su esperanza de que nuevas reducciones de impuestos y un arreglo definitivo de las reparaciones

(1) Cierto que este Comité no tendrá «que conceder ni negar un aplazamiento». Previa encuesta, dirigirá un informe a los Gobiernos. ¿Cómo no recordar la supuesta «independencia» de los expertos?

contribuirán grandemente a aumentar el ahorro y a favorecer la formación de capitales.»

Los redactores del tratado no habían, en verdad, entendido así las cosas. Habían encargado a la Comisión de Reparaciones de examinar el sistema fiscal alemán, a fin de adquirir la certeza de que, en general, resulta tan pesado, en proporción, como el de cualquiera de las potencias representadas en la Comisión. (Artículo 233, anejo 11, parágrafo 12 b.)

Evidentemente, todas estas amabilidades con respecto a Alemania se inspiran en el espíritu de Locarno. El contribuyente francés, el mutilado que percibe una pensión exigua, el rentista de francos depreciados, ¿aplaudirán tanta generosidad? Que así lo espere quien quiera.

Y si me dicen: concesiones de alta política, respondo: ¡abdicación!

CAPITULO XVIII

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES-LOCARNO

Caída por tierra con el Pacto de garantía una de las principales cláusulas del tratado, ¿qué había de ocurrir con el conjunto, estrictamente coordinado en todas sus partes? El país que más sacrificios había hecho con menos recompensa, encontrábase gravemente lesionado, sin siquiera un simulacro de explicación por la retirada de una cláusula que equivalía a suprimir nuestra garantía militar de seguridad.

¿Podíamos quedarnos tan tranquilos y guardar silencio cuando estaban comprometidas la vida y la muerte de Francia? Véase cuánto ruido no armó Italia a propósito de Fiumi, y eso que había renunciado a él en Londres, con su propia firma. El tratado no se tenía ya en pie, toda vez que su sostén principal, suministrado por Norteamérica y que implicaba el de Inglaterra, se había retirado. Habíamos renunciado a Renania porque nos habían propuesto «reemplazar» al centinela alemán del Rin por un soldado inglés y un soldado norteamericano a ambos lados del soldado francés. Y he aquí que ahora nos privaban de toda esa compañía militar, deliberadamente, sin siquiera tomarse la pena de explicarnos por qué.

¿Qué otro recurso que poner a Norteamérica en el caso de explicarlo cuando nos retiraba su tan cacareada ayuda sin decirnos palabra?

En cualquier forma que fuese la reanudación del coloquio de los cuatro no tenía más remedio que redundar en nuestro favor. Ninguno de nuestros gobernantes parece haber pensado en ello. Ninguno juzgó oportuno solicitar nuevas disposiciones de acuerdos. Jamás caso alguno resultó tan sencillo y tan claro. El artículo de garantía era una «promesa de cambio» de una garantía militar francesa por una garantía militar interaliada, que presentaba para nuestras armas la ventaja de ponerlas al recaudo de un nerviosismo por nuestra parte. No había más que volver a empezar *ab initio*, es decir, a partir de donde estábamos cuando yo pedí Renania. La proposición no tuvo éxito ni se nos presentaba otra, y en vista de ello, volvíamos a nuestra demanda primera, *que no había sido rechazada*. Una fuerte posición para negociar. Pero nada. Ni un gesto. Ni una palabra. Quizá nunca nos burlaron más trágicamente nuestros supuestos hombres de Estado. Por espacios de tiempo desconocidos, quedó sellado nuestro destino hasta la comedia de Locarno, cuyo último acto sólo sorprenderá al Sr. Briand.

Era imposible, no obstante, permanecer bajo la amenaza de una Alemania que no hablaba de reparaciones sino para distraer a las gentes y ni siquiera se tomaba el trabajo de disimular sus armamentos. Si hubiéramos mantenido la ocupación de Renania, a despecho de nuestros aliados, habríamos provocado gran revuelo en Europa, donde aliados y enemigos se habrían unido contra nosotros. Ya que el caso de Norteamérica abría la puerta a todos los acontecimientos, las combinaciones del des-

orden europeo se darían satisfacción a expensas nuestras, en la alteración de los compromisos en suspenso.

Salvo los alemanes, los pueblos estaban hartos de odiarse, descontando incluso el beneficio de un retoñar de amistades agotadas. Inglaterra, que sabía muy bien que en caso de guerra podía contar con nosotros, como con ella misma, no había dicho adiós a la política de Lord Haldane, cuyo papel lo desempeña ahora Lord D'Abernon, la pareja que ni pintada para el Sr. Briand. De ahí debía salir el pacto universal de Locarno, en el que todos protegen a todos contra todos en textos que, a última hora, los violadores del pacto belga saben acomodar a su manera diciendo que se han visto obligados a faltar a su palabra para impedir que nosotros faltásemos a la nuestra. Como Alemania es una de las potencias garantes de Locarno contra sus propias ofensivas, no tropezará con dificultad alguna para hacer trizas el «pedazo de papel» cuándo y como le convenga. Puede que ya esté todo preparado al efecto en los cajones secretos de la Wilhemstrasse. Veamos, pues, de más cerca este asunto.

A principios de septiembre de 1925, el Sr. Painlevé, presidente del Consejo, y el Sr. Briand, ministro de Negocios Extranjeros, se encuentran en Ginebra, donde asisten a la sexta asamblea de la Sociedad de Naciones.

Se siente que «algo extraño flota en la atmósfera». ¿Qué? Un telegrama de Ginebra nos lo va a decir.

«*El Sr. Arístides Briand ha hecho las siguientes de-*»*claraciones al redactor de un diario socialista alemán*:

»—*Contamos firmemente con poder empezar a reunir-*»*nos desde septiembre, o a más tardar, a primeros de* »*octubre, con el Sr. Stresemann. A Alemania toca, sobre*

»todo, pronunciar palabras decisivas. Diga usted bien cla»ro que yo pienso poner las cartas sobre la mesa y que »queremos tratar francamente todas las cuestiones. Debe»mos llegar a una solución definitiva entre los dos países, »pues de lo contrario vamos al abismo.

»Yo he dado pruebas de mi buena voluntad: he hecho »evacuar el Ruhr, así como Dusseldorf, Duisburg y Ruh»rort. Hemos sido condescendientes con el Sr. Stresemann, »para facilitarle su política. Hablaremos también con él de »las cuestiones del desarme y de la evacuación de los te»rritorios ocupados.

»... Una inteligencia francoalemana en el terreno eco»nómico es enteramente posible; de hecho existe ya. En »la esfera política, la inteligencia es más difícil, pero no »imposible. Ahora, como siempre, yo quiero la paz y toda »mi política tiende a lograr ese fin.»

De suerte que el Sr. Briand corre al encuentro de Alemania con las manos tendidas y los brazos abiertos. Y le dice: «Mira lo que ya he hecho: he hecho evacuar el Ruhr, Dusseldorf, Duisburg y Ruhrort. ¡Pues todavía estoy dispuesto a hacer más!... *Hablaremos de la evacuación de los territorios ocupados...*»

A esto es a lo que el Sr. Briand llama «poner las cartas sobre la mesa». Enseña su juego al adversario, devuelve sus triunfos y dice: «¡Ea, ya puede empezar la partida!»

¿Cómo acoge Alemania este nuevo himno a la paz?

El 15 de septiembre, el embajador de Francia en Berlín entrega al Sr. Stresemann la nota en la cual el Gobierno francés invita a Alemania a *hablar*.

Los principales personajes alemanes aceptan, naturalmente, la idea de esa Conferencia, de la que nada

malo puede salir para el Reich. Pero dijérase que rivalizan en punto a mostrarse arrogantes.

El conde Bernsdorff declara: «Nuestro punto de vista es que el pacto deberá elaborarse en un plano de igualdad y reciprocidad absolutas.» Es decir, que aun antes de haber empezado la Conferencia ya está abolido el principio de nuestra victoria.

¿Se inquieta el Gobierno francés por esta situación y piensa en aplazar la Conferencia para tiempos mejores? Nada de eso, sino que persiste en su criterio de paz a todo trance.

El Sr. Painlevé es a la sazón presidente del Consejo, el Sr. Briand ministro de Negocios Extranjeros, el señor Caillaux ministro de Hacienda, el Sr. Steeg de Justicia; y ese mismo día, 15 de septiembre, en que nuestro embajador en Berlín entregaba al Sr. Stresemann la nota de que acabo de hablar, era elegido el Sr. Malvy presidente de la Comisión de Hacienda. Briand, Painlevé, Caillaux, Steeg, Malvy: he ahí los hombres que en ese momento presiden a los destinos del país. ¡Siete años después de la victoria! Los muertos van de prisa.

El 23 de septiembre, el Gobierno alemán decide aceptar la invitación para la Conferencia.

El 28, el Sr. Von Hoesch, embajador de Alemania en París, se presenta en el Quai d'Orsay y hace entrega al Sr. Briand de una nota en que el Gobierno alemán comunica su adhesión a la reunión de la Conferencia de Locarno.

Por desgracia, está escrito que Alemania hará siempre cuanto pueda por descorazonar al Sr. Briand. Al mismo tiempo que esa nota, el Sr. Von Hoesch entrega al señor Briand lo que en estilo diplomático se llama una «declara-

ción verbal», y esa segunda nota se refiere brutalmente a:

«1.° *Sobre la evacuación de la zona de Colonia.*

»2.° SOBRE LA CUESTIÓN DE LA RESPONSABILIDAD DE LA GUERRA.»

Se ha hablado del ingreso de Alemania en la Sociedad de Naciones. Alemania declara oficialmente que «su ingreso en la Sociedad de Naciones» no podrá interpretarse como una nueva firma puesta al pie del artículo 231 del Tratado de de Versalles, mediante el cual reconoció Alemania que asumía la responsabilidad del conflicto de 1914.

Lo que equivale a esto: que Alemania se hace rogar para su ingreso en la Sociedad de Naciones. Dice: «Estoy dispuesta, sí, a sentarme a vuestro lado, Francia, Inglaterra, etc...; pero a condición de que se entienda bien que soy inocente de los daños que me he comprometido a reparar.»

¿Qué hace el Sr. Briand al recibir ese documento? ¿Da un puñetacito sobre la mesa? ¿Un respingo?

Hay una nota. Una notita que dice: «1.° La cuestión de la culpabilidad de Alemania quedó ventilada en Versalles. 2.° Sólo de Alemania depende el apresurar la evacuación de la zona de Colonia.»

Véase bajo qué auspicios va a inaugurarse la Conferencia de Locarno. Estos preliminares explican—mejor que los textos oficiales—en qué condiciones continuaron las conversaciones y a qué conclusión condujeron.

De una parte Francia—los Sres. Briand, Caillaux, Malvy, Steeg, etc.—«buscando la paz al precio de todas las concesiones y todos los renunciamientos».

De otra, Alemania persiguiendo un solo fin: «la anulación del tratado que consagró su culpabilidad y nuestra victoria».

La Conferencia de Locarno se inaugura el 5 de octubre de 1925, bajo la presidencia del Sr. Chamberlain.

El 16, termina la Conferencia.

Aquel día, se les pone el *ne varietur* a nueve documentos diplomáticos:

1.° Un protocolo que, resumiendo los trabajos de la Conferencia, precisa las esperanzas cifradas en el pacto renano de seguridad para la paz del mundo y la restauración de Europa:

«Los representantes de los Gobiernos aquí representados declaran poseer la firme convicción de que la entrada en vigor de estos tratados y convenios contribuirá grandemente a producir un respiro moral entre las naciones, facilitará poderosamente la solución de muchos problemas políticos o económicos, de acuerdo con los intereses y sentimientos de los pueblos, y que al consolidar la paz y la seguridad en Europa será capaz de apresurar de manera eficaz el desarme previsto por el artículo 8 del Pacto de la Sociedad de Naciones.»

«*En virtud de estas simples líneas todas las naciones contratantes resultan colocadas* EN EL MISMO PLANO DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS PELIGROS QUE PUEDAN SIGNIFICAR PARA LA PAZ.»

2.° Un tratado mediante el cual Alemania, Bélgica, Francia, la Gran Bretaña e Italia garantizan el *statu quo* territorial renano, la frontera francogermanobelga, así como el mantenimiento de la zona renana desmilitarizada, en virtud del Tratado de Versalles (orilla izquierda del Rin y zona de 50 kilómetros en la orilla derecha).

Sobre este tratado, del que se ha hablado como de una cosa extraordinaria, llamada a consolidar definitivamen-

te el reinado de la paz en el mundo, hemos de hacer una observación:

Las naciones contratantes se comprometen a no hacer la guerra... «*A menos que...*»

Porque hay un «*a menos que*». Mejor dicho, hay varios (1). Sólo que éste debemos retenerlo más particularmente.

«A menos que se trate del *ejercicio del derecho de legítima defensa.*»

Ahora bien, yo pregunto: desde que existen naciones y guerras, ¿qué nación pretendió jamás hacer una guerra que no fuera simplemente «*defensiva*»? ¿Cómo se lanzó Alemania a la guerra de 1914? ¿No se declaró a la faz del mundo atacada, amenazada? ¿No invadió Bélgica para responder a las incursiones de los aviones franceses sobre Nuremberg? ¿Hubo en Alemania una sola voz para reconocer que en vísperas de la declaración de guerra nuestras tropas de cobertura se habían replegado diez kilómetros? «*Toda nación que quiere hacer la guerra se encuentra siempre en estado de defensa legítima.*»

3.° Un convenio de arbitraje entre Alemania y Bélgica.

4.° Un convenio de arbitraje entre Alemania Francia.

5.° Un tratado de arbitraje entre Alemania y Polonia.

6.° Un tratado de arbitraje entre Alemania y Checoeslovaquia.

---

(1) A menos que hubiere violación flagrante de los compromisos aceptados; a menos que la S. de N. se decida a atacar a un Estado agresor, etc...

7.° Un tratado de mutua ayuda entre Francia y Polonia.

8.° Un tratado de garantía mutua entre Francia y Checoeslovaquia.

El noveno documento consistía en una declaración referente a la interpretación del artículo 16 del «*Covenant*» de la Sociedad de Naciones.

El 1.° de diciembre quedaban firmados en Londres los tratados de Locarno por siete naciones: Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra, Italia, Polonia y Checoeslovaquia.

¿Qué contienen esos documentos diplomáticos conocidos con el nombre de «Pacto de Seguridad»? ¿Qué se encierra en ellos?

El Pacto de Locarno no dice todo lo que quiere decir. Se advierte así, especialmente hoy.

Examinado en sí, presenta la fraseología ordinaria de esa clase de documentos; muestra un aire inocente rayano en la hipocresía. El análisis a que se podría proceder no sería edificante sino a condición de esclarecerlo a la luz de los hechos que después se han producido. La Haya—que es de ayer—procede directamente de Locarno.

Debemos, sin embargo, retener el hecho de haber sido los alemanes mismos quienes tomaron la iniciativa de las negociaciones de las cuales debía salir el Pacto de Seguridad.

Is fecit cui prodest.

El memorándum entregado en 9 de febrero de 1925 —nueve meses antes de inaugurarse la Conferencia—al Sr. Herriot, presidente del Consejo, ministro de Negocios Extranjeros, por el Sr. Von Hoesch, embajador de Alemania en París, no deja duda alguna a este respecto.

«Alemania podrá dar su adhesión a un pacto por el cual las potencias interesadas en el Rin, sobre todo Inglaterra, Francia, Italia y Alemania, se comprometieran solemnemente... a no hacerse la guerra unas a otras...»

El Sr. Herriot ha recabado para sí la gloria de haber dispensado buena acogida a esa proposición. En conversaciones privadas no se recata, según parece, para decir que el pacificador Briand se ha empeñado en hacerle la competencia.

De otra parte, ya hemos visto esa condenación de la guerra, salpicada de «a menos que...», que resulta de todos esos papelotes. Del Pacto de Locarno se pueden sacar otras consecuencias.

En primer lugar, la entrada de Alemania en la Sociedad de Naciones.

El Sr. Briand le escribía al Sr. De Fleuriau, embajador de Francia en Londres, el 4 de junio de 1925:

«... El Gobierno francés... ha tomado en consideración los ofrecimientos de Alemania, como inspirados en un sincero deseo de paz, y no ignora en modo alguno las dificultades con que, por su parte, el Gobierno alemán se encuentra respecto a la opinión pública alemana y a las preocupaciones que le inspiran sus relaciones con Rusia, que se esfuerza por apartar a Alemania de la Sociedad de Naciones.»

Sin la Sociedad de Naciones y sin la admisión de Alemania en ella, se viene abajo Locarno. Ahora bien: ya vimos más arriba cómo el Reich entendía pagar esta admisión, que le rehacía una virginidad.

La indecisión del tratado en lo que se refiere a las fronteras orientales de Alemania no es menos inquietante.

Paul Boncour decía el 25 de febrero de 1926 en la Cámara (1):

«Los tratados que regulan la cuestión son menos terminantes que el pacto renano... Aquí el procedimiento es el mismo que para el pacto renano, salvo estas dos diferencias, que, en primer lugar, *Alemania no ha garantizado las fronteras orientales y que por falta de una zona oriental desmilitarizada no se puede encontrar automáticamente el carácter de una agresión.*»

Por último, la evacuación de la zona renana. El señor Briand, en la Cámara, respondíale al Sr. Fabry, indignándose de que se presentara a Locarno como implicando la evacuación. En la misma semana, en Colonia, el señor Stresemann no declaraba menos públicamente que sería *para desesperar del espíritu de Locarno si de él no hubiera de resultar la evacuación de Renania.*

En resumidas cuentas, ¿qué es lo que Locarno aporta a Francia más que Versalles?

Nada. Menos que nada, puesto que Alemania es la que pide cuentas y nosotros quienes debemos rendírselas.

Los tratados de garantía pasan una esponja sobre el pasado y proclaman solemnemente que los peligros de una guerra pueden venir lo mismo de Francia y de Bélgica que de Alemania. Pudiendo, teóricamente, el peligro de guerra proceder de todas las naciones contratantes, se adoptan precauciones contra todas ellas. De donde se infiere que en lo pasado las responsabilidades del con-

(1) Los debates sobre los acuerdos de Locarno tuvieron lugar en la Cámara y en el Senado de febrero a junio de 1926, actuando el Sr. Paul Boncour de ponente de la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara.

flicto no correspondieron de un modo tan evidente y absoluto a Alemania sola.

Alemania, además, declara implícitamente—y allá Europa—QUE NO RENUNCIA A TODA MODIFICACIÓN ULTERIOR DE SUS FRONTERAS ORIENTALES.

En suma, es la evacuación de Renania a breve plazo; en Locarno se ha firmado un tratado que se procurará pagar en La Haya.

El 4 de junio de 1926, el Sr. Briand decía en el Senado:

«He experimentado en Locarno minutos de emoción profunda, cuando los habitantes del país y los TURISTAS PRESENTES lanzaron un grito de apasionado entusiasmo a vista del protocolo que acababan de firmar los representantes de Francia, Bélgica, la Gran Bretaña, Italia, Checoeslovaquia, Polonia y Alemania.»

Después de lo cual, el Senado daba su aprobación «con resignado gesto»—como dijo *Le Temps* de aquel día. La crisis de misticismo era ya pasada y el grito de entusiasmo de los «turistas» no encontraba eco.

Los pactos de Locarno no ofrecen sino la frágil apariencia de una garantía; se trata de una ilusión a propósito para engañar a las conciencias fáciles y adormecer las vigilancias. En su insuficiencia estriba su peligro. El espíritu de Locarno es nocivo para los intereses de nuestro país. Ved lo que sucede cuando se trata de favorecer a Alemania reduciendo la duración de la ocupación de nuestras tropas en territorio renano antes del plazo señalado. Nuestro ministro de Negocios Extranjeros intenta probar, invocando el texto de unas notas no

autentificadas, que la ocupación del territorio enemigo tenía por objeto la garantía del pago de las reparaciones, no la seguridad militar, que es, sin embargo, la razón primordial de la presencia de nuestros soldados en territorio enemigo. Ese texto que me atribuyen a mí, sacado de entre relaciones sumarias que jamás me fueron presentadas, ni tampoco fueron nunca sometidas a las Cámaras, me hace decir precisamente lo contrario de mi opinión declarada.

El Sr. Briand pone en mis labios el texto siguiente, fiándose de la buena fe de un redactor desconocido: «Es ése un punto de vista que no puedo aceptar. Necesitamos de una garantía para la ejecución de las cláusulas financieras. Crean *que las consideraciones militares no tienen nada que ver con esa cuestión.* ¿Quién hubiera podido creer que si se pueden utilizar soldados para la ejecución de un pago, no hay necesidad alguna de esos mismos soldados para ayudar a sus compañeros a defender el territorio común contra el enemigo? Es hasta tal punto lo contrario del hecho consumado que no se ha podido encontrar una razón, aunque fuere mala, para explicar lo inexplicable, y se han asido a esa afirmación sin un intento de fundamentarla.

«El debate no duró menos de UNA SEMANA—nos recuerda el Sr. Tardieu en su libro *La Paz*—. Los dos presidentes cambiaron sugestiones y textos... que condujeron el 29 de abril a la siguiente redacción, que luego pasó a ser el parágrafo final del artículo 429:

«Si en ese momento (al cabo de quince años) LAS GARANTÍAS CONTRA UNA AGRESIÓN NO PROVOCADA DE ALEMANIA NO SE CONSIDERASEN SUFICIENTES POR LOS GOBIERNOS ALIADOS Y ASOCIADOS, PODRÍA RETARDARSE LA EVACUACIÓN DE LAS

TROPAS DE EVACUACIÓN EN LA MEDIDA QUE SE JUZGASE NECESARIA PARA LA OBTENCIÓN DE LAS REFERIDAS GARANTÍAS.»

¿Cabe mayor claridad? He ahí un texto sobre el que los jefes de gobierno estuvieron deliberando *toda una semana*, «cambiando alternativamente textos y sugestiones». Y cuando se hallan de acuerdo, el parágrafo antes transcrito se inserta en el tratado, en el tratado que cuenta ya con la aprobación de todos para llegar, en fin de cuentas, a la sanción del voto de los Parlamentos interesados. Es el tratado mismo quien habla así, señor ministro; el tratado, que es, o debería ser, nuestra ley, sin que pudiéramos hacerlo apartarse de lo que dice ni siquiera un ápice.

Ahora bien: en lugar de remitirse al último parágrafo del artículo 429 del tratado que pronuncia la última palabra en la materia, puesto que ha sido adoptado por los Parlamentos, cuando el Sr. Marin le rogaba al señor Briand desde la tribuna que leyese el texto oficial—y decisivo—del artículo 429, el ministro negóse a aclarar el sentido del tratado mediante la lectura de la cláusula definitiva.

Pero hay más aún. No se trata aquí sino de lo que se llama la discusión de los preliminares del tratado entre los cuatro jefes de Estado. Hace falta nada menos que el acuerdo de los CUATRO para hacer insertar un texto en el tratado mismo, como sucedió con el último parágrafo de dicho artículo 429, del que el Sr. Briand no quiso dar lectura, pero que no por eso está menos inscrito y vivo en el mismo tratado, sin que valga a sacarlo de allí ningún subterfugio. El resultado de todo ello es la insoluble dificultad con que tropiezan los nuestros. Inglaterra, Italia y Norteamérica no tienen ningún interés militar empeñado

en el Rin. Sólo Francia se encuentra obligada por ese doble interés de simultaneidad formulado y hecho valer por el artículo 429, que fundamenta su derecho a la doble garantía. Es natural que lo haya *recabado y obtenido ella*, puesto que a sus tres socios no les interesaba, y está claro que ningún otro que yo mismo ha podido hacerlo, puesto que yo era el único en sostener su interés.

He ahí la cuestión que yo planteo y que desafío a que se me conteste. Se concibe que tres hombres desinteresados se pongan de acuerdo para conceder un privilegio a un cuarto; pero que se concierten para establecer un privilegio que no reclama nadie, es algo que ni entre ministros se podría comprender. Si los Sres. Wilson, Lloyd George y Orlando, que no piden nada del territorio renano como garantía militar, quieren ofrecérsela al señor Clemenceau, que ve llegar esa garantía milagrosamente sin haberla pedido, y caerle en su cesto donde se inscribe bajo el título de artículo 429, se trata de un milagro cuya explicación encontrará el propio Sr. Briand en cuando se decida a leer en las Cortes el último parágrafo del artículo 429 del Tratado de Versalles.

CAPITULO XIX

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES. (Continuación.)—ALEMANIA SE ARMA. FRANCIA SE DESARMA

El general alemán Groener ha declarado recientemente «que le era imposible a Alemania emprender una gran guerra, porque se hallaba DESARMADA conforme a las obligaciones del Tratado de Versalles».

La palabra desarme se aplica sobre todo al material. Empezaremos, pues, por examinar en qué condiciones se ha ajustado en este punto Alemania a las prescripciones del Tratado de Versales.

Según el artículo 164 del Tratado, el armamento de Alemania no debía rebasar las cifras siguientes:

Fusiles	84.000
Carabinas	18.000
TOTAL	102.000
Ametralladoras pesadas	792
— ligeras	1.134
TOTAL	1.926
Cañones de trinchera medianos	63
— — ligeros	189
TOTAL	252

Piezas de 77	204
Morteros de 105	84
TOTAL	288

Ahora bien; basándose en documentos indiscutibles (1), es decir, en los créditos aferentes a los presupuestos alemanes de 1925 a 1930, o sea durante los últimos cinco años, y, por consiguiente, prescindiendo de los créditos que preceden, se comprueba que desde 1925 hasta la fecha ha fabricado Alemania:

300.000 fusiles.
20.000 ametralladoras.
19.000 cañones de trinchera.
2.000 cañones.

Cuanto a municiones, también según los presupuestos citados, ha fabricado Alemania durante esos cinco años últimos—1925 a 1930—2.500.000 granadas, siendo así que el tratado limitaba el *stock* de las mismas a 450.000, y a ese *stock* hay que añadir las numerosas municiones que ha hecho venir del extranjero. El Sr. Scheidemann, en su discurso del Reichstag el 15 de diciembre de 1926, fué terminante a este respecto: «*De Stettin hemos recibido informes absolutamente seguros, según los cuales el transporte de las municiones rusas se ha llevado a cabo en varios barcos que llegaron de Leningrado a fines de septiembre y octubre de* 1926.» He ahí un testimonio alemán que no admite discusión.

Falta examinar la cuestión de los aviones, de los tanques y de los cañones pesados, formalmente prohibidos por el Tratado de Versalles.

(1) Citados por el Sr. De Marcé en su artículo de la *Revue Politique et Parlamentaire* con fecha de 10 de julio de 1929.

Tocante a la aviación, ya se sabe cómo Alemania ha orillado la dificultad. Ha desarrollado sobre bases enormes su aviación comercial, debiendo ir todos sus aviones pertrechados de modo que puedan en un momento dado transportar un número enorme de bombas. Alemania se jacta además de poder poner en filas al otro día de una movilización más de 1.000 aviones perfectamente pertrechados y también de poder fabricar luego más de 3.000 aviones por mes. El entrenamiento de sus pilotos militares continúa efectuándose en Rusia.

Cuanto a los tanques y los cañones pesados, como no existe ya en Alemania ningún control aliado, nada le impide actualmente a dicha potencia fabricar cuantos tanques y cañones pesados se le antoje y tenerlos ocultos en depósitos clandestinos (1). En todo caso, nada le impide tampoco celebrar con ciertos Estados vecinos, como Rusia, Suecia, etc., convenios que le aseguren, desde el principio de una guerra, un material importante. Más adelante, gracias a su poder industrial, ya sabrá Alemania procurarse el material complementario por sus propios medios.

El Sr. Scheidemann, en su discurso del 16 de diciembre de 1926, ya citado, hacía a este respecto revelaciones probatorias. «Según una memoria que ha llegado a nuestras manos, existe en el Ministerio de la Reichswehr, bajo la denominación S. G., una sección especial. En MOSCOU, esta sección ha colaborado en los acuerdos Junkers. A partir de 1923, ha pagado sumas que ascienden a unos 70 millones de marcos oro al año. Hay en un gran Banco de Berlín una cuenta con cargo a la cual un fun-

(1) Según el general inglés Morgan, agregado a la ex Comisión militar interaliada en Berlín, los alemanes han conservado y ocultado después del armisticio un número considerable de cañones pesados.

cionario del Ministerio de la Reichswehr, el Sr. Spangenberg, efectúa los pagos necesarios. En unos quince días, el Sr. Spangenberg ha pagado sumas que ascienden a unos dos millones y medio de marcos.

»Según otros informes, hállase en íntimas relaciones con la organización llamada «Comptoir económico» o «Gefu». El director de esta organización es un tal Otto zur Leren, que reside siempre en el extranjero, sobre todo en Rusia. Spangenberg ha entregado algunos millones de marcos a la caja de la «Gefu», lo que prueba que existen relaciones inmediatas entre el Ministerio de la Reichswehr y la «Gefu». La misión de la «Gefu» consiste en establecer una «*industria de armamentos en el extranjero*, »*particularmente en Rusia*». La firma de los acuerdos se ha hecho con nombres falsos. Los oficiales que fueron enviados a Rusia y que han vuelto de allí, han viajado con pasaportes falsos. La «Gefu» tenía también por cometido establecer en Rusia fábricas de obuses de gas; una fábrica de productos químicos de Hamburgo, bastante conocida, participa en la operación.»

En el curso de esa misma sesión del 16 de diciembre de 1926, el Sr. Scheidemann presentó documentos descubriendo las relaciones de la Reichswehr con la gran industria y las colectas hechas entre los industriales para la instrucción y el equipo de los contingentes no previstos en el presupuesto.

Por lo que se refiere al gas, los incidentes relatados por los periódicos en el curso de los años últimos (sobre todo los de Hamburgo), y especialmente la última frase del discurso del Sr. Scheidemann, demuestran claramente que las fábricas alemanas están dispuestas a elaborar, e incluso están elaborando, todo aquello que no puedan su-

ministrar inmediatamente las fábricas rusas y acaso otras.

Puede objetarse que los alemanes han rebasado indudablemente—y mucho—las cifras del material previsto por el Tratado de Versalles, pero que ese material no les permitirá, a pesar de todo, armar a los millones de hombres que para una guerra se requieren en el siglo XX. El general alemán muy conocido von Seekt, en su libro *Gedanken eines Soldaten* (Pensamientos de un soldado), responde él mismo a ese argumento: «Los ejércitos del porvenir—declara—no tendrán interés en acumular los *stocks* de un material que tan rápidamente se queda anticuado. Bastará con construír algunos prototipos y preparar su fabricación en serie, organizando la transición de las fábricas del régimen de paz al de guerra. Pero para esto, naturalmente, se necesitan subvenciones del Estado.»

He ahí la explicación de las sumas enormes previstas en los presupuestos de la Reichswehr para la adquisición de un material que parece insignificante. Ahora se comprenden las razones que recientemente movieron al conde Bernstoff (Comisión de Desarme de Ginebra) a proponer la limitación de los *stocks* de material, pero negándose a aceptar *«a ningún precio la limitación de los presupuestos militares»*.

En el material necesario para la guerra deben incluírse igualmente los ferrocarriles y los automóviles. Ahora bien; sin hablar del resto de Alemania, ¿qué se ve en Renania mismo, es decir, en una región ocupada por nuestras tropas o por tropas aliadas? En Tréveris y en Kaiserslautern, es decir, a la vista de nuestros generales, los alemanes han construído inmensas estaciones de bifurcación y de prueba, que en caso de guerra podrían formar y «lan-

zar ciento veinte trenes militares al día». Antes de la guerra, apenas si se hallaban en situación de poder lanzar veinte al día. En pleno Eifel acaba de construírse un autódromo de cuarenta kilómetros de desarrollo, así como una red de magníficas carreteras para conducirlos. Cinco autoestadios se encuentran actualmente en vías de construcción para unir la orilla derecha del Rin con el Luxemburgo y a las regiones de Aquisgrán y Sarrebruck, con puentes sobre el Rin en Duisburgo, Colonia, Maguncia, Coblenza y Mannheim.

Por último, en todas las regiones renanas y westfalianas se ha desarrollado ya el servicio del correo automóvil en proporciones inexplicables, por no decir inquietantes. Por doquiera circulan, día y noche, inmensos camiones capaces de contener más de cuarenta personas— y que van generalmente vacíos—. Los alemanes tienen la vista muy larga, pero a veces arman demasiado ruido.

Sin embargo, el artículo 43 del Tratado de Versalles dice formalmente: «En la zona desmilitarizada está prohibido mantener todas las «facilidades materiales de movilización.» Medítese sobre la regla y el modo cómo se la aplica.

En apoyo de todo esto que acabo de decir, y para demostrar que no tiene nada de exagerado, citaré sencillamente la opinión del hombre más particularmente autorizado en estas materias, el general Guillaumet, que manda el ejército del Rin. He aquí las conclusiones de la «Memoria secreta» (1) que en 1927 dirigió al Gobierno francés:

«Todos los informes recogidos desde hace algún tiempo por mi Estado Mayor coinciden en señalar que el Go-

(1) Publicada por los diarios *Aux Ecoutes* y *Avenir*.

bierno alemán (el del Sr. Stresemann) lleva próximamente un año de estar realizando un plan que tiende a constituír en territorios ocupados y en los diferentes dominios de la actividad militar una fuerza capaz, llegado el caso, de intervenir rápidamente en contra nuestra. Ese esfuerzo de reorganización de su potencia militar lo viene realizando el Gobierno del Reich desde hace mucho tiempo en la Alemania no ocupada. Pero durante largo tiempo la Renania había quedado al margen de ese movimiento. Numerosas organizaciones han surgido en territorio ocupado sin otro fin que el de asegurar el reclutamiento y la instrucción de los jóvenes a fin de capacitarlos para ser utilizados inmediatamente con propósitos militares...»

El general enumera después las formaciones de infantería, las sociedades de tiro, las sociedades de caballería, las bases de aviación y los puertos aéreos. Hace resaltar el desarrollo de la red de carreteras y ferrocarriles, de la T. S. H., de las organizaciones sanitarias de la Cruz Roja, etc...

Y, por último, dice:

«Las concesiones hechas al Gobierno alemán y que se han traducido en los territorios ocupados por un régimen más liberal para con los habitantes, «no han tenido »otro resultado, al aflojar el lazo, que permitirle a Ale»mania fomentar en territorio ocupado sus preparativos »de índole militar».

»La presencia en los territorios ocupados del ejército aliado de ocupación surte, por lo menos, el efecto de estorbar el desarrollo de un programa cuya ejecución nada podrá ya paralizar, después de la evacuación de los territorios renanos por las tropas aliadas.»

Para estar en situación de hacer la guerra no basta

con disponer de material. Es menester además asegurarse un gran número de otras condiciones:

1.° Contar en cuanto sea posible con el *número*.

Por este lado, ninguna inquietud puede sentir Alemania: puede que su población no aumente tan rápidamente como antes de 1914, pero en todo caso se mantiene en proporciones muy superiores a las de Francia.

2.° Ni que decir tiene que el *número* no sería nada sin la *calidad*, es decir, sin la «instrucción». Tampoco carece Alemania de soldados instruídos; cuenta, en primer término, con los veteranos de la gran guerra, que en su gran mayoría se hallan en estado de volver a tomar las armas y, además, con todos esos jóvenes formados por las innumerables sociedades llamadas «deportivas», pero que en realidad son de preparación militar, y que todos los Ministerios alemanes, a partir de 1918, no han dejado de estimular. En vano se esperó que el Reich, suprimiendo las sociedades «Casco de acero», «Cónsul» y otras análogas, demostrara públicamente su espíritu pacifista.

Y que no nos objeten diciendo que las sociedades citadas no se ocupan en preparación militar, pues apelaré al testimonio de los alemanes mismos. He aquí, en efecto, lo que declaraba el Sr. Scheidemann en el Reichstag el 16 de diciembre de 1926: «En Hesse-Nassau, las organizaciones de tiro con armas de pequeño calibre han alcanzado particular desarrollo. De 1926 acá, no se incorporan ya los reclutas a la Reichswehr, sino que se los envía «a »las Asociaciones», donde se encargan de instruírlos» (1).

(1) En los periódicos pueden verse los retratos de los Sres. Pubst, jefe de la «Heimswehr» austriaca, y de Seldte, jefe de los «Cascos de acero», que contrariamente al Tratado de Versalles acaban de realizar el «Anschluss», formando mancomunadamente una organización militar.

Alemania, el día que quiera, tendrá, por lo tanto, hombres que habrán recibido una «instrucción militar».

3.° Pero los hombres no bastan. Es preciso contar con oficiales que los manden.

Pues ahí está la Reichswehr para facilitarlos. Según el propio presupuesto del Reich, de 1929, el número de oficiales de la Reichswehr es de 3.798, el de suboficiales de 20.880 y el de soldados rasos de 74.020, lo que representa un oficial o suboficial por cada tres hombres; las dos primeras categorías suministrarían los oficiales, y la tercera, los suboficiales.

Prescindiendo de la Reichswehr, no hay que olvidar la Schutzpolizei (140.000 hombres), acuartelada e instruída militarmente, que puede facilitar también excelentes cuadros subalternos. Como, por otra parte, la Reichswehr se renueva casi cada doce años, fácil es ver que en el momento de una movilización no serían cuadros de oficiales lo que faltase a Alemania. De todos modos, al comienzo de una guerra podría oponer Alemania inmediatamente 480.000 hombres a nuestros 240.000 hombres de cobertura.

4.° Aparte esos cuadros de oficiales para la tropa, se necesitan además «oficiales de Estado Mayor» y «oficiales generales» para el alto mando.

Pues ahí están todos los de la antigua Guardia imperial, con la experiencia de la gran guerra. Todos ellos están dispuestos a ponerse de nuevo en marcha movidos por esa poderosa palanca moral que representa la esperanza del desquite. A todos ellos se les han concedido sueldos de retiro muy elevados, a condición de poderlos convocar frecuentemente para ejercicios sobre el mapa y demás, de que no se privan. El Alto Mando alemán no ha olvidado las lecciones de von Moltke, von der Goltz, Kemmerer,

Falkenhausen, von Freitag y von Schlieffen, y continúa entregándose cada vez más a los estudios de la guerra de masas y de la estrategia, estudios que ya había practicado mucho antes de 1914 y que debían asegurarle la victoria si la ejecución hubiera respondido a la idea.

5.° Cuanto al nervio de la guerra, el «dinero», más necesario que nunca en la guerra del siglo xx, exige desarrollos de medios siempre crecientes, y Alemania sabe bien que el partido alemán en los Estados Unidos es hoy lo bastante poderoso para facilitarle los empréstitos necesarios para su agresión.

6.° Queda la cuestión de las «fuerzas morales», más importante que nunca en una época en que los pueblos aspiran tan ardiente y tan justamente a la paz.

Sin duda, naturalmente que en Alemania, como en todas partes, los obreros, los campesinos y los pequeños burgueses son verdaderamente pacifistas y contemplan con espanto la perspectiva de nuevas matanzas. Pero, en cambio, no hay que desconocer que todos los hijos de las clases dirigentes, todos esos jóvenes que frecuentan los gimnasios, liceos y facultades de Alemania encuentran en ellos profesores nacionalistas o populistas que no cesan de recordarles el *Deutschlan uber alles*. Ahí está el verdadero peligro para la paz, peligro que reconocen los pacifistas sinceros. Más tarde, dentro de algunos años, serán esos jóvenes quienes dirigirán los destinos de Alemania. ¿No tenemos derecho a temer que la masa alemana, obreros, campesinos y pequeños burgueses, fiel a los impulsos de su gregario espíritu, se deje arrastrar como en 1914 a los ímpetus de una guerra «fresca y alegre»?

En resumen, que tenemos la obligación de hacer cons-

tar que no sólo Alemania no se desarma, sino que, por el contrario, se está armando.

No se recordará nunca demasiado a este respecto la frase final del informe del general inglés Morgan, agregado a la Comisión militar interaliada en Berlín, frase que pinta con fieles colores la situación actual: «No digo que Alemania prepare la guerra, pero sí que se prepara.» En efecto, lo mismo que la masa del pueblo alemán, el Gobierno del Reich (tan bien personificado en este sentido por el difunto Sr. Stresemann) no tiene el más mínimo empeño en complicarse en una nueva lucha con Francia. Se da perfecta cuenta—y las perpetuas mutilaciones del Tratado de Versalles le han demostrado que ve bien—de que con la paciencia y un poco de maña llegará a obtener fácilmente de los Gobiernos débiles e inconscientes que se vienen sucediendo en Francia desde 1920 la anulación casi completa del tratado.

Durante este tiempo, es decir, en tanto que Alemania se prepara, es decir, se arma, ¿qué hace el Ejército francés? Pues una cosa muy sencilla: desarmarse.

Su *alto mando* parece haber abdicado del todo. Ha olvidado que la primera cualidad de un verdadero jefe es el carácter. Ante las perpetuas mutilaciones del Tratado de Versalles, apenas si han protestado seriamente algunos generales. El límite de edad de los generales, que en plena guerra, después de una experiencia de tres años penosamente adquirida, se había fijado en sesenta años, se ha ido extendiendo sucesivamente a sesenta y dos, a sesenta y cinco, a setenta. No hay ya razones para detenerse en ese camino, y eso únicamente por dar satisfacción a cuestiones personales. Todo se paga. Esas abdicaciones de conciencia las pagará un día el país y las pagará caras.

Los «Estados Mayores» trabajan, pero trabajan siempre la táctica. Cuanto a la estrategia, es decir, el estudio de la guerra de masas, de la guerra en el siglo XX, continúa tan proscrita como antes de la guerra. Foch había hecho crear un Instituto de estrategia. Al abandonarlo, dejó de interesarse por él. Continúa sin crear un Instituto de altos estudios militares.

El *número* lo tenemos, y a pesar del descenso de nuestra población, gracias a nuestras colonias, que aportan a los 40 millones de franceses un contingente de 60 millones.

En vano von Seeckt preconiza el ejército profesional. «Con un pequeño ejército profesional—ha dicho—, medios poderosos, aviones y gases, no tardaríamos en acabar con esa vaga formación.» (El ejército francés actual.) Puro *bluff*, puro *camouflage*, porque mejor que nadie sabe el ex jefe de la Reichswehr que Alemania prepara febril y habilísimamente un «ejército nacional». Antes ya hemos podido verlo.

En Francia tenemos ese ejército nacional, pero a condición de «*instruírlo*». No es eso lo que nos han permitido las nuevas leyes «*de organización*», que hasta aquí no han servido para otra cosa que para desorganizar. Cierto que se imponía el servicio de un año, y su aplicación venía preparándose desde 1919, debiendo estar todo listo para 1924. Cinco años ganados. Pero implicaba 150.000 militares de carrera y además unidades muy fuertes concentradas casi todas en nuestras fronteras y mantenidas en pie de guerra, condición única para asegurar la instrucción intensiva de nuestros contingentes anuales.

En la organización presente se han conservado, por el contrario, las unidades «esqueletos», y ahí es adonde

nuestros soldados van a hacer su instrucción, es decir, a perder completamente el tiempo tan precioso. Todos los profesionales reconocen unánimemente que en esas condiciones no es posible la instrucción. Tal es nuestra situación actual. ¿Será preciso añadir que el servicio de un año no debería aplicarse sino cuando se hubieran reclutado esos 106.000 militares de carrera que se consideran indispensables? Pero el servicio de un año se está empezando a aplicar en este mismo instante. ¿Adónde están esos famosos militares de carrera? El propio ministro de la Guerra ha reconocido que no los tenía. Y, sin embargo, de entre ellos es de donde se han de sacar los cuadros de oficiales necesarios para la instrucción de los contingentes anuales.

Una de las principales enseñanzas de la gran guerra fué que el material desempeña en el siglo XX un papel mucho más importante de lo que habían previsto los profesionales antes de 1914. Pues bien; esta enseñanza, tan caramente pagada, está ya casi olvidada por completo. Como ya hice notar, no hay interés en acumular *stocks* demasiado voluminosos en los arsenales; pero todo tiene un justo límite, y en Francia, a la hora actual, hace ya mucho tiempo que ese límite ha sido rebasado. Sin entrar en pormenores que no conviene divulgar, permítaseme que recuerde—como toda la prensa lo ha hecho—que nuestras provisiones en cuestión de material de guerra quedaron muy reducidas a consecuencia de los asuntos de Marruecos, y que luego no se ha hecho nada para completarlas. De otra parte, el material se queda anticuado demasiado rápidamente; por lo que sería sensato adoptar nuevos modelos, sobre todo para nuestro fusil ametrallador, nuestros tanques y nuestros cañones de trin-

chera, sin perjuicio de no fabricar sino una parte y mantenernos dispuestos a acabar de fabricar el resto, caso de tirantez diplomática. Se han emprendido estudios, han transcurrido más de diez años desde el término de la guerra y ninguna decisión firme se ha tomado para arreglar de una vez la cuestión.

Por lo que a la aviación se refiere, se han necesitado también más de diez años para crear ese dichoso Ministerio del Aire. Se ha concluído por constituírlo, ¡pero en qué condiciones! La aviación depende ahora del Ministerio del Aire, pero al mismo tiempo depende también de los Ministerios de la Guerra, de la Marina y el Comercio, aunque en realidad no dependen directamente. Confusión por doquiera; una vez más se ha olvidado o violado el principio de la unidad de mando. Cuanto al material mismo, más vale no hablar de ello; ahí están, por desgracia, los accidentes cotidianos para demostrar hasta dónde puede llegar la incuria del Gobierno.

¿Qué hemos hecho tampoco para la guerra de gases, que en las futuras luchas asumirá capital importancia? Reuniones, comisiones, palabras, proyectos; pero nada más, nada decisivo. Y, sin embargo, ¿no vemos a países como los Estados Unidos, que en este momento no tienen nada grave que temer del Japón ni de Europa, construír desde ahora mismo fábricas capaces de producir diariamente cuarenta toneladas de «lewisita» (gas más potente que la «yperita»?

Sin embargo, no estaría bien que además de las preparaciones de orden puramente militar desatendiésemos la preparación financiera, cuya necesidad es patente. Si Francia se viese nuevamente atacada, serían menester recursos financieros poderosos para sostener la guerra.

¿De dónde sacarlos? Sin duda que nuestra reconstitución financiera es un hecho—al menos en la superficie—; pero en todo caso no le bastarían a Francia sus solos recursos para responder a sus necesidades inmensas. Para empréstitos en ese caso sólo podría dirigirse a estos dos países: Inglaterra y Norteamérica; pero de diez años a esta parte, ¿cuál es nuestra política con respecto a esas dos naciones? Nuestras perpetuas concesiones a Alemania no han dado a las naciones anglosajonas esa impresión de entereza, poder y energía propias a inspirar confianza.

Podemos preguntarnos, por último, si en el caso de una nueva agresión encontraríamos en el pueblo francés esa misma fuerza moral de que dió pruebas en 1914. De diez años acá lo han cloroformizado tan bien sus gobernantes, le han repetido tantas veces que nadie quería más guerra y que, por lo tanto, no la volvería a haber, que ha concluído por creérselo. Nuestro pueblo, por lo demás, se ha prestado muy bien a todo eso. No dudo que no surja en el último momento ese respingo de valor que con tanta frecuencia le ha salido bien; pero al borde del abismo no deja de ser siempre peligroso intentar levantarse.

El gran error de los gobernantes que se vienen sucediendo en Francia desde 1920 consiste en haber halagado a nuestro pueblo con concesiones sin empezar por hacerle entender que una nación que tiene un pasado como el nuestro no podía aceptar la paz «a cualquier precio», es decir, al precio de todas las claudicaciones del honor; y luego que esta paz con vecinos como los alemanes sólo podría lograrse imponiéndose los sacrificios necesarios. Ser fuertes: de esto se trata desde que el mundo es mundo. Alemania se mantiene fiel a esta divisa. Alemania querrá acaso la paz: pero esta suerte de paz borrará los úl-

timos vestigios de su derrota. He aquí por qué se prepara. Las siguientes cifras son, por lo demás, más elocuentes que todas las disertaciones posibles. En 1928 gastó Francia en sus atenciones militares seis mil millones; Alemania, ocho. Alemania no cesa de armarse. Francia no cesa de desarmarse. ¿Cuál será el resultado?

CAPITULO XX

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES. (Continuación.)—LA ORGANIZACIÓN DE LAS FRONTERAS

En tales materias, unas cuantas indicaciones tomadas de buenas fuentes bastan para permitirnos comprobar los resultados. No tengo, sin duda, ninguna competencia militar, pero no es menester una especialización de la inteligencia para reconocer fortificaciones.

De 1920 a 1928, nos encontramos con dos escuelas frente a frente: la de las «regiones fortificadas» y la de las «líneas continuas», cuyos respectivos nombres indican los principios en que se fundan. Durante ocho años ha habido una discusión infructuosa. Hasta que en 1928 acabó por triunfar la escuela de las regiones fortificadas. De suerte que este sistema es el que va a aplicarse.

Hemos perdido cerca de diez años en querellas inútiles. El sistema de las «regiones fortificadas» va a aplicarse únicamente a la parte de la frontera del Nordeste que se extiende del Luxemburgo a Suiza. Para el resto (frontera francobelga y frontera francosuiza) se cuenta con que Bélgica y Suiza organizarán sus fronteras alemanas. ¡De modo que de nada habrá servido la terrible lección de 1914!

Para la ejecución del sistema de las regiones fortificadas hay que considerar dos aspectos:

Aspecto financiero. Aspecto técnico.

Aspecto financiero. El Parlamento ha votado los créditos que se le han pedido: de 500 a 600 millones. *Apenas si se ha gastado la décima parte de esa suma.*

Aspecto técnico. El ministro y sus colaboradores militares no sólo no han hecho nada en punto a trabajos de construcción, sino que en 1.° de noviembre de 1929 aun no habían empezado cosa alguna, y al declarar el ministro públicamente que a fines de 1930 estarían muy adelantados los trabajos de fortificación, se burla de nosotros.

El 1.° de noviembre de 1929, desde el Luxemburgo a Suiza, no se ha dado comienzo a ninguna clase de trabajos, ni siquiera a señalarlos en un sencillo cartel.

La frontera se halla completamente abierta, y así seguirá todavía mucho tiempo después que haya sido evacuada la tercera zona renana.

La explicación de esa situación lamentable, financiera y técnica, no puede ser más sencilla.

Para concebir, para llevar a cabo una organización de las fronteras que diese el máximum de seguridad, hubiera sido menester empezar por constituír un organismo de trabajo, dotado de un herramental poderoso y abundante, y al frente del cual se hubiera puesto una alta personalidad militar calificada. Que no todas lo están. En un año, ese organismo hubiera puesto en pie un sistema sólido y coherente de protección de las fronteras, que se extendería del mar del Norte al Mediterráneo (y no sólo entre el Luxemburgo y Suiza). De ese modo, hubieran podido comenzar los trabajos en 1921 o 1922, según un orden de

urgencia racional y en varios puntos al mismo tiempo. A la hora presente, estarían ya terminados y la evacuación de Renania no nos cogería con una frontera abierta.

En vez de esto, ¿qué es lo que se ha hecho?

Se les ha confiado la ejecución de la organización de las fronteras a dos tenientes coroneles de Ingenieros, secundados por algunos oficiales de Administración y respectivamente instalados en Metz y en Estrasburgo.

Esos dos jefes de Ingenieros tienen a su lado, en esas dos poblaciones, generales comandantes de región y hasta un general miembro del Consejo Superior de la Guerra. Parecerá indicado que trabajasen a las órdenes de esos generales, cada uno de los cuales tiene a su cargo la responsabilidad de un trozo de frontera. Pues no es así. Los dos oficiales de Ingenieros dependen, sin intermediarios, de la Dirección de Ingenieros del Ministerio de la Guerra. No tienen la menor noticia de los generales y los Estados Mayores que viven junto a ellos.

El Ministerio de la Guerra y el Estado Mayor del Ejército han tratado ese inmenso y grave problema de la organización de las fronteras cual si se tratase de dotar a un cuartel de una nueva sala de duchas. Se han empleado al efecto los agentes de ejecución habituales para esa clase de trabajos, a saber, los jefes de Ingenieros. Estos últimos, según la costumbre, como si se tratase de gastar algunos centenares de francos en un cuartel, han trazado anteproyectos, proyectos y proyectos definitivos que han sido objeto de interminables discusiones y enmiendas y circulado indefinidamente por espacio de meses y meses por las Jefaturas y el Ministerio, para venir a parar en ese increíble pero realísimo resultado de que a los diez años de terminada la guerra no se haya empezado

todavía ningún trabajo de ninguna clase en ningún punto de la frontera francoalemana, salvo un trozo de carretera y algunos kilómetros de ferrocarril Decauville.

Es materialmente imposible que dos tenientes coroneles de Ingenieros, perdidos en el espacio, abrumados por la enormidad de la tarea y de los gastos, realicen de otro modo que a cuentagotas y en condiciones deplorables esa obra inmensa que constituye la organización defensiva de las fronteras. No han hecho hasta ahora, ni harán, nada importante en tanto continuemos aferrados a esa idea desastrosa.

De suerte, pues, que a primeros del año 1930, este año que ha de ver el fin de la ocupación renana, la frontera francesa continuará abierta desde el mar del Norte a los Alpes. Pero a falta de una cobertura, que no existe, de hormigón y alambradas, ¿contamos, por lo menos, con una sólida cobertura viviente compuesta de buenas divisiones instantáneamente en su lugar en los diferentes sectores de la frontera?

Nada de esto.

En un reciente artículo publicado en la *Revue des Deux Mondes*, el general Debeney, defensor natural de la organización que preside, pinta a ésta con los más favorables colores.

Se desprende de ese artículo:

1.° Que estando compuesta la cobertura de todas las divisiones de tiempo de paz, habrá de comprender, por consiguiente, divisiones muy alejadas de la frontera nordeste y no podrá ocupar del todo su puesto sino quince días después de la ruptura de las hostilidades, quince días que es de suponer no permanecerán inactivos durante ellos los alemanes.

2.° Que esas divisiones, en virtud del servicio de un año, se compondrán casi seguramente de «disponibles»; palabra nueva destinada a reemplazar y enmascarar la más inquietante de «reservistas», es decir, de hombres prácticamente no instruídos. Esos hombres tendrán enfrente al principio de las hostilidades, por lo menos, 250.000 soldados alemanes profesionales, perfectamente instruídos y perfectamente entrenados.

3.° Que las fuerzas francesas será difícil estén en situación de tomar la ofensiva y de estorbar los preparativos de la ofensiva alemana.

4.° Que, llegado el caso, no podrán las tropas francesas hacer otra cosa que replegarse, como lo hicieron en 1914, hasta el Marne y el Sena, y que la lucha se desenvolverá, lo mismo también que en 1914, en territorio francés, sin que haya que preocuparse por ello gran cosa, ya que, en resumidas cuentas, ¡en 1918 salimos vencedores!

No me corresponde averiguar aquí quién sea el responsable del lamentable estado en que se encuentra hoy día la defensa nacional. Ahí están los ministros que se han venido sucediendo desde 1920 en la rue Saint Dominique. Pero ahí están, sobre todo, los jefes militares que han actuado de consejeros técnicos y asesores en todo momento de esos ministros y de sus Gobiernos: empezando por el mariscal Foch.

¿Qué han hecho esos jefes militares para dotarnos de una frontera poderosamente resistente?

Nada.

¿Cuándo han protestado contra esa ausencia de organización?

Nunca.

Después de haber hablado tanto de «la frontera del Rin», sin descuidar los latiguillos oratorios, ¿se concibe que el mariscal Foch no haya cedido a la tentación de demostrarnos lo que sería capaz de hacer del Rin como instrumento de defensa en el preciso instante en que el más imperioso de los deberes le imponía su ley?

¡Cómo! Ese jefe militar que se jactaba tan ruidosamente de poder establecer sobre el Rin una frontera invencible, cesa de pronto de interesarse por ella y nos deja allí una abertura enorme, cual si no hubiera para él más alternativa posible que todo o nada... ¡Y yo que creía que al quedarse en su puesto lo hacía para cumplir con el primero de sus deberes!

CAPITULO XXI

LAS MUTILACIONES DEL TRATADO DE VERSALLES (Continuación y fin.)—EL DERROTISMO

Uno de nuestros más distinguidos discípulos de la Escuela de Roma me dijo haber leído en los muros de la *Ciudad Eterna* una proclama de Mussolini en la que se decía: «Nosotros somos los únicos en Europa que no hemos olvidado la guerra.»

Interrogo a mi país sobre la parte de culpas que puede ser su lote y sobre las que deben ser atribuídas a los súbditos de Mussolini, y mucho temo que, en lo que a nosotros se refiere, tenga fundamento la censura que nos lanza el hijo de la Loba. Pero su trono popular, lo mismo que nuestra incoherencia, no tiene asegurado el porvenir.

¿Qué es lo que nos ha llevado al extremo de abandonarnos en horas críticas y renunciar en silencio a las reparaciones que, con el asentimiento del enemigo, nos había asegurado la victoria? Un impulso prodigioso nos sostuvo en la batalla. ¿Cómo, de la noche a la mañana, el entusiasmo patriótico que tan alto nos llevó se convirtió súbitamente en humo? Accidente de patología social

que se manifiesta en las horas de crisis en los pueblos descentrados.

No hace falta recordar aquí cómo *pretendió* una facción de antipatriotas, ayudados por el invasor, instalarse en el corazón de nuestras reacciones militares para aniquilar, en plena invasión, incluso hasta la idea de patria. La personalidad nacional estaba amenazada de no se sabía qué acceso mórbido en el momento en que el cañón enemigo se encarnizaba en ella.

Esto, no podía aceptarlo yo. Mi educación fué de una implacable ideología, coronada de un patriotismo que nada podía hacer vacilar. En la insurrección vendeana, aliada del extranjero contra la Francia revolucionaria, las dos cualidades de republicano y de patriota confundíanse a tal punto que el *chouan* nos llamaba *patauds*, injuria que aceptaban con orgullo mis antepasados.

La patria era, y sólo podía ser, el hogar de todos para un común desarrollo de energías. Renunciar a la patria era cosa que no tenía sentido, algo así como si se hubiera pretendido que el niño se arrancara del regazo maternal. El hogar, la patria, no era una teoría. Era un fenómeno natural realizado desde las primeras edades de la especie humana. El animal tenía el nido como un hogar provisional, y el hombre, como permanente, el de la patria.

El paso de la Constituyente de 1789 a nuestra última república fué una sucesión incoherente de todas las formas de gobierno sin continuidad. Aun no hace mucho tiempo Francia abdicó la libertad de palabra y yo vi así mi padre deportado, sin ser juzgado, en 1885. Francia había sido, pero ya no lo era, la tierra de la libertad de pensamiento ¿Cómo explicar estas alternativas? ¿Un país con sobresaltos de ascensión o en convulsiones de neu-

rastenia? Estos desfallecimientos se pagan mucho más caros de lo que los pueblos piensan.

El segundo imperio, pasivamente soportado, marcó de una manera decisiva en nosotros una disminución de fe en la ideología combativa de la Revolución francesa, lo mismo que en la superioridad de los ejércitos liberadores que debían instalar a los pueblos en la práctica de su soberanía. Contra este hermoso sueño de atrevido idealismo se levantó, en medio de una aureola de fuerza incomparable, la Alemania de Bismark, con vistas a una dominación universal de los pueblos marcados por el destino. Nosotros estábamos vencidos, desmembrados, amenazados en todos los momentos por una nueva invasión, y cuando la agresión final de 1914 estalló, corrimos al frente sabiendo fijada nuestra suerte por adelantado si nos faltaba la ayuda de los pueblos condenados a una derrota complementaria de la nuestra.

La agresión alemana de 1914 nos sorprendió sin una defensa suficiente, lo mismo en el campo de batalla que en el dominio de una organización civil preparada para adaptarse a las formas de energía requeridas por la situación. Ahora puede decirse que la retirada de Charleroi al Marne fué un golpe de fortuna terriblemente arriesgado. El corazón del soldado francés recuperó, hasta lo increíble, la ventaja.

Francia estaba salvada. ¡Pero qué escalofrío! En tales encuentros, ¿cómo no iban a desarrollarse elementos de derrotismo? Y aparecieron pujantes, bajo formas que todavía no han sido olvidadas.

1870-1871 vieron todos nuestros recursos de energía rotos bruscamente, y, a través de cinco amenazas alemanas de agresión, muchos corazones débiles de entre nosotros,

sin ni siquiera poderse dar cuenta, quizás no estuvieran francamente rehechos. Los efectos eran diferentes, según los individuos. Algunos fueron hasta el extremo de los desfallecimientos y pagaron con su vida. Otros, con más o menos dificultad, sólo consiguieron bordearla penosamente.

Al procurar explicarme el caso del Sr. Caillaux, he pensado que veía la patria en peligro y procuraba conciliarse la amistad de Alemania por todos los medios. Esta era la interpretación más favorable. ¿Cómo no aceptarla cuando vi al Sr. Poincaré, presidente del Consejo, aceptar la cesión a los alemanes de una parte de nuestro Congo? Me opuse vanamente y tuve que abandonar en la tribuna una parte de mi demostración ante un llamamiento del Sr. Poincaré. Los acontecimientos se encadenan con efecto incoercible. Se cede a la amenaza, ¿pero hasta dónde? Cuando se produjo la irremisible agresión no había más remedio que ir a la guerra, y el señor Poincaré sufrió el destino que, contra su intención, él mismo había preparado. Este grave abandono del Congo no clasifica menos a los señores Caillaux y Poincaré entre los hombres abatidos por el espíritu de 1871, mientras yo me incluyo entre los que se rebelaron. De aquí las oposiciones, a las que ni él ni yo podemos cambiar en nada.

Al otro extremo de la cadena, incluso más allá del señor Caillaux, porque una inteligencia totalmente flúida adoptó indiferentemente en la imprecisión de los fines y de los medios todas las posibilidades de decir y de hacer, se ve al Sr. Briand, jefe de orquesta del derrotismo francés. Adrián Hébrard reconocía en él a «un Guizot en alpargates», cuyo calzado familiar habíase adornado con hermosos tacones encarnados. El Sr. Poin-

caré dejó hacer al Sr. Briand. Hasta qué punto lo aprueba no creo que él mismo se lo pregunte. Tal vez le acuse algún día, como ha hecho con los mutiladores del Tratado, sin infligirse la pena de investigar demasiado sutilmente sus propias responsabilidades.

El Sr. Briand tal vez tenga el sentido de las responsabilidades; pero no lo parece. A mí no me sorprendería que lo ignore todo del espíritu alemán y que corriera el riesgo de jugar al que gana pierde, sin preocuparse de las consecuencias. Para su partida necesita alemanes de buena fe. Y para él, la mejor manera de obtenerlos es de quererlos tales y decirlo bien alto.

¿Riesgos? Sí, los hay; siempre los hay. Incluso en la cordura hay algo de imprudencia. Y además, Europa no puede prescindir de Francia. Tal vez en el momento crítico encontremos de nuevo la ayuda necesaria. O tal vez, no. Lo desconocido. La confianza ciega de los que sólo encuentran recursos en la espera de lo desconocido.

Pero entonces, ¿por qué ha seguido Francia a esa ave de paso? Pues como ha seguido a todos los gobiernos, como siguió a los dos Napoleón, hasta que no los siga más; por ese desinterés de sí misma, que es el más peligroso de sus defectos. Cuestión de dosis en la peligrosa elección de la prudencia y de la prodigalidad de sí mismo cuando la sorpresa del drama lo permite.

¿No está claro que la idea misma de patria, todavía tan poderosa entre nosotros, ha perdido de su fuerza nativa en los corazones de los que, deliberadamente, se han dejado arrebatar la suma de orgullo francés necesaria para la refección de una continuidad de la patria?

Pero esto no es, ni puede ser, más que una entrada en materia. Tras las maniobras sucesivas que nos han

quitado una parte importante de las reparaciones necesarias, ¿qué diremos, qué haremos el día en que Alemania se sienta bastante fuerte para declararnos que no puede continuar sus pagos según las previsiones del plan Young, y que la ocasión es excelente para fundar y sellar nuestra amistad definitiva en un pacto de *renunciación*, que nos cubriría de honor? Entonces ya sólo restaría proveer a Alemania de nuevas colonias; despedazar, en provecho de ella, a Polonia y todos los demás países de «REPARTO», para saber en qué límites nos permitirá Germania encerrarnos para morir. ¿Y cómo podría ser de otra manera con los mismos hombres dedicados a la misma obra en la misma cantera?

¡La victoria! ¿Qué se han atrevido a hacer de ella? Los redactores del Tratado de paz iban a verse censurados amargamente por las exigencias insuficientes con respecto a Alemania, por hombres dispuestos a retroceder ante la simple aplicación, cuando recibieran el poder.

El Sr. Stresemann, nuestro amigo provisional, «*el mejor discípulo de Bismarck*», nos ha referido que había recogido del Sr. Briand esta suprema confidencia: «Yo »sólo deseo dejar en la historia el nombre del hombre »que, del lado francés, consiga la amistad entre ambos »países» (1). El sentimiento es irreprochable; pero existen los procedimientos fuera de los cuales tenemos que contentarnos con un ruido de palabras al viento. El señor Briand no es hombre que se embarace con este terrible *cómo*, puesto que le basta con aceptar todas las peticiones de su interlocutor, contando con el dejar hacer que el pueblo francés ha puesto, desde hace demasiado tiempo, a disposición de todos los gobiernos.

(1) *Journal de Genève*, 22 septiembre 1926.

Sin duda alguna será un signo de nuestro tiempo el que en una de las situaciones más graves de nuestra historia, las concesiones sucesivas que son toda la política del Sr. Briand, hayan podido seguir su curso sin que resonara el grito fatídico: «¡No se pasa!», que teníamos derecho a esperar. El Sr. Poincaré figuraba entre los primeros que podían y debían hablar por la patria. El ha visto, ha comprendido y ha permitido. En el fondo es la única queja que tengo; pero es demasiado y la historia no nos muestra nada en disposición de desarmar.

Cuando cayó sobre nosotros la agresión alemana, el señor Malvy era ministro del Interior en el Gabinete del Sr. Poincaré. La elección no era indispensable; pero el Sr. Malvy sabía explicarse muy bien. Meridional, hablador, buen chico, amigo de todos, no tenía enemigos. Quizás ésta fuera su desgracia. La misma confianza en lo peor y en lo mejor, esto es lo que le perdió, si un hombre que es hoy presidente de la Comisión de Hacienda del Congreso, puede ser considerado como un objeto perdido.

Conocidas son sus aventuras. En Burdeos, en 1914, no se había dado muy bien cuenta de lo que significaba la invasión alemana, pues lo que entonces le pareció más urgente fué una excursión campestre en un florido coche. Yo opinaba distintamente y me permití decírselo en mi periódico *El Hombre Libre*, que, gracias al Gobierno, no tardó en devenir *El Hombre Encadenado*. El Sr. Malvy vino a verme para excusarse. Palabras superfluas.

Nadie puede haber olvidado que, desde el principio de la guerra, apareció todo un cortejo de publicaciones destinado a suscitar la rebelión en el ejército y a ayudar a los alemanes en todas las formas de sus actividades guerreras. Sólo los alemanes, o los partidarios de la causa

Des risques ? Oui, il y a des risques. Il y a toujours des risques. Il arrive que la sagesse elle-même soit le plus imprudent. Et puis l'Europe ne peut pas se passer de la France. De nouveau nous aurons peut-être le coup de main nécessaire au bon moment. Et peut-être aussi, qui sait ? Rien de tout cela. La confiance aveugle de ceux qui n'ont de ressource que dans l'instinct de leur élan l'inconnu.

Alors, pourquoi la France a-t-elle suivi ? Comme elle a suivi tous les gouvernements jusqu'à ce qu'elle ne les suive plus. Par ce désintéressement d'elle-même qui est le plus périlleux de ses défauts. Question de dosage dans le choix dangereux de la parcimonie à la prodigalité de soi-même entre ces deux extrêmes, quand le rapprochement du chiffre le permet.

N'est-il pas assez clair que l'idée même de patrie, si puissante encore parmi nous, a perdu de sa force native aux cœurs de ceux qui se sont laissé délibérément ravir la somme de fierté nécessaire à la réfection d'une continuité de la patrie ?

Mais cela n'est et ne peut être qu'une entrée en matière. Après les manœuvres successives qui nous ont enlevé une part capitale des réparations nécessaires, que dirons-nous, que ferons-nous le jour où l'Allemagne se présentera, la main dans la vôtre pour se faire reconnaître ...

Cuartilla dactilografiada del capítulo XXI, con correcciones hechas por el propio Clemenceau.

alemana, podían, al parecer, tener interés en asegurar la vida de estas publicaciones antifrancesas surgidas al primer disparo de una guerra inesperada. Pues no. También estaban subvencionadas por el ministro del Interior, señor Malvy, que distribuía liberalmente, en la sombra, los fondos secretos a los peores enemigos de Francia. Algunos sabían esto y no lo decían para «evitarse líos» (1). Yo era uno de los que lo sospechaban sin poder probarlo.

El Sr. Malvy tenía sus jefes. ¿Estaban enterados éstos de lo que ocurría? Pese a las acusaciones que le presentaban subvencionando a los agentes del «*derrotismo*» (en buen francés esto significa traición), el Sr. Malvy seguía demostrando sus simpatías por los representantes del enemigo, en armas sobre nuestro territorio. Es que contaba con apoyos poderosos. En el Senado, en una reunión secreta (2), le denuncié inútilmente, pues en torno suyo se agrupó una mayoría compacta (3); pero no me di por vencido, y el 22 de julio de 1917 volví a subir a la tribuna. Nuevamente anatematicé las campañas derrotistas, anarquistas y la culpable tolerancia del Sr. Malvy, ministro del Interior. El Tribunal Supremo de las Cortes denunció en todo esto una incitación a los motines (4).

---

(1) Entre las diversas manifestaciones del derrotismo incluyo al emboscado clásico, a los que el frente inspiraba pánico y permanecían lejos de él, en buenos sitios, insidiosamente apoyados por recomendaciones parlamentarias. Conservo vivo el recuerdo de uno de nuestros más elocuentes oradores, al que me costó mucho tiempo desalojar de plaza en plaza y que al partir para el frente, al final de la guerra, me envió una tarjeta despidiéndose. La impertinencia me hubiera hecho reír de no significar un cinismo vergonzoso.

(2) Verano de 1916.

(3) Sólo pude obtener seis votos en mi favor, y entre ellos, el mío.

(4) La historia de nuestros motines militares no ha sido escrita. Espero que un día lo será por alguien que los vió muy de cerca. Es una terrible lección de cosas en la que se jugaba la vida y la muerte del país y que se solventó favorablemente gracias al completo acuerdo entre las activida-

Esta vez quedó el Sr. Malvy seriamente comprometido. Poco después presentaba la dimisión y adoptaba la actitud de mártir y de «defensor de la clase obrera», actitud de la que ya no se separó.

Surgió León Daudet, que dirigió al Gobierno una carta en la que Malvy era objeto de las más graves acusaciones, concretamente de haber entregado a los alemanes el plan de operaciones del Camino de las Damas. Al leer esta carta el Sr. Painlevé, ministro de la Guerra, en la tribuna del Congreso, el Sr. Malvy se creyó salvado y pidió él mismo comparecer ante los Tribunales para poder demostrar la inanidad de «tan infames acusaciones».

Intervinieron las Cortes, constituídas en Tribunal, y el Sr. Malvy compareció ante éste, que dictó un fallo el 6 de agosto de 1918 absolviendo al acusado del delito de alta traición. No había intervenido para nada en el sangriento fracaso del Camino de las Damas; pero el Tribunal no entendía juzgarle solamente por este asunto, y sentenció:

«Considerando: Que al Tribunal le consta que desde »fines de 1914 se había concertado un plan en el territo»rio de la República para destruír la defensa del país mi»nando la fuerza moral de la nación y el espíritu de dis»ciplina del ejército; que esta propaganda criminal se »efectuaba mediante la creación de periódicos, hojas suel»tas, discursos y conferencias.

»Considerando: Que Malvy no ignoraba la existencia »de esta empresa criminal, cuya gravedad han señalado »todos los testigos que han comparecido y que ha sido la

---

des civiles y militares. Los culpables volvieron rápidamente a sus deberes, lo que me permitió hacer renacer la tranquilidad y la confianza en los espíritus y en los corazones.

»causa principal de los motines militares de mayo y ju-»nio 1917.

»*Considerando*: *Que en vez de oponer a esta propa-»ganda una enérgica acción el acusado concedió subven-»ciones a un diario cuyos principales redactores han sido »condenados por inteligenciarse con el enemigo*; *que fa-»cilitó con favores y abusivas tolerancias la actuación cri-»minal de Almereyda, Duval y Sebastián Faure*; *que en-»torpeció la vigilancia de las transacciones que efectua-»ba, por medio de la mujer Duverger, el espía Lipscher*; »*que se negó a prohibir la propaganda antipatriótica del »anarquista Vandamme*; *que se opuso a que se recogie-»ran en las imprentas clandestinas hojas impresas exci-»tando a los militares a la desobediencia, a la rebelión »contra sus jefes y a traicionar a la patria.*

»*Considerando*: *Que en virtud de instrucciones gene-»rales que él había dado, la acción de las leyes penales »fué suspendida o entorpecida en favor de anarquistas »notorios perseguidos por delitos de derecho común*; *que, »por último, el acusado destruyó todo o parte del expe-»diente conteniendo los cargos contra Sebastián Faure, »expediente que le había sido confiado en virtud de sus »funciones.*

»Considerando: Que Malvy pretende inútilmente en su »defensa, que se limitó a ejecutar las instrucciones y la »política de los Gobiernos de que formó parte; que ten-»diendo esta política a la unión sagrada de todos los fran-»ceses ante el enemigo, no puede ser discutida por el tri-»bunal de justicia; que la acusación reprocha, con justi-»cia, al acusado *haber hecho una política personal de aban-»dono y debilidad que aumentaba diariamente un peligro, »que él no podía desconocer*, cuando la doctrina de los Go-

»biernos de que formó parte consistía en aplicar la ley a »todos los criminales, fueren quienes fueren.

»Considerando: que el Malvy sostiene en vano que te- »nía que proceder como lo hizo, para evitar crisis y suble- »vaciones más peligrosas para el país que la propaganda »que permitía hacer.

»Considerando: que este argumento no justifica los ac- »tos reprochados al acusado, que, además, desmiente ese »argumento el entusiasmo patriótico de casi la unanimi- »dad de los obreros franceses y que tiene el grave error »de *suponerlos capaces de solidarizarse con presidiarios »y hombres tarados que habrían expulsado de su seno de »haber conocido su actividad y sus propósitos*:

»Por estos motivos,

»Declara a Juan Malvy no culpable ni como autor prin- »cipal ni como cómplice del crimen de inteligencia con »el enemigo, cometido informando a éste de nuestros »proyectos diplomáticos y militares, proporcionándole el »plan de ataque del Camino de las Damas y provocando o »excitando a los motines militares para favorecer sus »proyectos.

»Declara a Juan Malvy *culpable de haber*, en sus fun- »ciones de ministro del Interior de 1914 a 1917, *olvidado*, »*violado y traicionado los deberes de su cargo en condi- »ciones que constituyen un estado de prevaricación, incu- »rriendo en las responsabilidades criminales previstas por »el artículo* 12 *de la ley de* 16 *de julio de* 1875.»

Y Malvy fué condenado a cinco años de destierro.

Llegó la victoria y luego la paz. Los Gobiernos se sucedieron y no tardó en llegar la hora de las solemnes reparaciones.

El 19 de noviembre de 1924 se discutió en el Senado el

proyecto de ley de amnistía. Se trataba de abrir las puertas a todos los traidores, desertores, etc...

El Sr. Cheron exclamó de pronto:

—Si los hombres más autorizados pudieran hablar, os dirían que, contrariamente a lo que habéis creído, contrariamente a lo que cree una parte de la opinión, el señor Malvy, ministro del Interior, no faltó en el desempeño de su cargo a los deberes de patriotismo. Lo he oído decir con frecuencia a personas muy elevadas y puedo repetirlo.

El Sr. Tissier declaró a su vez que había en el Senado un hombre «que lo supo todo» y le rogaba que dijera si en su alma y conciencia juzgaba culpable al señor Malvy.

Entonces es cuando intervino el Sr. Poincaré:

—No me esperaba—dijo—a que se pusiera en causa a un ex Presidente de la República por hechos acaecidos durante su presidencia. Fué el propio señor Malvy quien pidió ser juzgado, y el Gobierno de entonces tomó sus responsabilidades sin intervención del Presidente de la República. Puedo, sin embargo, decir *que no conozco acto alguno realizado por el señor Malvy que signifique una falta de patriotismo.* (Grandes aplausos en la izquierda.)

Tal fué el certificado discernido por el Sr. Poincaré —gran lorenés—al Sr. Malvy, amigo de Almeyreda.

Cierto que en el camino de rehabilitación de Malvy el Sr. Briand debía ir más lejos aún.

En 1926 fué encargado el Sr. Briand de formar Ministerio. ¿Y a quién tomó como ministro del Interior? Al mismo Juan Malvy.

Y el 19 de marzo, en el Congreso, contestando a una interpelación del Sr. Ibarnegarray, que expresaba su sor-

presa al ver al Sr. Malvy en el banco del Gobierno, declaró el Sr. Briand:

—El señor Malvy fué ministro durante la guerra en uno de mis Gabinetes. Otros presidentes, en quienes tenéis confianza, lo confirmaron en su cargo. *Todos reconocimos que había cumplido admirablemente con su deber. El hecho por el cual fué condenado se ha comprobado que no era cierto. Yo mismo lo he revelado, y mis palabras han sido confirmadas.*

¿Cuál es el «hecho» a que se refiere el Sr. Briand? Malvy no fué condenado *por un hecho*, sino por *toda una política*. Ahora es presidente de la Comisión de Hacienda del Congreso y dirige a nuestros dirigentes. El Sr. Poincaré, ex Presidente de la República, *no sabe* que subvencionando, con fondos del Estado, a criminales fusilados por alta traición, el Sr. Malvy faltara a sus deberes de patriotismo. ¿Qué más, pues, necesita?

El Sr. Briand va más lejos y da un certificado al señor Malvy por haber «*admirablemente cumplido con su* »*deber*.» Llega incluso a decir «*que el hecho por el cual* »*fué condenado el señor Malvy* se ha comprobado que no »era cierto y que él mismo (Briand) lo afirmó así.» ¿Qué confusión se pretende crear? Si se trata de no sabemos qué plan del *Camino de las Damas*, téngase en cuenta que el Sr. Malvy no fué condenado por esto. Si se trata de las subvenciones a criminales, hecho auténtico por el cual le condenó el Tribunal, que nos diga el Sr. Briand de qué actos del Sr. Malvy sale fiador.

Cuando veo al Sr. Briand hacer una política de abandono del tratado, política que nos arrebata el beneficio reparador—sin que el Sr. Poincaré se le ocurra la idea de imponer a su colaborador una pausa—, ¿no puedo permi-

tirme yo, como simple ciudadano francés, pedirles cuentas, y cuando les veo inocentando a un culpable, preguntarles la razón de un estado de espíritu cuyas consecuencias tan cruelmente repercuten en nosotros? No formulo contra ellos ninguna acusación; les creo patriotas, como a todo el mundo; pero me asiste el derecho de no comprender sus certificados de buena conducta a Malvy, y puesto que vienen a buscarme en mi retiro con un haz de puntos de interrogación sobre las cosas de la guerra, aprovecho la oportunidad para intentar poner en claro una política llena de obscuridad.

CAPITULO XXII

LA PAZ A RECULONES

Después de las desconcertantes observaciones donde se alinean las desastrosas *mutilaciones del Tratado de Versalles*, este título se explica muy fácilmente. Doy este nombre a una paz en que el vencedor, por cualquier causa, abandona al vencido una parte de las ventajas adquiridas con sangre en los campos de batalla. Las debilidades de carácter no son menos temibles en la paz que en la guerra, puesto que conducen al hombre con igual seguridad al abandono de su dignidad, de su voluntad, de su personalidad, de todo lo que tiene valor en las oposiciones de la paz o de la guerra.

Sin volver a insistir sobre los supuestos agravios al mariscal Foch, me extenderé más gustoso sobre las desgraciadas consecuencias que para la paz futura tendrán tantas renuncias a las condiciones del Tratado. Habría preferido eludir una respuesta si en ella no hubiera visto la ocasión de añadir algunas rápidas observaciones sobre la situación a que la Francia victoriosa se ha visto conducida por aplicaciones a contrapelo de un contrato instituído para la salvaguardia de sus más urgentes intereses. Puede que muchos hubieran preferido anécdotas. Que me

dispensen por haber buscado en estas observaciones la ocasión de una enseñanza.

Tomo, pues, el acontecimiento tal como se presenta, y me pregunto si habrá un solo francés que admita que podemos perdonar a los alemanes las obligaciones cuya carga va a pasar al vencedor arruinado por las devastaciones sistemáticas del invasor vencido. Cuando pregunto la explicación de esto, suelen contestarme encogiéndose de hombros, para acusar a la prensa, al Parlamento, a los políticos, y declarar que después de unas cuantas concesiones más todo el mundo quedará contento. En consecuencia, se entrega el porvenir después de haber entregado el presente a los requerimientos de Alemania, que no espera más que un suplemento de concesiones supremas, una letra a pagar, que no será la última hasta que quedemos totalmente despojados.

Me parece que las batallas más sangrientas de la historia, coronadas por una victoria total, habían abierto a beneficio de los aliados una cuenta muy distinta de ésta.

Pero para comprender bien el carácter inevitable de este siniestro abandono, hay que examinar las circunstancias de la agresión alemana y el partido que la misma Alemania ha sacado contra nosotros cuando se rompieron sus organizaciones de violencia.

Con diversos pretextos, todas las guerras de los tiempos antiguos, y puede decirse que también las de los tiempos modernos, han sido guerras de conquista. Como el mariscal Foch, los pueblos están buscando eternamente una buena frontera, y tal vez lo más notable es que no la han encontrado jamás.

El rayo descargó en 1914. Francia e Inglaterra están en pie. América llegará muy tarde, y su retraso produci-

rá un efecto cuya importancia no trataré de aminorar. Desde Charleroi al Camino de las Damas, victorias y derrotas desgastan los efectivos de los combatientes, hasta que los alemanes ven llegar el momento en que nuestras tropas penetran en su territorio. El pensamiento de sus crímenes contra la civilización y de las represalias a que se han hecho acreedores los llena de terror. Piden la paz y capitulan sin restricción, con algunos rugidos a lo Brockdorff-Rantzau. Ha terminado el drama de la guerra; comienza el drama de la paz.

Aquí es donde, en su calidad de personas para quienes está abolida toda ley moral, los nacionalistas alemanes van a mostrarse capaces de reacciones que no podrá contener ningún escrúpulo de humanidad.

Las mentiras alemanas no han suscitado siquiera una protesta formularia de los Gobiernos aliados, ansiosos ante todo de restablecer sus relaciones de la anteguerra con la industria alemana.

¡Qué increíble acontecimiento! Alemania, culpable del mayor crimen europeo, premeditado, preparado y perpetrado a la vista de todo el mundo, se presenta vencida ante el tribunal de Europa y del mundo civilizado, no para responder, sino para exigir cuentas. Una mentira la deja libre. Una mentira nos acusa. Y nuestro cultivo de incoherencias desencadenadas se dispone a reducir a la nada el Tratado de Versalles. Cada día Alemania pedirá, exigirá que se alivien sus cargas para abrumar con ellas a Francia, agotada; y cada día, una parte de la carga de la derrota pasará de los hombros alemanes a lo que queda de vida francesa, por obra y gracia de los encargados de aplicar el tratado.

No quiero señalar las responsabilidades de nadie. La

cuestión es demasiado elevada para empequeñecerla con alusiones personales. Y como todo se ha hecho a la luz del día, nada puede realizarse sin el consentimiento tácito del país.

La paz separada de América pudo proporcionarnos una ocasión de reaccionar. Se ha dejado hacer, y Francia marcha derivando hacia destinos desconocidos. No hay la menor noticia de una opinión pública ansiosa del necesario enderezamiento. No hay palabras ni acción. Tímidos gemidos apenas formulados. El muro de las lamentaciones, supremo recurso de impotente verbalismo en los pueblos que sienten escapársele su vida histórica. Conocer el mal y gemir puede ser un resto de fuerza. ¡Pero nos hace falta sonreír y nos recomiendan el «buen humor»!

Entonces es cuando resuena el gran grito de suprema angustia. ¿Adónde vamos? Si no se presenta para responder un hombre de acción, es que la catástrofe se acerca. La Inglaterra de nuevo estilo da puñetazos en la mesa, como Alemania, para obtener de nosotros pagos suplementarios. Y cuando M. Stresemann declara gravemente que *«está abierto el camino para una colaboración estrecha entre Alemania y sus vecinos»*, es el portavoz del pueblo más criminal de la historia, que, no habiendo podido extraernos la última gota de nuestra sangre, nos hace irónicamente el favor de reconstituír sus fuerzas a costa nuestra. Ya están dispuestas las reivindicaciones de orden colonial; el trabajo de estrecha colaboración va a comenzar desde el principio.

¿Por qué habríamos de ofrecer en este asunto resistencias que no hemos sido capaces de presentar en el asunto financiero? Inglaterra tendrá algo que decir, y puede que veamos de nuevo el puño de Mr. Snowden golpeando en

la mesa de la Conferencia. Ello dependerá de las combinaciones del momento, donde nuestra presencia será un puro formulismo, mientras que América, extraña a la cuestión, estará preparando alguna proposición de las suyas. Lo más temible en esta confusión es que no puede uno detenerse en el camino.

¿De qué se trata, pues, si no de proceder, artículo por artículo, a la reorganización de la potencia alemana? Por un verdadero milagro de voluntad, después de haberse hundido en la guerra, esta potencia va a reconstituírse en la paz a reculones, que abandona pulgada tras pulgada todo lo que el derecho humano había ganado con nuestra victoria. Después de la reparación por la mentira de la situación moral de Alemania, viene la inversión de las reparaciones financieras por el progresivo encadenamiento de las mutilaciones del tratado hasta el pago de las supuestas deudas americanas.

Por último, ajustada esta cuenta, es decir, iniciada la herida suprema, se nos dirá que la estructura europea de derecho, según el Tratado de Versalles, sólo ha producido en todas partes malestar social y recriminaciones que conducen a efectos de violencia. Ese día verá la coronación del esfuerzo alemán desde la firma del tratado.

¿De qué fuerzas dispondrán los nuevos pueblos de Europa central? ¿Qué ayuda podremos prestarles? Todas las cuestiones levantadas por la agresión alemana de 1914 se plantearán a la vez. Alemania habrá rehecho sus fuerzas, habrá tomado fatalmente sus medidas para aislar a Francia.

Me detengo en el umbral del temible momento en que se iniciará la partida suprema. ¿Quién decidirá de la Francia histórica? El Macedonio no ha hecho más que

desgarrar el mundo que preparaba la civilización. A la postre, no ha ganado nada. Pero ha hecho todo lo posible para multiplicar las dispersiones de energía y romper las tentativas de renovación a que se habían dedicado los más bellos esfuerzos del más bello ideal de humanidad.

¿A qué catástrofes puede conducirnos esta perfecta confusión de todo? En este momento, parece imposible preverlo. El abismo es insondable. Ciertamente ocurrirá algo que no puede preverse. Para reaccionar habrá que encontrar primero algo a que asirse. Sin embargo, no puedo resignarme a creer que no digamos nuestra última palabra. Antaño, en tiempos semejantes, surgió un hombre de genio que nos traía la panacea de una autoridad sin límites. No consiguió más que arrojar al abismo todas sus victorias en la llanura de Waterloo, donde se determinó por cierto tiempo una apariencia de orden europeo. Hoy no tenemos ningún hombre de genio, y yo no lo espero. Querría simplemente que el pueblo francés se atreviera a confiar en sí mismo, y éste es precisamente el espectáculo que me está vedado.

Hemos creado nuevos pueblos con jirones de los vencidos, y les hemos asignado territorios tan justamente como nos fué posible. No es culpa nuestra que el embrollo haya llegado a tal punto que a veces haya sido preciso torcer el camino. Así, los actos de justicia histórica se han resentido de los que prosperaban en la iniquidad y de otros que sólo podían pasar inadvertidos. Quizá no se nos perdonen ciertos beneficios de nuestra intervención.

Después de haberse enriquecido por la guerra, América se dispone a arruinarnos, desviando, con extravagancias de nuevos ricos, las cantidades que deberíamos recibir en concepto de reparaciones alemanas. Al mismo

tiempo, inquieta a Inglaterra, que ya no puede pretender la dominación de los mares bajo el pretexto de «*libertad*». Toda la nueva Europa central se conmueve ante la actividad violenta de una Alemania que, con la ayuda inconsciente de ingleses y americanos, se dispone a recomenzar la aventura del crimen no expiado. Así, el americano habrá venido a Europa para instalar el pasillo de Dantzig en beneficio del polaco, y regresar a las orillas del Mississippi para esperar—en seguridad—lo que resultará para Francia. ¿Qué le quedaría entonces a América de su antigua generosidad y nobleza?

Francia estará en su puesto, preparada para todos los deberes, y si debe morir por haber hecho el bien, no estaremos menos orgullosos que en los tiempos en que la capitulación de Lord Corwallis, en Yorktown, fundó la actual República norteamericana, representada, en el último campo de batalla americano, por los soldados franceses de la independencia americana. Y si hubiera Gobiernos democráticos que contemplaran y quizá hasta ayudaran al invasor (que todo puede ocurrir), esperaríamos en nuestro infierno de nobleza humana a que pasaran los días de vergüenza.

¿Qué deducir de semejante situación? La inestabilidad universal de los espíritus no permite fijeza alguna de consideraciones. Siempre es fácil predecir. Yo encontraba una fuerza en el silencio. ¿Por qué no me ha permitido Foch continuar encerrado en él?

Es evidente que la lógica del discurso nos conduciría a las más sombrías predicciones. En vano busco por el horizonte el signo de un restablecimiento. Cada día nuestra pasividad lo agrava todo, mientras que la violencia alemana no retrocede ante ningún medio. Sin duda la

conciencia humana es un hecho social del que no puede prescindirse a capricho de los malhechores. Pero ella tiene toda la eternidad, y yo no tengo más que un día. Y aun esto no es seguro.

Cuando el alemán se presenta ante nosotros con sus mentiras, cuya fórmula nos da él mismo, se juzga, se condena con una inflexible autoridad. Se equivoca si cree que podrá instalar simultáneamente una vida de recta conciencia en la sociedad germánica y una vida de impúdicas mentiras en sus relaciones sociales de pueblo a pueblo, y este error lo incapacita para vivir la vida de justicia, sin la cual no pueden durar los pueblos civilizados.

No conozco el porvenir e ignoro qué formas de actividades sociales nos ofrecerá aún la ineluctable ley de los destinos. Pero quiero creer que la civilización prevalecerá sobre el salvajismo, y esto me basta para separar a Alemania de una vida de dignidad común, en tanto funde sus reacciones de energía sobre la mentira insolente de una Alemania que no ha querido la guerra y sólo ha recurrido a ella en defensa propia.

Pero si nuestro destino debe cumplirse en una dirección más elevada, es preciso que nos tomemos la molestia de colaborar. Y éste no puede ser el efecto de nuestra criminal indiferencia en una crisis de paz que no es menos grave que la crisis de guerra a la que ha sucedido.

Si Alemania, bajo la obsesión de un militarismo tradicional, persiste en su *Deutschland uber alles*, entonces la suerte está echada. Reanudaremos la guerra espantosa en el punto donde la hemos dejado. Hay que tener el valor de prepararse, en vez de enervarnos con mentiras que no pueden engañar a nadie.

Si Alemania quiere prepararse a vivir la paz, como

dice, QUE LO PRUEBE, y entonces no nos hará falta el chino de Ginebra para que nos pongamos de acuerdo. Yo pido sencillamente a la Providencia que nos libre de los habladores y que busque entre nosotros, si los hay todavía, hombres vigilantes. Ciudadanos del nuevo derecho europeo: ha llegado vuestra hora. Elaborad vosotros mismos vuestro destino.

Pero ¿no andaré yo descaminado? ¿Será verdad que esta política de mutilaciones del tratado, de tan gustoso renunciamiento a las reparaciones consentidas por el enemigo vencido, no es, en resumen, otra cosa que la idea feliz que nos conduce a buscar la amistad alemana para terminar de un modo decisivo con esta civilización con intervalos de matanzas? ¿Habrá mejor ocasión que esta victoria del derecho que por fin aportaría por las dos partes la cantidad de energía necesaria para realizar una paz duradera de dichosa reciprocidad?

Estas penosas concesiones, por medio de las cuales se han dedicado nuestros gobernantes a redimir cuentas de las reparaciones que el tratado de paz había cargado a los devastadores, serían, en verdad, sacrificios supremos ofrecidos por nosotros al ideal de un orden de derecho que debe conducirnos a una civilización pacificada. Ciertamente, la prueba es dura. Pero el resultado vale la pena, pues la más hermosa de todas las batallas históricas es aquella que extirpe para siempre una aspiración de desquite. ¿No nos juzgaríamos dignos de esta alta aventura? Siempre habrá riesgos que correr. ¿No somos los hijos de aquellos que con tanta frecuencia enseñaron el camino a la humanidad nueva? ¿O bien, después de la más bella victoria militar, nos refrenará el solo pensamiento de un fracaso que tendría consecuencias incalculables?

Para solicitar nuestras esperanzas, no había mejor argumento que el de una extravagancia de generosidad hacia el pueblo vencido para fundar una paz duradera. ¿Pero quién podría pedirnos que nos enzarzásemos en semejante aventura sin asegurarnos antes de las disposiciones de un compañero que había demostrado hacia nosotros sentimientos muy distintos de los que se trataba de suscitar? Las extravagancias provienen sobre todo de la flaqueza innata del hombre que le entrega a las violencias de lo que llamaría las primitivas manifestaciones de la animalidad humana.

No puedo menos de felicitarme cuando me dicen que una política de concesiones más o menos felizmente calculadas producirá disposiciones benévolas en nuestros antiguos enemigos, pues nada deseo más que una estabilidad de equilibrio europeo. Pero necesito descubrir algún signo de una respuesta favorable a las disposiciones benévolas de que me hablan. ¡Cuál no será mi sorpresa cuando descubro que *Alemania no cesa de armarse*, *mientras Francia continúa desarmándose*! Al otro lado de la frontera, todos los procedimientos del más sabio armamento. En nuestra casa, las fronteras abiertas, los armamentos deficientes, los efectivos muy por bajo de las cifras reconocidas como necesarias; enfrente, una vida febril de reparación general desarrolla y reorganiza por el ajuste de un material nuevo todas las partes del armamento lo mismo que del material de transporte. No hay trabajos más ampliamente consentidos. No hay quejas. No hay resistencia. Sólo hay buena voluntad. Entusiasmo por todas partes desde que se arroja la palabra guerra a las pasiones de la multitud, y ningún signo de reconciliación francoalemana.

«*Alemania se arma y Francia desarma*»: he ahí el rasgo característico del pasaje de la historia donde se oponen tan brutalmente los dos estados de espíritu, que puede desafiarse a todo hombre cuerdo a que obscurezca su evidencia. La historia del plebiscito que quiere rechazar violentamente las medidas financieras aceptadas por nosotros para ayudar a Alemania a pagar lo que pueda subsistir de sus obligaciones financieras, parece una indicación suficiente de la más furiosa hostilidad. Así, a la implacable luz de los hechos vemos al alemán batallador y al francés indolente aplaudiendo a los oradores que le anuncian las violaciones del tratado de paz.

CAPITULO XXIII

EL SOLDADO DESCONOCIDO

Y a todo esto, ¿qué dices tú, soldado desconocido de Francia? ¿Qué quieres? ¿Qué haces? Sí, a ti te pregunto, modesta y noble creación del espíritu popular, silencioso para siempre bajo la losa fúnebre. No me obsesionan las historias de Foch. Lo que me preocupa es el porvenir de Francia, demasiado incierto en nuestros vanos tumultos de palabras, para no inquietar a una clarividencia fatigada con tanto imprevisto. ¿Qué es lo que podemos esperar para nuestro país de tu mudo veredicto?

París ha visto pasar en las pompas de la muerte el aparato emocionante del jefe militar, destinado a la eternidad. Yo le había rendido el homenaje de mi despedida. Más tarde se despertó en mí el espectáculo de esas procesiones teatrales del triunfo romano, donde, entre todas las brillantes escorias de los grandes pillajes, se ostentaba el fasto supremo de los reyes encadenados. Y me preguntaba cómo nos orientaría esta multitud recogida que se buscaba, sin encontrarse siempre, en solemnes manifestaciones cuyo sentido preciso no estaba definido claramente. Roma cedió el puesto a Bizancio. Luego vinieron otras formaciones, y la historia prosiguió impasible el desfile de su cadena. ¿Ha

salido siempre de las glorificaciones de la multitud un acrecentamiento de la grandeza humana en sus esfuerzos de vida civilizada? El dado está arrojado. ¿Cómo caerá?

Si el hombre fuera capaz de reflexionar profundamente sobre sí mismo, no necesitaría tantas leyendas que pueden equivocarlo. Le bastaría contemplar su vida y observar al paso los rasgos de fuerza o de flaqueza. Que se presente quien se juzgue capaz del necesario desprendimiento.

Nuestras sumarias apreciaciones nos conducen a clasificar a los hombres en buenos y malos. La verdad sería ver lo bueno y lo malo a la vez. No necesitaríamos tantas ficciones para crearnos un personaje a la medida de nuestra vanidad.

Los españoles dicen de un soldado: fué valiente tal día—dejando el resto a lo desconocido. Foch fué bueno y muy bueno en el Marne, en el Yser, en Doullens, y ya es bastante. No me quería, lo cual se explica perfectamente, y yo sentía por él una debilidad que no era del todo inexplicable. Puede que hoy muchos me encuentren riguroso. Sin embargo, la buena voluntad guió todos mis actos con respecto a él. Le habría bastado un alma media para complacerse en atestiguarlo.

He dicho que tenía aspectos de jefe y hasta de héroe. Sólo le faltaban los que elevan al hombre por encima de las contingencias personales. Hemos trabajado juntos, y con mucho gusto diría que de acuerdo, si no me desmintieran los hechos.

Le reprocho sobre todo el no haberme permitido acabar mis días en la modesta arrogancia de un silencio en el que yo saboreaba lo mejor de mis profundas alegrías. Y ahora, después de haber respondido, pienso si no ha-

bría hecho mejor permaneciendo mudo como tú, soldado desconocido, enaltecido por el silencio.

¿Qué importa hoy que Foch o yo hayamos dicho esto o hayamos hecho lo otro? Es materia de debate para los ociosos asomados a la ventana, en espera de las apariencias que pasan. Pero si en el tumulto de los hombres y de las cosas se nos ocurre buscar, más allá del hombre que se desconoce, resultados mejores para los tiempos futuros, creo que habría que mirar más alto para llegar más lejos.

No estoy dispuesto a tachar una coma de lo que he dicho. Pero siento haberme visto obligado a decirlo, porque, aunque esto sirve para precisar juicios de personas, me parece que con ello no mejorará la conducta del porvenir. Foch ha contribuído con mucho al éxito de la guerra. Abandonarlo a sí mismo habría sido quizá otra solución. Vale más una victoria sin un gran estratega que un triunfo de estrategia en la derrota, como le ocurrió en 1814 a Napoleón, acorralado por todas partes. Nosotros hemos ganado la guerra con la actividad de Foch y de todos los demás, cada uno en su puesto. Cuando vemos los errores más o menos explicables de cada uno, ¿estamos bien seguros de que nuestra prudencia tardía no va en dirección a otros errores, colocados inconscientemente en el camino?

Sin embargo, hay una lección de conciencia humana que se verifica en pueblos diversos, y no nos está vedado creer que algunos hombres son capaces de comprender la enseñanza de sus propios errores tan claramente como la de los ajenos. En este caso, hay una probabilidad de que algún día pueda aprovecharse una lección tardía. Aceptemos lo que es el hecho de nuestra condición humana con sus grandezas y sus flaquezas; intentemos cri-

ticar sólo para aprender, es decir, para avanzar en dirección a la verdad.

Aquí es donde se presenta el principal obstáculo, lo mismo para el recto conocimiento de las cosas como para la justa lección que conviene aprovechar: la perturbadora sensación de la *personalidad* a la que referimos todo acontecimiento que se presenta a nuestra apreciación. Aquí es donde tú, gran soldado desconocido de Francia, aventajas tan notablemente a quien reduce todas las cuestiones del hombre a aspectos de sí mismo. La principal virtud de tu poema está en la *impersonalidad*. Es el mismo pueblo francés, tal como lo ha hecho la historia, quien te ha comprendido, te ha querido y te ha hecho así y te ha colocado en lo más alto de sí mismo, por encima de todas las vanidades. En la batalla, Foch ha sido y continúa siendo históricamente tu jefe. Como hombre, ha tenido defectos de personalidad, por los cuales nos adelantaremos a él en los malos días, para dejarle el desquite de las grandes jornadas.

En cambio, tú no esperas siquiera la fama de un nombre, porque no tienes historia, y esto es lo más hermoso de tu aventura, puesto que, sin graduación, sin honores, sin insignias, has corrido al sacrificio sin pronunciar palabra, para mantener a nuestra Francia en su alta armazón, sin quejarte pueril mente de cualquiera que te haya molestado, tan sólo porque no era como tú. Has conocido la fortuna más alta del hombre, muy superior a la gloria vana. Lo has dado todo y no has recibido nada.

Un fabricante de tratados pone su ostentación ruidosa en todo lo que brilla al sol. Otro busca un equilibrio de paz bajo una máscara de obscuridad. Tú opones la nobleza tranquila de un corazón simple al estrépito de las

recriminaciones contra cualquiera que no se inscriba en el círculo de admiradores de las fortunas que pasan. ¡Qué extraña necesidad esta de querer sobrevivir a toda costa en el recuerdo de hombres que nos son indiferentes! La notoriedad es una tentadora molestia, sobre todo cuando su alboroto se contenta con una insuficiencia de medios. Ni siquiera estoy seguro de que no la teman aquellos a quienes un desprendimiento de las cosas humanas les permite llevarla moderadamente. Cuestiones de alta psicología a través de las apariciones de conflictos que forman sucesivamente los tormentos y las alegrías de nuestras incoherencias.

¡Qué encuentros de sensaciones, de 1871 a 1919, para los alemanes vueltos a Versalles, a esta misma galería de los Espejos, para presenciar la disolución de aquel mismo Imperio germánico proclamado ayer en el mismo sitio, entre ostentaciones teatrales de uniformes guerreros, golpes de talones, gritos de victoria y tintineos de oro y de hierro!

¡Ha bastado medio siglo para que se desvaneciera por completo un sueño «kolossal», disipado en las mortíferas incoherencias de un degenerado imperial!

Ayer, el jefe de su delegación, conde de Brockdorff-Rantzau [1], venía a pedirnos nuestro proyecto de tratado. El germano, en pie, rígido de insolencia, nos leía una página que comenzaba así: «Por fin, vais a satisfacer vuestro odio...» y Mr. Lloyd George me preguntó en voz baja:

—¿Qué va usted a responderle?

---

1. Mandaba una delegación del Reich cerca de los Soviets que tenían un objetivo contrario del valor de esta colaboración para las empresas de Alemania contra la Europa libertada.

A lo que contesté:

—Voy a ponerle mi documento bajo las narices, diciéndole: «Esto es lo que tiene usted que firmar.»

Como lo hice.

Menos soberbia el día de la firma, en que los espejos del Gran Rey sólo reflejaron los fuegos fatuos de grandes gafas redondas coronadas por cráneos administrativos, que desmentían los vagos gestos de una cortesía enfurruñada. Un silencio trágico.

De pronto, un sobresalto agitó a la muda asamblea. Sobre un banco de terciopelo, entre dos ventanas, acababan de instalarse tres figuras contorsionadas de la tragedia infernal—ojos desorbitados, mandíbulas rotas, rostros surcados por toda clase de chirlos—, tres heridos de la guerra, invitados a ocupar el sitio de honor, en recuerdo de espantosas torturas aceptadas heroicamente.

¡Salve, heroicos amigos, que en la desgracia de sobrevivir os presentáis aquí para dar una lección formidable! Somos nosotros quienes nos presentamos ante vuestro tribunal para escuchar un veredicto de justicia que no excluirá la indulgencia, pero que proclamará muy alto que, para ganar la guerra, precisa la misma obediencia por parte de todos. Hablad, grandes testigos mutilados, convertidos en jueces por la batalla, y decidnos lo que habría ocurrido si hubieseis desobedecido.

Aun por encima de esta dolorosa enseñanza está la lección del soldado desconocido, que ha pagado más que su deuda sacrificando hasta el recuerdo de su nombre y no ha pedido nada; ni siquiera la tumba que le habéis dado con vuestra propia lección.

El tratado había formulado una decisión fundamental: «*Habrá una responsabilidad universal. Habrá una*

»*reparación universal.*» Ese innominable jirón de abyección imperial que se oculta en su fango de Doorn, se ha substraído a las responsabilidades en que ha incurrido (1), y hemos llegado hasta el extremo de permitir una comedia de proceso en que jueces y criminales, cómplices todos del crimen nacional, se complacían en sacarnos la lengua. En cuanto a las reparaciones de las destrucciones organizadas científicamente en nuestro territorio, los alemanes no nos las han entregado, y América, colmada de riquezas por la guerra, no se contenta con tomarnos adelantado el dinero de nuestra indemnización. Hay que pagarle además lo que no le debemos, aunque no recibamos nada. Todos deben reconocer que hemos perdonado a los alemanes partidas monstruosas de sus deudas, y que aquellos de nuestros políticos que se negaban a abandonar Renania se preparan ya a la evacuación antes del plazo fijado por el tratado. ¿Cabe ultraje más directo a los principios elementales de toda dignidad?

Pues bien; cuando el mariscal Foch se decide a protestar desde su tumba, no lo hace para alzar la voz contra las escandalosas mutilaciones del tratado. De esto no dice una palabra, no hace el menor gesto de indignación. Habla para satisfacer sus rencores privados, que son el resultado de sus insuficiencias. Los culpables impunes, las víctimas sin recursos arruinadas sistemáticamente por sus «*asociados*»; nada de esto conmueve al estratega, preocupado por sus equivocaciones personales. Sólo se ocupa de sí mismo. ¿Cuándo te llegará el turno, oh soldado desco-

(1) Ha bastado a los aliados un mes de reflexión para esta apostasía. No se olvide la frase del *Kaiser*: «Debéis disparar sobre vuestro padre y sobre vuestra madre si yo os lo ordeno», y recuérdese, sobre todo, que no protestó ni un solo alemán.

nocido, ultrajado hasta en tu victoria por los mismos que todo te lo deben?

Sí, cuando el jefe militar vea que sus políticos abandonan una tras otra las justísimas reparaciones del daño, ¿añadirá la complicidad de su mutismo o estallará en una protesta indignada, que en sus labios tal vez detenga el curso del crimen contra la patria?

¡Ay! En la orquestación del silencio, el jefe se ha quedado sin voz. Nada ha dicho de sus grandes camaradas de guerra, de aquellos nobles combatientes que cayeron sin pronunciar palabra; nada ha dicho de esa fraternidad militar que es la recompensa del soldado, y felicita a América de habernos negado finalmente la garantía militar. ¿Cómo los capacitados para ello no han encontrado una palabra, un gesto de indignación?

En resumen: ¿qué puede derivar de todo este inmenso embrollo? Muy pronto lo sabremos. Lo mejor que puedo decir es que, en parte aún, esto depende de nosotros. Sin eso no habría respondido. Cada cual es el soldado mal conocido de una historia desconocida. Aun en esta hora peligrosa, nuestra suerte continúa probablemente en nuestras manos. Franceses: tenéis a vuestro lado una coalición de débiles que esperan de vosotros más que lo que les podéis dar. Enfrente tenéis enemigos que se encarnizan y amigos que ya no son amigos.

Inglaterra, debatiéndose bajo todas las molestias de la conquista, hostigada sobre los mares por América, que, a su vez, mira con recelo al Japón, olvida muy fácilmente que nuestra derrota eventual la habría dejado a merced de Alemania. Sus soldados están en todas partes. ¿Cuántos se presentarían en Calais en el momento oportuno?

América nos rompe los resortes económicos por un tiempo indeterminado. ¿Qué puede esperarse de un ideólogo que da generosamente su sangre y busca compensaciones en una deuda monetaria?

No queremos decaer. Después de jornadas espantosas, sonará la llamada del Destino que rehará con nuestros miembros esparcidos otro campeón de la suerte.

Me esfuerzo en esperar contra la esperanza y no ignoro que de las descomposiciones de la decadencia nacen las posibilidades de regeneración. Esto no me consuela del agotamiento del pensamiento francés cuando pido en vano a los corazones un esfuerzo de enderezamiento. Se nos habla a menudo del «*superhombre*». ¿Y qué hacemos del «*subhombre*»? Se ha buscado con más ahinco el acuerdo para desarrollos de barbarie que para refinamientos de civilización. A veces me pregunto si en alguna parte está escrito que la barbarie quedará eliminada bajo los asaltos de la civilización. Enorme es el campo de las posibilidades.

Todo hombre tiene su media de faltas y de momentos felices para distribuír a su alrededor. ¡Qué composiciones de alta conciencia no harán falta para una determinación de humanidad superior, que no durará más que el instante fugaz de una de nuestras jornadas afortunadas!

En esta confusión de almas trastornadas de impotencia, yo querría cambiar algunos signos de confianza con el soldado desconocido de mañana, de siempre, legatario universal de todas las experiencias triunfales o frustradas, cuya suerte depende de las sorpresas de la existencia. Con todas sus composiciones de sentimientos contrarios, diversamente dosificados en los choques de la vida, Foch tiene una media de humanidad cuya flaqueza prin-

cipal es la de haberse creído superior a lo que era. Para hacer justicia a todos, quizá no sea preciso insistir sobre nada. Yo me conformaría de buena gana con esta regla universal en forma de conclusión.

He contestado por contestar, y no guiado por la audacia de sacar conclusiones, excepto contra los degenerados encarnizados, ante la multitud indiferente, en la destrucción de todos los resortes encargados de accionar la historia de nuestro desgraciado país. He querido poner la verdad en la silla; no debo decir adónde la conducirá su corcel. Todo el que juzga admite que lo juzguen a él. Que los tiempos futuros juzguen al nuestro. Acaso la historia de los hombres sea mucho más sencilla de lo que se cree. Consiste en proclamar el derecho y construír la iniquidad. En el sentimiento de su insuficiencia, cada cual busca composiciones de términos medios para semisatisfacciones de semiconciencias. ¿Quién puede asegurar que llevará sus esfuerzos más allá?

Todos los antepasados de todos los pueblos han comenzado por vivir de las rapiñas y violencias de la guerra, y la tradición se ha conservado de un modo bastante ruidoso a través de todas las catástrofes humanas. Pese a todas las barbaries del Oriente, coronadas de todas las flores de la poesía, el pueblo que verdaderamente ha fundado nuestra civilización se ha desgarrado por sus propias manos en inexpiables guerras civiles, cortadas por poemas trágicos y filosóficos. Fué la Hélada, hasta que Alejandro puso fin a este estado de cosas para entregar el mundo naciente a César y sus imitadores.

Hoy Alemania intenta rehacer, en los procedimientos de la paz, un Imperio germánico que no pudo conseguir por la guerra. No conseguirá realizarlo sin choques que

pueden cambiar los destinos de una Francia abierta a toda empresa enemiga. ¿Qué será de nosotros en este tumulto del que nadie puede prever el desarrollo de fuerzas en el tiempo? Hay pueblos que empiezan. Hay pueblos que acaban. La conciencia de nuestros actos quiere atribuciones de responsabilidades. Francia será lo que los franceses hayan merecido.

FIN

APÉNDICE

MINISTERIO DE ESTADO Sábado 14 mayo 1921 N.º 87

COLECCION DE DOCUMENTOS EXTRANJEROS

Suplemento periódico de los Boletines de Prensa extranjera

LA UNIDAD DE MANDO EN MARZO 1918

LA CONFERENCIA DE DOULLENS

MEMORÁNDUM DE LORD MILNER (1)

Memorándum dirigido al Ministerio británico por Lord Milner, referente a su viaje a Francia y a la Conferencia de Doullens, el 26 de marzo de 1918.

Habiéndome rogado el primer ministro que fuese a Francia para enviar al Ministerio un informe personal sobre la situación que se había creado, salí de Charing-Cross el domingo 24 de marzo, a las doce horas y cincuenta minutos, acompañado del comandante Shawe, de la Rifle brigada.

En Folkestone estuvimos detenidos algún tiempo, pues el barco no salió hasta las diez y seis horas y cuarenta y cinco minutos, y llegamos a Boulogne a las diez y ocho horas y treinta minutos. El coronel Amery nos esperaba en Boulogne con automóviles de Versalles, dirigiéndonos directamente al G. C. G., en Montreuil. Allí encontré al general Davidson, quien precisamente comunicaba telefónicamente en aquel momento con el Comité Superior de Guerra. Me hizo rápidamente un resumen de la situación, que de pronto, en el curso de la jornada, se había hecho grave. Dejé Montreuil, acompañado por el general Wake, que formaba parte del

(1) Lord Milner era entonces ministro sin cartera y miembro del Consejo de Guerra.

Estado Mayor del general Rawlinson, en Versalles, adonde regresaba, luego de haber pasado un día y medio en el G. C. G. Durante el largo trayecto de Montreuil a Versalles me informó con todo detalle el general Wake de todo lo ocurrido, en la medida que se sabía hasta aquel momento. El gran misterio era el desastre del 5.º ejército, que hasta entonces era una cosa inexplicable, a consecuencia del grado de desorganización de este ejército, y del hecho de que las comunicaciones estaban cortadas por todas partes, resultaba difícil darse cuenta exacta de lo ocurrido. Habría sido necesario cierto tiempo para confrontar los informes. Sin embargo, y de una manera general, era indudable que este ejército había sido roto y que existía una brecha entre el flanco derecho del tercer ejército y los franceses. Esto no significaba, desde luego, que en este punto no existiera ninguna resistencia. Las tropas en retirada, arrojadas de la línea del Soma, hacia Peronne, seguían batiéndose todavía, aparentemente, en cierto número de puntos, tomando la ofensiva en determinados momentos; pero no era ante el empuje alemán ni la sombra de una barrera organizada. Más tarde se encontrará, sin duda, la explicación de la rapidez con la cual este ejército fué arrojado de sus posiciones, sólidamente preparadas. No es, al parecer, que no se combatiera con valor. Por otra parte, el empuje alemán fué en este punto formidable, y la proporción de los asaltantes contra los defensores fué de, por lo menos, dos contra uno.

Sea lo que fuere, era totalmente inútil, dados los informes de que disponíamos, entregarnos a conjeturas sobre las causas o sobre la marcha exacta de los acontecimientos en aquellos lugares; pero la repercusión de lo ocurrido sobre la situación general era, desde luego, perfectamente clara, y no había necesidad alguna de insistir.

El viaje de Montreuil a Versalles duró más de seis horas, comprendidos cuarenta y cinco minutos de parada, para cenar, en Abbeville. Llegamos a Versalles a las dos horas y treinta minutos de la mañana. Allí encontramos un telegrama del G. C. G. fechado a las dos horas y treinta minutos de la madrugada, comunicándonos que, según los últimos informes, la situación general había mejorado ligeramente.

El día siguiente, 25 de marzo, me levanté a las siete de la mañana y vi a Rawlinson después de comer. Wake nos hizo a los dos el relato de lo ocurrido mientras él se encontraba en el G. C. G., ilustrando aquél con un gran mapa. Era, en suma, pero más detalladamente, lo mismo que ya me refirió la noche precedente. Poco después de las nueve recibí de M. Clemenceau un aviso informándome que deseaba verme con urgencia. Inmediatamente me dirigí a París en automóvil, acompañado por el coronel Amery, y encontré a Clemenceau en el Ministerio de la Guerra. Estaba animoso y rebosante de entusiasmo. Sin intentar disimular la gravedad de la situación, no manifestó el menor signo de desaliento ni de confusión. Nuestra entrevista fué breve, porque tenía él asuntos urgentes que reclamaban su atención inmediata. Me dijo que, en su opinión, había que tomar sin demora decisiones importantes. Según él, se trataba de mantener a toda costa el contacto entre los ejércitos francés y británico, y para ello era necesario que Haig y Pétain hicieran intervenir sin pérdida de momento sus reservas para cerrar la brecha que se estaba abriendo.

Entre otras cosas dijo que sería necesario hacer presión sobre Pétain para que obrara en este sentido. Esperaba, desde luego, que Haig podría llevar del Norte un suplemento de reservas. Quería que fuésemos aquella tarde sin falta a ver a los generales en jefe británico y francés, acompañados por el general Foch. Me informó que el general Wilson debía encontrarse en Abbeville con Haig y que había rogado a ambos fueran hasta Compiègne, Cuartel general de Pétain, donde podríamos alcanzarles al atardecer. Recomendóme que estuviera dispuesto para ponerme en camino al primer aviso, a partir de las dos. Inmediatamente regresé a Versalles, pues deseaba ver de nuevo a Rawlinson antes de mi partida, a fin de informarme más en detalle de lo que había podido hacerlo aquella mañana, sobre su manera de ver la situación. Encontrándome en Versalles recibí de Abbeville un telegrama de Wilson citándome en aquella localidad a las tres de la tarde; pero como el aviso no llegó a mi poder hasta las doce y media, me veía en la imposibilidad de estar en Abbeville a las tres. Como, por otra parte, sabía yo

que Clemenceau gestionaba que Haig y Wilson acudieran a Compiègne y, además, yo me había comprometido con Clemenceau, decidí no cambiar en nada lo dispuesto.

LA CONFERENCIA DE COMPIEGNE EL 25 DE MARZO

A las dos me dirigí, pues, a la Embajada en París. Allí vi a Lord Bertie y esperé hasta que me llamó Clemenceau, a las tres y algunos minutos. El presidente de la República, Clemenceau, Loucheur, el general Foch y yo salimos juntos para Compiègne, adonde llegamos a las cinco. Encontramos a Pétain; pero, como yo había temido desde un principio, no fué desgraciadamente posible que se nos unieran Haig y Wilson. Tuvimos una conferencia que duró de cinco a siete en el Cuartel General de Pétain. Presidió el presidente de la República, y asistieron Clemenceau, Loucheur, Pétain, Foch y yo. Pétain expuso con toda claridad su punto de vista relativo a la situación general. Mostróse muy pesimista por lo que al 5.º ejército se refería que—según Pétain—había dejado de existir como ejército, y al que habría que reorganizar por completo. En aquellos momento—dijo—se ocupaba en traer del Sur y del Oeste todas las divisiones que le era posible, para apoyar y reemplazar los restos del 5.º ejército. Seis divisiones que siempre había tenido en reserva allí cerca, para reforzar, en caso de necesidad, la derecha inglesa, estaban ya totalmente comprometidas en Noyon, Roye y Nesle. Además, hacía venir otras nueve divisiones, principalmente del Sur, pero algunas del Norte, que pensaba concentrar hacia el Oeste, para que salieran al encuentro de los alemanes, a la salida de Montdidier y Moreuil. Estas eran todas las tropas de que podía disponer por el momento; pero esperaba conseguir otras poco después, aunque debía prever, de una parte, el peligro de una ofensiva alemana en los alrededores de Noyon, para volver a descender por el valle del Oise, y de otra, un ataque que se preparaba en la región de Reims. Sin combatir los planes estratégicos del general Pétain, el general Foch tenía, evidentemente, una idea algo diferente de la situación. Juzga-

ba tan formidable el peligro de la gran ofensiva alemana, cuyo objetivo era abrir una brecha entre los franceses y británicos en la dirección de Amiens, que no había más remedio que correr algunos riesgos en otros puntos. Había incluso que hacer intervenir otras divisiones, si era posible. Y lo era, recurriendo a un gran esfuerzo, más rápidamente de lo que Pétain juzgaba posible, arrojando en la batalla las tropas de refuerzo, en un estado de organización menos completo de lo que hubiera sido de desear en circunstancias de una menor urgencia. Así, por lo menos, comprendí la larga y enérgica declaración de Foch, aunque no me era posible comprender bien todos los detalles militares. Poincaré y Clemenceau era evidente que compartían la manera de ver de Foch cuanto a la necesidad de recurrir con toda la prontitud posible a medidas extremas. Clemenceau me pidió que expusiera mi opinión y, sobre todo, que dijera lo que yo creía que, por su parte, podían hacer los británicos para restablecer la unión de los dos ejércitos. Contesté que era, evidentemente, imposible no reconocer, en principio, la justeza de los puntos de vista expuestos; pero que yo no podía, sin haber podido consultar a Haig y Wilson, dar una opinión sobre las medidas que debían ser tomadas. Era muy lamentable, aunque no dependió de nosotros, que Haig y Wilson no estuvieran presentes; pero opinaba que debíamos remediar este inconveniente con la mayor rapidez posible, y celebrar al día siguiente, una nueva reunión, a la que pudieran asistir Haig o Wilson, o tal vez ambos. Clemenceau fué de mi opinión, y decidimos que intentaríamos organizar al día siguiente, a las once, una reunión en Dury, un poco al sur de Amiens, a la que asistiríamos todos, incluso los generales británicos. Poincaré, Clemenceau, Loucheur, Foch y yo regresamos inmediatamente a París; pero antes de dejar Compiègne hablé privadamente unos minutos con Clemenceau. En el curso de esta conversación insistí sobre el hecho de que, según mis informes, el tercer ejército británico, que parecía haber opuesto una resistencia magnífica, estaba haciendo cuanto podía, con la ayuda de los refuerzos enviados del Norte, y que yo no estaba muy seguro de que Pétain, por su parte, estuviera decidido a correr todos

los riesgos para hacer entrar en la acción todas las reservas francesas que fuera posible, reservas de las que me parecía dependía todo. Clemenceau me dijo que pensaba lo mismo que yo, pero que Pétain hacía ya mucho más de lo que en un principio pensaba, y que seguramente todavía iría más lejos. Como yo, Clemenceau se inclinaba a participar de la tendencia de Foch.

Al llegar a Versalles, a las nueve de la noche, me alegré de saber que Wilson acababa de llegar de Abbeville. Mientras tanto, se había recibido un telegrama de Haig solicitando que la reunión proyectada para el siguiente día tuviera lugar en Doullens, en donde, de todas maneras, tenía que encontrarse él para entrevistarse con Horne, Byng y Plumer, y que se fijara la hora de las doce. Así se acordó en una conferencia telefónica con París. Tuve una larga conversación con Wilson, que me puso al corriente de lo tratado entre Haig y él. Todos parecían de acuerdo en que el objetivo de los alemanes era un fuerte empuje hacia Amiens, a través de la brecha que se abría entre franceses e ingleses, al Sur del Soma, dirigiendo simultáneamente una ofensiva orientada hacia el Noroeste contra los ingleses y hacia el Suroeste contra los franceses, a fin de ensanchar la brecha en cuestión. El objetivo nuestro debía ser mantener el contacto con los franceses por todos los medios en nuestro poder y colmar la brecha, sin dejar por ello, claro está, de resistir a estos ataques. Imponíase la mayor rapidez en hacer entrar en línea las reservas, así como una cooperación absoluta entre los dos ejércitos. Discutimos la cuestión de personas, que hacía difícil asegurar esta cooperación, y Wilson emitió la idea—que parecía buena—que los dos países podrían convenir dejar a Clemenceau, en quien los generales ingleses y franceses tenían confianza, el cuidado de tomar las decisiones que juzgara necesarias para asegurar una cooperación más estrecha entre los ejércitos y una mejor utilización de las reservas disponibles. Clemenceau vivía en el frente. La suerte de su patria estaba en juego, y para las cuestiones militares se dejaría seguramente guiar por Foch, que parecía ser el hombre en el que se podía confiar entre todos para tomar decisiones audaces y rápidas, y para

considerar la batalla como un todo, sin detenerse en un punto de vista más particularmente francés.

Aquella misma noche, a hora muy avanzada, Wilson fué a París para ver a Foch; pero aun no había regresado cuando yo me acosté, hacia la media noche.

LA CONFERENCIA DE DOULLENS, DEL 26

El martes 26, a las siete de la mañana, estaba yo levantado, y a las ocho, Wilson y yo salimos en automóvil para Doullens. Lord Duncannon y el comandante Shawe seguían en otro coche. Temíamos que la carretera estuviera llena de convoyes militares, acaso de refugiados; pero, afortunadamente, aunque la circulación de convoyes militares era muy intensa, también era muy ordenada, y ningún signo de pánico se manifestó en la población, hasta el punto que, incluyendo algunos altos, el trayecto lo efectuamos rápidamente, a cerca de 40 millas a la hora, como media, llegando a Doullens sólo con cinco minutos de retraso. Viaje feliz si se tiene en cuenta la distancia y las circunstancias en que se efectuaba. En camino discutimos detenidamente el problema planteado, y el mejor medio de restablecer la situación. Wilson opinaba firmemente que sólo podríamos conseguirlo entregando la dirección suprema, por decirlo así (*virtually*) a Foch. Pregunté a Wilson qué le había parecido a Foch su idea de hacer a Clemenceau «generalísimo» nominal, con Foch como consejero. Me contestó que Foch había desaprobado esta idea, diciendo que, colocado Clemenceau en una situación semejante, podría ser solicitado en sentido opuesto por Pétain y por él, y que si daba la razón unas veces a uno y otras a otro, no habría unidad de mando. Por lo que respecta a Foch, no tenía deseos de mando alguno. Lo único que deseaba era ser expresamente autorizado por los Gobiernos en la misión de asegurar el máximum de cooperación entre los dos generales en jefe. En una palabra, deseaba ocupar la misma situación que tuvo en otro tiempo, en el momento de la batalla de Ipres, cuando el mariscal (*sic*) Joffre le encargó de conseguir, si era posible, una colaboración

más estrecha entre los británicos y los franceses; pero ahora deseaba ocupar esta situación en virtud de una delegación (*authorization*) especial y más alta: la de los dos Gobiernos aliados. Wilson y yo convinimos que si nos era posible hacer aceptar esta combinación sería la solución mejor. En realidad, era volver a la idea primitiva de confiar la dirección al Consejo de Versalles, bajo la presidencia de Foch, con la diferencia de que se colocaba a un solo hombre en lugar del Consejo, lo que parecía preferible de todas maneras y absolutamente esencial en las condiciones de extrema urgencia en que nos encontrábamos. Otro argumento en favor de esta solución es que, según sabíamos, las reservas británicas estaban ya comprometidas o en camino para serlo, y que la verdadera cuestión era actualmente saber lo que se podría obtener de los franceses como reservas y en qué plazo. De lo que me había dicho con frecuencia el general Wilson y de lo que yo mismo había podido comprobar la víspera, saqué la convicción de que Foch, independientemente de sus otras cualidades o defectos como soldado, poseía en un grado muy excepcional la rapidez, la energía y el espíritu de iniciativa necesarios para obtener el máximum de resultados en el tiempo de que disponíamos, pues la situación se resumía, sin duda alguna, en ganar tiempo.

Apenas llegado a Doullens, me llevó aparte Clemenceau y bruscamente me declaró que Haig acababa de decir que iba a verse obligado a dejar a Amiens al descubierto y batirse en retirada a los puertos de la Mancha. Le contesté que debía existir una mala interpretación, y añadí que antes de la Conferencia general sería conveniente que yo tuviera una breve entrevista con el mariscal y los jefes de ejército, a quienes todavía no había visto. Accedió Clemenceau y celebré una breve consulta con Haig, Plumer, Horne y Byng. Todos se mostraron admirables, dando pruebas de sangre fría, de resolución y de gran valor. Llamó especialmente mi atención la actitud del general Byng, quien, como jefe del tercer ejército, tuvo que soportar una gran tensión de espíritu, una tensión casi insoportable. Como yo sospechaba, resultó que el punto de vista del mariscal con respecto a Amiens había

sido mal comprendido. En su espíritu no había ninguna duda respecto a la importancia suprema que tenía la posesión de Amiens, ni intención alguna de abandonarla. Lo que había dicho es que las tropas de que disponía, incluso después de haber estirado hasta el extremo límite la parte septentrional de su línea, no le permitiría prolongarse más allá de Bray-sur-Somme y en realidad se encontraría desbordado y en la imposibilidad de cubrir Amiens si los franceses no acudían a apoyar su derecha, al sur del Soma. Además, incluso en esta eventualidad, no estaba seguro que ante el fuerte empuje alemán, que amenazaba al tercer ejército al sur de Arras, no fuera roto su frente; pero, ocurriera lo que ocurriera, estaba absolutamente dispuesto a resistir el mayor tiempo posible, lo que pensaba poder hacer, a condición de que los franceses apoyaran su flanco derecho. También Byng era de opinión que el frente británico se mantuviera a toda costa tal como se encontraba en aquel momento, es decir, hasta Bray-sur-Somme. Y pensaba que aunque sus tropas habían sostenido violentos combates y tenían gran necesidad de descanso, no serían derrotadas. Aparecía claro que hacía todo lo posible para reforzar el sector entre Arras y el Soma, haciendo venir además al Norte nuevas divisiones. Seguidamente cambié a solas con el mariscal algunas palabras referentes a Foch, y quedé muy satisfecho al comprobar que, en vez de molestarse (como temí ocurriera) ante la posibilidad de una intervención de Foch, acogió con alegría la idea de colaborar con él, de quien me habló en términos muy amistosos.

Tanteados los jefes británicos según acabo de decir, se reunió la Conferencia. Como la víspera, la presidía Poincaré, y asistían Clemenceau, Loucheur, Foch, Pétain, Haig, Wilson y yo. En primer lugar se acordó que no se regatearía ningún esfuerzo para salvar Amiens. Quedó disipada la idea errónea de que Haig pensaba abandonar esta población y batirse en retirada hacia los puertos de la Mancha, y se convino con absoluta precisión que haría entrar en línea todas las divisiones de que pudiera disponer, a pesar de los riesgos en lo que concernía a la parte norte de su frente, a fin de reforzar el sector que se extendía de un punto un poco al

norte de Arras hasta el Soma, sector que se encontraba bajo el golpe del más formidable empuje del enemigo. No podía hacer más. ¿Qué podían hacer los franceses? Pétain expuso seguidamente las dificultades con que luchaba y los grandes esfuerzos que realizaba. Sin embargo, había modificado hasta cierto punto su actitud de la víspera, probablemente a instancias de Clemenceau, aunque no puedo afirmarlo, y ahora pensaba que podría hacer entrar en línea 24 divisiones en vez de quince; pero, claro está, esto exigiría más tiempo, y no se trataba de 24 divisiones completamente frescas, pues las seis o nueve primeras de estas divisiones (su reserva primitiva y una o dos divisiones suplementarias) sostenían dede hacía algunos días violentos combates en la región de Noyon-Roye; pero si Pétain aparecía claramente de más en más dispuesto, bajo la presión de las circunstancias, a correr ciertos riesgos y a sumir serias responsabilidades, seguía mostrándose un tanto desanimador (algo más quizás de lo que era su intención) en lo que se refería a la rapidez con la cual podrían ser llevadas al frente estas divisiones y, de una manera general, daba una impresión de frialdad y reserva, como el hombre que juega con prudencia (*playing for safety*). Ninguno de los presentes estaba completamente ni tranquilo ni convencido. Desde luego, Wilson y Haig no lo estaban. Wilson dejó escapar una exclamación que casi era una protesta. Foch, que tan elocuente se había mostrado la víspera, no decía una palabra; pero mirándole el rostro—precisamente estaba sentado enfrente de mí—veía que no estaba contento, que estaba impaciente y pensaba que las cosas podían y debían ir más de prisa. En este momento solicité una conversación a solas con Clemenceau y le hablé muy francamente de la convicción que desde la víspera se afirmaba de más en más en mi espíritu, y que se había confirmado en el curso de mis conversaciones con Wilson y Haig: que Foch parecía ser el hombre que mejor se daba cuenta de la situación y en el que se podía confiar entre todos para hacer frente a ésta con la más intensa energía. ¿No sería posible que los dos Gobiernos le colocaran en una situación que le diera la dirección general investido de la clase de autoridad de que el mismo Foch

había hablado a Wilson? Clemenceau, cuyo pensamiento—estoy seguro de ello—no había cesado de orientarse en la misma dirección, se asoció en seguida a mi idea; pero me pidió unos instantes para conversar con Pétain. Yo hice lo mismo con Haig, y cuando le expliqué á éste lo que se proyectaba me pareció no sólo dispuesto a aceptar, sino sinceramente satisfecho. Mientras tanto, Clemenceau había hablado con Pétain, y seguidamente escribió y me tendió la fórmula siguiente, para concretar lo que ambos habíamos convenido:

«El general Foch queda encargado por los Gobiernos bri»tánico y francés de coordenar la acción de los ejércitos bri»tánico y francés en el frente Oeste. Al efecto, se pondrá de »acuerdo con los dos generales en jefe, que deberán pro»porcionarle todos los informes necesarios.»

Mostré este texto a Haig, que lo aceptó sin vacilar; pero sugirió que se redactara de manera que se aplicara a los otros ejércitos—belga, americano, tal vez incluso italiano—, a lo que Clemenceau accedió inmediatamente. A continuación volvimos a ocupar nuestros sitios alrededor de la mesa y se procedió a la lectura de la fórmula modificada, concebida en los siguientes términos:

«El general Foch queda encargado por los Gobiernos bri»tánico y francés de coordenar la acción de los ejércitos »aliados en el frente Oeste. Al efecto, se pondrá de acuerdo »con los generales en jefe, que deberán proporcionarle to»dos los informes necesarios.

»Doullens, 26 de marzo de 1918.»

Tras una breve discusión, que en el fondo sólo sirvió para que todos los oradores expresaran su cordial aprobación del principio consagrado, firmamos el documento Clemenceau y yo, y se levantó la sesión con todas las apariencias de una satisfacción general. Poincaré, Clemenceau y Loucheur estaban encantados. Comprobé con satisfacción que Haig parecía haberse descargado de un peso y aparecía más satisfe-

cho que poco antes. No observé especialmente la actitud de Pétain, y nada le oí decir. Es un hombre que siempre da pruebas de mucha sangre fría y de dominio de sí mismo, y que nunca exterioriza el fondo de su pensamiento, ni con sus palabras ni por la expresión de su rostro. Clemenceau me dijo que Pétain no opuso ninguna dificultad a la aceptación del arreglo propuesto.

Pocos minutos después de la Conferencia todos nos dispersamos. Wilson cambió algunas palabras con Lawrence antes de marcharse Haig, y éste me dijo que Lawrence había quedado muy satisfecho de la solución adoptada. Wilson y yo y nuestros dos compañeros almorzamos, ya tarde, en Doullens, después de la Conferencia, y luego salimos para Boulogne en automóvil. En el camino hicimos alto en casa de Haig, cerca de Montreuil (su G. C. G.), para recoger las últimas noticias, y nos encontramos con el mariscal, que precisamente salía a dar un paseo a caballo. Parecía menos cansado y más animoso que poco antes. Me repitió que estaba seguro que el nuevo arreglo funcionaría bien, puesto que, en adelante, se tendría que entender «con un hombre y no con un Comité». Conversó también algunos minutos con Wilson, al que, según me declaró éste, le reiteró que estaba muy satisfecho de los acontecimientos del día.

Wilson, Duncannon, Shawe y yo llegamos a Boulogne minutos antes de las siete. Allí nos esperaba un *destróyer* para llevarnos a Folkestone, en donde desembarcamos a las nueve, para llegar a a la estación de Victoria un poco después de las once.

(Firmado con la inicial.) *M.*

2, Whitehall Garden, S. W., 27 de marzo de 1918.

CARTA ABIERTA DE M. CLEMENCEAU AL PRESIDENTE COOLIDGE

9 de agosto de 1926.

Señor presidente:

Entre los grandes países aliados y asociados de la guerra de Francia han surgido divergencias de opinión sobre el arreglo de cuentas, divergencias que amenazan afectar gravemente al porvenir del mundo civilizado. Los técnicos de las finanzas y de la diplomacia trabajan en todas partes. Un técnico es, con frecuencia, un hombre que aísla su problema de aquellos de cuya coordenación depende. Todo se relaciona en los negocios públicos, y quien pretende limitarse exclusivamente en su dominio se expone a descubrir más tarde que ha sido desbordado.

Entre los Estados Unidos e Inglaterra, entre Inglaterra y Francia, entre Francia y los Estados Unidos surge la mismisma cuestión en términos idénticos, y veo que las soluciones ensayadas, o las preparaciones de solución, no han creado un buen estado de espíritu en los países interesados.

Nosotros somos deudores y ustedes son acreedores. Parece que se trate de un simple asunto de caja. ¿No hay otras consideraciones que deban ser tenidas en cuenta?

La política europea de Inglaterra ha consistido, sobre todo, y hasta el presente, en tener en jaque los pueblos del continente los unos por los otros, con fines de intervención. Tengo confianza en que los ojos de «el hombre de la calle» están abriéndose a vistas más comprensivas. Hoy la inquietud de Francia se encuentra principalmente orientada hacia el lado de América.

Si las naciones no fueran más que casas de comercio, la suerte del mundo se arreglaría con cuentas de Banco. Ustedes nos reclaman el pago de una deuda, no de comercio, sino de guerra, y ustedes saben como nosotros que nuestra caja está vacía. En casos parecidos, el deudor firma letras, y esto es lo que ustedes nos piden; pero sería necesario que ambos creyésemos que el día fijado nos sería posible pagar en efectivo. Y es el secreto de polichinela que aquí de lo que se trata es de vencimientos ficticios para conducirnos a un empréstito con seguras hipotecas sobre nuestros bienes territoriales, como en Turquía.

Esto, señor presidente, me veo en la necesidad de decirle que nunca lo aceptaremos. Francia no se vende ni siquiera a sus amigos. La hemos recibido independiente. Independiente la dejaremos. Pregúntese usted a sí mismo, según el presidente Monroe, si usted sentiría de una manera distinta para el continente americano.

Si Francia tuviera que desaparecer bajo los golpes de sus enemigos y de sus «amigos» conjurados, quedaría de ella un nombre de orgullo. ¿Qué hemos hecho nosotros que no fuera estrictamente el deber? ¿Debíamos ceder nuestras ciudadelas a Alemania cuando nos la pidió bajo la amenaza de una declaración de guerra? ¿Se atreverá alguien a decir que hemos hecho otra cosa que sufrir lo inevitable? ¿Puede decirse que en Verdun combatimos mal?

Sí, todo lo arrojamos en el torrente, la sangre y el dinero, como han hecho por su parte Inglatera y los Estados Unidos; pero el territorio francés es el que ha sido científicamente devastado. Durante tres mortales años hemos oído esta palabra americana: «Francia es la frontera de la libertad». Tres años de sangre y de dinero brotando por todos los poros. Venga a leer en nuestros pueblos las listas interminables de nuestros muertos y comparemos. ¿No es una cuenta de Banco la fuerza viva de esta juventud perdida?

América, como Rusia en Brest-Litowsk, ha hecho una paz separada con Alemania, sin contar con sus compañeros de armas. La paz de la sangre con el enemigo común. Hoy se nos pide la paz del dinero entre las potencias aliadas y asociadas. ¿Cómo no hemos previsto nosotros lo que ocurre?

¿Cómo no nos detuvimos bajo los obuses para convocar un Consejo de Administración de mercachifles, que hubiera decidido la cuestión de saber si se nos permitía perseverar en la defensa de las conquistas más bellas de la más bella historia? ¿Es que ahora el embuste de las reparaciones alemanas ha de concretarse en cobros para los americanos?

Me dirijo libremente al jefe honrado de un gran pueblo, al que, desde hace cincuenta años, he guardado lo mejor de mi respeto y de mi amistad porque le he creído destinado a recibir del viejo mundo, para llevarla cada vez más alta, la antorcha de un gran ideal de humanidad. El debe ahora pronunciarse sobre sí mismo. Si me equivocara, sólo podría ofrecerle el supremo homenaje de mi silencio.

Reciba, señor presidente, el testimonio de mi profundo respeto.

G. Clemenceau.

INDICE

INDICE

Páginas

ENVÍO 5
CAPÍTULO I.—Entrada en materia 9
CAP. II.—La unidad de mando 19
CAP. III.—El Camino de las Damas 36
CAP. IV.—El empleo de los contingentes americanos 51
CAP. V.—Crisis de efectivos británicos 79
CAP. VI.—El armisticio 88
CAP. VII.—Insubordinación militar 102
CAP. VIII.—El incidente belga 114
CAP. IX.—La Conferencia de la Paz 120
CAP. X.—El Tratado. El esfuerzo del presidente Wilson. 139
CAP. XI.—El Tratado. (Continuación.) La Europa de Derecho 151
CAP. XII.—El Tratado. (Continuación.) La Renania independiente 170
CAP. XIII.—El Tratado. (Fin.) El pacto de garantía 195
CAP. XIV.—Las críticas de la galería 210
CAP. XV.—Sensibilidad alemana 228
CAP. XVI.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles. 248
CAP. XVII.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles. (Continuación) 256
CAP. XVIII.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles-Locarno 269
CAP. XIX.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles. (Continuación.) Alemania se arma. Francia se desarma 284

I N D I C E

Páginas

Cap. XX.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles. (Continuación.) La organización de los fronteras... 300
Cap. XXI.—Las mutilaciones del Tratado de Versalles. (Continuación y fin.) El derrotismo..... 306
Cap. XXII.—La paz a reculones..... 320
Cap. XXIII.—El soldado desconocido..... 331
Apéndice 343